

# CONTEMPLAR A DIOS EN LA NATURALEZA

*INTRODUCCIÓN DEL SÍMBOLO DE LA FE I, CAP. I-XXII*



**Fray Luis de Granada**

**Salamanca, 2021**



FRAY LUIS DE GRANADA

# CONTEMPLAR A DIOS EN LA NATURALEZA

*INTRODUCCIÓN DEL SÍMBOLO DE LA FE I, CAP. I-XXII*

EDICIÓN DE FRAY JULIÁN DE COS, O.P.

SALAMANCA 2021

04-04-2021

ISBN: 978-84-09-29208-0

Este libro puede descargarse gratuitamente en:

<https://www.dominicos.org/estudio/recurso/contemplar-a-dios-en-la-naturaleza/>

Foto de portada:

Campos de Caleruega (Burgos, España).

## CONTENIDO

PRESENTACION DE ESTE LIBRO .....	9
CRONOLOGIA DE LA VIDA DE FRAY LUIS DE GRANADA.....	13
CÓMO CONTEMPLABA A DIOS EN LA NATURALEZA FRAY LUIS DE GRANADA .....	14
<i>Etapas de su proceso espiritual</i> .....	16
1º. <i>Fray Luis de Granada desea amar a Dios</i> .....	16
2º. <i>Sabe que es preciso conocer previamente a Dios para poder             amarle</i> .....	16
3º. <i>Para ello parte del conocimiento de la naturaleza que le aportan             los sentidos</i> .....	16
4º. <i>Pero se da cuenta de que necesita de la ayuda divina para             alcanzar lo que tanto desea</i> .....	18
5º. <i>Lleno de admiración, y con la ayuda divina, logra conocer que             hay «algo más» en la naturaleza: su Creador</i> .....	19
6º. <i>Fray Luis experimenta a Dios en su interior: se llena de alegría             y amor hacia Él</i> .....	20
7º. <i>Y conoce su amoroso cuidado por todos los seres humanos</i> .....	21
8º. <i>Jesucristo, nuestro Redentor, le muestra al Padre</i> .....	22
9º. <i>Fray Luis toma la vía apofática hacia la unión con Dios</i> .....	22
AL CRISTIANO LECTOR .....	25
§ I .....	27
ARGUMENTO DE ESTA PRIMERA PARTE [DE LA INTRODUCCION DEL SIMBOLO DE LA FE].....	29
CAPITULO I. EL FRUTO QUE SE SACA DE LA CONSIDERACION DE LAS OBRAS DE LA NATURALEZA, Y COMO LOS SANTOS JUNTARON ESTA CONSIDERACION CON LA DE LAS OBRAS DE LA GRACIA [DIVINA] 30	
[Las obras de la naturaleza] .....	31
[Las obras de la gracia divina].....	35
§ I .....	35
§ II .....	37
CAPITULO II. SE SIGUE UNA DEVOTA MEDITACION, EN LA CUAL SE DECLARA QUE, AUNQUE DIOS ES INABARCABLE, TODAVIA SE CONOCE ALGO DE ÉL POR MEDIO DE LA CONSIDERACION DE LAS OBRAS DE SUS MANOS, QUE SON SUS CRIATURAS .....	42
CAPITULO III. LOS FUNDAMENTOS QUE LOS FILOSOFOS TUVIERON PARA ALCANZAR POR LUMBRE NATURAL QUE HAY DIOS .....	49

[El orden de las cosas] .....	50
[El movimiento de las cosas] .....	52
[Cómo todos los pueblos veneran una Divinidad] .....	53
[Cómo las personas piden espontáneamente ayuda a la Divinidad] .....	54
[El orden y la hermosura de este mundo] .....	54
§ I .....	54
§ II .....	60
§ III .....	63
[La hechura del ser humano] .....	65
§ IV .....	65
[Las habilidades de las plantas y los animales] .....	67
§ V .....	67
 CAPITULO IV. CONSIDERACION SOBRE EL MUNDO MAYOR Y SOBRE SUS PARTES MAS PRINCIPALES .....	 73
 CAPITULO V. EL SOL, SUS EFECTOS Y SU HERMOSURA .....	 77
[La luz, el calor y el agua] .....	78
[Los tiempos] .....	79
§ I .....	81
[Los días y las noches] .....	81
[Algunas propiedades y excelencias del Creador] .....	83
La luna y las estrellas .....	86
§ II .....	86
 CAPITULO VI. LOS CUATRO ELEMENTOS O REGION ELEMENTAL .....	 89
 CAPITULO VII. EL ELEMENTO DEL AIRE .....	 91
[La lluvia] .....	92
§ I .....	93
[El viento] .....	94
 CAPITULO VIII. EL ELEMENTO DEL AGUA .....	 97
[Las islas] .....	97
[Las utilidades de la mar] .....	99
§ I .....	99
 CAPITULO IX. EL CUARTO ELEMENTO, QUE ES LA TIERRA .....	 104
[Las fuentes y los ríos] .....	105
 CAPITULO X. LA FERTILIDAD, LAS PLANTAS Y LOS FRUTOS DE LA TIERRA .....	 108
[Las plantas que producen alimentos] .....	109

§ I .....	112
[Los productos medicinales].....	112
[Las flores y las plantas hermosas] .....	113
[Los árboles] .....	115
§ II .....	115
[Los frutos de los árboles] .....	117
§ III.....	117
[Los árboles estériles y su domesticación].....	121
§ IV.....	121
[La conservación de las especies de las plantas] .....	123
CAPITULO XI. PREAMBULO PARA COMENZAR A TRATAR DE LOS ANIMALES, MAYORMENTE DE LOS QUE LLAMAN PERFECTOS.....	125
CAPITULO XII. LAS PROPIEDADES COMUNES DE LOS ANIMALES .....	129
[La alimentación].....	129
[La conservación] .....	130
§ I .....	131
§ II .....	135
§ III.....	135
[La felicidad] .....	136
CAPITULO XIII. LAS HABILIDADES Y FACULTADES PARTICULARES QUE TIENEN TODOS LOS ANIMALES PARA SU CONSERVACION .....	138
CAPITULO XIV. LAS HABILIDADES QUE LOS ANIMALES TIENEN PARA ALIMENTARSE.....	140
[Los animales de corral] .....	140
[Los animales del campo y la mar] .....	142
§ I .....	142
[Los animales cazadores] .....	146
§ II .....	147
[Los animales perjudiciales y nocivos] .....	148
[Otras cualidades que los animales tienen para alimentarse] .	150
§ III.....	152
[Los perros] .....	155
§ IV.....	156
CAPITULO XV. LAS HABILIDADES QUE LOS ANIMALES TIENEN PARA CURARSE SUS ENFERMEDADES .....	160
§ I .....	162
CAPITULO XVI. LAS HABILIDADES Y ARMAS QUE LOS ANIMALES TIENEN PARA DEFENDERSE .....	166

§ I .....	168
§ II .....	172
CAPITULO XVII. LAS HABILIDADES Y FACULTADES QUE LA DIVINA	
PROVIDENCIA DIO A TODOS LOS ANIMALES PARA LA CRIANZA DE	
SUS HIJOS .....	177
§ I .....	179
§ II .....	182
CAPITULO XVIII. COMO RESPLANDECE MAS LA SABIDURIA Y	
PROVIDENCIA DEL CREADOR EN LAS COSAS PEQUEÑAS QUE EN	
LAS GRANDES .....	186
[El mosquito].....	186
La hormiga .....	189
§ I .....	189
Otros animalillos más pequeños que las hormigas .....	194
§ II .....	194
Las arañas .....	198
§ III.....	198
CAPITULO XIX. EL FRUTO DE LAS ABEJAS Y EL GUSANO QUE HACE LA	
SEDA .....	200
CAPITULO XX. LA REPUBLICA Y EL ORDEN DE LAS ABEJAS .....	
	202
CAPITULO XXI. LOS GUSANOS QUE HILAN LA SEDA .....	
	212
Los animalillos pequeños y nocivos al ser humano .....	214
§ I .....	214
[Los grandes animales].....	215
CAPITULO XXII. OTRAS PROPIEDADES MUY NOTABLES DE DIVERSOS	
ANIMALES.....	218
[Los perros] .....	223
§ I .....	224
[El caballo].....	225
[El león].....	226
El pavo real.....	227
§ II .....	227
[Conclusión] .....	231

## PRESENTACIÓN DE ESTE LIBRO

Los veintidós primeros capítulos del primer tomo de la *Introducción del símbolo de la fe* son, en nuestra opinión, el texto cristiano más significativo sobre la contemplación de Dios en la naturaleza, a excepción, claro está, de la Biblia, a la que se remite continuamente fray Luis de Granada en dicho texto.

También se apoya en algunos Padres de la Iglesia, sobre todo en san Basilio y san Ambrosio, los cuales escribieron una colección de homilías conocidas como *Hexaemeron*<sup>1</sup>, sobre la creación del mundo en seis días, en las que comentaron el capítulo primero del Génesis. De hecho, fray Luis se inspiró en dichos escritos para confeccionar el texto que tenemos entre manos. Asimismo, se apoyó en algunos grandes pensadores naturalistas grecorromanos: Aristóteles, Cicerón, Séneca, Plutarco, Plinio el Viejo, Eliano y Solino. Sin embargo, apenas tiene en cuenta a los naturalistas medievales. Así, sólo cita dos veces, y muy brevemente, al dominico san Alberto Magno, al que los tratados sobre la historia de la ciencia consideran el principal botánico y zoólogo medieval.

La *Introducción del símbolo de la fe* es un amplio comentario al Catecismo cristiano que consta de cinco tomos. El primero trata sobre el misterio de la creación, el segundo sobre la religión cristiana y los dos siguientes sobre el misterio de la redención. Estos cuatro tomos los comenzó a escribir fray Luis en 1579, cuando tenía 75 años, y los publicó en 1583. El quinto tomo es una recopilación –con algunos datos nuevos– de los otros cuatro, y lo publicó dos años después.

Es preciso decir que el primer tomo de la *Introducción del símbolo de la fe*, además de tener un gran valor teológico y espiritual – pues, como ya hemos dicho, nos enseña a relacionarnos con Dios por medio de la naturaleza –, forma parte de las obras maestras de la literatura española –publicada veintidós años antes que el *Quijote*– y es una valiosa «historia natural» renacentista. En sus primeros veintidós capítulos, entre otras cosas, expone un gran número de anécdotas

---

<sup>1</sup> El *Hexaemeron* de san Basilio lo podemos leer en francés: BASILE DE CÉSARÉE, *Homélie sur l'Hexaéméron* (Sources Chrétiennes 26), Cerf, París 1949; y el de san Ambrosio en castellano: AMBROSIO DE MILÁN, *Los seis días de la creación*, Ciudad Nueva, Madrid 2011.

naturalistas, las cuales, si bien carecen de rigor científico, muestran cómo se pensaba sobre los animales y las plantas en la antigüedad, y qué lectura moral y espiritual se sacaba de todo ello.

A nivel astronómico, recordemos que por entonces la Iglesia defendía el esquema aristotélico-ptolemaico, el cual, coincidiendo con lo que dice la Biblia, afirma que el sol y el resto del universo giran en torno a la tierra. Y a nivel naturalista, quedaban tres siglos para que Charles Darwin plantease la teoría de *la evolución de las especies*, por lo que fray Luis expone la visión *creacionista*, según la cual, todas las especies surgieron por obra de Dios en los seis días de la creación, tal y como es narrado en el capítulo primero del libro del Génesis. Por todo ello, fray Luis aporta una visión del mundo muy ingenua y fabulosa, que ahora, vista desde la mentalidad actual, resulta muy interesante y, asimismo, entretenida.

Además, si bien fray Luis muestra un gran amor y respeto por todos y cada uno de los elementos de la naturaleza, siguiendo la doctrina expuesta en la Biblia, también afirma que todos ellos han sido hechos por Dios para el servicio del ser humano, poniéndole a él en la cúspide de la creación. Si bien este *antropocentrismo* estaba perfectamente aceptado en tiempos de fray Luis, en la actualidad es cada vez más cuestionado, sobre todo fuera de la Iglesia.

En todo caso, el hecho es que en los siglos XVI, XVII y XVIII este texto tuvo una gran divulgación, junto a los otros tratados de fray Luis. Pero también es cierto que, poco a poco, la obra de este autor acabó siendo eclipsada por otros tratados espirituales y teológicos modernos. Asimismo, sus exposiciones naturalistas quedaron totalmente desfasadas respecto a los tratados de carácter científico que fueron surgiendo posteriormente. Y así, llegando a la actualidad, nos encontramos con que este valioso texto es poco conocido.

Por ello hemos decidido publicarlo gratuitamente en la web *dominicos.org* y, asimismo, hemos querido facilitar su lectura y comprensión transcribiendo las expresiones y términos arcaicos, empleando en su lugar otros contemporáneos. Nos hemos valido para ello del diccionario publicado por Salvador de Covarrubias en

1611, titulado: *Tesoro de la lengua castellana o española*<sup>2</sup>. También hemos acomodado la longitud de los párrafos, evitando que éstos sean excesivamente largos. Consideramos que así este texto podrá ser conocido y comprendido fácilmente por un buen número de personas, lo cual es, por cierto, lo que pretendía fray Luis al publicarlo. Pero, a sabiendas de que estamos ante una joya de la literatura española, hemos procurado que dichos cambios no alteren sustancialmente el texto. Con todo, animamos a nuestros lectores a que lo lean en su versión original, recogida en las ediciones de fray Justo Cuervo<sup>3</sup>, José María Balcells<sup>4</sup> o fray Álvaro Huerga<sup>5</sup>, en las cuales nos hemos apoyado para realizar la nuestra<sup>6</sup>. Por desgracia, estas tres ediciones están agotadas, aunque la de Cuervo se puede descargar gratuitamente en Internet<sup>7</sup>. En ellas, sobre todo en la tercera, hemos obtenido los lugares donde se hallan los textos citados por fray Luis. Y hemos revisado todas las citas bíblicas.

Es preciso que advirtamos aquí sobre el significado del verbo «considerar», pues es muy importante. En los antiguos textos espirituales –como son los de fray Luis–, hace referencia a reflexionar o meditar sobre algo a nivel intelectual y espiritual, de tal forma que aquello que los sentidos captan, la mente lo piensa y el corazón lo siente y lo interioriza. Dado que no existe un término contemporáneo que se ajuste exactamente a este significado, no lo hemos reemplazado.

La estructura de nuestro texto es la siguiente: comienza con la presentación «Al cristiano lector» de la *Introducción del símbolo de la fe*, después fray Luis expone el «Argumento de esta primera parte» y tres capítulos introductorios (I-III), a continuación trata sobre los seres inanimados y las plantas (capítulos IV-X) y más adelante pasa a hablar sobre los animales, a modo de bestiario (capítulos XI-XXII). Con el fin de ceñirnos al tema que nos ocupa, hemos prescindido del

<sup>2</sup> Salvador de COVARRUBIAS, *Tesoro de la Lengua Castellana o Española* (F. C. R. MALDONADO, ed.), Castalia, Madrid, 1995<sup>2</sup>.

<sup>3</sup> FRAY LUIS DE GRANADA, *Introducción del símbolo de la fe I*, en *Obras* (J. Cuervo, ed.) (14 vols.), Fuentenebro, Madrid, 1908, pp. 12-15.21-208.

<sup>4</sup> *Ibíd.*, *Introducción del Símbolo de la Fe* (J. M. Balcells, ed.), Cátedra, Madrid, 1989, pp. 7-10.15-226. En nuestra opinión, ésta es la mejor edición.

<sup>5</sup> *Ibíd.*, *Introducción del símbolo de la fe I*, en *Obras completas* (A. Huerga, ed.) (52 vols.), Fundación Universitaria Española, Madrid, 1996, pp. 17-20.25-216.

<sup>6</sup> También hemos consultado la edición publicada en Zaragoza en 1584.

<sup>7</sup> Hay una edición *online* de esta obra en <http://www.cervantesvirtual.com/>.

resto de la primera parte de la *Introducción del símbolo de la fe*, donde fray Luis habla de la anatomía y dignidad del ser humano (capítulos XXIII-XXXVI) y finaliza con una conclusión (capítulos XXXVII-XXXVIII). Asimismo, hemos eliminado del comienzo la dedicatoria de fray Luis al arzobispo de Toledo, la nota del impresor y el breve del Papa Gregorio XIII. Además, en el apartado dedicado «Al cristiano lector» hemos quitado lo referente a los otros tomos de la *Introducción del símbolo de la fe*.

Antes de comenzar con el texto en cuestión ofrecemos una breve cronología de la vida de fray Luis. Asimismo, creemos que al lector le resultará interesante y enriquecedor conocer cómo fray Luis contemplaba la naturaleza. Por ello recogemos un fragmento de la tesis doctoral en el que se trata sobre ello<sup>8</sup>. En él se incluyen textos de la *Introducción del símbolo de la fe* de la edición de fray Álvaro Huerga, lo cual permitirá al lector conocer cómo se expresaba fray Luis en su castellano del siglo XVI. Es necesario explicar que citamos dichos textos de este modo: IX se refiere al tomo de las *Obras completas* en el que está la primera parte de la *Introducción del símbolo de la fe*, y el número arábigo es la página. Concretamente, IX/9-216 abarca desde la dedicatoria al arzobispo de Toledo hasta el capítulo XXII, es decir, básicamente es el texto que nosotros exponemos.

---

<sup>8</sup> Julián de COS, *La espiritualidad naturalista de fray Luis de Granada. La contemplación de Dios en la naturaleza en la Introducción del símbolo de la fe*, Fundación Universitaria Española, Madrid 2009, pp. 360-370. Este fragmento también lo hemos incluido en Julián de Cos, *La espiritualidad de fray Luis de Granada*, Salamanca 2014 (pp. 115-123), que se puede descargar gratuitamente en dominicos.org.

**CRONOLOGÍA DE LA VIDA DE FRAY LUIS DE GRANADA**

- 1504: Nace Luis de Sarria en Granada.
- 1512: Sirve como paje para los hijos del Conde de Tendilla. Estudia humanidades.
- 1524: Profesa en la Orden de santo Domingo, en el convento de Santa Cruz la Real de Granada.
- 1525-1529: Estudia filosofía y principios de teología en el Estudio General de su convento.
- 1529-1533: Estudia en el Colegio de San Gregorio, de Valladolid. Cambia su apellido por *de Granada*.
- 1534: Se inscribe como misionero para ir al Nuevo Mundo. Sin embargo, es destinado a restaurar el convento de Escaceli de Córdoba.
- 1539: Rehúsa ser destinado al Colegio de San Gregorio de Valladolid como profesor.
- 1544 -ó 1540<sup>9</sup> -: Es promovido como *Predicador General*.
- 1545: Es elegido prior del convento de Palma del Río.
- 1546: El Maestro de la Orden le concede recorrer toda España para predicar.
- 1548-1550: Es elegido prior del convento de Badajoz.
- 1550-1551: Pasa a Évora como consejero del cardenal-infante Don Enrique.
- 1553: Publica el *Libro de la oración y meditación*.
- 1556: Es elegido prior provincial de Portugal. Es nombrado confesor de la reina doña Catalina.
- 1556-1557: Publica la *Guía de pecadores* en dos volúmenes.
- 1558: Es alertado por fr. Domingo de Soto del riesgo de ser condenadas sus obras por la Inquisición.
- 1559: Viaja a Valladolid para defenderse, pero tres obras suyas son incluidas en el Índice de libros prohibidos.
- 1560: Termina el provincialato y se traslada al convento de Sto. Domingo de Lisboa.
- 1562: Es nombrado *Maestro en Teología*.
- 1563: El concilio de Trento revisa y aprueba sus escritos que están en el Índice. El Papa Pío IV confirma esta aprobación.
- 1566: Publica, corregido y aumentado el *Libro de la oración y meditación*.
- 1567: Publica, totalmente reelaborada, la *Guía de Pecadores*.
- 1568-1569: Pasa largas temporadas en Setúbal, ocupándose de la construcción del nuevo convento.
- 1578: Es derrotado y muere el rey de Portugal Don Sebastián en Alcázar-Quibir. Sin buscarlo, fray Luis se ve inmerso en la crisis sucesoria.
- 1582-1588: Abundante correspondencia y publicación de obras.
- 1583: Publica las cuatro primeras partes de la *Introducción del símbolo de la fe*.
- 1585: Publica la quinta parte de la *Introducción del símbolo de la fe*.
- 1588: El 31 de diciembre muere fray Luis de Granada.<sup>10</sup>

<sup>9</sup> Cf. Álvaro HUERGA, *Fray Luis de Granada. Una vida al servicio de la Iglesia*, BAC, Madrid, 1988, 85-86.

<sup>10</sup> Cf. AA.VV., *Fray Luis de Granada. IV Centenario: 1588/1988*, Centro de estudios de Granada y su reino, Granada, 1988, 27-41.

## CÓMO CONTEMPLABA A DIOS EN LA NATURALEZA FRAY LUIS DE GRANADA

La creación por sí sola habla *parcialmente* de Dios. No es más que un paso *intermedio* de la senda espiritual, pues sólo Cristo puede posibilitar la unión con el Padre. Pero ello no imposibilita que se pueda adquirir *un cierto grado de experiencia de Dios* por medio de la naturaleza que sirva de «lanzadera» para alcanzar las más altas cotas místicas después de superarla. Y es eso lo que reflejan los textos de fray Luis: nos presenta la contemplación de la creación como un medio muy apropiado para *iniciar* y adquirir *cierta altura* en el conocimiento y experiencia de Dios. Por eso Granada habla de ello al comienzo de la *Introducción del símbolo de la fe*. Más adelante nos animará a completar el camino espiritual contemplando el misterio de la redención, que a su vez nos encaminará a la vida eterna, dónde seremos felices de un modo definitivo, pleno y eterno.

En efecto, es Cristo quien nos conduce a la plena unión con Dios y, por tanto, a la verdadera y plena felicidad. Pero la experiencia mística en la naturaleza, aunque no sea muy elevada, sí va a ser muy asequible y variada, perfectamente adaptable a todo tipo de creyentes. Ese es el gran valor de la espiritualidad naturalista.

De lo que acabamos de decir se deduce que no vamos a encontrar una altísima experiencia de Dios en los textos de fray Luis que hablan de la naturaleza, pero merece la pena estudiarlo porque es un elemento importante dentro de la espiritualidad de Granada y porque aunque imperfecta y limitada, se puede considerar ya como experiencia mística. Refiriéndose a Dios, esto dice fray Luis acerca de lo que puede conocerse por la espiritualidad naturalista:

«Y aunque sea poquito lo que de Vos conoceremos, pero mucho más vale conocer un poquito de las cosas altísimas, aunque sea con escuridad, que mucho de las bajas, aunque sea con claridad» (IX/43).

Partiendo de que fray Luis puede considerarse como una persona que alcanzó la experiencia mística y que IX/9-216 tiene ciertos rasgos místicos, vamos a indagar, a partir de este texto, qué

pasos pudo seguir nuestro autor para tener una cierta experiencia de Dios siguiendo la vía de la espiritualidad naturalista.

Granada confía en que el Espíritu Santo –«Pues guiadme, Vos, Señor en esta jornada...» (IX/46)– y su propia experiencia le guíen por la buena senda. Su buena formación, su sentido común y su carácter humilde y bondadoso le van a servir de indicadores o de «sensores» para saber en todo momento si la ruta que está siguiendo le lleva hacia Dios, o si, por el contrario, le guía a otro lugar: hacia sí mismo, hacia un dios a su medida, a la idolatría, a la superstición, etc.

Fray Luis de Granada no muestra juntas todas las etapas de su acercamiento a Dios desde la naturaleza en IX/9-216 –ni en ninguna otra parte de su obra–. Ello puede deberse a que el objetivo prioritario que fray Luis se ha marcado en IX/9-216 es mostrarnos cómo podemos conocer al Creador por medio de la naturaleza y no el enseñarnos la senda espiritual que sigue él mismo. Muy probablemente también se deba a que Granada no sigue un proceso único y rígido en su propia oración, y eso se refleja en su modo de expresar la experiencia de Dios. Por ello, para descubrir dichas etapas, hemos tenido que ir armando este proceso espiritual a modo de «rompecabezas», cogiendo de aquí y de allá los textos que, en nuestra opinión, corresponden con cada paso espiritual de Granada.

En todo caso, tenemos que tener muy claro que estos pasos que vamos a mostrar a continuación son una pura hipótesis y que, de ser cierta, no forma un esquema de comportamiento rígido. Es simplemente un esbozo teórico de la pauta de experiencia mística de Dios que ha podido seguir fray Luis. Sabiendo que era muy *flexible*, es de suponer que en ocasiones se saltase algunos pasos y otras veces siguiese un orden diferente.<sup>11</sup>

---

<sup>11</sup> El estudio completo sobre la *espiritualidad naturalista* de fray Luis de Granada se halla en la tesis –que citamos al comienzo de esta obra–. A la persona interesada en este tema le puede resultar también muy interesante la *Tabla de los elementos de la naturaleza*. Se trata de un *Anexo* de la tesis publicado en la siguiente dirección electrónica: <http://www.dominicos.org/espiritualidad/dominicana/estudios/fray-luis-de-granada/tabla-de-los-elementos-de-la-naturaleza>

## *Etapas de su proceso espiritual*

### *1º. Fray Luis de Granada desea amar a Dios*

«Señor Dios mío, ninguna cosa más desea mi ánima<sup>12</sup> que amaros, porque ninguna cosa hay a Vos más debida, ni a mí más necesaria que este amor. Criásteisme para que os amase, pusisteis mi bienaventuranza en este amor, mandásteisme que os amase, enseñásteisme que aquí estaba el merecimiento, y la honestidad, y la virtud, y la suavidad, y la libertad, y la paz, y la felicidad, y finalmente todos los bienes. Porque este amor es un breve sumario, en que se encierra todo lo bueno que hay en la tierra, y mucha parte de lo que se espera en el cielo» (IX/41).

### *2º. Sabe que es preciso conocer previamente a Dios para poder amarle*

«Enseñásteisme también, Salvador mío, que no os podía amar, si no os conocía. Amamos naturalmente la bondad y la hermosura, amamos a nuestros padres y bienhechores, amamos a nuestros amigos y a aquéllos con quien tenemos semejanza, y finalmente toda bondad y perfección es el blanco de nuestro amor. Este conocimiento se presupone para que de él nazca amor. Pues ¿quién me dará que así yo os conozca y entienda cómo en Vos solo están todas las razones y causas de amor? ¿Quién más bueno que Vos? ¿Quién más hermoso? ¿Quién más perfecto? ¿Quién más padre, y más amigo, y más largo bienhechor? Finalmente, ¿quién es el esposo de nuestras ánimas, el puerto de nuestros deseos, el centro de nuestros corazones, el último fin de nuestra vida, y nuestra última felicidad sino Vos?» (IX/41-42).

### *3º. Para ello parte del conocimiento de la naturaleza que le aportan los sentidos*

Fray Luis es un gran conocedor de la naturaleza. Él mismo la *observa* y saca sus propias conclusiones. También le gusta *imaginar* las

---

<sup>12</sup> Alma.

escenas naturales descritas por otros autores o que le han contado otras gentes.

«¿Qué diremos de tantas diferencias de flores tan hermosas, que no sirven para mantenimiento, sino para sola recreación del hombre? Porque ¿para qué otro oficio sirven las clavelillas, los claveles, los lirios, las azucenas y alhelíes, las matas de albahaca, y otras innumerables diferencias de flores, de que están llenos los jardines, los montes, y los campos y los prados, de ellas blancas, de ellas coloradas, de ellas amarillas, de ellas moradas, y de otros muchas colores, junto con el primor y artificio con que están labradas, y con la orden y concierto de las hojas que las cercan, y con el olor suavísimo que muchas de ellas tienen?» (IX/105).

Hablando de las hormigas dice:

«Sin más herramienta ni albañí que su boquilla, hacen un alholí<sup>13</sup> o silo debajo de la tierra, donde habiten y donde guarden su mantenimiento. Y aún este alholí no lo hace derecho, sino con grandes vueltas y revueltas a una parte y otra, como se dice de aquel laberinto de Dédalo, para que si algún animalejo enemigo entrare por la puerta, no las pueda fácilmente hallar ni despojar de sus tesoros. Y con la misma boquilla que hicieron la casa, sacan fuera la tierra, y la ponen como por vallado a la puerta de ella» (IX/176-177).

Lo más interesante de estos dos ejemplos es que nos muestran cómo fray Luis parte de muy diferentes puntos de vista para encontrar cosas *admirables* y, por medio de ellas, contemplar a Dios en la naturaleza. En el caso de las flores, se fija en su gran belleza. En el caso de las hormigas, en cómo hacen los silos donde almacenan las semillas. Y siguiendo con estas últimas, en otras ocasiones se fija en la fábrica<sup>14</sup> de sus ojos, en su fuerza y laboriosidad, en cómo prevén el futuro, en sus técnicas para conservar el grano almacenado, en sus reuniones sociales, en su olfato, en su habilidad para subir paredes, en su rito funerario y en la distribución interior de sus viviendas. Es

---

<sup>13</sup> «El granero público donde se recoge el trigo y la cebada» («Alholí», S. DE COVARRUBIAS, *Tesoro de la Lengua Castellana o Española* (F. C. R. Maldonado, ed.), Castalia, Madrid, 1995<sup>2</sup>, 64).

<sup>14</sup> Hechura.

decir, se puede contemplar a Dios desde las más insospechadas perspectivas.

**4º. Pero se da cuenta de que necesita de la ayuda divina para alcanzar lo que tanto desea**

«Todo nuestro conocimiento nace de nuestros sentidos, que son las puertas por donde las imágenes de las cosas entran en nuestras ánimas, mediante las cuales las conocemos. Vos, Señor, sois infinito, no podéis entrar por estos postigos tan estrechos, ni yo puedo formar imagen que tan alta cosa presente: pues ¿cómo os conoceré? ¡Oh altísima substancia, oh nobilísima esencia, oh incomprensible Majestad!, ¿quién os conocerá? Todas las cosas tienen finitas y limitadas sus naturalezas y virtudes, porque todas *las criásteis en número, peso y medida*, y las hicisteis sus rayas, y señalastes los límites de su jurisdicción» (IX/42).

Fray Luis bien sabe que con la sola razón natural es posible conocer la existencia de Dios y, parcialmente, algunas cualidades suyas. Pero una cosa es el conocimiento *puramente teórico* de un filósofo, que bien puede acabar en el error, y otra el conocimiento de quien pretende ir *ascendiendo espiritualmente* hacia Dios. Sólo la ayuda divina hace posible que esa apertura al mundo sensible no se quede en lo teórico y sensitivo, y vaya «más allá». Y esa ayuda divina nos llega por medio de la gracia, el amor, la fe católica, las Escrituras y la propia naturaleza:

«Ciego soy, y muy corto de vista, para conoceros, más por eso ayudará la gracia donde falta la naturaleza [...].

Cuanto más, Señor, que vuestra gracia ayudará a nuestra flaqueza, y si os comenzáremos a amar un poco, darnos heis por este amor pequeño otro más grande, con mayor conocimiento de vuestra gloria, así como nos lo tenéis prometido por vuestro evangelista, diciendo: *Si alguno me amare, mi Padre lo amará, y yo también lo amaré, y me descubriré a él* [Jn 14,21], que es darle un más perfecto conocimiento, para que así crezca más en ese amor.

Ayúdanos también para esto la santa fe católica, y las Escrituras sagradas, en las cuales tuvisteis, Señor, por bien daros a conocer, y revelarnos las maravillas de vuestra

grandeza, porque este tan alto conocimiento causase en nuestra voluntad amor y reverencia de vuestro santo nombre. Ayúdanos también la universidad de las criaturas, las cuales nos dan voces que os amemos, y nos enseñan por qué os habemos de amar. Ca en la perfección de ellas resplandece vuestra hermosura, y en el uso y servicio de ellas el amor que nos tenéis. Y así por todas partes nos incitan a que os amemos, así por lo que Vos sois en Vos, como por lo que sois para nosotros» (IX/43).

**5º. Lleno de admiración, y con la ayuda divina, logra conocer que hay «algo más» en la naturaleza: su Creador**

Si la finitud de sus ojos físicos no le permite ver lo sobrenatural, con los *ojos del ánima* puede contemplar a Dios en la naturaleza. Como podemos comprobar, por ejemplo, en el apartado en que habla «De la Hormiga», tiene la «sabiduría» necesaria para contemplar con amor la naturaleza tal como ésta se le presenta. Y así descubre a Dios. Hablando del mosquito, dice:

«Mas especialmente causa más admiración hallarse en él ojos. Porque espántanse los anatomistas del artificio con que el Criador formó este sentido tan excelente, con que tantas cosas conocemos. Pues ¿quién no se maravilla de que ese tan artificioso y tan delicado sentido haya formado el Criador en una cabeza tan pequeña como la del mosquito y de la hormiga?» (IX/174).

Es decir, fray Luis no se queda en la *materialidad* de lo que ve, disfruta y ama. Con la ayuda divina consigue ver con admiración *más allá* de lo físico. Descubre que el Creador abarca y supera todas las perfecciones que nos muestra la naturaleza. Observa que no hay criatura en esta tierra de la que no se preocupe Dios. Todas tienen medios para guardarse del frío o del calor, para hacerse un nido o para conseguir alimento. Cuando Granada contempla con admiración la creación no le cuesta mucho darse cuenta de que toda ella está bajo la bondadosa *providencia*. Sigue hablando de las hormigas:

«Mas ¿qué remedio para que el trigo, estando debajo de la tierra, no nazca, mayormente cuando llueve? ¿Qué corte diera

en esto un hombre de razón, presupuesto que el grano había de perseverar en el mismo lugar? De mí confieso que no lo supiera dar: mas sábelo la hormiguilla enseñada por otro mejor maestro» (IX/177).

«Mas a la verdad entendimiento tienen, no suyo, sino de aquella soberana Providencia que en ninguna cosa falta, y en ninguna yerra, y en todas es admirable como lo es en sí misma. No hay en este animalillo cosa que no nos esté predicando la sabiduría del que en tan pequeño cuerpo puso tantas habilidades» (IX/179).

**6°. *Fray Luis experimenta a Dios en su interior: se llena de alegría y amor hacia Él***

Para una persona como Granada que ha progresado tanto espiritualmente, el conocer a Dios por medio de la naturaleza le lleva a experimentarle en lo más hondo de su ser. El resultado de la sabia y amorosa contemplación de la naturaleza y del descubrimiento de su Creador, es una indisimulable explosión de amor y una profunda emoción que parecen conmover intensamente su interior. El conocimiento de Dios le provoca una inmensa alegría y es el fundamento de su felicidad. Hablando de los beneficios que supone conocer a Dios en sus criaturas dice lo siguiente:

«Por todo lo [...] que hasta aquí hemos dicho, se podrá entender el fruto que se saca de la consideración de las criaturas, así para el conocimiento como para el amor y reverencia del Criador » (IX/39).

«Esta espiritual alegría se recibe cuando el hombre, mirando la hermosura de las criaturas, no para en ellas, sino sube en ellas al conocimiento de la hermosura, de la bondad y de la caridad de Dios, que tales y tantas cosas crió no sólo para el uso, sino también para la recreación del hombre» (IX/36).

La contemplación de Dios a través de la creación le proporciona a Granada un «conocimiento» que le es difícil de expresar y que le remueve por dentro. Aunque la *Introducción del símbolo de la fe I* es una obra más doctrinal que espiritual, a nuestro autor se le escapan sus sentimientos hacia eso tan maravilloso que ha descubierto. Por ello,

leyendo «entre líneas» se puede descubrir a lo largo del texto cómo no sólo habla con la razón, sino que se deja llevar por su propia experiencia espiritual. Pongamos un ejemplo. Después de hablar «De las habilidades y facultades que la divina providencia dio a todos los animales para la criación de sus hijos» concluye diciendo:

«Mas esto poco habemos aquí trabado para enseñar al cristiano a filosofar en estas materias, y levantar por ellas el espíritu al conocimiento y amor de su Criador, el cual es tan admirable en sus criaturas, ¿cuánto más lo será en sí mismo? Y nuestro entendimiento tanto gusta de contemplar sus hechuras, ¿cuánto más gustará de contemplar la infinita sabiduría del que las hizo, el cual sabe tanto y puede tanto, que en tanta infinidad de criaturas que carecen de razón, tales inclinaciones imprimió, que hacen sus obras tan enteramente como tuvieran razón?» (IX/172).

En bastantes ocasiones fray Luis recurre a las Escrituras para expresar lo que brota de su interior:

«En lo cual nos dais a entender lo que tendréis guardado así en esta vida como en la otra para los que os sirven y aman, pues tal os mostráis con las criaturas insensibles que no os conocen. De todas estas maravillas está llena, Señor, la tierra, la mar y los aires, por donde con tanta razón exclama el profeta real: *Señor nuestro, ¡cuán admirable es vuestro nombre en toda la tierra!* [Sal 8,1.10]. Y por esta misma causa dice que en todo este mundo, *dende el principio donde el sol sale, hasta el fin donde se pone, es el nombre del Señor digno de ser amado* [Sal 112,3], porque todas las cosas que vemos en él, nos dan copiosa materia de su alabanza» (IX/128).

### **7º. Y conoce su amoroso cuidado por todos los seres humanos**

El *amor* que le une a Dios le sigue moviendo a fray Luis hacia un mejor *conocimiento* de Él. Al descubrir todos los bienes y dones que Dios ha dado a la naturaleza, deduce que los que ha dado a los seres humanos, sus criaturas predilectas, han de ser aun mayores. Nosotros también estamos bajo su bondadosa providencia. Por ello debemos tener *esperanza* de que Dios está con nosotros y de que es posible ser

*felices en este mundo*. Las flores, por ejemplo, las hizo Dios para que disfrutásemos con los ojos del cuerpo y del ánima:

«¿Para qué pues sirve todo esto, sino para recreación del hombre, para que tuviese en qué apascentar la vista de los ojos del cuerpo, y mucho más los del ánima, contemplando aquí la hermosura del Criador y el cuidado que tuvo, no sólo de nuestro mantenimiento, como padre de familia para sus criados, sino como padre verdadero para con sus hijos, e hijos regalados? Y como tal no se contenta con proveerles de lo necesario para su conservación, sino también de cosas fabricadas para su recreación» (IX/105).

### **8º. Jesucristo, nuestro Redentor, le muestra al Padre**

La naturaleza no sólo le muestra a fray Luis la amorosa providencia de Dios, con ayuda de la historia y, sobre todo, de la revelación, también le lleva hasta el centro de nuestra fe: el misterio de nuestra redención. Dios nos ha enviado a su Hijo para nuestra salvación. Así lo percibe contemplando las hormigas:

«Juntemos agora el fin con el principio de este capítulo, pues que tan gran motivo tiene aquí un cristiano para pedir a Dios el remedio de todas sus necesidades. Con cuánta confianza puede decir: Señor, que tantas y tan grandes habilidades disteis a una hormiga para la conservación de su vida, en que tan poco va, ¿cómo os olvidaréis del hombre, que Vos criasteis en vuestra imagen y semejanza, y hicisteis capaz de vuestra gloria, y redimisteis con la sangre de vuestro Hijo, si él no desmereciere este favor por estar otollado en el cieno de sus pecados? Si tanto cuidado tenéis de las cosas menores, ¿cuánto mayor lo tendréis de las mayores?» (IX/179-180).

Jesucristo nos muestra al Padre. Por ello es necesaria su mediación para poder llegar a la unión con Dios. Es tan importante Jesucristo, que le dedica la mitad de la *Introducción del símbolo de la fe*.

### **9º. Fray Luis toma la vía apofática hacia la unión con Dios**

Y por último fray Luis *deja la vía naturalista* y se adentra en la *vía apofática*, abandonando todo lo que percibe y conoce, para ascender hacia la unión con Dios. Saliéndonos del marco de IX/9-216, veamos

cómo se apoya en la contemplación de las hormigas para dar este paso:

«Pues tanteemos ahora cuál será aquel ser en quien cabe este tan admirable y espantoso poder. ¿Qué comparación hay de todo otro poder criado, pues ninguno es poderoso para criar una hormiga?

Entendida pues la infinita distancia y diferencia que hay del poder del Criador a todo otro poder criado, entenderemos la que hay del ser criado al ser del Criador. Y conforme a esto decimos que aquella altísima Substancia dista infinitamente de toda otra substancia, la cual tiene otra manera de ser, y de poder, y de grandeza, y de sabiduría, y de hermosura, y de otras infinitas perfecciones, que ningún entendimiento criado puede comprender. Y por esto, para conocer algo de Él, habemos de dejar debajo de nuestros pies las criaturas del cielo y de la tierra, y pasar de vuelo sobre todo lo que se puede sentir y imaginar y entender, para llegar de alguna manera a aquella Substancia que sobrepuja todos los sentidos y entendimientos, y se diferencia y aventaja infinitamente de todo» (IX/345).

Ahora que nuestro autor ha llegado a altas cotas místicas es mucho más parco en palabras. No quiere confundir a sus lectores. Prefiere dejar al Espíritu Santo las manos libres para poder guiarles espiritualmente.

Volvemos a repetir algo muy importante: hay que tener en cuenta que fray Luis insiste mucho en la *flexibilidad* de la metodología espiritual. Son muchos los cambios que se pueden hacer en estos nueve pasos. Esto que hemos mostrado no es más que una *construcción teórica* a partir de lo que dicen los textos.



## [INTRODUCCIÓN DEL SÍMBOLO DE LA FE]

## AL CRISTIANO LECTOR

Que es el conocimiento de Dios principio y fundamento de toda nuestra felicidad y bienaventuranza, muy notorio es a todos. Este conocimiento es la propia y verdadera teología de los cristianos, que es la reina y señora de todas las ciencias<sup>15</sup>. Porque si –como Aristóteles dice– aquélla es más alta ciencia, que trata de más excelente materia<sup>16</sup>, ¿qué cosa más excelente y más alta que Dios? Ésta es aquella ciencia que alaba y engrandece el mismo Dios por medio de Jeremías diciendo: «No se gloríe el sabio en su sabiduría, ni el rico en sus riquezas, ni el fuerte en su fortaleza, mas en esto se gloríe el que quisiere gloriarse, que es en tener noticia y conocimiento de Mí»<sup>17</sup>. Pues este conocimiento es –como decimos– la ciencia más alta, más divina, más provechosa, más suave y más necesaria de cuantas el entendimiento humano puede abarcar. Este conocimiento lo tienen los bienaventurados en el Cielo por clara visión de la esencia divina. Mas como esto no tiene lugar en esta vida [terrena], recurrimos a la consideración de las obras de Dios, las cuales, como obras y efectos de su bondad y sabiduría, nos dan alguna noticia de la fuente y causa de donde proceden.

De estas obras unas son de la naturaleza y otras de la gracia [divina]. Las de la naturaleza son las obras de la creación, que sirven para la sustentación de nuestros cuerpos; mas las de la gracia conciernen a la santificación de nuestras almas, las cuales son muchas. Mas la principal, y la fuente de donde todas manan, es la obra de nuestra redención. En lo cual parece que estas dos tan principales obras de nuestro Señor nos son dos grandes libros en los que podemos leer y estudiar toda la vida, para venir por ellas al conocimiento de Él y de la grandeza y hermosura de sus perfecciones, las cuales en estas obras suyas así como en un espejo purísimo resplandecen, y junto con esto nos dan materia de suavísima contemplación, que es el verdadero alimento y sustento de las almas.

---

<sup>15</sup> Cf. TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica*, I, q. 1, a. 5.

<sup>16</sup> Cf. ARISTÓTELES, *Metafísica*, VI, 1 y XI; *De anima*, I, 1.

<sup>17</sup> Jr 9,22-23.

Estas dos obras tan señaladas son los principales fundamentos de los artículos de nuestra fe. Porque por la primera de ellas se declara la primera parte del credo, que corresponde a la persona del Padre, que es: «Creo en Dios Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra». Mas por la segunda se declara la segunda parte de él, que corresponde a la persona del Hijo, y abarca los artículos que corresponden a su sagrada humanidad. Y así declaradas estas dos obras tan principales, queda declarada la mayor parte de los artículos de nuestra fe. En lo cual parece que así como los cuerpos celestes se *revuelven* sobre los dos polos del mundo, que llaman *Ártico* y *Antártico*, así todos los misterios y artículos de nuestra fe se fundan en estos dos tan principales que decimos. Y por tanto, sabidos éstos, queda el cristiano suficientemente introducido en la inteligencia de los misterios de nuestra santa fe, que es el intento y fin de esta nuestra *Introducción* [del símbolo de la fe, es decir, de nuestro comentario sobre el credo].

Y porque el primer fundamento de nuestra fe es aquél que pone san Pablo cuando dice que «el que se acerca a Dios, ha de creer primeramente que hay Dios, y que Él es remunerador de los que le buscan»<sup>18</sup>, por esta causa en la primera parte de este libro se trata de Dios nuestro Señor, y de su divina providencia, y de sus grandezas y perfecciones, en cuanto se conocen por las cosas creadas. En esta parte se ponen las razones principales por donde los filósofos conocieron que había Dios, al cual llamaron «primer movedor», «primer principio», «primera verdad», «sumo bien» y «primera causa» de la que dependen todas las otras causas, y ella no depende de nadie, porque no tiene superior<sup>19</sup>.

Entre estas razones una de las más acomodadas a la capacidad del pueblo es ver el orden de todo este mundo, esto es, ver los movimientos de los cielos –de quien procede la variedad de los tiempos del año– tan acomodados a la procreación y conservación de las cosas, pues cada año –que es una *revolución* del sol– tenemos un nuevo parto y creación de animales, y peces, y aves, y una nueva provisión y sustento para nosotros y para ellos. Y lo mismo nos declaran las habilidades que el Creador dio a estos animales para buscar su sustento, y para defenderse de sus contrarios, y para

---

<sup>18</sup> Hb 11,6.

<sup>19</sup> Cf. TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica*, I, q. 2, a. 3.

curarse en sus enfermedades, y para criar y alimentar a sus hijos. En lo cual singularmente resplandece la divina providencia, la cual tan perfectamente y por tantas y tan diversas maneras proveyó a todas las criaturas, por muy pequeñas que sean, de todo lo necesario para su conservación.

De esta manera la oveja y todos los otros animales por natural instinto conocen las hierbas que les son saludables, y las venenosas, y comen las unas y dejan las otras. De esta manera, las grullas, cuando van de camino y reposan de noche, tienen su centinela que las vela con una piedra en la mano, para despertar, si se durmiere; y cuando está desvelada, despierta a otra compañera, para que la suceda en el mismo cargo. Pues, ¿qué diré de las habilidades de las hormigas, y de la sutileza de las redes y telas que tejen las arañas, y de la república de las abejas con su rey tan bien ordenada, y de la habilidad de los gusanos que crían la seda, que es todo el ornamento del mundo?

## § I

Considerando, pues, los filósofos éstas y otras semejantes habilidades que se ven en las criaturas, forman este razonamiento con el que prueban que hay en este mundo un sapientísimo gobernador que lo rige. Porque vemos –dicen ellos– que todos los toscos animales hacen todo aquello que conviene a su conservación, tan a su propósito como si tuvieran razón; pero sabemos que carecen de ella, por lo que hemos de confesar que hay una Razón universal y una suma Sabiduría, que formó todos estos animales con tales inclinaciones que, sin tener razón, hagan todo aquello que les conviene, tan acertadamente como si la tuvieran. Porque, poniendo algunos ejemplos: ¿de qué otra manera harían su nido las golondrinas, si tuvieran razón, que como lo hacen?; y ¿de qué otra manera criarían sus hijos, sino como los crían?; y ¿de cuál otra manera repartirían tan igualmente el trabajo de la crianza, sino como lo reparten?; y ¿de qué otra manera mudarían [en sus migraciones] los aires y las regiones en sus tiempos, sino como los mudan?

Tenemos en esta materia por luz y guía dos grandes santos, que con gran estudio y elocuencia escribieron sobre ella, que son san Basilio<sup>20</sup> y san Ambrosio<sup>21</sup>, tratando en particular de las obras de los

<sup>20</sup> Cf. BASILIO, *Hexaameron*, IX: PG 29, 3-208.

<sup>21</sup> Cf. AMBROSIO, *Hexaameron*, VI: PL 14, 133-288.

seis días en los que nuestro Señor creó todas las cosas. La cual materia tratan, no como filósofos, que no pretenden más que darnos conocimiento de las cosas, sino como teólogos, mostrando en ellas la infinita sabiduría del Hacedor, que tales cosas supo trazar, y la de su omnipotencia, que todo lo que trazó pudo hacer sólo con su palabra, y la de su bondad y providencia, la cual tan perfectamente proveyó a todas ellas de lo que les era necesario, desde la más alta hasta la más baja, sin dejar cosa por proveer. Y este conocimiento sirve para la admiración y la reverencia a tan gran Majestad, y para el amor a tan gran Bondad, y para el temor y obediencia a tan gran Poder y Sabiduría, y para la confianza en tan perfecta y misericordiosa Providencia, porque la que a ninguna criatura, por pequeña que sea, falta, no faltará a aquélla para cuyo servicio creó todas las otras.

Éste es el fruto, ésta la doctrina que sacamos de leer en el libro de las criaturas, en donde los santos leían, como más adelante se declarará.

Mas el principal intento al que se ordena la doctrina de esta primera parte es a que, vistas estas grandezas del Creador, reconozcamos la gran obligación que tenemos de amar, servir y honrar a un tan gran Señor, así por lo que es en sí, como por la providencia y cuidado que tiene de nosotros. Porque así como las grandezas de Dios y sus beneficios exceden infinitamente a las grandezas y beneficios de los seres humanos, así excede esta obligación que a su amor y servicio tenemos, a la que tenemos a todos los seres humanos [...].

++

*Primera parte de la Introducción del símbolo de la fe.*

*En la cual se trata de la creación del mundo para venir por las criaturas al conocimiento del Creador y de sus divinas perfecciones*

**ARGUMENTO DE ESTA PRIMERA PARTE DE LA INTRODUCCIÓN DEL SÍMBOLO DE LA FE**

Como hay muchos medios para llegar al conocimiento del universal Creador y Señor, aquí principalmente usaremos de aquel que el Apóstol [san Pablo] nos enseña cuando dice que «las cosas que no vemos de Dios, se conocen por las que vemos obradas por Él en este mundo, por las cuales se conoce su eterno poder y la alteza de su divinidad»<sup>22</sup>. Porque como los efectos nos declaran algo de las causas de donde proceden, y todas las criaturas son efectos y obras de Dios, ellas, cada cual en su grado, nos dan alguna noticia de su Hacedor. Por lo cual seguiremos aquí esta manera de filosofar, discurriendo primero por las partes principales de este mundo, que son los cielos, las estrellas y los elementos, y luego descenderemos a tratar en particular de las otras criaturas, rastreando por ellas la infinita sabiduría y omnipotencia del que las creó, y la bondad y providencia con las que las gobierna.

Servirá este discurso, además de para [mejorar] nuestro conocimiento de Dios, que es propio de la doctrina del Catecismo, para darle gracias por sus beneficios, cuando consideremos que toda esta tan gran casa y hechura del mundo creó este soberano Señor, no sólo para la provisión de nuestras necesidades, sino mucho más para que por el conocimiento de las criaturas levantemos nuestros espíritus al conocimiento y amor de nuestro Creador, mirando que toda esta tan gran casa con tanta suntuosidad de cosas fabricó Él, no para sí, pues desde la eternidad estuvo sin ella, ni para los ángeles, que son espíritus puros y no tienen necesidad de lugar corporal en el que estén, y mucho menos para los animales, pues era esto cosa indigna de tal Artífice, sino sólo para el ser humano. En lo cual verá cuánto este Señor lo amó, y lo estimó, y lo honró, pues tales palacios con tanta provisión de innumerables cosas asignó para él, lo cual declararemos en todo este proceso, mostrando claramente que todas

---

<sup>22</sup> Rm 1,20

las cosas van enderezadas al uso y provecho del ser humano.

Servirá también esta doctrina para fortalecer nuestra confianza. Porque considerando el ser humano cuán perfectamente aquella infinita Bondad provee de lo necesario a todos los toscos animales, por pequeños que sean –como son la hormiga, el mosquito, la araña, y otros semejantes–, verá claro cuánta razón tiene para fiarse de Dios, que no faltará a la más noble de sus criaturas, para cuyo servicio creó todo este mundo inferior, en lo que fuere necesario para la provisión de su cuerpo y santificación de su alma.

Lo tercero, sirve esta doctrina para dar a las personas espirituales materia copiosa de consideración, mirando en las criaturas la hermosura, la sabiduría, la bondad y la providencia de su Creador y Gobernador. En la cual consideración pusieron los grandes filósofos la suma de la felicidad humana, como luego declararemos.

#### **CAPÍTULO I. EL FRUTO QUE SE SACA DE LA CONSIDERACIÓN DE LAS OBRAS DE LA NATURALEZA, Y CÓMO LOS SANTOS JUNTARON ESTA CONSIDERACIÓN CON LA DE LAS OBRAS DE LA GRACIA [DIVINA]**

Todas las personas de altas y excelentes inteligencias que, menospreciando los cuidados de los bienes materiales, emplearon su pensamiento y su vida en el estudio y conocimiento de las cosas divinas y humanas, en ninguna cosa más se desvelaron que en investigar cuál es el fin del ser humano, y su último y sumo bien<sup>23</sup>. Porque sin este conocimiento no se puede regir ni enderezar por convenientes pasos y caminos la vida, pues nos consta que las reglas de los medios se han de tomar del fin. Y aunque en esto hubo muchas y diversas opiniones, al final vinieron los más importantes filósofos a determinar que el último y sumo bien del ser humano consistía en el ejercicio y uso de la más excelente obra del ser humano, que es el conocimiento y contemplación de Dios. Y digo «en el ejercicio», porque –según dice Aristóteles<sup>24</sup>– como una golondrina no hace verano, sino muchas, así una consideración de éstas no hace al ser humano bienaventurado, sino el ejercicio y uso de ellas.

---

<sup>23</sup> Cf. TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica*, I-II, q. 1

<sup>24</sup> Cf. ARISTÓTELES, *Ética a Nicómaco*, I, 6 (*Opera*, t. II, Paris, Didot, 1850, p. 7).

## [Las obras de la naturaleza]

Éste fue el estudio y ocupación de algunos insignes filósofos, y así se escribe de Séneca que, para emplear en esto una parte de la vida, se fue de Roma<sup>25</sup>, para poder con mayor quietud y reposo dedicarse a la contemplación de las cosas divinas. Y porque en este ejercicio concuerdan los filósofos con los cristianos, me pareció deducir aquí la manera en la que este gran filósofo se ejercitaba en este oficio. Lo cual servirá para confusión de muchos cristianos, que ni tienen ojos para saber mirar las maravillas que Dios ha obrado en este mundo, ni les pasa por el pensamiento lo que este filósofo pagano siempre hacía. Pues conforme a esto, escribe él a un amigo suyo que ninguna cosa mejor hace un sabio que levantar su corazón a la consideración de las cosas divinas<sup>26</sup>. Y en otra carta escribe al mismo que:

«No teniendo que ocuparse el ser humano de este oficio, no tenía para qué haber nacido. Porque, ¿de qué servirá alegrarme yo de estar puesto en el número de los vivientes? ¿Por ventura para comer y beber, y para sustentar este cuerpo deleznable y perecedero, si a cada hora no lo llenamos de alimentos, y para vivir sometidos a enfermedades, y temer la muerte, para la cual todos nacemos? Quitado aparte este inestimable bien, no estimo en tanto esta vida, que por ella haya de sudar y trabajar. ¡Oh, cuán baja cosa es el ser humano, si no se levanta sobre las cosas humanas! Cuando peleamos con nuestras pasiones, ¿qué mucho hacemos? Aunque seamos vencedores en esta lucha, no hicimos más que vencer monstruos. Escapaste de los vicios, no eres persona de dos caras, no hablas para contentar a los otros, estás libre de avaricia –la cual se niega a sí misma lo que quita a los otros– ni te fatiga la ambición –la cual busca las dignidades haciendo cosas indignas–. Con todo esto, no es mucho lo que has alcanzado, de muchos males te has librado, mas aún no de ti, porque la virtud que buscamos es grande y magnífica. No está la bienaventuranza del ser humano [sólo] en carecer de vicios, mas sirve esto para agrandar el corazón, y disponerlo

<sup>25</sup> Cf. SÉNECA, *Epistulae ad Lucilium*, epist. 8, 2 (*Opera*, t. IX, Pisa, Giardini editori, 1983, p. 29).

<sup>26</sup> Cf. *Ibíd.*, epist. 65 (*ibíd.*, pp. 238-239).

para el conocimiento de las cosas celestiales, y hacerlo digno de la compañía de Dios.

Entonces está acabado y perfecto nuestro bien: cuando puestos todos los vicios debajo de los pies, subimos a lo alto, y llegamos a penetrar los secretos de la naturaleza. Entonces disfruta el ser humano andando entre las estrellas, y de reírse de los edificios y las casas hermosas de los ricos, y de toda la tierra, con todo el oro que se ha desenterrado, y del que está guardado para la avaricia de los venideros. Ni podría la mente menospreciar las ricas portadas, y los techos de marfil, y las mesas de arrayán cortadas a tijeras, y los caños de agua traídos a las casas de los ricos, si [antes] no hubiere rodeado todo el mundo, y hubiere mirado desde lo alto la redondez de la tierra, tan estrecha y en gran parte cubierta de agua, para que, entonces, se diga ella a sí misma: “¿Éste es el lugar que a fuego y a sangre se divide entre las gentes?”.

¡Oh, cuán dignos de reír son los términos de los mortales! Lugar es éste en el que navegáis, y batalláis, y ordenáis reinos y provincias. En lo alto hay grandes espacios, en los cuales es admitida la mente, pero no la de todos, sino la de aquéllos que llevan consigo poco del cuerpo, y expulsaron de sí toda inmundicia, los cuales desembarazados y aliviados de estas cargas, y contentos con poco, se levantan a lo alto.

Y cuando dicha mente toca las cosas soberanas, entonces se recrea y crece, y libre de las prisiones de la carne, vuelve a su origen y principio. Y esto toma como argumento de su propio carácter divino, al ver que las cosas divinas la deleitan, y que se ocupa de ellas, no como de cosas ajenas, sino como de suyas propias. Entonces con seguridad considera el ascenso de las estrellas, y el descenso de ellas, y la concordia que guardan en tan diversos movimientos y caminos, y con curiosidad examina cada cosa de éstas, y busca la razón de ellas. ¿Por qué no buscará [más], pues entiende que todo esto le corresponde a ella?

Entonces [por el contrario] menosprecia la estrechura de este mundo. Porque, aunque todo el espacio que hay desde los últimos términos de España hasta las Indias [es decir, hasta América] lo recorre un navío –si le hace buen tiempo– en pocos días, aquella celestial región apenas es recorrida por una estrella

muy veloz en treinta años. Entonces el ser humano aprende lo que mucho antes deseó, que es conocer a Dios.

[Así pues] ¿qué cosa es Dios?: mente y razón del universo. ¿Qué cosa es Dios?: todo lo que vemos, porque en todas las cosas vemos su sabiduría y asistencia, y de esta manera confesamos su grandeza, la cual es tanta, que no se puede pensar otra mayor. Y si Él solo es todas las cosas, Él es el que dentro y fuera sustenta esta gran obra que hizo.

Pues, ¿qué diferencia hay entre la naturaleza divina y la nuestra? La diferencia, entre otras, es que la mejor parte de la nuestra es la mente, mas Él todo es mente, todo razón y todo entendimiento. En lo cual se ve cuán grande es el error de aquellos locos, los cuales, siendo este mundo una obra tal, que no se puede hallar otra ni más hermosa, ni más bien ordenada, ni más constante y regulada, vinieron a decir que se había hecho por casualidad, sin tener en cuenta que, siendo ellos conscientes de tener alma, la cual ordena y endereza sus ocupaciones y las ajenas, [sin embargo] esto se lo niegan a este universo, en el cual todas las cosas se hacen con sumo concierto»<sup>27</sup>.

Lo susodicho, en sustancia, es de Séneca. El cual, en el libro que escribió *Sobre la vida bienaventurada*, dice que:

«La misma naturaleza nos creó no sólo para obrar, sino también para contemplar. Y por esto –dice él– que ella imprimió en nuestras mentes un natural deseo de saber las cosas secretas. Por lo que muchos navegan y andan peregrinando por regiones muy apartadas sólo por este interés de saber cosas escondidas. Nos dio –dice él– la naturaleza un entendimiento curioso, y como ella conocía la maestría y hermosura de sus obras, quiso que fuésemos contempladores de ellas, pareciéndole que perdería el fruto de sus trabajos si cosas tan grandes, tan claras, tan sutilmente ordenadas, y tan resplandecientes, y por tantas vías hermosas, las creara para la soledad.

Y para que sepas que ella quiso ser no solamente mirada, sino también contemplada, considera el lugar en el que nos puso, que fue en medio del mundo, donde nos dio vista hacia todas partes, para que de ahí pudiésemos ver las estrellas cuando

---

<sup>27</sup> Cf. SÉNECA, *Naturales quaestiones*, lib. I [praefatio] (*Opera*, t. VII, Pisa, Giardini editori, 1982, pp. 11-14).

nacen y cuando se ponen, y más allá de esto nos puso la cabeza en lo más alto del cuerpo sobre un cuello flexible, para que pudiese volver el rostro a la parte que quisiese. Y de los doce signos del cielo, por donde anda el sol, nos descubrió los seis del día, y los otros seis de la noche, para que con el gusto de estas cosas que se ven, nos encendiese la codicia de saber las que no se ven, para que por esta vía procediésemos de las cosas claras a las oscuras, y así viniésemos a hallar una cosa más antigua que el mundo, de la cual salieron esas estrellas.

De manera que nuestro pensamiento ha de romper los muros del cielo, y pasar adelante, y no contentarse con saber solamente lo que ve, sino también lo que no se ve. Pues si bien la persona sabia entiende que ha nacido para esto, no piensa que tiene sobrado el tiempo de la vida para este estudio, antes sabe que, por muy avarienta que sea de él, y aunque ninguna parte se le pierda por negligencia, [dicho tiempo] es muy breve para alcanzar tan grandes cosas, y que la vida del ser humano es muy mortal para el conocimiento de las cosas inmortales»<sup>28</sup>.

Y el mismo filósofo, en una carta escrita a un amigo suyo, muestra cuánta razón tiene de ocuparse en la consideración de las cosas naturales, para venir al conocimiento de su Hacedor. Y así dice él:

«¿Yo no procuraré saber cuáles son los principios con los que se hicieron todas las cosas, quién es el Hacedor de ellas, quién el Artífice de este mundo, por qué vía una cosa tan grande se puso en orden y ley, quién recogió cosas tan dispersas, y apartó cosas tan confusas, y dio nueva figura a las que estaban afeadas y escondidas, de dónde procede esta tan gran luz, si es fuego u otra cosa más resplandeciente que Él?

Pues, ¿yo no trabajaré por saber estas cosas, y entender de dónde vine yo a este mundo y a dónde tengo de ir acabada la vida, y cuál es el lugar que está asignado para las almas después de que estén libres de las leyes de esta servidumbre? ¿Quieres que no me levante a las cosas del Cielo, sino que viva con la

---

<sup>28</sup> SÉNECA, *De otio*, V, 1 (*Opera*, t. I, Pisa, Giardini editori, 1981, pp. 125; 127-128)

cabeza baja, como una bestia muda? Mayor soy, y para mayores cosas nací, que para ser esclavo de mi cuerpo»<sup>29</sup>.

Por todo lo que este gran filósofo nos ha enseñado en todas estas palabras, vemos cómo por el conocimiento de las criaturas nuestro entendimiento se levanta al conocimiento del Creador, así como por el conocimiento de los efectos venimos al conocimiento de las causas de donde proceden. Pues como este mundo visible es efecto y obra de las manos de Dios, él nos da conocimiento de su Hacedor, esto es, de la grandeza de quien hizo cosas tan grandes, y de la hermosura de quien formó cosas tan hermosas, y de la omnipotencia de quien las creó de la nada, y de la sabiduría con las que tan perfectamente las ordenó, y de la bondad con la que tan magníficamente las proveyó de todo lo necesario, y de la providencia con la que todo lo rige y gobierna.

Éste era el libro en el que los grandes filósofos estudiaban, y en el estudio y la contemplación de estas cosas tan altas y divinas ponían la felicidad del ser humano.

### **[Las obras de la gracia divina]**

#### **§ I**

Mas los cristianos, además de estas obras de la naturaleza, tenemos las de la gracia [divina], que son más altas, y nos dan mayor conocimiento de lo que es más glorioso en Dios, que es de su bondad y misericordia. Y aunque las de la gracia sean más excelentes, porque tienen más alto fin, que es la santificación y deificación del ser humano, dado que las obras de la naturaleza son hijas del mismo padre, y efectos de la misma causa, también nos dan conocimiento del principio de donde proceden. Esto nos lo declaran los cuatro últimos capítulos del libro de Job, en los cuales, hablando Dios con este santo, le da conocimiento de su omnipotencia y sabiduría y providencia, representándole las maravillas de las obras que en este mundo visible tiene hechas.

Para lo cual, comenzando por las partes mayores del universo, y declarando la grandeza de ellas, que son: cielos, tierra y mar,

---

<sup>29</sup> SÉNECA, *Epistulae ad Lucilium*, epist. 65, 19-21 (*Opera*, t. IX, Pisa, Giardini editori, 1983, pp. 238-239).

discurre luego por todas las otras menores, esto es, por las lluvias, nieves, heladas, vientos, truenos y relámpagos, que se engendran en la media región del aire. Después de lo cual desciende a tratar sobre los animales de la tierra, y sobre las aves del aire, y sobre la grandeza y fortaleza de los grandes peces de la mar. Y por estas cosas en las que la sabiduría y la omnipotencia divina resplandecen, Dios se da a conocer a aquel santo varón, enseñándole a filosofar en este gran libro de las criaturas, las cuales, cada una a su manera, predicán la gloria del Artífice que las creó.

El gran Antonio [Abad] dijo que estudiaba en este libro, porque, preguntándole un filósofo en qué libro leía, respondió el santo: «El libro, oh filósofo, que yo leo, es todo este mundo»<sup>30</sup>. En este mismo libro estudiaba también aquel divino cantor [el rey David], el cual en muchos de sus salmos recrea y apacienta su espíritu con la consideración tanto de las obras de la naturaleza como de la gracia. Y así, en aquel salmo que comienza [diciendo]: «Los cielos predicán la gloria de Dios»<sup>31</sup>, la mitad del salmo gasta en contemplar estas obras de la naturaleza, y la otra en una de las principales obras de la gracia, que es en la pureza y hermosura de la ley de Dios.

Y en el salmo 135 nos pide que alabemos a Dios porque con su entendimiento creó los cielos, y asentó la tierra sobre las aguas, y creó dos grandes lumbreras, el sol para alumbrar el día, y la luna para la noche<sup>32</sup>. Y en el salmo 146 manda que le alabemos porque cubre el cielo de nubes, y con ellas envía el agua de lluvia sobre la tierra, y produce en los montes heno y hierba para el servicio de los seres humanos, y porque provee de sustento a todos los animales, y a los hijuelos de los cuervos, cuando le llaman<sup>33</sup>. Y en el salmo que se sigue nos pide que le alabemos porque nos da pan en abundancia, y por las nieves que nos envía de lo alto, y por las nieblas, y por los fríos, y por los vientos, y por las lluvias<sup>34</sup>. De manera que en todos estos salmos junta las obras de la naturaleza con las de la gracia, y por las unas y por las otras canta los divinos loores.

---

<sup>30</sup> SÓCRATES, *Historia ecclesiastica*, IV, 23: PG 67,518; ATANASIO, *Vita s. Antonii*: PG 26, 977.

<sup>31</sup> Sal 19,2.

<sup>32</sup> Cf. Sal 136,5-9.

<sup>33</sup> Cf. Sal 147,8-9.

<sup>34</sup> Cf. Sal 148,8.

Mas en el salmo 103, que comienza [exclamando]: «¡Bendice, alma mía!», el segundo [versículo], discurre por la hermosura y hechura y orden de todas las cosas creadas en el cielo, y en la tierra, y en la mar, y por todas ellas alaba a Dios. Y al principio de él dice que está Dios «vestido de alabanza y hermosura»<sup>35</sup>, expresando por medio de estas palabras cómo todas las criaturas declaran cuán grande es su hermosura, y cuán digno es de ser alabado por ella. Mas al final del salmo, como impresionado de tantas maravillas, exclama diciendo: «¡Cuán engrandecidas son, Señor, vuestras obras! Todas están hechas con suma sabiduría, y la tierra está llena de vuestras riquezas»<sup>36</sup>. Esta admiración de las obras de Dios anda siempre acompañada con una gran alegría y suavidad, la cual el mismo profeta declaró en otro salmo diciendo: «Alegrasteis, Señor, mi alma con las cosas que tenéis hechas, y con la consideración de las obras de vuestras manos me gozaré»<sup>37</sup>.

Esta espiritual alegría se recibe cuando el ser humano, mirando la hermosura de las criaturas, no para en ellas, sino sube por ellas al conocimiento de la hermosura, de la bondad y de la caridad de Dios, que tales y tantas cosas creó no sólo para el uso, sino también para el disfrute del ser humano. Porque así como una rica vestidura parece más hermosa vestida en un lindo cuerpo que mirándola fuera de él, así parecen más hermosas las criaturas aplicándolas al fin para el que fueron creadas, que es para ver en ellas a Dios, porque así como la vestidura se hizo para ornamento del cuerpo, así la criatura para conocer por ella al Creador.

Y por esto, no sólo con mayor fruto, sino también con mayor gusto, miran las personas espirituales estas cosas creadas, como son: cielo, sol, luna, estrellas, campos, ríos, fuentes, flores y arboledas, y otras semejantes.

## § II

Y aunque Aristóteles no era una persona espiritual, no dejó de entender el gran gusto y suavidad que había en esta manera de filosofar, subiendo por la escalera de las criaturas a la contemplación

---

<sup>35</sup> Sal 104,1.

<sup>36</sup> Sal 104,24.

<sup>37</sup> Sal 92,5.

de la sabiduría y hermosura del Hacedor<sup>38</sup>. Y así dice él en el libro de sus *Éticas* que son muy grandes los deleites que se gozan en la obra de la sapiencia<sup>39</sup>, que es en el ejercicio de esta contemplación.

Por lo cual me maravillo mucho tanto de Plinio como de tantas personas que se dan a la lectura de sus obras, las cuales ningún otro fruto sacan de tantas maravillas como este autor escribe<sup>40</sup>, sino sólo cebar el apetito natural de la curiosidad que los seres humanos tienen de saber cosas extraordinarias y admirables, que sería mejor mortificarlo que cebarlo, pues así, de un solo lance, [en lugar de desviarse cebando su curiosidad] pueden llegar por este medio al conocimiento de aquella infinita bondad y sabiduría del Obrador de tantas maravillas, en lo cual hallarían, no sólo un gran fruto, sino también un gran deleite, que es lo que los seres humanos comúnmente buscan.

De este linaje de filósofos dice el Apóstol [san Pablo] que, «habiendo conocido a Dios por las obras de la naturaleza, no lo honraron como a Dios»<sup>41</sup>, porque, contentos con entender la maestría de las cosas que veían, no pasaron adelante para ver y honrar al Autor que las hizo.

Por tanto, el cristiano sírvase de las criaturas como de unos espejos para ver en ellas la gloria de su Hacedor, pues, como ya dijimos, para esto fueron ellas creadas. Y por esto, cuando aquí, o fuera de aquí, leyere los tantos tipos de habilidades que el Creador dio a todos los animales para alimentarse, y para curarse, y para defenderse, y para criar a sus hijos, no pare sólo en esto, sino suba por aquí al conocimiento del Hacedor, y de ahí descienda a sí mismo. Lo cual brevemente nos enseñó el Apóstol [san Pablo] cuando dijo: «¿Por ventura tiene Dios cuidado de los bueyes?»<sup>42</sup>. Bien conocía el Apóstol las habilidades que Dios había dado así a este animal como a todos los demás, para las cosas sobredichas, mas –enseñado por el Espíritu Santo– entendía que no paraba Dios allí, sino que tiraba principalmente hacia el ser humano, para cuyo servicio fueron ellos creados.

---

<sup>38</sup> Cf. ARISTÓTELES, *Sobre el alma*, II, 3.

<sup>39</sup> Cf. ARISTÓTELES, *Ética a Nicómaco*, X, 7 y 8.

<sup>40</sup> Cf. PLINIO, *Naturalis historia*, 11,1.

<sup>41</sup> Rm 1,21.

<sup>42</sup> 1Cor 9,9.

Porque por este medio pretendía mostrarle la grandeza de su *bondad*, la cual tan copiosamente provee a sus criaturas de todo lo que es necesario para su conservación, y la alteza de su *sabiduría*, que tantas y tan admirables habilidades para esto inventó, y la grandeza de su *omnipotencia*, pues todo lo que quiso e inventó, sólo con su palabra perfectísimamente acabó y, junto con esto, su perfectísima *providencia*, la cual abarca e incluye estas tres altísimas perfecciones divinas en sí misma.

Mas esto ¿para qué fin? Para que considerando esto los seres humanos, amasen aquella infinita bondad, y se maravillasen de aquella tan gran sabiduría, y obedeciesen y reverenciasen aquella suma omnipotencia, y pusiesen la esperanza del remedio de todas sus necesidades en aquella perfectísima providencia, porque a esto nos provoca Él cuando nos propone el ejemplo de «las aves que, sin sembrar, ni coger, ni guardar, son por su eterno Padre mantenidas»<sup>43</sup>.

Y cuanto las cosas son más viles y despreciadas, tanto más eficazmente refuerzan nuestra confianza. Porque quien considerare las extrañas habilidades que el Creador dio a una hormiga para alimentarse, de las cuales más adelante trataremos, ¿cómo no avivará con este ejemplo su esperanza? ¿Cómo no dirá de todo corazón: «Señor, si tantas habilidades disteis a este animalillo para alimentarse, que para ninguna cosa sirve en este mundo sino para robar los trabajos del labrador, ¿qué cuidado tendréis del ser humano, que criasteis a vuestra imagen y semejanza<sup>44</sup>, e hicisteis capaz de vuestra gloria, y redimisteis con la sangre de vuestro Hijo, si él no hiciere nada que desmerezca vuestro favor y amparo?»? No sé qué corazón haya tan débil que no se fortalezca y cobre ánimo con este ejemplo.

Pues bien, a este blanco tiran todas estas providencias y maravillas del Creador, el cual en todas sus obras tiene por fin la gloria suya y el provecho del ser humano.

De esta manera consideraban los santos estas obras de Dios, porque, como tenían ojos para saber mirar sus obras, así en ellas lo hallaban, alababan y reconocían. Y a este propósito cita san Agustín

---

<sup>43</sup> Mt 6,26.

<sup>44</sup> Cf. Gn 1,26.

aquel versículo del salmo 26, donde el profeta [David] dice: «Anduve rodeando y mirando las obras de Dios, y le ofrecí en su tabernáculo sacrificio de alabanza»<sup>45</sup>, o de «jubilación», como lee este santo. Lo cual dice él así:

«Si anduvo tu mente rodeando este mundo, y mirando las obras de Dios, hallarás que todas ellas, con la maestría maravillosa con la que son hechas, están diciendo: “Dios me hizo”. Todo lo que te deleita en el arte, predica la alabanza del artífice.

¿Ves los cielos?: mira cuán grande es esta obra de Dios. ¿Ves la tierra, y en ella tanta diversidad de simientes, tanta variedad de plantas, tanta muchedumbre de animales?: rodea cuantas cosas hay desde el cielo hasta la tierra, y verás que todas cantan y predicán a su Creador, porque todas las especies de las criaturas voces son que cantan sus alabanzas.

Mas ¿quién explicará todo lo que se ve en ellas? ¿Quién alabará dignamente el cielo, y la tierra, y la mar, y todo lo que en ellos hay? Mas éstas son cosas visibles. ¿Quién dignamente alabará los ángeles, los tronos, las dominaciones, los principados y las potestades? ¿Quién dignamente alabará esto que dentro de nosotros vive, que mueve los miembros del cuerpo, que tantas cosas conoce por los sentidos, que de tantas se acuerda con la memoria, que tantas cosas alcanza con el entendimiento?

Pues si tan bajas quedan las palabras humanas para alabar a las criaturas, ¿cuánto más lo quedarán para alabar al Creador? Pues entonces, ¿qué resta aquí, sino que, desfalleciendo las palabras, y rodeando con el profeta todas las criaturas, ofrezcamos en su templo “sacrificio de jubilación”?»<sup>46</sup>. Hasta aquí son palabras de san Agustín.

Por las cuales, y por todo lo demás que hasta aquí hemos dicho, se podrá entender el fruto que se saca de la consideración de las criaturas, así para el conocimiento como para el amor y reverencia del Creador. Por lo cual muchos de los santos se dieron mucho a este género de contemplación, entre los cuales san Ambrosio<sup>47</sup> y san

---

<sup>45</sup> Sal 27,6.

<sup>46</sup> AGUSTÍN DE HIPONA, *Enarratio in psalmum 26*, enarratio II, sermo ad plebem: PL 36, 205-206.

<sup>47</sup> Cf. AMBROSIO, *Hexaemeron*, VI: PL 14, 133-288.

Basilio<sup>48</sup>, ambos obispos santísimos, doctísimos y elocuentísimos, enamorados de la hermosura y la sabiduría de Dios, que resplandecía en las criaturas, escribió cada uno su *Hexaemeron*, que quiere decir la *obra de los seis días en los que Dios creó todas las cosas*<sup>49</sup>. Y comenzando por los cielos, descendieron a tratar sobre todas las cosas, hasta la más pequeña, mostrando en ellas la maestría y sabiduría con las que fueron creadas, y la bondad y providencia con las que son mantenidas y gobernadas.

Después de los cuales, Teodoreto, también autor griego no menos docto y elocuente, trató buena parte de este argumento en los sermones que escribió sobre la divina Providencia<sup>50</sup>, de los cuales tomé los mejores bocados que hallé para presentar en este convite espiritual al piadoso lector. Y para que esto lo lea con mayor devoción, quise poner al principio la meditación siguiente.

---

<sup>48</sup> Cf. BASILIO, *Hexaemeron*, IX: PG 29, 3-208.

<sup>49</sup> Cf. TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica*, I, qq. 66-74.

<sup>50</sup> TEODORETO DE CIRO, *De divina providentia*: PG 83, 555-774.

**CAPÍTULO II. SE SIGUE UNA DEVOTA MEDITACIÓN, EN LA CUAL SE DECLARA QUE, AUNQUE DIOS ES INABARCABLE, TODAVÍA SE CONOCE ALGO DE ÉL POR MEDIO DE LA CONSIDERACIÓN DE LAS OBRAS DE SUS MANOS, QUE SON SUS CRIATURAS**

¡Oh altísimo y clementísimo Dios, Rey de los reyes y Señor de los señores! ¡Oh eterna Sabiduría del Padre, que asentada sobre los serafines, penetráis con la claridad de vuestra vista los abismos, y no hay cosa que no esté abierta y desnuda ante vuestros ojos! Vos, Señor, tan sabio, tan poderoso, tan piadoso y tan gran amador de todo lo que creasteis, y mucho más del ser humano que redimisteis, al cual hicisteis señor de todo, inclinad ahora esos clementísimos ojos, y abrid esos divinos oídos, para oír los clamores de este pobre y vilísimo pecador.

Señor Dios mío, ninguna cosa más desea mi alma que amaros, porque ninguna cosa hay a Vos más debida, ni a mí más necesaria que este amor. Me creasteis para que os amase, pusisteis mi bienaventuranza en este amor, me mandasteis que os amase, me enseñasteis que aquí estaba el merecimiento, y la honestidad, y la virtud, y la suavidad, y la libertad, y la paz, y la felicidad y finalmente todos los bienes. Porque este amor es un breve sumario en el que se encierra todo lo bueno que hay en la tierra, y mucha parte de lo que se espera en el Cielo.

Me enseñasteis también, Salvador mío, que no os podía amar, si no os conocía. Amamos naturalmente la bondad y la hermosura, amamos a nuestros padres y bienhechores, amamos a nuestros amigos y a aquellos con quien tenemos semejanza. Y finalmente toda bondad y perfección es el blanco de nuestro amor. Este conocimiento se presupone para que de él nazca el amor.

Pues, ¿quién me hará que yo así os conozca y entienda cómo sólo en Vos están todas las razones y causas de amor? ¿Quién más bueno que Vos? ¿Quién más hermoso? ¿Quién más perfecto? ¿Quién más padre, y más amigo, y más largo bienhechor? Finalmente, ¿quién es el esposo de nuestras almas, el puerto de nuestros deseos, el centro

de nuestros corazones, el último fin de nuestra vida, y nuestra última felicidad, sino Vos?

Pues, ¿qué haré, Dios mío, para alcanzar este conocimiento? ¿Cómo os conoceré, pues no puedo veros? ¿Cómo os podré mirar con ojos tan débiles, siendo Vos una luz inaccesible? Altísimo sois, Señor, y muy alto ha de ser el que os ha de alcanzar. ¿Quién me dará alas como de paloma, para que pueda volar a Vos? Pues, ¿qué hará quien no puede vivir sin amaros, y no puede amaros sin conoceros, pues tan alto sois de conocer?

Todo nuestro conocimiento nace de nuestros sentidos, que son las puertas por donde las imágenes de las cosas entran a nuestras almas, mediante las cuales las conocemos. Vos, Señor, que sois infinito, no podéis entrar por estos postigos tan estrechos, ni yo puedo formar imagen que tan alta cosa represente. Así pues, ¿cómo os conoceré?

¡Oh altísima Sustancia, oh nobilísima Esencia, oh inabarcable Majestad!, ¿quién os conocerá? Todas las criaturas tienen finitas y limitadas sus naturalezas y virtudes, porque todas las creaste en número, peso y medida, y les hiciste sus rayas, y señalaste los límites de su jurisdicción. Muy activo es el fuego en calentar, y el sol en alumbrar, y mucho se extiende su virtud, mas todavía reconocen estas criaturas sus fines, y tienen términos que no pueden pasar. Por esta causa puede la vista de nuestra alma llegar de extremo a extremo y abarcarlas, porque todas ellas están encerradas cada una dentro de su jurisdicción.

Mas Vos, Señor, sois infinito, no hay cerco que os abarque, no hay entendimiento que pueda llegar hasta los últimos términos de vuestra sustancia, porque no los tenéis. Sois sobre todo género, y sobre toda especie, y sobre toda naturaleza creada, porque así como no reconocéis superior, así no tenéis jurisdicción determinada. A todo el mundo, que creasteis con tanta grandeza, puede dar la vuelta por el mar Océano un ser humano mortal, porque aunque él sea muy grande, todavía es finita y limitada su grandeza. Mas a Vos, gran mar Océano, ¿quién os podrá rodear? Eterno sois en la duración, infinito en la virtud y supremo en la jurisdicción. Ni vuestro ser comenzó en el tiempo, ni se acaba en el mundo. Sois ante todo tiempo, y mandáis

en el mundo y fuera del mundo, porque llamáis a las cosas que no son, como a las que son.

Pues, siendo como sois, tan grande, ¿quién os conocerá? ¿Quién conocerá la alteza de vuestra naturaleza, pues no puede conocer la bajeza de la suya? Esta misma alma con la que vivimos, cuyos oficios y virtud cada hora experimentamos, no ha habido filósofo hasta hoy que haya podido conocer la manera de su esencia, por ser ella hecha a vuestra imagen y semejanza. Siendo pues tal nuestra rudeza, ¿cómo podrá llegar a conocer aquella soberana e inabarcable sustancia?

Mas con todo esto, Salvador mío, no puedo ni debo desistir de esta empresa, aunque sea tan alta, porque no puedo ni quiero vivir sin este conocimiento, que es principio de nuestro amor. Ciego soy, y muy corto de vista, para conoceros, mas por eso ayudará la gracia donde falta la naturaleza. No hay otra sabiduría sino saber de Vos, no hay otro descanso sino en Vos, no hay otros deleites sino los que se reciben al mirar vuestra hermosura, aunque sea por el viril de vuestras criaturas.

Y aunque sea poquito lo que de Vos conoceremos, pero mucho más vale conocer un poquito de las cosas altísimas, aunque sea con oscuridad, que mucho de las bajas, aunque sea con mucha claridad. Si no os conociéremos todo, conoceremos todo lo que pudiéremos, y amaremos todo lo que conociéremos, y con esto solo quedará nuestra alma contenta, pues el pajarico queda contento con lo que lleva en el pico, aunque no pueda agotar toda el agua de la fuente.

Cuanto más, Señor, que vuestra gracia ayudará a nuestra debilidad, y si os comenzáremos a amar un poco, habéis de darnos por este amor pequeño otro más grande, con mayor conocimiento de vuestra gloria, así como nos lo tenéis prometido por vuestro evangelista [san Juan], diciendo: «Si alguno me amare, mi Padre lo amará, y Yo también lo amaré, y me descubriré a él»<sup>51</sup>, que es darle un más perfecto conocimiento, para que así crezca más en ese amor.

Nos ayudan también para esto la santa fe católica, y las Sagradas Escrituras, en las cuales tuvisteis, Señor, por bien, daros a conocer, y revelarnos las maravillas de vuestra grandeza, para que este tan alto conocimiento causase en nuestra voluntad amor y

---

<sup>51</sup> Jn 14,21.

reverencia a vuestro santo nombre. Nos ayudan también el conjunto de las criaturas, las cuales nos dan voces que os amemos, y nos enseñan por qué os hemos de amar. Porque en la perfección de ellas resplandece vuestra hermosura, y en el uso y servicio de ellas el amor que nos tenéis. Y así por todas partes nos incitan a que os amemos, tanto por lo que Vos sois en Vos, como por lo que sois para nosotros.

¿Qué es, Señor, todo este mundo visible, sino un espejo que pusisteis delante de nuestros ojos para que en él contemplásemos vuestra hermosura? Porque es cierto que, así como en el Cielo Vos seréis espejo en el que veamos las criaturas, así en este destierro ellas nos son espejo para que os conozcamos a Vos. Pues según esto, ¿qué es todo este mundo visible sino un grande y maravilloso libro que Vos, Señor, escribisteis y ofrecisteis a los ojos de todas las naciones del mundo, tanto de griegos como de bárbaros, tanto de sabios como de ignorantes, para que en él estudiasen todos, y conociesen quién Vos erais? ¿Qué serán entonces todas las criaturas de este mundo tan hermosas y tan acabadas, sino unas como letras capitales y decoradas que declaran bien el primor y la sabiduría de su Autor? ¿Qué serán todas estas criaturas sino predicadoras de su Hacedor, testigos de su nobleza, espejos de su hermosura, anunciadoras de su gloria, despertadoras de nuestra pereza, estímulos de nuestro amor, y condenadoras de nuestra ingratitud?

Y porque vuestras perfecciones, Señor, eran infinitas, y no podía haber una sola criatura que las representase a todas, fue necesario crear muchas, para que así, a pedazos, cada una por su parte, nos declarase algo de ellas. De esta manera, las criaturas hermosas predicán vuestra hermosura, las fuertes vuestra fortaleza, las grandes vuestra grandeza, las artificiosas vuestra sabiduría, las resplandecientes vuestra claridad, las dulces vuestra suavidad, las bien ordenadas y proveídas vuestra maravillosa providencia.

¡Oh testificado con tantos y tan fieles testigos! ¡Oh respaldado con tantos respaldadores! ¡Oh aprobado por la universidad, no de París ni de Atenas, sino de todas las criaturas! ¿Quién, Señor, no se fiará de Vos con tantos respaldos? ¿Quién no creerá a tantos testigos? ¿Quién no se deleitará de la música tan acordada de tantas y tan

dulces voces, que por tantos tipos de tonos nos predicán la grandeza de vuestra gloria?

Por cierto, Señor, el que tales voces no oye: sordo es, y el que con tan maravillosos resplandores no os ve: ciego es, y el que vistas todas estas cosas no os alaba: mudo es, y el que con tantos argumentos y testimonios de todas las criaturas no conoce la nobleza de su Creador: loco es. Me parece, Señor, que todas estas faltas caben en nosotros, pues entre tantos testimonios de vuestra grandeza no os conocemos.

¿Qué hoja de árbol, qué flor del campo, qué gusanico hay tan pequeño, que si bien considerásemos la hechura de su corpezuelo, no viésemos en él grandes maravillas? ¿Qué criatura hay en este mundo, por muy baja que sea, que no sea una gran maravilla? Pues, ¿cómo andando por todas partes rodeados de tantas maravillas, no os conocemos? ¿Cómo no os alabamos y predicamos? ¿Cómo no tenemos corazón entendido para conocer al Maestro por sus obras, ni ojos claros para ver su perfección en sus hechuras, ni orejas abiertas para oír lo que nos dice por ellas? Hierde nuestros ojos el resplandor de vuestras criaturas, deleita nuestros entendimientos la maestría y hermosura de ellas, y es tan corto nuestro entendimiento, que no sube un grado más arriba, para ver allí al Hacedor de aquella hermosura y al Dador de aquel deleite.

Somos como los niños, que cuando les ponen un libro delante con algunas letras decoradas y doradas, disfrutan de estar mirándolas y jugando con ellas, y no leen lo que dicen, ni tienen en cuenta lo que significan. Así nosotros, mucho más aññados que los niños, habiéndonos puesto Vos delante este tan maravilloso libro de todo el universo para que por las criaturas de él, como por unas letras vivas, leyésemos y conociésemos la excelencia del Creador que tales cosas hizo, y el amor que nos tiene quien para nosotros las hizo, y nosotros, como niños, no hacemos más que deleitarnos en la vista de cosas tan hermosas, sin querer advertir qué es lo que el Señor nos quiere significar por ellas.

¡Oh pervertidores de las obras divinas! ¡Oh niños y más que niños en los sentidos! ¡Oh transgresores y trastornadores de todos los propósitos y consejos de Dios! ¡Ay de aquéllos –dice san Agustín– que se deleitan, Señor, en mirar vuestras señales, y se olvidan de mirar lo

que por ellas les queréis señalar y enseñar, que es el conocimiento de su Creador!<sup>52</sup>

Pues no permitáis Vos, clementísimo Salvador, tal ingratitud y ceguera, por vuestra infinita bondad, sino alumbrad mis ojos para que yo os vea, abrid mi boca para que yo os alabe, despertad mi corazón para que en todas las criaturas os conozca, y os ame, y os adore, y os dé las gracias que por el beneficio de todas ellas os debo, para que no caiga en la culpa de ser ingrato e ignorante, porque contra los tales se escribe en el libro de la Sabiduría, que «el día del juicio pelearán todas las criaturas del mundo contra los que no tuvieron sensatez»<sup>53</sup>. Porque justo es que las mismas criaturas, que fueron dadas para nuestro servicio, vengan a ser nuestro castigo, pues no quisimos conocer a Dios por ellas, ni tomar su aviso.

Vos, Señor, que sois «Camino, Verdad y Vida»<sup>54</sup>, guiadme en este camino con vuestra providencia, enseñad mi entendimiento con vuestra verdad, y dad vida a mi alma con vuestro amor.

Gran jornada es subir por las criaturas al Creador, y gran ejercicio es saber mirar las obras de tan gran Maestro, y entender la maestría con el que están hechas, y conocer por ellas el consejo y la sabiduría del Hacedor. Quien no sabe notar la maestría de un pequeño dibujo hecho por mano de algún gran artesano, ¿cómo sabrá notar la maestría de una tan gran pintura como es todo este mundo visible?

A todos, Señor, nos sucede, cuando nos ponemos a considerar las maravillas de esta obra, como a un rústico aldeano que entra de nuevo en alguna gran ciudad, o en alguna casa real que tiene muchos y diversos aposentos, y, embebecido en mirar la hermosura del edificio, se olvida de la puerta por donde entró, y viene a perderse en medio de la casa, y ni sabe por dónde ir, ni por dónde volverse, si no hay quien lo adiestre y encamine.

Pues, ¿qué son, Señor, todas las ciudades y todos los palacios reales sino unos nidos de golondrinas, si los comparamos con esta casa real que Vos creasteis? Pues si en aquel tan pequeño agujero se

---

<sup>52</sup> Cf. PSEUDO-AGUSTÍN, *Liber soliloquiorum animae ad Deum*, 34: PL 40, 893.

<sup>53</sup> Sab 5,20.

<sup>54</sup> Jn 14,6.

pierde una criatura racional, ¿qué hará en casa de tanta variedad y grandeza de cosas? ¿Cómo nadará en un tan profundo océano de maravillas quien se ahoga en tan pequeño arroyuelo? Pues guiadme Vos, Señor, en esta jornada, guiad a este rústico aldeano llevándole de la mano, y mostradle con el dedo de vuestro Espíritu las maravillas y misterios de vuestras obras, para que en ellas adore y reconozca vuestra sabiduría, vuestra omnipotencia, vuestra hermosura, vuestra bondad, vuestra providencia, para que así os bendiga y alabe y glorifique por los siglos de los siglos. Amén.

### CAPÍTULO III. LOS FUNDAMENTOS QUE LOS FILÓSOFOS TUVIERON PARA ALCANZAR POR LUMBRE NATURAL QUE HAY DIOS

La primera cosa que, entre los artículos de la fe, se nos propone para creer, es que hay Dios, es decir, que hay en este universo un príncipe, un primer movedor, una primera verdad y bondad, y una primera causa de la que dependen todas las otras causas, y ella no depende de nadie<sup>55</sup>.

Este es el fundamento de nuestra fe, y la primera cosa que se ha de creer. Y así dice el Apóstol [san Pablo] que «el que se quiere acercar a Dios, ha de creer que hay en este mundo Dios»<sup>56</sup>. Y es tan manifiesta según la lumbre natural esta verdad, que se alcanza por evidente demostración, como la alcanzaron muchos filósofos, y la alcanzan hoy día todos los sabios, conociendo por los efectos que en este mundo ven, la primera causa de donde proceden, que es Dios. Por lo cual dice santo Tomás que los sabios no tienen fe de este primer artículo, porque tienen evidencia de él, la cual no encaja con la oscuridad que está aneja a la fe. Mas los ignorantes, que no alcanzan esta razón, y creen esto porque Dios lo reveló, y la Iglesia lo propone para creer, tienen fe de este artículo<sup>57</sup>.

Mas veamos ahora los fundamentos que los filósofos tuvieron para alcanzar esta verdad, lo cual servirá para abrazar con mayor alegría lo que testifica nuestra fe. Porque cuando se une la fe con la razón, y la razón con la fe, coincidiendo la una con la otra, se produce en el alma un nobilísimo conocimiento de Dios, que es firme, cierto y evidente, donde la fe nos fortalece con su firmeza, y la razón nos alegra con su claridad. La fe enseña a Dios cubierto con el velo de su grandeza, mas la razón clara quita un poco ese velo, para que se vea su hermosura. La fe nos enseña lo que debemos creer, y la razón hace que con alegría lo creamos.

Estas dos lumbreras juntas deshacen todas las nieblas, serenan las conciencias, aquietan los entendimientos, quitan las dudas, remontan los nublados, allanan los caminos, y nos hacen abrazar dulcemente esta soberana verdad. Para la cual tenemos dos maestros,

---

<sup>55</sup> Cf. TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica*, I, q. 2, a. 3.

<sup>56</sup> Hb 11,6.

<sup>57</sup> Cf. TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica*, I, q. 2, a. 2 ad 1.

uno de las Sagradas Escrituras, y otro de las criaturas, los cuales ambos nos ayudan grandemente para el conocimiento de nuestro Creador. Por esto tocaremos aquí algunos de los motivos y fundamentos que los filósofos tuvieron para alcanzar esta verdad. Y digo algunos, porque solamente tocaremos aquellos que son más claros y más acomodados a la capacidad del pueblo, dejando los otros más sutiles para las escuelas de los teólogos.

Le parecerá a alguno que no es necesario tratar esta materia entre cristianos, pues todos tienen fe en este artículo. Así es, mas, a pesar de eso, hemos visto y vemos cada día a personas tan desafortunadas, tan desalmadas y tan tiranas que, aunque con el entendimiento confiesen que hay Dios, con sus obras lo niegan, porque ninguna cosa menos hacen creyéndolo, de lo que harían si totalmente no lo creyesen. Para éstos que tienen la lumbre de la fe tan olvidada y escondida, les aprovechará mostrarles claramente por medio de la lumbre de la razón que hay Dios, pues quizá esto les daría alguna corrección para que velasen por sí mismos. Y además de este provecho hay otro mayor y más común para todos, el cual es que todas las cosas que nos dicen que hay Dios, juntamente nos declaran muchas de sus perfecciones, especialmente su sabiduría, su omnipotencia, su bondad, y su providencia, con la cual rige y gobierna todas las cosas.

### [El orden de las cosas]

I. Pues entre estos fundamentos, el primero y más palpable se toma del orden de las cosas, porque vemos en este mundo diversos grados de perfección en todas las criaturas<sup>58</sup>:

- Y en este orden ponemos en el grado más bajo los *cuatro elementos*, que son los cuerpos simples, los cuales no tienen más que dos cualidades.
- En el segundo ponemos los *mixtos imperfectos*, como son: nieves, lluvias, granizo, vientos, heladas y otras cosas semejantes que tienen alguna mayor composición.
- En el tercero están los *mixtos perfectos*, como son: piedras, perlas y metales, donde se halla una perfecta composición de

---

<sup>58</sup> Cf. *ibíd.*, I, q. 2, a. 3

los cuatro elementos.

- En el cuarto ponemos las cosas que, además de esta composición, tienen vida, y crecen, y menguan, como son *los árboles y todas las plantas*.
- En el quinto están los *animales imperfectos*, que además de la vida tienen sentido, aunque carecen de movimiento, como son las ostras y muchos de los mariscos.
- En el sexto están los *animales perfectos*, que además del sentido tienen movimiento, como los peces, las aves, etcétera.
- En el séptimo ponemos al *ser humano*, que además de lo dicho, tiene razón y entendimiento, con los que se aventaja y diferencia de todos los animales.
- Sobre el ser humano ponemos al *ángel*, que tiene más alto entendimiento, y es una sustancia espiritual apartada de toda materia. Y entre esos mismos ángeles hay orden, porque unos son de más noble y perfecta naturaleza que otros, y siguiendo la sentencia de santo Tomás, que es muy conforme a la doctrina de Aristóteles: donde hay dos ángeles de igual perfección, si bien ellos son innumerables, siempre uno es esencialmente más perfecto que otro<sup>59</sup>.
- Pues subiendo por este orden, o hemos de seguir con este proceso infinitamente sin haber último, lo cual es imposible en la naturaleza, o hemos de venir a parar en la cosa que es la más perfecta de todas, sobre la cual no hay otra más perfecta. Ésta, pues, que está en la cumbre de todas y sobre todas, es la que llamamos *Dios*, o primera verdad, primera causa y primer movedor y autor de todas las cosas, la cual no ha de ser creada o hecha por algún creador o hacedor, porque ése sería más perfecto que Él, pues es más perfecto el creador que su criatura, y el hacedor que su hechura. De donde se sigue que ese Señor ha de ser eterno y sin principio, pues no pudo ser creado ni hecho por otro. Este es el primer fundamento de esta verdad, que se toma del orden de las

---

<sup>59</sup>Cf. *ibíd.*, I, q. 50, a. 1.

criaturas.

**[El movimiento de las cosas]**

II. El segundo es el que se toma del movimiento de las cosas<sup>60</sup>. Para lo cual tomamos por principio que todas las cosas que se mueven corporalmente, tienen dentro o fuera de sí alguna virtud o fuerza que las mueva. Lo cual se ve claramente tanto en el ser humano como en todos los animales, en los cuales el cuerpo es el que se mueve, y el alma la que lo mueve. Y esto parece ser así, porque faltando el alma, falta luego el movimiento que de ella procedía.

Dejemos ahora los movimientos de la tierra, y subamos al movimiento del más alto cielo, que está sobre el cielo estrellado, el cual mueve los otros cielos inferiores, y es causa de todos los movimientos que hay acá en la tierra, el cual se mueve con tan gran rapidez, que en un solo día natural da una vuelta a todo el mundo. Pues este cielo, según lo presupuesto, ha de tener un movedor que lo mueva. Pues de este movedor se pregunta si en su ser y en la virtud que tiene para causar este movimiento, tiene dependencia de otro, o no. Si no la tiene, sino que por sí mismo tiene su ser y su poder, a ese tal le llamaremos *Dios*, porque solo Dios es el que, como superior de todas las cosas, no depende, ni en su ser ni en su poder, de nadie, sino de sí mismo.

Mas si me decís que tiene otro superior, de quien depende en cuanto al ser y en cuanto a la virtud del mover, de ese superior haré la misma pregunta que del inferior, y procediendo en este discurso, o se ha de seguir con este proceso infinitamente, lo cual dijimos que es imposible, o hemos finalmente de venir a un primer movedor, del que dependen los otros movedores, y a una primera causa, de cuya virtud participan en su virtud todas las otras causas, y ésta es a quien llamamos *Dios*.

Ésta es la demostración por la que los filósofos probaron que había un primer movedor que no dependía de nadie, sino de sí mismo. Y los que penetran la fuerza de esta demostración, no tienen fe de este primer artículo, porque tienen –como dijimos– evidencia de él. Y para éstos no se llama éste: *artículo de fe*, sino *preámbulo de ella* –

---

<sup>60</sup> Cf. *ibíd.*, I, q. 2, a. 3.

como dice el mismo Santo Doctor<sup>61</sup>–.

### [Cómo todos los pueblos veneran una Divinidad]

III. Otros motivos tuvieron los filósofos, de los que Cicerón<sup>62</sup> hace mucho caso, y con mucha razón. Y uno de ellos es que, siendo tantas y tan variadas las naciones del mundo, ninguna hay tan bárbara ni tan fiera que, aunque no conozca cuál es el verdadero Dios, no entienda que lo hay y le honre con alguna manera de veneración<sup>63</sup>. La causa de esto es porque –además de la hermosura y del orden de este mundo, que están testificando que hay un Dios que lo gobierna– el mismo Creador, así como imprimió en los corazones de los seres humanos una inclinación natural para amar y reverenciar a sus padres, así también imprimió en ellos otra semejante inclinación para amar y reverenciar a Dios como a Padre universal de todas las cosas y sustentador y gobernador de ellas.

Y de aquí procede esa manera de culto y religión, aunque falsa, que en todas las naciones del mundo vemos. La cual de tal manera está impresa en los corazones humanos, que sólo por su defensa pelean unas naciones con otras, sin haber otra causa de pelear, como lo vemos entre musulmanes y cristianos. Porque creyendo cada uno que su religión es la verdadera, y que por ella es Dios verdaderamente honrado, y no por las otras, les parece estar obligados a tomar la voz por su Dios, y hacer guerra a los que no lo honran como ellos entienden que debe ser honrado, pues tan impreso está en los corazones humanos el culto y veneración de Dios.

Y lo que es más, cada día vemos pasarse personas de diversas sectas a nuestra religión, y dejar mujer, e hijos, y hacienda, y cargos honrosos, como ahora lo vimos en uno, que habiendo muchos años antes negado la fe, se vino a tierra de cristianos, dejando todo esto que hemos dicho, por la fe verdadera. En lo cual se ve cuán poderosamente arraigó el Creador este afecto de religión en nuestros corazones, pues prevalece y vence los mayores afectos que hay en el

---

<sup>61</sup> Cf. *ibíd.*, I, q. 2, a. 2 ad 1.

<sup>62</sup> Fray Luis suele referirse a este autor por medio de su segundo nombre: «Tulio». Pero, dado que en la actualidad a este autor se le conoce por su apellido: «Cicerón», hemos preferido reemplazar «Tulio» por «Cicerón» en todo el texto.

<sup>63</sup> Cf. CICERÓN, *De natura deorum*, II, 4 (*Opera*, t. XXIII, Padua, 1967, p. 53); *Quaestiones tusculanae*, I, 13 (*Opera*, t. XXII, Padua, 1967, p. 14).

ser humano, que son los aprecio por estas cosas que dijimos.

Y esto mismo sucedió en tiempo de Esdras a los hijos de Israel que se hallaron casados con mujeres de linajes de paganos, cuando volvieron del cautiverio de Babilonia, los cuales las dejaron junto con los hijos que de ellas habían nacido<sup>64</sup>, por no quebrantar la ley de Dios, que tales casamientos prohibía.

### **[Cómo las personas piden espontáneamente ayuda a la Divinidad]**

IV. Otro indicio señala esta verdad, el cual también procede de esta natural inclinación que decimos, y es que todas las personas, cuando se ven en algún gran y extraordinario aprieto y angustia, naturalmente, sin razonamiento alguno, levantan el corazón a Dios a pedirle socorro.

Y como este movimiento es tan acelerado, que se anticipa al discurso de la razón, se sigue que procede de la misma naturaleza del ser humano, la cual, como ha sido formada por Dios, y Dios no hace cosa ociosa y sin propósito, se sigue no sólo que hay Dios, sino también ser Él infinitamente perfecto. Porque este recurso es como una voz y testimonio de la misma naturaleza, la cual con esto confiesa que aquel divino Presidente lo ve todo, y lo prevé todo, y que en todo lugar se halla presente. Aquí confiesa su providencia, su bondad, su misericordia, y el amor que tiene a los seres humanos, y el deseo de ayudarlos, pues Él mismo, cuando los creó, imprimió en ellos esta natural inclinación que los moviese a recurrir a Él como a verdadero Padre, en sus angustias y tribulaciones.

### **[El orden y la hermosura de este mundo]**

#### **§ I**

V. El quinto motivo que tanto los filósofos como todos los seres humanos tuvieron para reconocer la divinidad, fue la hechura, y el orden, y el concierto, y la hermosura, y la grandeza de este mundo y de las partes principales de él, que son: cielo, estrellas, planetas, tierra, agua, aire y fuego, vientos, lluvias, nieves, ríos, fuentes, plantas, y todo lo demás que en él hay<sup>65</sup>. Esta consideración, con las dos que

---

<sup>64</sup> Cf. Esd 10,3-19.

<sup>65</sup> Cf. TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica*, I, q. 2, a. 3.

luego trataremos, prosigue copiosamente Cicerón, elegantísimo orador y filósofo, en nombre de otro filósofo estoico [llamado Lucilio Balbo].

Y dado que en esta materia procedemos por la vía de la filosofía, me pareció deducir aquí –para los que no entienden latín– lo que este filósofo con las palabras de la elocuencia de Cicerón dice, dejando algunas cosas que más adelante se tratarán en sus propios lugares. Mas advierto al lector que cuando en lugar de «Dios» hallare «dioses», entienda que habla como filósofo pagano, y que en esto se engaña, así también cuando dice que los dioses tienen cuidado de las cosas grandes, pero no de las pequeñas<sup>66</sup>, lo cual está en contra de lo que nos enseñó aquel Maestro que vino del Cielo, cuando dijo que ni un pajarillo caía en el lazo sin la voluntad y providencia del Padre celestial<sup>67</sup>. Dice, pues, así este filósofo:

«Ninguna cosa se hallará en la administración y gobierno del mundo que se pueda justamente reprender. Y si alguno quisiere emendar algo de lo hecho, o lo hará peor, o del todo no lo podrá hacer. Pues si todas las partes del mundo están de tal manera hechas que ni para el uso de la vida se pudieran hacer mejor, ni para la vista más hermosas, pensemos si quizás pudieran haber sido hechas, o perseverar en el estado en el que están, si no fueran gobernadas por la divina Providencia. Por dónde, si son más perfectas las obras de la naturaleza que las de la destreza, y si las de la destreza se hacen con la razón, se sigue que las de la naturaleza no han de carecer de razón.

Pues, ¿quién habrá que, viendo una tabla muy bien pintada, no entienda que se hizo con destreza, y viendo desde lejos correr un navío por el agua, no sepa que este movimiento se hace con razón y destreza, y viendo cómo un reloj señala las horas a sus tiempos debidos, no entienda lo mismo, y se atreva a decir que el mundo –el cual inventó estas mismas destrezas, con sus operarios, y abraza todas las cosas– carezca de razón y de destreza?

Mas levantemos los ojos a las cosas mayores. En el cielo resplandecen las llamas de innumerables estrellas, entre las cuales el príncipe que todas las cosas esclarece y rodea, es el sol,

<sup>66</sup> Cf. CICERÓN, *De natura deorum*, II, 67 (ed. cit., p. 115).

<sup>67</sup> Mt 10,29.

que es muchas veces mayor que toda la tierra. Y asimismo las estrellas son de inmensa grandeza. Y estos tan grandes fuegos ningún daño hacen a la tierra ni a las cosas de ella, mas antes la benefician de tal manera, que si cambiasen sus lugares y puestos, ardería todo el mundo»<sup>68</sup>.

Y un poco más abajo añade el mismo Cicerón estas palabras:

«Hermosamente dijo Aristóteles que si habitasen algunas personas debajo de la tierra, en algunos palacios adornados con diversas pinturas y con todas las cosas con las que están ataviadas las casas de los que son tenidos por bienaventurados y ricos, y las cuales personas, morando en aquellos subterráneos, nunca hubiesen visto las cosas que están sobre la tierra, y entonces hubiesen oído hablar de la fama de una soberana Divinidad que hay en el mundo, y después de esto, abiertas las gargantas de la tierra, saliesen de aquellos aposentos, y en ese momento viesen la tierra, la mar y el cielo, la grandeza de las nubes, la fuerza de los vientos, y pusiesen los ojos en el sol, y conociesen la grandeza y hermosura y eficacia de él, y cómo él, esclareciendo con su luz el cielo, es causa del día, y, llegada la noche, viesen todo el cielo adornado y pintado con tantas y tan hermosas lumbreras, y notasen las variaciones de la luna, con sus crecientes y menguantes, y considerasen la variedad de las salidas y puestas de las estrellas, tan ordenadas y tan constantes en sus movimientos en toda la eternidad, sin duda que cuando las tales personas, salidas de la oscuridad de sus cuevas, súbitamente viesen todo esto, entonces sabrían que era verdadera la fama de lo que les habían dicho, que era: haber en este mundo una soberana Divinidad, de la que todo dependía. Esto dijo Aristóteles»<sup>69</sup>.

«Mas nosotros –dice el mismo Cicerón– imaginemos unas tan espesas tinieblas cuantas se dice haber salido en el tiempo pasado de los fuegos del monte Etna, las cuales oscurecieron todas las regiones cercanas, e imaginemos que por espacio de dos días ninguna persona pudiese ver a otra. Pues si al tercer día el sol esclareciese al mundo, parecería a estas personas que de nuevo habían resucitado. Y si esto mismo acaeciese a algunos

---

<sup>68</sup> CICERÓN, *De natura deorum*, II, 34 y 36 (ed. cit., pp. 81-85).

<sup>69</sup> *Ibíd.*, II, 37 (ed. cit., pp. 85-86).

que hubiesen vivido siempre en eternas tinieblas, los cuales súbitamente viesan la luz, ¡cuán hermosa les parecería la figura del cielo! Mas la costumbre de ver esto cada día, hace que los seres humanos no se maravillen de esta hermosura, ni procuren saber las razones de las cosas que siempre ven, como si la novedad de las cosas nos hubiese de mover más que su grandeza a investigar las causas de ellas.

Porque, ¿quién tendrá por persona racional al que viendo los movimientos del cielo y el orden de las estrellas tan firme y constante, y viendo la conexión y conveniencia que todas estas cosas tienen, diga que todo esto se hizo sin prudencia ni razón, y crea que acaso se hicieron las cosas de modo que ningún consejo ni entendimiento puede llegar a comprender con cuánto consejo hayan sido hechas? ¿Por ventura, cuando vemos alguna esfera móvil, o algún reloj, o algunas figuras moverse ingeniosamente, no entendemos que hay algún artificio y causa de estos movimientos? Y viendo el ímpetu con el que se mueven los cielos, con tan admirable rapidez, y que hacen sus recorridos tan acertados y tan bien ordenados para la salud y conservación de las cosas, ¿no seremos capaces de ver que todo esto se hace con razón, y no sólo con razón, sino con excelente y divina razón?

Mas, dejada aparte la sutileza de los argumentos, pongámonos a mirar la hermosura de las cosas que por la divina Providencia confesamos que han sido hechas. Y primeramente miremos toda la tierra, sólida, y redonda, y recogida con su natural movimiento dentro de sí misma, colocada en medio del mundo, vestida de flores, de hierbas, de árboles y de mieses, donde vemos una increíble muchedumbre de cosas tan diferentes entre sí, que con su gran variedad nos causan un insaciable gusto y deleite. Juntemos con esto las fuentes perennes de las aguas frías, los líquidos claros de los ríos, los vestidos verdes de sus riberas, la alteza de las concavidades de las cuevas, la aspereza de las piedras, la altura de los montes, y la llanura de los campos.

Añadamos a esto los filones escondidos de oro y plata y la infinidad de los mármoles preciosos. Y además de esto, ¡cuánta diversidad vemos de animales, de ellos mansos, de ellos fieros, cuántos vuelos y cantos de aves, cuán grandes pastos para los ganados, y cuántos bosques para la vida de los animales

silvestres! Pues, ¿qué diré del linaje de los seres humanos, los cuales puestos en medio de la tierra, como labradores y cultivadores de ella, no la dejan poblar de bestias fieras, ni hacerse un monte bravo con la aspereza de los árboles silvestres, con cuya laboriosidad los campos y las islas y las riberas resplandecen, esparcidas de casas y ciudades? Pues si todas estas cosas las mirásemos en conjunto con los ojos, como las vemos con la mente, no habría nadie que, mirando toda la tierra junta, tuviese duda de la divina Providencia.

Mas entre estas cosas, ¡cuán grande es la hermosura de la mar, cuánta la muchedumbre y variedad de las islas que hay en ella, qué frescura y deleite de sus riberas, cuántos linajes de pescados, unos que moran en lo profundo de las aguas, otros que andan nadando y corriendo por encima de ellas, otros que están pegados con sus conchas naturales a las peñas! Y el mismo mar de tal manera con sus playas y riberas se abraza con la tierra, que de dos cosas tan diferentes viene a hacerse una común naturaleza de ambas.

Luego el aire vecino a la mar se diferencia entre día y noche, el cual unas veces aligerándose sube a lo alto, y otras espesándose se convierte en nubes, y recogiendo en sí los vapores de la mar, riega la tierra con aguas, y corriendo de una parte a otra, causa los vientos. Y él también sostiene sobre sí el vuelo de las aves, y nos da el aire con el que se alimentan y sustentan los animales. Nos resta ahora el último lugar del mundo, que es el cielo, tan alejado de nuestras moradas, que ciñe y abraza todas las cosas, que es el último término y extremo del mundo, en el cual aquellas lumbreras resplandecientes de las estrellas hacen sus recorridos tan ordenados, que son causa de gran admiración a quien los contempla. Entre los cuales el sol, moviéndose alrededor de la tierra, y naciendo y poniéndose, es causa del día y de la noche, y acercándose a nosotros un tiempo del año, y separándose otro, hace dos vueltas contrarias, y en este intervalo se entristece la tierra con su ausencia, y después se alegra con su venida.

Mas la luna –que, como los matemáticos dicen, es mayor que la mitad de la tierra– caminando por las mismas vías que el sol, envía a la tierra la lumbrera que recibe de él, mudándose muchas veces, y eclipsándose con la sombra de la tierra, y eclipsando ella al sol cuando se le pone delante. Y por los mismos espacios

corren los planetas alrededor de la tierra, los cuales a veces se apresuran en sus movimientos, y a veces se retardan, y otras se detienen, que es cosa de gran admiración y hermosura. Se sigue luego la muchedumbre de las estrellas fijas, las cuales están de tal manera ordenadas, que vienen a hacer ciertas figuras, por las cuales son nombradas, como es, el «carro» [es decir, la Osa Mayor], la «bocina» [es decir, la Osa Menor] y otras semejantes, que son guía de los que navegan por la mar»<sup>70</sup>.

Todo lo susodicho es de Cicerón, el cual, con el argumento de la hechura y hermosura y provecho de las partes principales de este mundo inferior, y con el orden y constancia invariable de los movimientos del cielo, prueba que cosas tan grandes, tan provechosas, tan hermosas y tan bien ordenadas no se pudieron hacer por casualidad, sino que tienen un sapientísimo Hacedor y Gobernador.

Y un poco más abajo, declarando el cuidado que la divina Providencia tiene de socorrer a las necesidades humanas, dice de ella que además del común alimento y sustento de todo el mundo, produjo en diversos lugares diversas cosas para el uso y la provisión de nuestra vida. Y así vemos –dice él– que...

«...en Egipto el río Nilo con sus crecientes riega y cubre en el tiempo del estío toda la tierra, y esto hecho, se recoge, dejando los campos blandados y dispuestos para la sementera. A Mesopotamia hace fértil el río Éufrates, en la cual cada año renueva los campos, y casi los hace otros. Mas el río Indo –que es el mayor de todos los ríos– no sólo alegra y ablanda los campos, sino también los deja sembrados, por traer consigo gran número de semillas, semejantes a los granos de los que nacen las mieses. Muchas otras cosas memorables podría contar, que se crían en diversos lugares, y en muchos campos fértiles, unos que dan una manera de fruto, y otros otra.

Mas ¡cuánta es la benignidad y liberalidad de la naturaleza en haber creado tantas y tan diversas y tan suaves cosas para nuestro sustento, y éstas no en un solo tiempo del año, sino siempre, para que con la novedad de los alimentos y con la abundancia de ellos se renovase nuestro gusto y deleite! Y ¡cuán

---

<sup>70</sup> *Ibíd.*, II, 38-40 (ed. cit., pp. 86-88).

saludables vientos y cuán proporcionados a sus tiempos produce, no sólo para el provecho de los seres humanos, sino también de los ganados y de todas las cosas que nacen de la tierra, con los cuales los grandes calores se templan, y con ellos se navega con mayor rapidez en la mar!

Muchas otras cosas callamos, y muchas también decimos, porque no se pueden contar los provechos que nos traen los ríos, y las mudanzas de la mar, cuando crece o mengua, y los montes vestidos de verdor, y los bosques, y las salinas que se hallan en lugares muy apartados de la mar, y la muchedumbre de las hierbas medicinales que produce la tierra, e innumerables procesos necesarios para el sustento y uso de nuestra vida. Pues ya la mudanza de los días y de las noches sirve para conservar la vida de los animales, señalándonos un tiempo para trabajar, y otro para descansar. De manera que por todas partes se concluye que este mundo se gobierna por la Sabiduría y Consejo divino, el cual de una manera maravillosa lo endereza y ordena a la salud y conservación de todas las cosas»<sup>71</sup>.

Lo susodicho es de Cicerón en nombre de un filósofo estoico, el cual con tanta atención discurría por todas las cosas del mundo, alimentando y recreando su alma en la contemplación de las obras y maravillas de la divina Providencia. Lo cual es para confusión de muchos cristianos que tan poco tiempo gastan en la consideración de cosas tan admirables.

## § II

Mas entre todas ellas, es mucho para considerar la manera en que todas, como una música concertada de diversas voces, concuerdan en el servicio al ser humano, para quien fueron creadas, sin haber una sola que se exima de su servicio, y que no le acarree algún provecho, y pague algún tributo temporal o espiritual. En lo cual se ha de considerar cómo todas las cosas en esta labor se ayudan unas a otras, como diversos criados de un señor, que teniendo diferentes oficios, se emplean todos, cada cual a su manera, en el servicio al señor. De lo cual resulta esta armonía del mundo, compuesta de infinita variedad de cosas, reducidas a esta unidad susodicha, que es el servicio al ser humano.

---

<sup>71</sup> *Ibíd.*, II, 52-53 (ed. cit., pp. 100-101).

Pongamos un ejemplo comenzando por el mismo ser humano, el cual, según Aristóteles dice, es el fin para cuyo servicio la divina Providencia asignó todas las cosas de este mundo inferior<sup>72</sup>. Pues éste primeramente tiene necesidad del servicio de diversos animales para alimentarse de sus carnes, para vestirse y calzarse con sus pieles y lanas, para labrar la tierra, para llevar y traer cargas, y aliviar con esto el trabajo de las personas. Estos animales tienen necesidad de hierba y pasto para sustentarse. Éste se cría y crece con las lluvias que riegan la tierra. Éstas se engendran de los vapores que el sol hace levantar tanto de la tierra como de la mar. Éstos necesitan viento para que los lleven de la mar a la tierra. Los vientos proceden de las exhalaciones de la tierra. Para esto son necesarias las influencias del cielo, y el calor del sol que las saque de ella, y levante a lo alto. El cielo tiene necesidad de una inteligencia que lo mueva, y ésta de la primera causa, que es Dios, para que la conserve y sustente en el oficio que tiene.

De esta manera podríamos poner ejemplos en todas las otras cosas creadas, y mostrar cómo se ayudan y sirven unas a otras, y todas finalmente se ordenan y someten al servicio del ser humano, para el cual fueron creadas.

Por lo que es razonable considerar que la divina sabiduría ha ordenado las causas de las cosas de tal manera que unas tengan necesidad de la ayuda y la labor de las otras, y que ninguna por sí sola se baste para todo, para que así se evitase a los seres humanos la ocasión de idolatrar, viendo la necesidad que las más excelentes criaturas tienen de la labor y el uso de las otras. Porque el sol es el que entre todas ellas tiene más virtud para la procreación de las cosas, mayormente porque él da luz a todas las estrellas y, con la luz, eficacia para sus influencias. Este planeta con su movimiento propio, acercándose y separándose de nosotros, es causa de los cuatro tiempos del año [que hay en el clima mediterráneo], que son: invierno, verano, estío y otoño, que son necesarios para la producción de las cosas. Mas él mismo, para causar días y noches –que no son para esto menos necesarias– tiene necesidad del movimiento del primer cielo, que en un día natural hace que el sol dé una vuelta al mundo, y con esto se causa el día y la noche.

Asimismo, los otros planetas y estrellas, según las diversas

---

<sup>72</sup> Cf. ARISTÓTELES, *De anima*, II, 3.

interacciones que tienen entre sí y con el sol, son causa de diversos efectos acá en la tierra, como son: lluvias, serenidad, vientos, frío y calor, y cosas semejantes. Esta cadena o, si se puede decir, esta danza tan ordenada de las criaturas, y esta como música de diversas voces, convenció a Averroes para creer que no había más que un solo Dios<sup>73</sup>. Porque no se pueden conducir a un fin con una orden cosas tan diversas, si no hubiere uno que sea como un maestro de capilla, que las reduzca a esta unidad y consonancia. Mas si fuesen dos o muchos dioses diferentes entre sí, y no estuviesen conformes ni sometidos uno a otro, no se podría producir esta unidad, porque cada uno tiraría por su camino, y unos impedirían a otros, como un navío entre vientos igualmente contrarios, el cual mientras así estuviese, no se movería.

Esta hermosísima figura del mundo, la describe Séneca elegantemente a una noble matrona romana por medio de estas palabras:

«Imagina que al tiempo que naces en este mundo, te declaro la condición de este lugar adonde entras, y te digo: mira que entras en una gran ciudad, que abarca y encierra en sí todas las cosas, gobernadas por leyes eternas.

Verás aquí innumerables estrellas, y una sola, que es el sol, el cual llena con su luz todas las cosas, y con su movimiento constante reparte igualmente el espacio de los días y de las noches, y divide en partes iguales los cuatro tiempos del año. Verás aquí cómo la luna recibe del sol –su hermano– la claridad, a veces mayor, a veces menor, según el aspecto y la disposición en el que lo mira, la cual unas veces del todo se encubre, y otras llena la cara de claridad, y del todo se descubre, mudándose siempre con sus crecientes y menguantes, y diferenciándose del día que precedió. Verás otras cinco estrellas, que van por diversos caminos, y corren contra el común curso del cielo, de cuyos movimientos proceden las mudanzas y alteraciones de todas las cosas corporales, según fuere favorable o contrario el puesto y aspecto de ellas. Has de maravillarte de los nublados oscuros, y de las aguas que caen del cielo, y de los truenos y relámpagos, y de los rayos que caen de través.

Y cuando, recreados ya los ojos con la vista de las cosas altas, los inclines hacia la tierra, verás otro tipo de cosas que te

---

<sup>73</sup> Cf. AVERROES, *In Aristotelis De anima* (Venecia, 1562)

causarán nueva admiración. Verás la llanura de los campos tendidos por largos espacios, y los montes que se levantan en lo alto con sus collados cubiertos de nieve, y la caída de los ríos que, nacidos de una fuente, corren de Oriente a Occidente, y verás las arboledas que en lo alto de los collados se están meneando, y los grandes bosques con sus animales y cantos de aves que en ellos resuenan. Verás los sitios y asientos de diversas ciudades, y las naciones cercadas y apartadas unas de otras, o con montes altos, o con riberas, o lagos, o valles, o lagunas de agua. Verás las mieses crecidas con labor y pericia, y otras plantas que sin ello dan fruto. Verás correr blandamente los ríos entre los prados verdes, y los golfos y riberas de la mar que vienen a hacerse puertos seguros, y verás tantos tipos de islas esparcidas por ese mar grande, que causan distinción entre unos mares y otros.

Pues, ¿qué diré del resplandor de las perlas preciosas, y del oro que se halla entre las arenas de los arroyos cuando van crecidos, y del mar Océano, que se explaya con gran licencia sobre sus riberas, y que con sus tres grandes golfos divide el lugar donde habitan las gentes? Dentro del cual verás unos pescados de increíble grandeza, otros muy pesados que tienen necesidad de ayuda para moverse, y otros más rápidos que una galera con sus remos, y otros que, siguiendo a los navíos, expulsan un gran surtidor de agua, no sin temor y peligro de los navegantes. Verás navíos que buscan tierras no conocidas, y verás que ninguna cosa quedó por tentar al atrevimiento humano»<sup>74</sup>. Hasta aquí son palabras de Séneca.

### § III

Pues siendo tan grande la variedad y hermosura de las cosas de este mundo, ¿quién será tan tosco que diga que se hizo todo esto por casualidad, y carezca de un sapientísimo y potentísimo hacedor? ¿Quién diría que un retablo muy grande y de muchos y muy excelentes colores y figuras se hizo por casualidad, con un borrón de tinta que acertó a caer sobre una tabla? Pues, ¿qué retablo más grande, más vistoso y más hermoso que este mundo? ¿Qué colores más vivos

---

<sup>74</sup> SÉNECA, *Consolatio ad Marciam*, 18 (*Opera*, t. IV, Pisa, Giardini editori, 1981, pp. 47-48). Fray Luis ha eliminado en este texto lo que no cuadra con la doctrina católica.

y agradables que los de los prados y árboles de la primavera? ¿Qué figuras más primorosas que las de las flores, y aves, y rosas? ¿Qué cosa más resplandeciente y más pintada que el cielo con sus estrellas? Pues, ¿cuál será el ciego que de todas estas maravillas diga que se hicieron por casualidad?

Si por casualidad, yendo de camino, hallases en un bosque una casa de solaz de algún príncipe, muy bien edificada y proveída de todo género de sustentos, y de estancias que fuesen necesarias para el servicio al príncipe, y vieses en ella sus mesas puestas, sus velones encendidos, sus vergeles, y cisternas, y fuentes de agua, sus aposentos y lugares diversos para todos sus criados, y maravillado tú de toda esta suntuosidad, preguntases cómo se había hecho esto, y te respondiesen que había caído un pedazo de aquella montaña, y los pedazos de ella habían acertado a caer de tal manera que sin mano de operario se habían hecho aquellos tan hermosos palacios, con todo lo que hay en ellos, ¿qué dirías? ¿Podría fingirse desatino mayor?

Pues decidme ahora, si poniéndoos vos a propósito a considerar la hermosura de la gran casa real de este mundo, y viendo la hechura y la provisión de todas las cosas que hay en él, viendo esa bóveda del cielo tan grande y tan acompasada y pintada con tantas estrellas, viendo una mesa tan abastecida de tantos tipos de alimentos como es la tierra con todas las carnes y frutas y otros sustentos que hay en ella, viendo tantas frescuras y vergeles y fuentes de agua, tantos paños de verdor como se ven por todas las montañas y valles y praderas de los campos, viendo los velones y lumbreras que arden día y noche en medio de esos cielos para alumbrar esta casa, y las vajillas de oro y plata, y las piedras preciosas que nacen en las minas de la tierra, los aposentos diversos y convenientes para los moradores de esta casa, unos en las aguas para los que saben nadar, otros en el aire para los que pueden volar, otros en la tierra para los cuerpos grandes y pesados, y viendo sobre todo esto el gobierno de toda esta casa y familia, y el orden de ella, y cómo los ángeles –que son unas criaturas más principales– mueven los cielos, y los cielos a los elementos, y de los elementos se forman los compuestos, y todo finalmente va encaminado para el servicio del príncipe de esta casa, que es el ser humano: quien todo esto ve, con otras infinitas cosas que no se pueden abarcar en pocas palabras, ¿cómo podrá creer que todo esto se hizo por casualidad? ¿Cómo no verá que tuvo y tiene un

potentísimo y sapientísimo Hacedor?

Pues esta hermosura y grandeza del mundo, con la variedad de cosas que en él hay, encaminadas hacia aquella unidad que dijimos [que es el servicio al ser humano], movió no solamente a los filósofos, mas también a todas las gentes, a creer que esas cosas tan grandes, tan hermosas y tan bien ordenadas, no se habían hecho por casualidad, sino que tenían un sapientísimo y potentísimo Hacedor, que con su omnipotencia las había creado y con su sabiduría las gobernaba. Y esto es por lo que David exclama en el salmo 18, cuando dice: «Los cielos anuncian la gloria de Dios, y las obras de sus manos predica el cielo estrellado»<sup>75</sup>, etcétera. Quiere decir que la hermosura del cielo, adornada con tantas lumbreras, y el orden admirable de las estrellas, y la diversidad de sus movimientos y cursos predicen la gloria de Dios, y hacen que todas las naciones le alaben, y se maravillen de su grandeza, y le reconozcan por Hacedor y Señor de todas las cosas.

Asimismo, el orden de los días y de las noches, el crecimiento y la disminución de ellos tan ordenada y proporcionada para el uso de nuestra vida, y la constancia invariable que en sus nacimientos y movimientos guardan, predicen y testifican que obras tan grandes y tan bien ordenadas no se han de atribuir a la casualidad o a la fortuna, sino que hay en el mundo un soberano Presidente que al principio creó todas estas cosas, y las conserva con suma providencia. Mas estas obras admirables no hablan ni testifican esto con voces humanas –las cuales no pudieron llegar al extremo del mundo– mas su habla y testimonio es el orden invariable, y la hermosura de ellas, y la maestría con el que están hechas tan perfectamente como si se hicieran con regla y plomada. Porque esta manera de lenguaje se oye en todas las tierras, y convida a los seres humanos al culto y veneración del Hacedor.

### **[La hechura del ser humano]**

#### **§ IV**

VI. Otro fundamento hay no menos apremiante que el pasado para conocer esta verdad. Porque no sólo la hechura de este *mundo mayor*, mas también la del *menor*, que es el ser humano, nos declara

---

<sup>75</sup> Sal 19,1.

que hay Dios, Creador y Hacedor de él. Porque en ella resplandece tanto la sabiduría del Hacedor, que pudo decir san Agustín con verdad que, entre todas las maravillas que hizo Dios por amor al ser humano, la mayor es el mismo ser humano<sup>76</sup>, entendiendo por el ser humano las dos partes de las que se compone, que son cuerpo y alma.

Y dejando por ahora el alma, en la hechura y composición del cuerpo hay tantas maravillas, que no bastaron los muchos libros que Galeno y otros escribieron, para declararlas enteramente, pues cada una de las cuales por sí sola, y mucho más todas ellas juntas, declaran la infinita sabiduría del Artífice que tal hechura ordenó. Porque no hay en el mundo palacio real ni república tan concertada que tenga tantos tipos de oficios y operarios, quiero decir, tantas partes diversas como tiene un cuerpo humano para su gobierno y conservación.

De las cuales unas sirven para cubrirlo, como son la piel y la carne y la grasa; otras sirven para cocer el alimento, como el estómago y las tripas delgadas; otras hacen la sangre, como el hígado; otras la llevan a todos los miembros, como las venas; otras engendran los espíritus de la vida, como el corazón; otras llevan estos espíritus por todo el cuerpo, como las arterias; otras hacen los espíritus del sentido, como el cerebro; otras reparten esta virtud por todo el cuerpo, como los nervios; otras sirven al movimiento que depende de nuestra voluntad, como los músculos.

Algunas reciben los excedentes del cuerpo, como el bazo, la hiel, los riñones, la vejiga, y las tripas. Por otras pasa el aire que regenera el cerebro y el corazón, como la nariz, la tráquea, los pulmones y la arteria pulmonar. Algunas sirven a los sentidos exteriores, esto es: a oír las orejas, a ver los ojos, a gustar la lengua y el paladar, a hablar los pulmones y la tráquea. Otras sirven de estructura o armazón sobre la cual todas las demás partes se arman y establecen, como los huesos y los cartílagos. Y lo que acrecienta esta admiración, es ver que tanta variedad de cosas tan diferentes en sus formas, virtudes, oficios, dureza y blandura, son confeccionadas con una tan simple materia como es aquella con la que se fabrica el cuerpo humano.

Pues, ¿quién debía ser poderoso para producir con una materia tan simple, tanta muchedumbre de cosas tan diversas, sino solo aquel

---

<sup>76</sup> Cf. AGUSTÍN DE HIPONA, *Sermo 126*, 4: P1 38, 700; *De civitate Dei*, 10, 12: P1 41, 291.

potentísimo y sapientísimo Hacedor? Pues la variedad y muchedumbre de estas partes, la figura y oficios que tienen para el servicio al cuerpo humano, manifiestamente declaran no haberse hecho esto por casualidad, sino con suma providencia y maestría del que las formó.

Este mismo argumento sigue elegantemente el mismo Cicerón en el libro ya citado<sup>77</sup>, procediendo por todas las partes y por todos los miembros y sentidos del cuerpo humano, tanto los interiores que no se ven, como los exteriores que se ven, declarando cómo cada una de estas partes sirve tan perfectamente, a lo que conviene a la conservación de la vida humana, que es para la sustentación de nuestro cuerpo y para el uso y oficio de los sentidos, que ninguna mente humana podrá descubrir en tanta variedad y muchedumbre de partes alguna cosa que falte, o que sobre, o que no venga tan a propósito de lo que es necesario para este fin, que de ningún modo se pueda trazar otro mejor. De donde concluye que esta obra procede de una suma Providencia y Sabiduría, que en ninguna cosa falta, y en ninguna se equivoca. Mas porque esta consideración es muy profunda y provechosa, y pide más largo tratado, posteriormente la proseguiremos más copiosamente en su propio lugar [que es en los capítulos XXIII al XXXVI].

### **[Las habilidades de las plantas y los animales]**

#### **§ V**

VII. Y además de estos fundamentos susodichos, hay otro no menos eficaz para el conocimiento de esta verdad, y muy palpable y fácil de penetrar para cualquier entendimiento, por rudo que sea. El cual procede de ver las habilidades que todos los animales de la tierra, de la mar y del aire tienen para todo lo que se requiere para su sustento, para su protección, para la cura de sus enfermedades y para la crianza de sus hijuelos. En todo lo cual ninguna cosa menos hacen de lo que harían si tuviesen una perfectísima razón. Así temen la muerte, así se apartan de los peligros, así saben buscar lo que les es útil, así saben hacer sus nidos y criar sus hijos como lo hacen los seres racionales. Y van aún más allá, porque entre mil tipos de hierbas que hay en el campo de un mismo color, conocen la que es de comer y la

---

<sup>77</sup> Cf. CICERÓN, *De natura deorum*, II, 54 (ed. cit., pp. 102-103).

que no lo es, la que es saludable y la que es venenosa y, por mucha hambre que tengan, no comerán de ella. La oveja teme al lobo sin haberlo visto, y no teme al mastín, siendo tan semejante a él. La gallina no teme al pavo real, siendo tan grande, y teme hasta la sombra de un gavián, que es mucho menor. Los pollos temen al gato y no al perro, siendo mayor. Y esto es así antes aún de que tengan experiencia del daño que de las cosas contrarias podrían recibir.

De esta misma consideración se aprovecha el mismo Cicerón para mostrar la sabiduría y providencia de aquel Artífice soberano que todo lo gobierna. Lo cual prueba declarando cómo todas las cosas que tienen vida, están perfectísimamente hechas y provistas de todas las habilidades necesarias para conservarla. De lo cual referiré aquí algunas cosas, dejando otras para sus lugares. Y comenzando por las plantas, dice así:

«Primeramente, los árboles que nacen de la tierra, están de tal manera hechos, que pueden sostener la carga de las ramas que están en lo alto y, asimismo, con sus raíces fijadas en tierra, pueden atraer el jugo de ella, con el cual viven y se alimentan, y los troncos de ellos están vestidos y abrigados con sus cortezas, para que estén más seguros tanto del frío como del calor. Mas las vides tienen sus ramas, que son como manos, con las que se abrazan con los árboles, y suben a lo alto sobre hombros ajenos, y así también se apartan de algunas plantas que les son contrarias y dañinas, cuando están cerca de ellas, como de cosa contagiosa, y de ningún modo las tocan.

Mas, ¡cuán grande es la variedad de tantos animales, y cuán provistos para todo lo que se requiere para su conservación! Entre los cuales unos están cubiertos de cueros, otros vestidos de vellos, otros erizados con espinas, unos cubiertos de plumas, y otros de escamas. Y entre ellos unos están armados con cuernos, y otros se defienden huyendo con la rapidez de sus alas. A todos los cuales proveyó la naturaleza abundantemente del alimento y sustento que a cada uno en su especie era proporcionado.

Y podría yo referir aquí las habilidades que ella les dio para buscar este alimento y digerirlo, y cuán ingeniosa fue para trazar la forma y la hechura de los miembros que para esto son necesarios. Porque todas las facultades interiores de sus

cuerpos de tal manera están hechas y colocadas en sus lugares, que ninguna hay superflua, y ninguna que no sea necesaria. Dio también ella a todos los animales sentido y apetito, para que con lo uno se animasen a buscar su sustento, y con lo otro supiesen diferenciar las cosas saludables y dañinas. Y entre ellas unas hay que buscan su sustento andando, otras arrastrándose por la tierra, otras volando, otras nadando, entre las cuales unas toman el alimento con los dientes y con la boca, otras lo despedazan con las uñas, otras con los picos curvados, otras maman, otras toman el alimento con la mano, otras lo engullen así como está entero, y otras lo mascan con los dientes. Todas también tienen sus lugares naturales a donde corren. Y así cuando a la gallina la colocan los huevos de los patos para que los incube, después de dados a luz y criados, ellos mismos sin maestro se van derechos al agua, reconociendo ser éste su lugar natural, pues así de grande es la inclinación que la naturaleza dio a todas las cosas para procurar su conservación.

Muchas otras cosas pudiera traer a este propósito, y muchas de ellas son muy notorias, como es ver con cuánta diligencia velan por sí los animales, cómo estando paciendo miran alrededor si hay algún peligro, y cómo se esconden y guarecen en sus madrigueras, y con cuánta diligencia se defienden y arman contra el temor y fuerza de sus contrarios, unos con cuernos, como los toros, otros con dientes, como los jabalíes, otros mordiendo, como los leones, unos huyendo, y otros escondiéndose, y otros con un intolerable hedor que emiten para detener a sus perseguidores»<sup>78</sup>.

Éstas y otras semejantes habilidades relata Cicerón de los animales, los cuales, careciendo de razón, hacen las cosas tan a propósito de lo que conviene para su conservación y protección, como si realmente la tuvieran.

Pues arguyen ahora los filósofos así: todos estos animales carecen de razón, porque sólo en ésta se diferencian ellos del ser humano y el ser humano de ellos, y a pesar de eso hacen todas las cosas que atañen a su conservación tan perfectamente como si la tuviesen, por lo que necesariamente hemos de confesar que hay una Razón universal y una perfectísima Sabiduría que de tal manera

---

<sup>78</sup> *Ibíd.*, II, 47 (ed. cit., pp. 96-101).

asiste a todos ellos, y de tal manera los rige y gobierna, que hacen lo mismo que harían si tuviesen razón. Porque, del mismo modo que el Creador los formó, y quiso que existiesen y viviesen, estaba claro que les debía dar todo lo necesario para conservar sus vidas, porque, de otra manera, los habría creado de balde y sin propósito.

Si viésemos a un niño de tres años de edad, que hablase con tanta sensatez y elocuencia como un gran orador, entonces diríamos que otro habla en este niño, porque esta edad es prematura para tanta elocuencia y sensatez. Pues viendo que todas las criaturas que carecen de razón, hacen todas sus obras conforme a la razón, que es todo lo que conviene para su conservación, necesariamente hemos de confesar que existe esta Razón universal y esta suma Sabiduría, la cual, sin darles razón, les dio inclinaciones e instintos naturales para que, lo que en los seres humanos hace la razón, hiciese en ellas la inclinación. Y de esto se percataron claramente los filósofos, los cuales dicen que las obras de la naturaleza son obras de una Inteligencia que no se equivoca, queriendo decir que son obras de una suma Sabiduría que hace sus obras con tanta perfección, que ningún defecto se puede hallar en ellas. Esta consideración que nace de las criaturas, movió a san Agustín a decir que más fácilmente dudaría si tenía alma en su cuerpo, que dudar si hay Dios en este mundo<sup>79</sup>, por razón del testimonio que de esta primera verdad nos dan las cosas creadas.

Estas tres últimas consideraciones que aquí hemos tocado [esto es: el orden y la hermosura de este mundo (V); la hechura del ser humano (VI), y las habilidades de las plantas y los animales (VII)], tienen necesidad de un mayor desarrollo. Por ello, aunque lo dicho debería bastar para lo que pide la agilidad y brevedad de esta *Introducción [del símbolo de la fe]*, dado que mi intención es, como ya dije, dar materia de suavísima consideración a las personas virtuosas, volveremos a tratar estas tres consideraciones más copiosamente. En lo cual, imitando a aquellos dos Santos Doctores que dijimos: san Ambrosio y san Basilio<sup>80</sup>, trataremos sobre las obras de los seis días en los que Dios nuestro Señor creó todas las cosas, para que por medio de ellas levantemos los corazones al conocimiento de la bondad, y sabiduría, y omnipotencia, y providencia del que las creó

---

<sup>79</sup> Cf. AGUSTÍN DE HIPONA, *Confesiones*, VII, 10: PL 32, 742.

<sup>80</sup> Cf. BASILIO, *Hexaemeron*, IX: PG 29, 3-208; AMBROSIO, *Hexaemeron*, VI: PL 14, 133-288.

para la provisión de nuestro cuerpo y para el ejercicio y levantamiento de nuestro espíritu. Para lo cual, antiguamente ordenó la guarda del sábado –en el cual, según se escribe<sup>81</sup>, Dios descansó de la obra de la creación– para que empleasen los seres humanos este día en la consideración de las obras que en los primeros seis días había obrado, y le diesen gracias por ellas, pues todas eran beneficios suyos.

Pues conforme a esto, trataremos primero del mundo y de las principales partes de él, que son los cielos y los elementos, y después descenderemos a tratar en particular de todos los cuerpos que tienen vida, como son las plantas y los animales, y al final trataremos del ser humano, que en el sexto y último día fue creado. Y para que el cristiano lector se aproveche mejor de esta doctrina, conociendo el fin al que toda ella se encamina, sepa que mi intento no es solamente declarar cómo hay un Dios Creador y Señor de todas las cosas – conforme a lo que al principio propuse–, sino mucho más declarar la providencia divina que resplandece en todas sus criaturas, y las perfecciones que andan juntas con ella. Para lo cual es de saber que, entre estas perfecciones, tres son las más celebradas, que son: la *bondad*, la *sabiduría* y la *omnipotencia*, que son los tres dedos de los que Isaías dice que está colgada la redondez de la tierra<sup>82</sup>.

De estas tres perfecciones, que en Dios son una misma cosa, la bondad es la que quiere hacer bien a sus criaturas, la sabiduría ordena y traza cómo se haya esto de hacer, y la omnipotencia ejecuta y pone por obra lo que la bondad quiere y la sabiduría ordena. Pues estas tres cosas abarca la divina *providencia*, la cual con un piadoso y paternal cuidado y suma maestría provee a todas las cosas de lo que les es necesario.

Es, pues, ahora mi intento mostrar cómo en todas las partes así mayores como menores de este mundo, hasta en el mosquito y la hormiga, resplandecen estas cuatro perfecciones divinas, y otras muchas con ellas. Mas, cuán grande es el fruto de esta consideración, por medio de este conocimiento se podrá de alguna manera entender. David llama bienaventurados a los que escudriñan las palabras de Dios<sup>83</sup>. Pues no menos lo serán los que escudriñan sus obras, las

---

<sup>81</sup> Cf. Gn 2,2-3; Ex 20,8-11.

<sup>82</sup> Cf. Is 40,12.

<sup>83</sup> Cf. Sal 119,2.

cuales no son sólo las de la gracia, sino también las de la naturaleza, pues todas manan de una misma fuente. Y si la Sabiduría increada promete la vida eterna a los que la esclarecieren<sup>84</sup>, ¿qué otra cosa tendremos que hacer aquí, sino mostrar la maestría de esta suma Sabiduría, que en todas las cosas creadas resplandece?

Gran parte de la facultad oratoria es saber descubrir la maestría que usa un gran orador en sus oraciones, y no se precia poco san Agustín de haber sabido hacer esto en algunos lugares de san Pablo<sup>85</sup>. Pues, ¿cuánto mejor estudio será investigar y notar la maestría admirable de la divina Sabiduría en la hechura y gobierno de todas las cosas creadas? Y si de la reina [de] Sabá se escribe que desfallecía su espíritu considerando la sabiduría de Salomón y las obras que con ella había hecho<sup>86</sup>, ¿cuánto más desfallecerá el espíritu devoto considerando la maestría de las obras de aquella inabarcable Sabiduría, si supiere penetrar la destreza y el consejo con los que son hechas?

Pues esto es lo que con el favor divino pretendemos hacer en este libro. Mas, ¿para qué efecto?: para que conociendo en las obras creadas aquellas cuatro perfecciones divinas que dijimos, se mueva nuestro espíritu al amor a tan gran bondad, y al temor [reverencial] y a la obediencia a tan gran majestad, y a la esperanza en tan paternal cuidado y providencia, y a la admiración de tan gran poder y sabiduría como en todas estas obras resplandece.

Éste es pues el fin a donde tira toda esta doctrina, y a donde ha de enderezar su intención el piadoso lector, para que así pueda alcanzar estas virtudes susodichas, en las cuales consiste todo nuestro bien.

Presupuesto pues ahora este principio, comenzaremos a tratar de las principales partes del mundo.

---

<sup>84</sup> Cf. Sab 6,21.

<sup>85</sup> Cf. AGUSTÍN DE HIPONA, *De doctrina christiana*, IV, 7: PL 34, 93-96.

<sup>86</sup> Cf. 1Re 10,4-5.

#### CAPÍTULO IV. CONSIDERACIÓN SOBRE EL MUNDO MAYOR Y SOBRE SUS PARTES MÁS PRINCIPALES

Comenzando, pues, por la declaración de la primera de estas tres partes, que es el *mundo mayor*, la primera cosa, que es como un fundamento de lo que hemos de presuponer, es que cuando aquel magnificentísimo y soberano Señor por su sola bondad decidió crear al ser humano en este mundo en el tiempo que a Él le agradó, para que conociendo y amando y obedeciendo a su Creador, mereciese alcanzar la vida y bienaventuranza del otro [tras su resurrección a la vida eterna], determinó también proveerle de sustento y de todo lo necesario para la conservación de su vida. Pues para esto creó este mundo visible con todas cuantas cosas hay en él, todas las cuales vemos que sirven para el uso y las necesidades de la vida humana.

Y así como en cualquier lugar de trabajo ha de haber dos cosas, a saber: materia con la que se hagan las cosas, y operario que las haga y que dé forma a la materia, como lo hace el carpintero y cualquier otro operario, así proveyó el Creador que en este gran lugar de trabajo que es el mundo hubiese estas dos cosas, que son: materia con la que las cosas se hiciesen, y operarios que las hiciesen.

La materia con la que todas las cosas se hacen, son los cuatro elementos: tierra, agua, aire y fuego. Los operarios que con esta materia fabrican todas las cosas, son los cielos con sus planetas y estrellas. Porque, dado que Dios es la primera causa que mueve todas las otras causas, estos cuerpos –con las inteligencias que los mueven– son los principales instrumentos de los que Él se sirve para el gobierno de este mundo inferior, el cual de tal manera depende del movimiento de los cielos, que los filósofos vienen a afirmar que si este movimiento parase, cualquier otro movimiento cesaría, de tal manera que el fuego no quemaría ni un poco de estopa que hallase junto a sí. Porque así como parando la primera rueda de un reloj, entonces todas las otras pararían, así cesando el movimiento de los cielos, del cual todos los otros movimientos dependen, entonces ellos también cesarían.

Y dado que estos cuerpos celestes son los primeros instrumentos del primer movedor, que es Dios, y tienen tan principal oficio en este mundo, que es ser *causa eficiente* de todo lo corporal, los

aventajó y ennobleció el Creador con grandes preeminencias sobre todos los otros cuerpos.

I. Porque primeramente los hizo *incorruptibles e impasibles*, estando siempre en continuo movimiento y junto a la esfera del fuego. De modo que al cabo de tantos miles de años como hace que fueron creados, perseveran en la misma entereza y hermosura que tuvieron el día que fueron creados, sin que el tiempo, gastador de todas las cosas, haya menoscabado algo de ellos.

II. Les dio también *lumbre*, no sólo para ornamento del mundo, sin la cual todas las cosas estarían a oscuras y tristes y sumidas en el abismo de las tinieblas, sino también para el uso de la vida humana y, como dice el salmo: «Creó el sol para dar lumbre de día, y la luna para la noche»<sup>87</sup>. Y dado que la luna también se ausenta de nuestro hemisferio, creó las estrellas en su lugar, para que nunca el mundo careciese de luz.

III. Les dio también tanta *constancia* en sus movimientos que, desde que los creó, nunca han variado una pizca de aquella regla y orden que al principio les puso. Siempre el sol sale a su hora, siempre hace con su movimiento los cuatro tiempos del año, y lo mismo hacen todos los otros planetas y estrellas. De donde procede que los que conocen el orden de estos movimientos, pronostican de ahí a muchos años los eclipses del sol y de la luna, sin equivocarse ni en una pizca, por ser tan regulares y ordenados estos movimientos. Con cuyo ejemplo aprenderán todos los que en la Iglesia o en la república cristiana tienen el lugar y el oficio de los cielos y de las estrellas –que es el de gobernar y regir a los otros–, cuán regulados y ordenados y cuán constantes han de ser en sus vidas y oficios, para que en los que están a su cargo no haya desorden; [el cual sobrevendría] si en los que los rigen lo hubiere. Porque si la lumbre que ha de esclarecer las tinieblas de los otros se oscureciere, ¿quiénes estarán en las mismas tinieblas? «Y si un ciego guiare a otro ciego, ¿qué se puede esperar sino la caída de ambos?»<sup>88</sup>.

IV. La *grandeza* de estos cuerpos es tal, que provoca admiración a quien la piensa, y del todo sería increíble, si no supiésemos que no

---

<sup>87</sup> Sal 136,8-9.

<sup>88</sup> Mt 15,14.

hay cosa imposible para el que los creó.

V. Y no es menos admirable, sino por ventura mucho más, la *rapidez* con la que se mueven. De todo lo cual trataremos más adelante, cuando lleguemos a las grandezas y maravillas de Dios.

VI. La *hermosura* del cielo ¿quién la explicará? ¡Cuán agradable es en medio del verano en una noche serena ver la luna llena y tan clara, que oculta con su claridad la de todas las estrellas! ¡Cuánto más disfrutan los que caminan de noche durante el estío con esta lumbrera, que con la del sol, aunque ésta sea mayor! Mas estando ella ausente, ¿qué cosa más hermosa y que más descubra la omnipotencia y hermosura del Creador, que el cielo estrellado con tanta variedad y muchedumbre de hermosísimas estrellas, unas muy grandes y resplandecientes, y otras pequeñas, y otras de mediana grandeza, las cuales nadie puede contar sino solo Aquél que las creó? Mas la costumbre de ver esto tantas veces nos quita la admiración de tan gran hermosura y el motivo que ella nos da para alabar aquel soberano Pintor que así supo hermosear aquella tan gran bóveda del cielo.

Si un niño naciese en una cárcel, y creciese en ella hasta la edad de veinticinco años sin ver nada más de lo que estaba dentro de aquellas paredes, y fuese una persona inteligente, la primera vez que, saliendo de aquella oscuridad, viese el cielo estrellado en una noche serena, ciertamente no podría éste dejar de impresionarse de tan gran ornamento y hermosura y de tan gran número de estrellas que vería en cualquier parte a la que volviese los ojos, o hacia oriente u occidente, o a la banda del norte o del mediodía, y no podría dejar de decir:

«¿Quién pudo esmaltar tan grandes cielos con tantas piedras preciosas y con tantos diamantes tan resplandecientes? ¿Quién pudo crear tan gran número de lumbreras y lámparas para dar luz al mundo? ¿Quién pudo pintar una tan hermosa pradera con tantos tipos de flores, sino algún hermosísimo y potentísimo Hacedor?».

Maravillado de esta obra, un filósofo pagano [llamado Tales de Mileto], dijo: *Intuere coelum, et philosophare*. Que quiere decir: «Mira al cielo, y comienza a filosofar». Que es como decir: «Por la gran

variedad y hermosura que ahí verás, conoce y contempla la sabiduría y omnipotencia del Autor de esa obra». Y no menos sabía filosofar sobre esta materia el profeta [David], cuando decía: «Veré, Señor, tus cielos, que son obra de tus manos, la luna y las estrellas que tú formaste»<sup>89</sup>.

Y si es admirable la hermosura de las estrellas, no menos lo es la eficacia que tienen en influir y producir todas las cosas en este mundo inferior. Y lo es especialmente el sol, el cual, en cuanto se va separando de nosotros –que es durante la otoñada–, todas las frescuras y arboledas pierden juntamente con la hoja su hermosura, hasta quedar desnudas, estériles y como muertas. Y dando la vuelta y acercándose a nosotros, entonces los campos se visten de otra vestimenta, y los árboles se cubren de flores y hojas, y las aves, que hasta entonces estaban mudas, comienzan a cantar y chirriar, y las vides y los rosales descubren entonces sus yemas y capullos, preparándose para mostrar la hermosura que dentro de sí tienen encerrada.

Finalmente, es tanta la dependencia que este mundo tiene de las influencias del cielo, que a poco que se impida algo de ellas –como sucede en los eclipses del sol y de la luna y en los interlunios–, entonces sentimos alteraciones y mudanzas en los cuerpos humanos, mayormente en los más débiles y enfermos.

---

<sup>89</sup> Sal 8,4.

## CAPÍTULO V. EL SOL, SUS EFECTOS Y SU HERMOSURA

Habiendo hablado de los cielos en común, se sigue que ahora tratemos en particular sobre los planetas y las estrellas que hay en ellos, y primeramente del más noble, que es el sol. En el cual hay tantas grandezas y maravillas que considerar, que siendo preguntado un gran filósofo, por nombre Anaxágoras, para qué había nacido él en este mundo, respondió que para ver el sol, pareciéndole que era bastante motivo para ello el contemplar lo que Dios obró en esta criatura, y lo que obra en este mundo por medio de ella. Y a pesar de esto, no adoraba este filósofo al sol, ni le tenía por Dios, como hacían otras infinitas gentes, antes bien, dijo que era una gran piedra o cuerpo material muy encendido y resplandeciente. Por lo cual fue condenado a cierta pena por los atenienses, y hubiera sido sentenciado a muerte si su gran amigo Pericles no le hubiera defendido<sup>90</sup>.

Mas siendo esta estrella tan admirable, nadie se maravilla de las virtudes y propiedades que el Creador en ella puso, porque, como dice Séneca:

«La costumbre de ver transcurrir las cosas de una misma manera, hace que no parezcan admirables, por grandes que sean. Mas por el contrario, cualquier novedad que haya en ellas, aunque sea pequeña, hace que entonces se pongan todos los ojos en el cielo. El sol no tiene quien lo mire, salvo cuando se eclipsa, y nadie mira a la luna, salvo cuando la sombra de la tierra la oscurece. Mas cuánto mayor cosa es, que el sol con la grandeza de su luz esconda todas las estrellas, y que siendo tanto mayor que la tierra, no la abrasa, sino que templada la fuerza de su calor con sus mudanzas, haciéndolo en unos tiempos mayor y en otros menor, y que no llena de claridad la luna, ni tampoco la oscurece y eclipsa, salvo cuando está en la parte contraria. De estas cosas nadie se maravilla cuando transcurren por su orden, mas cuando se salen de él, entonces nos maravillamos, y preguntamos lo que aquello será: tan natural

---

<sup>90</sup> Cf. DIÓGENES LAERCIO, *De vitis clarorum philosophorum*, II, 3 (Editio Lipsiae 1759, p. 88); ARISTÓTELES, *Ética a Eudemo*, I, 4 (*Opera*, t. II, París, Didot, 1850, p. 186b).

cosa es a las personas maravillarse más de las cosas nuevas que de las grandes»<sup>91</sup>. Hasta aquí son palabras de Séneca.

Mas san Agustín dice que las personas sabias no menos, sino mucho más se maravillan de las cosas grandes que de las nuevas y desacostumbradas, porque tienen ojos para conocer la dignidad y excelencia de ellas, y estimarlas en lo que son<sup>92</sup>.

### [La luz, el calor y el agua]

I. Pues tornando al propósito, entre las virtudes e influencias de este astro, la mayor y más general es que él transmite *luz* y claridad a todos los otros planetas y estrellas que están dispersos por todo el cielo. Y como es verdad que tanto ellos como ellas producen en este mundo sus efectos mediante la luz con la que llegan desde lo alto a lo bajo, y esta luz la reciben del sol, se sigue que él, después de Dios, es la primera causa de todas las generaciones, y corrupciones, y alteraciones, y mudanzas que hay en este mundo inferior. Y así decimos que él concurre en la generación del ser humano. Por lo cual se dice comúnmente que «el sol y el ser humano engendran al ser humano»<sup>93</sup>.

Y el sol no sólo engendra las cosas, mas él también, mediante el *calor* que transmite a ellas, las hace crecer, y las levanta a lo alto. Por donde vemos espigar a todas las hortalizas y crecer a las mieses por el mes de mayo, cuando ya comienzan los calores a crecer.

II. Él mismo levanta a lo alto los vapores más sutiles de la mar, los cuales llegando a la media región del aire, que es fríisima, se espesan y convierten en *agua*, y riegan la tierra, y con esto produce ella todos los frutos y alimentos, que son el sustento tanto de los seres humanos como de los toscos animales. De modo que de ella podemos decir que nos da pan, y vino, y carnes, y lanas, y frutas, y finalmente casi todo lo necesario para el uso de la vida, porque todo esto nos lo da el agua.

---

<sup>91</sup> SÉNECA, *Naturales quaestiones*, VII, 1 (*Opera*, t. VIII, Pisa, Giardini editori, 1982, p. 157).

<sup>92</sup> Cf. AGUSTÍN DE HIPONA, *De civitate Dei*, X, 12: PL 41, 291.

<sup>93</sup> Cf. ARISTÓTELES, *Physicorum*, lib. II, 2.

## [Los tiempos]

III. Él es el que con la variedad de sus movimientos nos señala los tiempos, que son: *días y noches, meses y años*, porque naciendo en este hemisferio nuestro, hace el día, y poniéndose y separándose de nuestros ojos, hace la noche, y transcurriendo por cada uno de los *doce signos* del cielo, señala los meses –por detenerse por espacio de un mes en cada uno– y, dando una perfecta vuelta al mundo por estos doce signos con su propio movimiento, señala los años. Porque una vuelta de estas suyas hace un año.

IV. Él mismo es el que, al acercarse o separarse de nosotros, es causa de los cuatro tipos de tiempos que hay a lo largo del año [en el clima mediterráneo], que son: *invierno, verano, estío y otoño*, los cuales ordenó la divina Providencia por medio de este astro tanto para la salud de nuestros cuerpos como para la procreación de los frutos de la tierra, con los que ellos se sustentan.

Y en cuanto a lo que toca a la salud, es de saber que, así como nuestros cuerpos están compuestos de cuatro elementos, así tienen las cuatro cualidades de ellos, que son: *frío y calor, humedad y sequedad*, a las cuales corresponden los cuatro humores que se hallan en estos cuerpos. Porque a la frialdad corresponde la *flema*, a la humedad la *sangre*, al calor la *cólera*, y a la sequedad la *melancolía*. Pues como aquel supremo Gobernador vio que la salud de nuestros cuerpos consiste en el temperamento y proporción de estos cuatro humores, y [sobreviene] la enfermedad cuando se destemplan –creciendo o menguando los unos sobre los otros–, de tal manera ordenó estos cuatro tiempos, que cada uno de estos cuatro humores tuviese sus tres meses proporcionados en el año, en los que se reformase y rehiciese.

Y así para la flema sirven los tres meses del invierno, que son fríos como ella, y para la sangre los tres del verano, que son templados como ella, y para la cólera los tres del estío, que son calientes como ella, y para la melancolía los tres del otoño, que son secos como ella lo es. Y así en estos cuatro tiempos reina y predomina cada uno de estos cuatro humores, y así teniendo igualmente repartidos los tiempos y las fuerzas, se alimentan en paz sin tener uno envidia del otro, pues con tanta igualdad se les reparten los tiempos, para que así ninguno prevalezca contra el otro, ni pretenda destruirlo, viendo que

tiene iguales fuerzas e igual tiempo de su parte para rehacerse que él.

Y no menos sirve maravillosamente esta mudanza de tiempos para lo segundo que dijimos, que es, para la procreación de los frutos y los alimentos de la tierra, con los que estos cuerpos [nuestros] han de ser alimentados. Porque en el tiempo de la otoñada se acaban de recoger los frutos que el estío con su calor maduró, y con las primeras aguas que entonces vienen, comienza el labrador a romper la tierra y a hacer sus sementeras. Y para que los sembrados echen hondas raíces en la tierra, y crezcan con fundamento, llegan muy a propósito los fríos del invierno, donde las plantas, huyendo del aire frío, se recogen para dentro, y así emplean toda su virtud en echar sus raíces más hondas, para que después tanto más seguramente crezcan cuanto más arraigadas estuvieren en la tierra. Esto hecho, para que de ahí en adelante crezcan, viene el verano, el cual con la virtud de su calor las hace crecer y las sube a lo alto, al cual sucede el ardor del estío, que las madura, desecando con la fuerza de su calor y sequedad toda la frialdad y humedad que tienen, y con esto maduran.

De esta manera, acabado el curso de un año, queda hecha la provisión de sustento tanto para el ser humano como para los animales que le han de servir. De modo que, así como los señores que tienen criados y familia, suelen asignar un cierto salario cada año para su sustento, así aquel gran Señor, cuya familia es todo este mundo, con la revolución del sol, que se hace en un año, y con estos cuatro tipos de tiempo, provee cada año de sustento y de todo lo necesario para esta su gran casa y familia. Y esto hecho, le manda entonces al sol que vuelva a andar otra vez por los mismos pasos contados, para hacer otra nueva provisión para el año siguiente.

V. Y dado que todos los seres humanos y los animales están sometidos a la muerte, y si no se recompusiesen las especies con sus individuos, se acabaría el mundo, cada año lo recompone el Creador por medio de la pericia de esta misma estrella, porque con la vuelta que ella da hacia nosotros, al llegar a la primavera, cuando los árboles parece que resucitan, también se puebla el mundo de otra nueva generación y de otros nuevos moradores. Porque en ese tiempo se crían nuevos animales en la tierra, nuevos peces en el agua y nuevas aves en el aire. Y de esta manera aquel divino Presidente sustenta y gobierna este mundo, acrecentando cada año su familia, y proveyendo alimento y sustento para ella. Pues ¿quién, viendo el

orden de esta divina Providencia, no exclamará con el profeta [David], diciendo: «¡Cuan engrandecidas son vuestras obras, Señor! Todas están hechas con suma sabiduría, llena está la tierra de vuestras riquezas»<sup>94</sup>.

## § I

VI. Ni es para dejar de constatar el orden con el que estos cuatro tiempos se suceden unos a otros, de lo que el mismo sol con su ordenado movimiento es causa. Porque, dado que los extremos de ellos son el *invierno* y el *estío*, si después del invierno viniera luego el ardor del estío, no podrían dejar de recibir daño los cuerpos, porque la naturaleza no soporta extremadas mudanzas. Pues por esto ordenó el Creador que de tal manera se moviese el sol, para que fuese la causa de que se introduzcan otros tiempos más templados en medio. Y así, entre el frío del invierno y el ardor del estío se introduce el *verano* en medio, que tiene parte de los dos extremos por ser húmedo y caliente. Y así pasa el ser humano de un extremo al otro sin peligro. Y el mismo inconveniente se produciría, si después del ardor del estío sucediese luego el frío del invierno. Y por eso se atraviesa de por medio el *otoño*, para que poco a poco se vaya el cuerpo disponiendo para los fríos del invierno.

### [Los días y las noches]

VII. El mismo sol con su presencia y ausencia reparte el tiempo en *días* y *noches*, y todo para nuestro provecho. Porque si siempre fuera de día, no se conocerían las edades de las personas y no se podría medir el paso del tiempo. Mas ahora hacemos un *día* del día y de la noche, y de siete días y noches una *semana*, y en poco más de cuatro semanas está el sol en uno de los *doce signos* y, éstos andados, se hace el *año solar*. Y no es menos provechosa la desigualdad proporcionada de los días y de las noches para los frutos de la tierra. Porque las noches grandes y los días pequeños del invierno sirven para que las plantas arraiguen mucho con el frío de la noche larga – según dijimos –, y crezcan poco con el poco calor del día breve. Mas cuando ya es tiempo de que crezca lo que está bien arraigado, se acortan las noches, y crecen los días, para que con el calor mayor de los días mayores vayan poco a poco creciendo y medrando las

---

<sup>94</sup> Sal 104,24.

plantas.

Y de esta manera los días y las noches se conciertan como dos hermanas para servir al ser humano, y viven en paz, restituyendo cada cual el espacio mayor que tomó en un tiempo, disminuyéndolo en otro, conservando así la igualdad en el todo, entre la desigualdad en las partes.

Y aunque el día es de mayor provecho para los ejercicios y el uso de la vida humana, mas tampoco carece la noche de sus frutos. Porque con la templanza y el rocío de la noche se refrescan los sembrados y las plantas en los días calurosos y largos. En la noche descansan los cuerpos de las personas y de los animales, cansados de los trabajos del día. En la noche, cesando el uso de los sentidos, se recoge el calor natural para ocuparse del cocimiento y digestión del alimento, y repartirlo por todos los miembros, dando a cada uno su ración. La noche también apacigua a los ejércitos sangrientos, y cesa el enemigo de seguir el alcance de su contrario. En la noche salen de sus cuevas los animales salvajes a buscar comida, por lo cual el profeta [David] alaba a la divina Providencia, diciendo en el salmo:

«Pusiste, Señor, tinieblas, y se hizo la noche, en la cual salen los animales de las montañas y los cachorros de los leones bramando y pidiendo a Dios que les dé de comer. Mas saliendo por la mañana el sol, se vuelven a recoger, y se encierran en sus cuevas y madrigueras»<sup>95</sup>.

La noche es el tiempo más conveniente para que se recoja también la persona, y dar alimento a su alma, en la cual, libre de los cuidados y ocupaciones del día, pueda dedicarse en silencio a Dios y cantar sus alabanzas, como dice el profeta [David]: «En el día reparte Dios sus misericordias, y en la noche pide sus alabanzas»<sup>96</sup>. A lo cual invita el mismo profeta más en particular a los que moran en la casa del Señor, diciendo que «en la noche levanten sus manos a cosas santas, y bendigan al Señor»<sup>97</sup>. Y no se desviaba él de lo que a otros aconsejaba, aunque era rey, y muy ocupado, cuando dice que «se levantaba a la media noche a alabar a Dios»<sup>98</sup>. A este mismo oficio nos

---

<sup>95</sup> Sal 104,20-22.

<sup>96</sup> Sal 92,2.

<sup>97</sup> Sal 134,2.

<sup>98</sup> Sal 119,62.

convida también Jeremías por medio de estas palabras: «Levántate de noche al principio de las vigiliyas, y derrama como agua tu corazón delante de Dios»<sup>99</sup>. Esto es: «Preséntale todas las necesidades que sientes en tu alma, y pide remedio para ellas al Señor». En este mismo tiempo levantaba su espíritu a Dios el profeta Isaías, como él lo declara cuando, hablando con Él, dice: «Mi alma, Señor, te deseó en la noche, y con mi espíritu y con mis entrañas en la mañana te velaré a Ti»<sup>100</sup>.

En la noche clara y serena despierta el corazón humilde su devoción, mirando la hermosura de la luna clara, y en ausencia de ella, la de todas las estrellas, que callando y centelleando predicán la hermosura de su Creador, y con la diversidad de su claridad nos enseñan la variedad de la gloria y hermosura de los cuerpos gloriosos, que se verá el día de la resurrección general, como dice el Apóstol [san Pablo]<sup>101</sup>.

Pues todas estas cosas, y muchas otras que callamos, hace esta hermosísima y resplandeciente lámpara, además de dar luz a todo cuanto Dios tiene creado en los cielos y en la tierra y, junto con esto, da calor a todo el mundo, sin que haya nadie que se pueda esconder de él. Pues, ¿qué mano sería tan poderosa para pintar y esclarecer un tan hermoso espejo, una tal lumbrera, tal lámpara, tal antorcha, que bastase para alumbrar a todo el mundo? Por lo cual, con mucha razón lo llama san Ambrosio: «ojo del mundo»<sup>102</sup>, pues sin él todo el mundo estaría ciego, mas por él todas las cosas nos descubren sus figuras.

### **[Algunas propiedades y excelencias del Creador]**

VIII. Finalmente, tales son las propiedades y excelencias de esta estrella, que con no ser las criaturas –como dicen– más que una pequeña sombra o huella del Creador, porque sólo el ser humano y el ángel se llaman «imagen de Dios»<sup>103</sup>, todavía entre las criaturas corporales, la que más representa la hermosura y omnipotencia del Creador en muchas cosas, es el sol.

---

<sup>99</sup> Lam 2,19.

<sup>100</sup> Is 26,9.

<sup>101</sup> Cf. Flp 3,21

<sup>102</sup> AMBROSIO, *Hexaemeron*, IV, 1: PL 14, 201.

<sup>103</sup> Cf. TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica*, I, q. 93, a. 2 y 6.

- I. Y la primera es que, aun siendo una estrella sola, emite tanta luz, que *alumbra todo* cuanto Dios tiene creado desde el cielo hasta la tierra, de tal manera que, aun estando en el otro hemisferio, debajo de nosotros, da luz a todas las estrellas del cielo. Y su virtud es tan grande, que penetra hasta las entrañas de la tierra, donde cría el oro y las piedras preciosas, y otras muchas cosas. Lo cual nos servirá para que de alguna manera entendamos cómo Dios nuestro Señor con su presencia y esencia llena cielo y tierra, y hace todas las cosas, pues fue poderoso para dar virtud a una criatura corporal para que de la manera susodicha se extendiese su luz y su eficacia por *todo el universo*.
- II. Así que, el sol *alumbra todo* este mundo. Y de su Creador dice san Juan «que alumbra a *todo ser humano* que nace en este mundo»<sup>104</sup>.
- III. El sol es la criatura, de cuantas hay, *más visible, y la que menos se puede ver*, por la grandeza de su resplandor, y la debilidad de nuestra vista. Y Dios es la cosa más inteligible de cuantas hay en el mundo, y la que menos se entiende, por la alteza de su ser, y la bajeza de nuestro entendimiento.
- IV. El sol es, entre las criaturas corporales, la *más comunicativa* de su luz y de su calor, tanto, que si le cerráis la puerta para defenderos de él, él se os entra por los resquicios de ella para comunicaros el beneficio de su luz. Pues, ¿qué cosa hay más semejante a aquella infinita Bondad, que tan copiosamente comunica sus riquezas a todas las criaturas, haciéndolas – como dice san Dionisio [Areopagita]–, cuanto soporta su naturaleza, semejantes a sí<sup>105</sup>, y buscando muchas veces a los que huyen de Él?
- V. De la claridad grande del sol reciben *claridad y virtud* para obrar todas las estrellas. Y de la plenitud y abundancia de la gracia de Cristo nuestro Salvador reciben luz y virtud para hacer buenas obras todos los justos.
- VI. El sol *produce cuantas cosas corporales hay en este mundo*. Y

---

<sup>104</sup> Jn 1,9.

<sup>105</sup> Cf. PSEUDO-DIONISIO, *Los nombres de Dios*, 4: PG 3, 697; *Epist.* 8: PG 3, 1085.

aquel soberano Gobernador, así como todo lo llena, así todo lo obra en los cielos y en la tierra, y así concurre con todas las causas, desde la mayor hasta la menor, como *primera causa*, en todas sus operaciones.

VII. Finalmente, la presencia del sol es *causa de la luz*, y la ausencia es *causa de las tinieblas*. Y la presencia de Cristo en las almas las alumbraba y enseña, y muestra el camino del Cielo, y descubre los barrancos de los que se han de apartar, mas estando Él ausente de ellas, quedan en muy oscuras y espesas tinieblas, y así tropiezan y caen en mil despeñaderos de pecados, sin saber lo que hacen, ni a quién ofenden, y en cuán gran peligro para su salvación viven los que así viven.

En todas estas cosas nos representa esta noble criatura las excelencias de su Creador. De lo cual, maravillado aquel divino cantor [el profeta David], después de haber dicho que «los cielos y las estrellas predicaban la gloria de Dios»<sup>106</sup>, desciende luego a tratar en particular del sol, comparando su hermosura con la de «un esposo que sale de su alcoba», y la fortaleza y alegría y rapidez de él con la de un gigante, con la cual sale «del principio del cielo, y corre hasta el extremo de él»<sup>107</sup>. El cual verso expresa un intérprete por medio de estas palabras:

«Después de que hayas rodeado con los ojos y con la mente todas las cosas, hallarás que ninguna hay tan esclarecida y que tanta admiración provoque en los seres humanos como el sol, el cual es gobernador de todas las estrellas, y conservador y salud de todas las cosas corporales».

Y más allá de esto, ¿qué figura más alegre y hermosa se puede ofrecer a nuestros ojos que la del sol, cuando sale por la mañana? El cual con la claridad de su resplandor hace huir las tinieblas, y da su color y figura a todas las cosas, y con ellas alegra los cielos, y la tierra, y la mar, y los ojos de todos los animales. De modo que podemos comparar su hermosura a la de un lindísimo esposo, y su fuerza e ímpetu a un gigante. Porque con tanta rapidez se revuelve de Oriente a Occidente, y de ahí a la otra parte del cielo, que con una revolución

---

<sup>106</sup> Sal 19,2.

<sup>107</sup> Sal 19,6-7.

hace día y noche, unas veces mostrándonos desde lo alto sus clarísimos y resplandecientes rayos, y otras escondiéndose de nuestros ojos, y ocupando todas las regiones del aire, sin haber lugar a donde no llegue su claridad. Porque esta estrella rodea con sus clarísimas llamas todas las obras de la tierra, dando al mundo un saludable calor de vida, con el que sustenta y hace crecer todas las cosas.

Mas ya dejemos al sol, y vengamos a su compañera la luna.

### **La luna y las estrellas**

#### **§ II**

La luna es como una vicaria del sol, a la cual le está encomendada por el Creador la provisión de la luz en ausencia del sol. Para que, estando él ausente por acudir a otras regiones a comunicar el beneficio de su luz, no quedase el mundo a oscuras. Y así, es él mismo el que la provee de luz para realizar este trabajo, tanto mayor, cuanto ella le mira a él más de lleno en lleno.

Tiene este planeta, entre otras propiedades, notable señorío sobre todas las aguas y sobre todos los cuerpos húmedos, y señaladamente tiene tan gran jurisdicción sobre la mar que, como a criado familiar, la trae en pos de sí, y así, subiendo ella, crece, y bajando ella, baja. Porque, como se dice de la piedra imán que trae al hierro en pos de sí, así a este planeta dio el Creador esta virtud, que atraiga y llame para sí a la mar, y siga el movimiento de ella. De suerte que este planeta tiene como unas riendas en la mano, con las que se apodera de este tan gran elemento, y lo rige y trae a su mando. De aquí nacen las mareas, que andan con el movimiento de la luna, y que sirven para las navegaciones de un lugar a otro, cuando falta el viento, y para los molinos de mar –que se mueven con ellas–, y sobre todo con este movimiento se purifican las aguas, las cuales no carecerían de mal olor y mal sustento para los peces, si estuvieran como en una laguna encharcadas sin moverse.

Mas no sólo en la mar, sino también en todas las cosas húmedas tiene especial señorío. Y así, vemos con la creciente de ella crecer la humedad de los árboles y de los mariscos, y menguar con la menguante. Pues las alteraciones que este planeta causa en los cuerpos humanos, mayormente en los enfermos, con sus plenilunios

y novilunios y con sus eclipses –cuando se impide un poco de su luz con la sombra de la tierra–, todos lo experimentamos.

Lo que aquí es más para considerar, es la virtud y el poder admirables que el Creador dio a este planeta, el cual, estando muchos miles de leguas apartado de nosotros, por virtud de aquella luz que recibe prestada del sol, obra tantos efectos y mudanzas en la tierra, que así como dicha luz se va mudando, así va mudando consigo todas estas cosas con tan gran señorío, que un poquito que se menoscabe su luz en un eclipse, lo ha de sentir luego la tierra. Pues, ¿qué pasaría si nos faltase totalmente este planeta?

Después de la luna siguen las estrellas, de cuyo ornamento y hermosura ya hablamos. Mas ¿qué dijimos de hermosura tan grande? Pues el número y las virtudes e influencias de ellas, ¿quién las explicará sino sólo aquel Señor de quien dice David que «sólo Él cuenta la muchedumbre de las estrellas, y llama a cada una por su nombre»<sup>108</sup>? En lo cual, primeramente declara la obediencia que estas clarísimas lumbreras tienen a su Creador, el cual «llama las cosas que no son como si fuesen»<sup>109</sup>, dando ser a las que no lo tienen. Y de esta obediencia dice el profeta [Baruc]:

«Las estrellas estuvieron en los lugares y estancias que el Creador les señaló, y siendo por Él llamadas, le obedecieron y le respondieron: “¡Aquí estamos, Señor!”, y resplandecieron con alegría en servicio al Señor que las creó»<sup>110</sup>.

Asimismo, decir el profeta que «llama a cada una por su nombre», es decir que sólo Él conoce las propiedades y la naturaleza de ellas y, conforme a esto, les puso los nombres acomodados a estas propiedades. Pues de esto que está reservado a la sabiduría divina, no puede hablar la lengua humana.

Mas entre otros usos y provechos de las estrellas, sirven también como carteles de [señalización de] caminos a los que navegan por la mar. Porque careciendo en las aguas de señales con las que enderecen los pasos de su navegación, ponen los ojos en el cielo, y allí hallan señales en las estrellas, mayormente en la que está fija en el

---

<sup>108</sup> Sal 147,4.

<sup>109</sup> Rm 4,17.

<sup>110</sup> Ba 3,34-35.

norte, que nunca se muda, para tomarla por regla cierta de su camino.

## CAPÍTULO VI. LOS CUATRO ELEMENTOS O REGIÓN ELEMENTAL

Mas ya es tiempo de que descendamos del cielo a este mundo más bajo, donde residen los cuatro elementos, que son *tierra, agua, aire y fuego*, los cuales -como ya dijimos- son la materia con la que los cielos emplean la eficacia de su virtud, obrando en ellos, y engendrando y componiendo con ellos todas las cosas corporales.

Donde, primeramente, destaca el lugar y sitio en el que el Creador los asentó con tal orden y compás que, siendo entre sí contrarios, tengan paz y concordia, y no sólo no perturben el mundo, mas antes lo conserven y sustenten. Para esto ordenó Él que cada uno de los elementos tuviese una cualidad conforme a la de su vecino y, con este linaje de alianza y parentesco, puso paz y concordia entre ellos. Porque la tierra -que es el más bajo de los elementos- es seca y fría, y el agua es fría y húmeda, y el aire es húmedo y caliente, y el fuego es caliente y seco. Y de esta manera se enlazan y dan la mano unos elementos a otros, y hacen como una [acompañada] danza de espadas, relacionándose amigablemente de esta forma los unos con los otros.

Y para mayor conservación de esta paz, de tal manera templó el Creador las propiedades de ellos, que el que es muy poderoso para obrar, fuese débil para resistir y, por el contrario, el que es fuerte para resistir, fuese débil para obrar. Esto lo vemos en el fuego, el cual, siendo tan activo y tan abrasador de lo que halla, no tiene fuerza para resistir un poco de agua, con la cual cesa todo su furor. Porque si fuera fuerte en lo uno y en lo otro, abrasaría todo el mundo, y no habría quien prevaleciera contra él. Mas por el contrario, la tierra no tiene fuerza para obrar, mas la tiene para resistir, porque ni fuego, ni agua, ni aire bastan para corromperla y transformarla en otra sustancia, como vemos inflamarse el aire con el fuego vecino, y convertirse en fuego. De esta manera igualó el Creador las fuerzas de estos cuatro cuerpos simples, recompensando por una parte lo que quitaba o añadía por otra.

Dio también otra cosa a estos cuatro cuerpos, que es una gran inclinación e ímpetu para correr a sus lugares naturales, porque en ellos se conservan como en su propio lugar y centro, y fuera de él recibirían agravio de otros cuerpos contrarios. Y así vemos que el aire

encerrado en las concavidades de la tierra, la hace estremecer para hallar una salida por la que llegar a su lugar natural. Y no es menor el ímpetu del fuego. Y además de esto, estando fuera de sus lugares perturbarían el orden del universo, tomando unos cuerpos el lugar de otros. Y para esta misma conservación, el Creador les dio otra inclinación, que es la de juntarse unas partes con otras, cuando las dividimos, excepto la tierra, que por ser el más imperfecto de los elementos, carece de este movimiento. Mas el agua y el aire, si los dividís, luego se juntan, porque mejor se conservan juntos que apartados.

Y esta inclinación natural dio el Creador a todas las cosas, por pequeñas e insensibles que sean, que es procurar su conservación. ¿Qué cosa más pequeña que una gota de agua? Pues si ésta cae sobre el polvo, inmediatamente se recoge y reconcentra dentro de sí, y se hace redonda, porque así está más lejos de secarse que si estuviese derramada y extendida. El aceite también: echado con el agua, o se levanta sobre ella [formando una lámina], o se transforma todo él en unas pequeñas gotas, para no perder su ser, siendo incorporado o empapado en el agua. La sal echada en el fuego, salta y huye de él como de su contrario, porque ella es de la naturaleza del agua, de la que se formó, que es enemiga del fuego. Los árboles, cuando están muy sombreados, crecen más, y suben a lo alto para buscar el sol que los cría. Y asimismo, las raíces de ellos, si tienen cerca el agua, se extienden hacia ella, buscando allí su sustento y frescura.

De modo que a todas las criaturas proveyó el Creador de inclinaciones, que las llevan a buscar lo que les es provechoso, y a huir de lo contrario, para que así se conserven en el ser que Él les dio.

## CAPÍTULO VII. EL ELEMENTO DEL AIRE

Descendiendo a tratar en particular de cada uno de los elementos, comenzaremos por el aire, cuyos beneficios son muchos. Porque primeramente con él respiran los seres humanos, y las aves, y los animales que andan sobre la tierra, recibiendo en todo momento, así velando como durmiendo, este alimento con el que refrescan y templan el ardor del corazón, que es un miembro calidísimo, para que no se ahogue con la abundancia de su calor. El aire también es el medio por el cual la luz del sol y de las estrellas, y con ella sus influencias, pasan y llegan a nosotros, sin el cual no lo podrían hacer, porque tanto la luz como las influencias son cualidades físicas, las cuales no pueden estar sin sujeto que las sustente. Y además de esto, el mismo aire, poniéndose de por medio entre nosotros y el sol, templó su calor, para que sin molestia podamos gozar de sus beneficios.

Mas aquí es de notar que la divina Providencia dividió el aire en *tres regiones principales* para el uso de las cosas que aquí declararemos. La primera y más alta parte de él está junto al elemento del fuego, y por eso es calidísima, conforme a la cualidad de su vecino. La más baja, que está junto a la tierra y el agua, es templada, mas no deja de tener, mayormente en algunos tiempos del año, calor, debido a la reflexión de los rayos del sol que hieren la tierra. Mas la parte del aire que está en medio de estos dos extremos, es fríisima, porque huyendo de estos dos extremos, se recoge y reconcentra dentro de sí misma, y así está más fría, como lo vemos en las aguas de los pozos, que así como en el invierno están calientes, porque huyen del frío, así en el estío están frías, porque se recogen hacia dentro huyendo del calor. Lo cual declara la maravillosa providencia del Creador, porque esto sirve para engendrarse allí las heladas y el rocío de la mañana, con los que se sustentan y alimentan las plantas en los tiempos secos, y las nieves, que hacen que las tierras sean fértiles y abundantes. Por lo que solemos decir: «Año de nieves, año de bienes». Porque tanto ellas como también las heladas, detienen las plantas como [parándolas] con la mano, para que no crezcan a lo alto, y así empleen toda su virtud en lo bajo, arraigándose más en la tierra, para que a su tiempo crezcan con tanto mayor fruto, cuanto tuvieren en las raíces mayor fundamento.

## [La lluvia]

Aquí también se engendran las *aguas de la lluvia*. Porque el sol, mediante su calor, levanta los más sutiles vapores de la mar –como ya dijimos–, los cuales, como son sutiles y de la condición del aire, fácilmente suben a lo alto y, llegando a esta media región del aire que es –según decimos– fría, se espesan y se aprietan con el frío, y así se transforman en agua, la cual como es más pesada, desciende hacia abajo, pasando a ser agua de lluvia.

La experiencia de esto la vemos en los alambiques en los que se destilan las rosas y otras hierbas, donde la fuerza del calor del fuego saca la humedad de las hierbas que se destilan, y las transforma en vapores, y las hace subir a lo alto, donde, no pudiendo subir más, se juntan y espesan y se convierten en agua, la cual, con su natural peso corre luego hacia bajo, y así se destila. De donde procede lo que refiere san Basilio: que cuando les falta agua a los marineros, cuecen un poco del agua salada de la mar, y ponen encima una esponja que reciba los vapores de aquella agua, los cuales después se convierten en agua dulce, con lo que sacian un poco la sed<sup>111</sup>. De esta manera, la destreza [humana] imita a la naturaleza, como lo hace en todas las otras cosas.

Y no es menor objeto de alabanza ver la manera en que el Creador ordenó que el agua de lluvia cayese de lo alto. Porque si todas las grandes mentes humanas se pusieran a pensar de qué manera debería caer esta agua para regar la tierra, no podrían atinar en otra más conveniente que ésta. Porque parece que viene filtrada a través de la tela de un cedazo, repartiéndose igualmente por todas partes, y penetrando por las entrañas de la tierra, para dar alimento a las plantas, que con ella se sustentan, refrescando por fuera las hojas y la fruta de los árboles, lo cual no hace el agua de regadío. Ésta es aquella maravilla que, entre otras, se atribuye a Dios, de quien se escribe en el libro del santo Job que «Él es el que prende y ata las aguas en las nubes de tal manera que no caigan de lleno sobre la tierra»<sup>112</sup>. Y lo mismo escribe Moisés, alabando la tierra prometida, por medio de estas palabras:

---

<sup>111</sup> Cf. BASILIO, *Hexaemeron*, V, 6: PG 29, 94-95.

<sup>112</sup> Job 26,8.

«La tierra que vais a poseer, no es como la de Egipto que, a la manera de las huertas, se riega con agua que corre por el suelo. Porque sobre esta nuestra tierra están puestos los ojos del Señor desde el principio del año hasta el fin, para enviarle agua y rocío del cielo»<sup>113</sup>.

El cual beneficio canta el profeta real [David] en el salmo 146, diciendo: El Señor «es el que cubre el cielo de nubes, y por medio de ellas envía agua sobre la tierra»<sup>114</sup>. Y hace esto con tanta generosidad que, como se escribe en el libro de Job, «no sólo riega los sembrados y tierras de labor, sino también los desiertos y las tierras sin camino, para que produzcan hierbas frescas y verdes»<sup>115</sup>.

## § I

Mas cuán grande es este beneficio del agua que llueve, ¿quién lo explicará? Porque quien esto mirare con atención, verá que todo lo que es necesario para la vida humana, lo provee el Creador por este medio. Por aquí nos da el pan, el vino, el aceite, las frutas, las legumbres, las hierbas medicinales, el pasto para los ganados, y con ellos las carnes, la lana y las pieles de ellos para nuestro vestido y calzado. Lo cual no calló el profeta [David] cuando dijo que «el Señor producía en los montes heno y hierba para el servicio de los hombres»<sup>116</sup>. Y dice «de los hombres», siendo éste un alimento de animales, porque éstos, como vemos, sirven de muchas maneras a las personas.

Finalmente, son tantos los bienes que por esta agua recibimos, que uno de aquellos siete sabios de Grecia, por nombre Tales [de Mileto], vino a decir que el agua era la materia de la que todas las cosas se componían<sup>117</sup>, viendo que el agua es la que cría todos los frutos de la tierra, y que no solamente los peces de la mar, sino también los seres humanos, con todos los animales, se mantenían de ellos.

Y por ser este beneficio tan grande y tan universal, tomó el

---

<sup>113</sup> Dt 11,10-12.

<sup>114</sup> Sal 147,8.

<sup>115</sup> Job 5,10.

<sup>116</sup> Sal 147,8.

<sup>117</sup> Cf. ARISTÓTELES, *Meteoros*, I, 3; CICERÓN, *De natura deorum*, I, 10; DIÓGENES LAERCIO, *De vitis clarorum philosophorum*, I, 27.

Creador las llaves de él, y reservó para sí el reparto de estas aguas, para dar por medio de ellas sustento a sus fieles siervos, y castigar a los rebeldes, privándolos de este beneficio. Y así se escribe en el libro de Job que «por esta vía juzga Dios los pueblos –castigándolos con hambre– y da de comer a muchos de los mortales»<sup>118</sup>.

Y así promete Dios a los fieles guardadores de su ley en el Levítico que «les enviará el agua de lluvia a su tiempo, con la que la tierra y los árboles les den fruto copioso para su sustento»<sup>119</sup>. Y por el contrario, a los quebrantadores de ella les amenaza diciéndoles que «les hará el cielo de metal, y la tierra que caven de hierro, y que en lugar de agua les dará polvo, para consumirlos de hambre»<sup>120</sup>. Y no sólo los pecados, sino también el desagradecimiento por este beneficio suele ser causa de perderlo. De lo cual se queja Dios por medio de Jeremías con estas palabras: «Y no dijeron los hombres: “honremos a Dios, que nos envía de lo alto el agua temprana y la tardía, y nos da cada año copiosas mieses para alimentarnos”»<sup>121</sup>.

Ciertamente, es mucho para sentir que, siendo éste tan gran beneficio del Creador, haya tan pocos que lo reconozcan, y le den gracias, y le sirvan por él, con el cual nos da todas las cosas, y sin el cual no podríamos vivir. Y de esto nos debería avisar el hecho de que veamos venir el agua de lo alto, para entender que el Creador nos la envía desde el Cielo. Pues, ¿qué es esto sino imitar las personas dotadas de razón a los animales, que carecen de ella, las cuales recibiendo la comida y manutención con la que se sustentan, ni reconocen al Dador, ni le dan gracias por ella?

### [El viento]

Otro beneficio de la divina Providencia son los vientos, los cuales, o son aire, o son muy semejantes a él. El cual beneficio no calló el profeta [David] cuando dijo que «el Señor producía y sacaba los vientos de sus tesoros»<sup>122</sup>, entendiendo por «tesoros» las riquezas de su providencia, la cual ordenó que hubiese vientos para el uso y provisión de la vida humana.

---

<sup>118</sup> Job 36,31.

<sup>119</sup> Lv 26,19-20.

<sup>120</sup> Lv 26,19-20.

<sup>121</sup> Jer 5,24.

<sup>122</sup> Sal 135,7.

Porque primeramente los vientos llevan las nubes y las aguas que están en ellas –como se escribe en el libro de Job– a donde el Gobernador del mundo las quiere enviar<sup>123</sup>. Y así vemos que en España llueve con el viento *ábrego* [del sudoeste], el cual, pasando por la mar, trae consigo las nubes a esta región. Mas por el contrario, en África llueve con el *cierzo*, que sopla desde el norte y, pasando también por el mismo mar, lleva las nubes –que son como tinajas de Dios– a aquella tierra.

Pues ¿qué sería de la navegación y del comercio con las islas y con las otras gentes, si faltasen los vientos, y el aire estuviese siempre en calma? Pues con este socorro tan deseado de los navegantes, nos desplazamos en breve espacio [de tiempo] hasta los confines de la tierra, llevando las mercancías que en una parte sobran y en otra faltan, y trayendo de ellas lo que a nosotros nos falta y a ellos les sobra. Y de esta manera todas las cosas se hacen comunes, y todas las tierras quedan abastecidas y, finalmente, de todo el mundo hacemos una plaza común y una ciudad que sirve a todos. Y lo que es más, por medio de los vientos se ha desplazado la fe y el conocimiento del Creador a las partes de Oriente y Occidente y a todas las otras regiones, que es la mejor mercancía que de unas partes a otras se puede llevar.

Y no menos resplandece la divina Providencia en el correr de los vientos. Porque sabemos que en las Indias Orientales en cierto tiempo del año corren unos vientos que sirven para navegar con ellos a ciertas partes, y en otro corren otros que son para volver de ellas, y esto es tan ordinario, que nunca faltan éstos –que llaman *monzones*– para estos caminos, los cuales la divina Providencia ordenó para el servicio y uso de las personas, haciendo que los vientos, como criados de ellas, las lleven y traigan como en los hombros a los lugares deseados. Y siendo esto así, ¡cuán pocos hay que reconozcan este beneficio y le den gracias por él!

Sirven también los vientos –como dice Séneca– para purificar el aire y sacudir de él cualquier corrupción o mal elemento que se le haya pegado<sup>124</sup>. De lo cual tienen experiencia los que se acuerden de una gran epidemia que hubo en la ciudad de Lisboa y en algunos

---

<sup>123</sup> Cf. Job 37,10-12.

<sup>124</sup> Cf. SÉNECA, *Naturales quaestiones*, V, 18 (ed. cit., p. 85).

otros lugares del reino de Portugal el año de 1570. La cual cesó con un fortísimo y desacostumbrado viento, con el cual creció la mar tanto, que cubrió las fuentes que estaban junto a ella, y de dulces las hizo salobres por algunos días. El cual viento se llevó tras de sí el aire corrupto, que era la causa de aquella peste. Y por esto dice el mismo autor<sup>125</sup> que quiso la divina Providencia que en todas las partes del mundo se levantasen vientos, para que en todas ellas tuviese el aire quien le purificase y ejercitase: tan necesario es el ejercicio y trabajo para todas las cosas.

Sirven también los vientos para que el labrador pueda aventar la mies trillada y amontonada, y limpiar así el grano de polvo y de paja. Y no menos, en lo más fuerte del estío -cuando exhalamos vaho con el gran calor- hace el Creador que se levante un aire fresco, con el que se refrigeran las entrañas y se temple la fuerza del calor.

Con lo cual, los que saben referir todas las cosas a Dios, y de todas sacan materia de edificación, consideran cómo será aquel tormento de los fuegos eternos, donde están los malaventurados abrasándose en aquellas llamas, y no esperan jamás este tipo de alivio y refrigerio.

---

<sup>125</sup> Cf. *ibíd.* V, 18 (ed. cit., pp. 85-87).

## CAPÍTULO VIII. EL ELEMENTO DEL AGUA

Del elemento del aire bajamos al del agua, que es su vecina, la cual al principio de la creación cubría toda la tierra, como el elemento del aire cubría a esa misma agua<sup>126</sup>. Mas porque de esta manera no se podía habitar la tierra, el Creador, que todo este mundo creaba para que de él se sirviese el ser humano, así como creaba al ser humano para sí, mandó que se juntasen todas las aguas en un lugar, que fue el *mar Océano*, y que se descubriese la tierra para que fuese nuestra morada, y así se hizo, sacando al agua de su lugar natural, que era estar sobre la tierra, y recogéndola en otro.

En este elemento hay muchas cosas que considerar, las cuales predicán las alabanzas del que lo creó, a saber: su grandeza, su fecundidad, sus golfos, sus playas, sus puertos, sus crecientes y menguantes, y finalmente los grandes provechos que nos vienen de él. Por su grandeza y fecundidad alaba a Dios el salmista diciendo: «Este mar grande y espacioso, donde hay tantos tipos de peces que no se pueden contar, y animales tanto pequeños como grandes»<sup>127</sup>.

Esta grandeza fue ordenada por el Creador para que todas las naciones gozasen de los provechos de la mar, que son, por una parte, la navegación, que sirve –como dijimos– para el comercio de las gentes y, por otra, el sustento que gratuitamente nos da, con la infinidad de peces que cría. Y por esto quiso el Hacedor que en él hubiese muchos *canales* y *golfos*, para que se introdujesen por las tierras, y entrasen por nuestras puertas, convidándonos con sus riquezas y proveyándonos de sustento. De aquí proceden el mar Mediterráneo, y el mar Rojo, y el mar Negro, y el golfo de Persia, y otros muchos, que son como canales de este gran cuerpo, de cuyos provechos quiere el Creador que gocen todos. Y en todos ellos hay sus puertos y playas, donde pueden estar con seguridad los navíos, libres de la fuerza de los vientos.

### [Las islas]

Ni menos resplandece la omnipotencia y providencia del Creador en tanta muchedumbre de islas que están repartidas por la

---

<sup>126</sup> Cf. Gn 1,1-9.

<sup>127</sup> Sal 104,25

mar, de las cuales dice san Ambrosio que son como unos joyeles de este tan grande y tan hermoso cuerpo<sup>128</sup>, que lo adornan y muestran la omnipotencia y providencia del Creador. Dicha providencia consiste en proveer estas como ventas y estancias para los navegantes, donde toman alimento, donde se rehacen, donde descansan, y donde se acogen en tiempo de tormentas o cuando quieren escapar de los ladrones de la mar.

Ni menos resplandece aquí la omnipotencia del Creador en conservar unas isletas pequeñas en medio de tan grandes profundidades y abismos acuáticos, y de las grandes olas que parecen querer anegar la tierra, sin que por eso puedan usurpar un pequeño pedazo de ellas, lo cual es aquella maravilla que el mismo Señor pondera cuando, hablando con el santo Job, dice:

«¿Quién cerró y puso puertas a la mar, cuando corría con gran ímpetu como si saliera del vientre? Yo soy el que la cerqué con mis límites, y la puse puertas y cerraduras, y le dije: “Hasta aquí llegarás, y no pasarás adelante, y aquí se quebrantará el furor de tus olas hinchadas”»<sup>129</sup>.

Y ciertamente es cosa de admiración que, desplazándose todos los elementos con tan gran ímpetu a sus lugares naturales –como ya dijimos– y siendo el lugar natural del agua estar sobre todo el cuerpo de la tierra y tenerla cubierta, haberla sacado Dios de este lugar sólo con su palabra, y haberla conservado tantos miles de años fuera de él, sin usurpar ella ni un paso del espacio que le señaló. Lo cual tiene Él como argumento para confundir la desobediencia y desacato de los seres humanos, vista la obediencia de las criaturas insensibles. Y así dice por medio de Jeremías:

«¿A Mí no me temeréis, y no temblaréis ante mi presencia, que fui tan poderoso como para hacer que la arena fuese término de la mar, y ponerla un precepto y mandamiento, el cual ella nunca quebrantará? Y se moverán las olas, y no prevalecerán, y se hincharán, y no lo traspasarán»<sup>130</sup>.

En la ruta de navegación que hay de Portugal a la India Oriental

---

<sup>128</sup> AMBROSIO, *Hexaemeron*, III, 5: PL 14, 178.

<sup>129</sup> Job 38,8-11.

<sup>130</sup> Jer 5,22.

-que son cinco mil leguas de agua- hay en medio del gran mar Océano, donde no se halla suelo, una isleta despoblada que se llama Santa Elena, abastecida de dulces aguas, de pescados, de caza y de frutas que la misma tierra -sin labor alguna- produce, donde los navegantes descansan, y pescan, y cazan, y se proveen de agua. De suerte que ella es como un hostel que la divina Providencia asignó sólo para este fin, porque para ninguno otro sirve. Y el que allí la puso, no la debió crear de balde. Y lo que más nos maravilla es cómo se levanta aquel saliente de tierra sobre el que está asentada la isla, desde el abismo profundísimo del agua hasta la cumbre de ella, sin que tantos movimientos de la mar lo hayan consumido y gastado. Y además de esto, ¿cómo es que, no siendo esta isleta para con la mar más que una cáscara de nuez, persevera entre tantas olas y tormentas entera, sin consumirse ni gastarse nada de ella? Pues, ¿quién no adorará aquí la omnipotencia y la providencia del Creador, que así puede asentar y asegurar lo que quiere?

Éste es, pues, el freno que Él puso a este gran cuerpo de la mar para que no cubra la tierra. Y cuando ella corre impetuosamente contra la arena, teme llegar a los términos señalados, y viendo allí escrita la ley que le fue puesta, se da la vuelta a manera de caballo furioso y rebelde, que con la fuerza del freno para, y se vuelve hacia atrás, aunque no quiera.

### **[Las utilidades de la mar]**

#### **§ I**

La mar también, por una parte, divide las tierras, atravesándose en medio de ellas y, por otra, las junta y reduce a amistad y concordia con el trato común que hay entre ellas. Porque, queriendo el Creador amigar entre sí a las naciones, no quiso que una sola tuviese todo lo necesario para el uso de la vida, para que la necesidad que tienen las unas de las otras, las reconciliase entre sí. Y así la mar, puesta en medio de las tierras, nos representa una gran feria y mercado, en el cual se hallan tantos compradores y vendedores, con todas las mercancías necesarias para el sustento de nuestra vida. Porque, dado que los caminos que se hacen por tierra son muy trabajosos, y no es posible traer por tierra todo lo que nos es necesario, proveyó el Creador de este nuevo camino, por donde se trasladan navíos pequeños y grandes, cualquiera de los cuales lleva más carga que la

que muchos animales pudieran llevar para que nada le falte al ingrato e ignorante ser humano.

Éstas y otras muchas utilidades tenemos en la mar. Porque – como dice san Ambrosio– ella es hospedería de los ríos, fuente de las aguas, materia de las grandes avenidas, acarreadora de las mercancías, compendio de los caminantes, remedio de la esterilidad, socorro en las necesidades, lazo con el que los pueblos apartados se juntan, y freno del furor de los bárbaros, para que no nos hagan tanto daño<sup>131</sup>.

Tiene también otra cosa la mar, la cual, como criatura tan principal, nos representa por una parte la mansedumbre, y por otra la indignación e ira del Creador. Porque, ¿qué cosa más mansa que el mar cuando está quieto y libre de los vientos, que solemos llamar «mar en calma», o cuando con un aire templado blandamente se ondula, y envía sus mansas olas hacia la ribera, sucediéndose unas a otras con un dulce ruido, y siguiendo el alcance las unas de las otras, hasta quebrarse en la playa? En esto pues nos representa la blandura y mansedumbre del Creador para con los buenos.

Mas cuando es batido por recios vientos, y levanta sus temerosas olas hasta las nubes, y cuanto más las levanta a lo alto, tanto más profundamente descubre los abismos, con lo cual levanta y abaja a los pobres navegantes, azotando poderosamente los costados de las grandes naves, cuando las personas están puestas en mortal tristeza, las fuerzas y las vidas ya rendidas, entonces nos declara el furor de la ira divina, y la grandeza del poder que tales tempestades puede levantar y sosegar, cuando a Él le place. Lo cual cuenta el real profeta [David] entre las grandezas de Dios, diciendo:

«Vos, Señor, tenéis señorío sobre la mar, y Vos podéis amansar el furor de sus olas. Vuestros son los cielos, y vuestra la tierra, y Vos creasteis la redondez de ella, con todo lo que dentro de sí abraza, y la mar, y el viento cierzo que la levanta, Vos lo fabricasteis»<sup>132</sup>.

Nos queda otra excelencia de la mar tan grande, que el ingenio y la pluma temen acometerla. Porque, ¿qué palabras bastan, no digo

---

<sup>131</sup> Cf. AMBROSIO, *Hexaemeron*, III, 5: PL 14, 177-178.

<sup>132</sup> Sal 89,10.12.

yo para explicar, sino para contar por medio de sus nombres, si los hubiera, los tipos de pescados que hay en este elemento? ¿Qué entendimiento, qué sabiduría fue aquella, que pudo inventar, no digo ya tantas especies, sino tantos tipos de formas de peces con tantos tipos de cuerpos, unos muy pequeños, otros de increíble grandeza, y entre estos dos extremos, otros mil tipos de mayores y menores? Porque Él es el que creó la ballena, y creó la rana, y no trabajó más en la hechura de aquel pez tan grande, que en la de éste tan pequeño.

Hay algunos artesanos que cortan a tijera en seda o en papel mil diferentes figuras y fantasías de la manera que quieren, porque el papel y la seda obedecen a la voluntad e ingenio del cortador. Pues ¿qué Cortador fue aquel tan primero, que supo cortar y trazar tantos tipos de figuras como vemos en los peces de la mar, dando a todas sus propiedades y cualidades tan diversas? Porque, el que corta con tijera, no hace más que formar una figura, sin darle más de lo que representa. Mas este soberano Cortador, junto con la figura, dio alma, y vida, y sentidos, y movimiento, y habilidades para buscar su sustento, y armas ofensivas y defensivas para su conservación, y sobre todo esto una fecundidad tan grande como para conservar su especie, que si no la hubiéramos visto, fuera totalmente increíble.

Porque, ¿quién contará los huevos que tiene un sábalo, o una merluza, o cualquier otro pez? Pues de cada huevecico de éstos se cría un pez tan grande como aquél de donde salió, por grande que sea. Sólo el agua, como blanda madre, por virtud del Creador, lo recibe en su regazo, y lo cría hasta llevarlo a su perfección. Pues, ¿qué cosa hay más admirable? Porque como la divina Providencia creó esta pescadería para sustento de los seres humanos, y los que han de pescar no ven los peces en el agua de la manera en que los cazadores ven la caza en la tierra o en el aire, ordenó Él que la fecundidad y multiplicación de los peces fuese tan grande, que la mar estuviese cuajada de ellos para que, donde quiera que cayese la red, hallase qué prender.

Muchas y casi innumerables son las especies de aves y de animales que hay en la tierra, mas sin comparación son más las que hay en la mar, aun pareciendo que este elemento no estaba preparado para recibir moradores que lo poblasen, ni para darles los alimentos que vemos en la tierra, para que los sustentasen.

Pues, ¿qué diré de los tipos de mariscos que nos da la mar? ¿Qué de la variedad de figuras con las que muchos imitan a los animales de la tierra? Porque hay peces que tienen figura de caballo, otros de perro, otros de lobo, y otros de becerro, y otros de cordero. Y para que nada faltase por imitar, otros tienen nuestra figura, a los que llaman «hombres marinos». Y más allá de esto, ¿qué diré de las conchas, con las que se hace el color escarlata, que es el ornamento de los reyes? ¿Qué de las otras conchas, y vieiras, y de las figuras de los caracoles grandes y pequeños, hechos de mil maneras y más blancos que la nieve, y con pigmentos de diversos colores, sembrados por todos ellos? ¡Oh admirable sabiduría del Creador!

*¡Cuán engrandecidas son, Señor, vuestras obras! Todas están hechas con suma sabiduría, y no solamente la tierra, mas también la mar está llena de vuestras maravillas.*

Pues, ¿qué diré de las virtudes y fuerzas extrañas de los peces? El pececillo que llaman *tardanaos* [o *rémora*]<sup>133</sup>, hace parar una gran nave, aunque vaya a toda vela. Pues ¡cuán poderoso es aquel Señor, que con tan pequeño instrumento obra una cosa tan grande! Aún más pequeño pez es la *sardina*, y ésta abastece a la mar y a la tierra, porque es común alimento de los peces mayores, y también lo es de las personas. Por lo cual, se suele decir de ella que más anda por la tierra que por la mar, caminando de unas partes a otras para nuestro sustento.

Ni es menos para considerar la suavidad y sabor que el Creador puso más aún en los peces que en las carnes, y así antiguamente servían para las delicias de los príncipes. Por lo cual exclama aquí san Ambrosio, diciendo: «¡Ay de mí, antes del ser humano fueron creadas las delicias, antes la abundancia -madre de nuestra lujuria- que la naturaleza, primero fue la tentación del ser humano, antes que la crianza del ser humano!»<sup>134</sup>. Mas no hizo esto el Creador para tentación sino para regalo y provisión de los seres humanos, mostrando con esto que los trataba como a hijos regalados, para que la suavidad y gusto de estos alimentos les incitase a amar y alabar al Creador, que esta mesa y convite tan suave les preparó.

Mas tienen muchos de los seres humanos tan poca inteligencia,

---

<sup>133</sup> Cf. AMBROSIO, *Hexaemeron*, V, 10: PL 14, 234.

<sup>134</sup> Cf. *ibíd.*, V, 1: PL 14, 220.

que estando las criaturas invitándoles a alabar al Dador de todos estos bienes, de tal manera se ceban y empapan en ellos, que no les pasa por su pensamiento darle gracias, y decir siquiera: «Esto hizo el Creador para mí, sin debérmelo».

## CAPÍTULO IX. EL CUARTO ELEMENTO, QUE ES LA TIERRA

Descendamos ya a nuestra común madre, que es la tierra, con la que son producidos y alimentados nuestros cuerpos. Mas esto será sin apartarnos mucho del agua, porque ella es la que, por las venas y caminos secretos que el Creador ordenó, se amasa con la tierra para producir muchos provechos, de los cuales uno es hacerla un cuerpo sólido, pegando y apretando con su humedad y frialdad las partes de ella, para que nos pueda sostener. Porque de otra manera, siendo ella en sumo grado seca, estarían tan sueltas y desapegadas las partes de ella, como está la cal viva en polvo, y así no nos podría sostener.

Entre todos los elementos éste es el más bajo y menos activo, mas, sin embargo, siendo ayudado por el cielo y por los otros elementos, nos sirve y aprovecha más que todos los demás. Con lo cual, debe crecer y fortalecerse nuestra naturaleza, la cual, aunque sea de suyo más baja que la de los ángeles, puede, con los favores y socorros de la gracia, levantarse sobre ellos.

Su asiento y lugar natural es el centro y medio del mundo, cercada por todas partes de aire y agua, sin por eso inclinarse a una parte ni a otra. Porque así como el Creador puso en la piedra imán [de la brújula] aquella maravillosa virtud: que mire sólo hacia el norte, y en él sólo repose, así también puso en la tierra esta natural inclinación: que tenga por centro y por su lugar natural el punto que está en medio del mundo, y que a él siempre se traslade, y en él solo descansa, sin moverse a una parte ni a otra, que es una tan gran maravilla como si estuviese una bola en el aire en medio de una gran sala, cosa que algunos filósofos no pudieron creer. Ésta es aquella maravilla que canta el salmista, cuando dice:

«Fundaste, Señor, la tierra sobre su misma firmeza, la cual en los siglos de los siglos nunca perderá ese lugar y puesto que Vos le diste, ni se inclinará a una parte o a otra, y ordenaste que el abismo de las aguas fuese como una ropa con la que ella estuviese cercada y vestida»<sup>135</sup>.

El mismo salmista dice que éste fue el lugar que la divina Providencia asignó para ser habitado por los seres humanos: «El

---

<sup>135</sup> Sal 104,5-6.

Cielo de los cielos –dice él– asignó el Señor para sí, mas la tierra para morada de los hombres»<sup>136</sup>. Pues esta tierra, obedeciendo a la disposición y mandamiento del Creador, como benigna madre nos recibe cuando nacemos, y nos alimenta después de nacidos, y nos sostiene mientras vivimos, y al final nos recibe en su regazo después de muertos, y guarda fielmente nuestros cuerpos para el día de la resurrección general.

Este gran elemento nos es mas blando y favorable que los otros, porque de las aguas vemos que proceden las avenidas y las crecidas de los ríos, que hacen notable daño en las tierras vecinas, y el aire se espesa en las nubes, de donde nacen los aguaceros, que dañan los sembrados y destruyen los trabajos de los pobres labradores. Mas la tierra, como sierva del ser humano, ¡qué frutos produce, qué olores, qué sabores, qué zumos! ¡Qué colores no engendra! ¿Quién podrá explicar cuánta es su fertilidad, cuántas sus riquezas<sup>137</sup>, especialmente si consideramos cuántos tipos de metales se sacaron de ella cinco mil años antes de la venida de Cristo, y cuántos se han sacado desde entonces, y se sacaran hasta el fin del mundo, llegando las personas – como dijo aquel poeta [llamado Ovidio<sup>138</sup>]- hasta las sombras del infierno, persiguiendo el oro y la plata, por más que se escondan en las entrañas de la tierra? Pues, ¿qué diré de la variedad de piedras preciosas de gran valor y virtud, que están escondidas en lo íntimo de ella?

Mas, entre los beneficios de la tierra, es muy señalado el de las fuentes y ríos que de ella manan, y la humedecen y refrescan. Porque así como el Creador repartió las venas por todo el cuerpo humano para humedecerlo y alimentarlo, así quiso Él también que este gran cuerpo de la tierra tuviese sus venas, que son los ríos, los cuales, corriendo por todas partes, la refrescan y humedecen, y nos ayudan a alimentarnos, criando peces y regando nuestros sembrados.

### **[Las fuentes y los ríos]**

Y porque en muchas partes faltan fuentes y ríos, ordenó la divina Providencia que toda la tierra estuviese empapada de agua, porque de esta manera, cavando las personas, supliesen con los pozos

---

<sup>136</sup> Sal 115,16.

<sup>137</sup> Cf. AMBROSIO, *Hexaemeron*, III, 8: PL 14, 183.

<sup>138</sup> Cf. OVIDIO, *Metamorphoseon*, I, 138-142.

la falta de las fuentes.

Mas, ¿quién no se maravillará aquí del origen y principio de donde manan estos ríos y fuentes? Vemos en muchas tierras apartadas de la mar, salir debajo de una peña de roca desnuda un gran canal, y a veces un manantial muy abundante. ¿De dónde, pues, nace esta agua? ¿Cómo corre siempre, en invierno y en verano, de una misma manera? ¿Qué abismo es aquél tan copioso que siempre tiene agua para dar, y en tantos miles de años nunca se agota? Si decís que se hace con el aire que está en las concavidades de la tierra, siendo verdad que de diez partes de aire se hace una de agua: ¿cuánta cantidad de aire será necesaria para que de ahí salga perpetuamente el río Nilo, o el Danubio, o el Éufrates, o nuestro Guadalquivir? Aunque bien sé que otros ríos que con éstos se juntan, ayudan a su grandeza, también son ellos, y otros semejantes ríos, grandes en su nacimiento.

Alaba el profeta [David] a Dios porque «saca los vientos de sus tesoros»<sup>139</sup>, que es uno de los lugares que Él con su sabiduría señaló. ¿Cuánto más debe ser alabado por haber creado en la tierra tan grandes concavidades y embalses de agua perennes que nunca faltan? ¿Cuál es la materia con la que tanta agua se produce, y cuál la causa por la que aquella materia la produce? Porque hasta ahora discrepan las mentes de los filósofos a la hora de aclarar esta generación de las aguas, y apenas dicen cosa que satisfaga. Mas lo que aquí más satisface, es dar gloria a Dios por este beneficio, y maravillarnos de la providencia de quien esto supo y pudo hacer. Y muy burdo ha de ser el que esto no entendiere.

Pasando una vez un africano muy iletrado con su amo el río [Guadajoz] que está entre Córdoba y Castro del Río, y viendo correr el agua por él, se volvió a su amo con su tosca lengua, y dijo: «Correr, correr, y nunca llenar, correr, correr, y nunca acabar, gran cosa Dios». Pues este africano iletrado por una parte nos confunde, y por otra nos obliga a alabar al Creador por este beneficio. Pero más nos obliga aquel ángel del Apocalipsis, el cual –como dice san Juan– venía volando por el cielo, dando voces y diciendo a los moradores de la tierra: «Temed al Señor, y glorificadlo, porque se acerca la hora de su juicio, y adorad al que hizo el cielo, la tierra y la mar, y todo lo que en

---

<sup>139</sup> Sal 135,7.

ellos hay, y las fuentes de agua»<sup>140</sup>. En las cuales palabras, pasando sin decir nada sobre todas las maravillas que vemos en los otros elementos, sólo de las fuentes de agua, como de cosa más admirable, hizo mención especial.

Pues, ¿qué diré de las aguas medicinales que brotan de la tierra para la cura de muchas enfermedades? Porque unas hay que relajan los miembros encogidos –de las que se aprovechan los tullidos–, otras por el contrario tensan los que están flojos y relajados, unas desecan la abundancia de flemas, otras sirven para curar la melancolía, unas valen contra la gota, otras contra la piedra, otras sanan las llagas medio podridas: tan grande es la virtud que el Creador puso en una tan simple medicina, y todo encaminado y proveído para la salud y remedio del ingrato ser humano, que recibe el beneficio, y no responde con debido agradecimiento.

Y sobre todo esto, cómo de grande es la virtud que aquel divino Presidente dio a la tierra –con una palabra y mandamiento que al principio le puso–, la cual todos los años sin cesar nos da abundancia de trigo, de vino, de aceite, de frutas, de legumbres y de alimento para el sustento de los animales que nos sirven.

Pasan los seres humanos fácilmente por estas cosas, y ni consideran esta maravillosa fertilidad que el Creador dio a la tierra, ni la virtud admirable que puso en un grano de trigo y en todas las otras semillas, porque la costumbre de ver esto cada día, quitó la admiración a cosas tan admirables. Solamente se maravillan de las cosas raras y desacostumbradas, no por mayores, sino por menos usadas. Mas para los que saben ponderar las obras de Dios –como san Agustín dice–, estas cotidianas les son materia de mayor admiración y conocimiento de Dios, que todas las otras, por muy raras y nuevas que sean<sup>141</sup>.

---

<sup>140</sup> Ap 14,7.

<sup>141</sup> Cf. AGUSTÍN DE HIPONA, *De civitate Dei*, X, 12: PL 41, 291.

## CAPÍTULO X. LA FERTILIDAD, LAS PLANTAS Y LOS FRUTOS DE LA TIERRA

Después de la tierra se sigue que tratemos más en particular sobre la fertilidad y los frutos de ella. Y esto es comenzar a tratar ya de las cosas que tienen vida, porque las que hasta aquí hemos comentado, que son los cielos, las estrellas y los elementos, con todas las otras mezclas imperfectas, no la tienen.

Y porque las cosas que tienen vida son más perfectas que las que carecen de ella, resplandece más en éstas la sabiduría y la providencia del Creador, y cuanto fuere más perfecta la vida, tanto más claro testimonio nos da del Artífice que la hizo, como en el proceso se verá. Porque no es Dios –como suelen decir– «recogedor de la [inútil] ceniza y derramador de la harina», mas antes, cuanto más perfectas son las cosas, tanto mayor cuidado y providencia tiene con ellas, y tanto más descubre en ellas la grandeza de su sabiduría.

Y para que supiésemos que a Él solo le debíamos este tan general beneficio de los frutos de la tierra, los creó al tercer día<sup>142</sup>, que fue antes de que crease el sol y la luna y los otros planetas, con cuya virtud e influencias nacen y se crían las plantas, y antes de que hubiese semillas de donde naciesen, como ahora nacen. De manera que sólo la virtud de su omnipotente Palabra suplió la *causa material* y la *causa eficiente* [que son las semillas] de todas las plantas y árboles de la tierra. Toda esta variedad de especies innumerables no le costó más que sólo estas palabras: «Produzca la tierra hierba verde que tenga dentro de sí su semilla, y árboles frutales según sus especies»<sup>143</sup>, etcétera.

Oído, pues, este mandamiento, entonces la tierra parió, y se vistió de verdor, y recibió la virtud de fructificar, y se atavió y hermoseó con diversas flores. Mas ¿quién podrá expresar la hermosura de los campos, y el olor, la suavidad y el deleite que experimentan los labradores? ¿Qué podrán nuestras palabras decir de esta hermosura? Mas tenemos el testimonio de la Escritura, en la cual el santo patriarca [Isaac] comparó el olor de los campos fértiles con la bendición y la gracia de los santos: «El olor –dijo él– de mi hijo

---

<sup>142</sup> Cf. Gn 1,13.

<sup>143</sup> Gn 1,11.

es como el del campo lleno [de mieses y frutos]»<sup>144</sup>.

¿Quién podrá expresar la hermosura de las violetas moradas, de los blancos lirios, de las resplandecientes rosas, y la gracia de los prados, pintados con diversos colores de flores, unas de color de oro, y otras de granate, otras entremezcladas y pintadas con diversos colores, en las cuales no sabréis qué es lo que más os agrada, si el color de la flor, o la gracia de la figura, o la suavidad del olor?

Se apaciguan los ojos con este hermoso espectáculo y, con la suavidad del olor que se dispersa por el aire, se deleita el sentido del olfato. Tal es esta gracia, que el mismo Creador se la aplica a sí mismo, diciendo: «La hermosura del campo está en Mí»<sup>145</sup>.

Porque, ¿qué otro artífice se basta para crear tanta variedad de cosas tan hermosas? Poned los ojos en la *azucena*, y mirad cuanta es la blancura de esta flor, y en la manera en que su tallo sube a lo alto acompañado con sus hojicas pequeñas, y después viene a hacer en lo alto una forma de copa. Y dentro tiene unos granos como de oro, de tal manera cercados que de nadie puedan recibir daño. Si alguno cogiese esta flor, y le quitase las hojas, ¿qué mano de artesano podrá hacer otra que se iguale con ella, pues el mismo Creador las alabó, cuando dijo que «ni Salomón en toda su gloria se vistió tan ricamente como una de estas flores»?<sup>146</sup>.

### **[Las plantas que producen alimentos]**

¿Nos maravillamos de que tan rápidamente haya engendrado la tierra? Cuánta mayor maravilla es considerar cómo las semillas esparcidas en la tierra no dan fruto si no mueren primero<sup>147</sup>, de manera que, cuanto más pierden lo que son, tanto mayor fruto dan. Disfruta san Ambrosio en este lugar contemplando y pintando con palabras la manera en que crece un grano de *trigo*, para enseñar con su ejemplo a contemplar y hallar a Dios en todas las cosas, y así dice:

«Recibe la tierra el grano de trigo, y después de enterrado, ella, como madre lo recoge en su regazo, y después aquel grano se resuelve y convierte en hierba. La cual, después de haber

---

<sup>144</sup> Gn 27,27.

<sup>145</sup> Cf. Sal 50,10-11.

<sup>146</sup> Mt 6,29.

<sup>147</sup> Cf. Jn 12,24.

crecido, produce una espiga con unas pequeñas vainicas, dentro de las cuales se forma el grano, para que con esta defensa ni el frío lo dañe, ni el ardor del sol lo queme, ni la fuerza de los vientos ni de las muchas aguas maltraten al fruto recién nacido. Y esa misma espiga se defiende de las avecillas, no sólo con las vainicas en las que está el grano encerrado, sino mucho más con las aristas que a manera de picas están dispuestas contra el daño producido por estas avecillas.

Y porque la delgada caña no podría soportar el peso de la espiga, se fortalece con las camisas de las hojas con las que está vestida, y mucho más con los nudos que tiene repartidos a trechos, que son como los refuerzos de ladrillo [que hay] en las paredes de tapia, para asegurarlas. De lo cual carece la avena, porque como no tiene en lo alto carga, no tuvo necesidad de este refuerzo. Porque aquel sapientísimo Artífice, así como no falta en lo necesario, así no hace cosas superfluas»<sup>148</sup>. Lo susodicho es de san Ambrosio.

Bajo el nombre de *hierba* se entienden no solamente las mieses – de las que ahora acabamos de tratar –, sino también muchos tipos de legumbres creadas para ayuda de nuestro sustento, de las cuales unas se guardan secas para todo el año, y otras de las que luego nos servimos cuando han crecido. Y de éstas, unas se crían debajo de la tierra, y otras encima de ella. Y entre éstas entran las que crían dentro de sí pepitas, que después sirven de semilla para volver a nacer, entre las cuales se cuentan aquéllas por las que suspiraban los hijos de Israel en el desierto<sup>149</sup>.

Y en esto se ve la providencia de aquel soberano Gobernador, el cual, así como creó frutas frescas acomodadas al tiempo del estío, para alimento de nuestros cuerpos, así también creó legumbres proporcionadas a la cualidad de este mismo tiempo. De modo que no contento con la provisión de tantas carnes de animales, de peces, de aves, de árboles frutales y de mieses abundantes, acrecentó también el abastecimiento de legumbres, para que ningún tipo de sustento faltase a los seres humanos, que tan mal saben agradecerlo, pues, aprovechándose del beneficio, no saben levantar los ojos para mirar las manos del que lo da, no sólo a los buenos, sino también a los malos

---

<sup>148</sup> AMBROSIO, *Hexaemeron*, III, 8: PL 14,183.

<sup>149</sup> Cf. Ex 16,3; Nm 21,5.

por amor a los buenos; así como, proveyendo a los seres humanos no se olvidó de los animales por amor a los seres humanos. Lo cual no calló el profeta cuando dijo que «el Señor producía en los montes heno y hierba para el servicio de los hombres»<sup>150</sup>. Y dice «de los hombres», porque aunque no es éste su sustento, lo es de los criados que están asignados para su servicio, que son los toscos animales<sup>151</sup>.

Pues por lo dicho se entenderá que no sólo son bárbaras las personas que andan desnudas como salvajes debajo de la línea equinoccial, sino también muchas de las que visten sedas y terciopelos, lo cual se entenderá por este ejemplo. Si un caballero andando camino fuese a parar a la casa de un labrador rico, y éste, sin tener obligación, le hospedase con toda la cortesía y suntuosidad que le fuese posible, y le pusiese una mesa llena de todos los mejores alimentos y aves que él tuviese en su casa, si acabada la comida el caballero se fuese sin despedirse ni dar las gracias a su huésped, ni hablarle una sola palabra de cortesía o de agradecimiento, ¿qué diríamos de esta persona? Diríamos que es más que bárbaro, y soberbio, y descortés, y apenas le tendríamos por ser humano.

Pues según esto, ¿en qué grado de estimación pondremos a muchas personas ricas y poderosas que, sentándose cada día a la mesa, y viéndola llena de apreciados y diversos alimentos que Dios creó, no para sí ni para los ángeles, sino sólo para alimento y sustento de los seres humanos, no dan gracias a quien así les proveyó y hospedó en esta su gran casa del mundo, sin tenerles obligación alguna, y ni les pasa por la mente, viendo cada día la mesa llena de sus beneficios, acordarse de tan generoso y magnífico Bienhechor y Proveedor?

Pues, ¿quién me negará que son más que bárbaros los que con este tan gran olvido viven? Tal era aquel rico avaro del Evangelio que, comiendo cada día espléndidamente, ni se acordaba de Dios, ni del pobre Lázaro que tenía delante<sup>152</sup>.

---

<sup>150</sup> Sal 147,8.

<sup>151</sup> Cf. Sal 104,14.

<sup>152</sup> Cf. Lc 16,19-20.

## § I

### [Los productos medicinales]

Y no menos fueron creadas para el ser humano infinitas *hierbas medicinales*, de las que hoy en día se sirve la medicina, unas que purgan el cólera, otras la flema, otras la melancolía, otras que purifican la sangre, otras que sanan las llagas, otras que sirven para dar calor al estómago, otras para templar el del hígado, y otras que, destiladas, sirven para aclarar la vista, y otras para otros mil tipos de enfermedades. Pues, ¡cuán admirable es la providencia del Creador en las virtudes que puso en todas estas hierbas!

Pongamos como ejemplo la *raíz del ruibarbo*, la cual tiene especial virtud para purgar el humor colérico, de manera que, bebida, llega la virtud de ella al hígado, donde está la fuente de todas las venas, que están esparcidas por todo el cuerpo. Y como en ellas está la masa de todos los cuatro humores, la virtud de esta raíz atrae y llama para sí principalmente al humor colérico, dejando los otros, el cual, por su llamada viene, y por la misma se va fuera de casa, y deja al cuerpo limpio y sano. De suerte que, así como el Creador dio a la *pedra imán* esta virtud: que teniendo junto a sí diversos metales, sólo atrae al hierro, dejando a los otros, así puso virtud en esta raíz para llamar y atraer a este humor de la manera que está dicho.

Y no sólo en las hierbas, también en las piedras preciosas puso virtudes medicinales, como en la piedra que llaman *baazar*, que vale para muchas cosas. Y hasta en los palos y la madera puso esta virtud curativa, como lo vemos en el palo que llaman *de la China y de la India*, al cual le dio virtud para sanar enfermedades.

Las cuales, en la mayoría de las veces se adquieren con ofensas a su Majestad. A pesar de lo cual, quiso proveerle [al ser humano] de remedio: tan grande y tan magnífica es aquella soberana Bondad. En todo lo cual verán –incluso los ciegos– cuán grande es el amor del Creador para con los seres humanos, y el cuidado que tiene de su salud, pues creó para él tantos tipos de medicinas como están ya descubiertas y como cada día se descubren. Porque la raíz de lo que llaman *mejoacán*, es en nuestros días cuando se conoció en España.

Toda esta tan gran provisión y abundancia de cosas que la tierra da, nos muestra la providencia que nuestro Señor, como un padre de familia, tiene de su casa, para sustentar, curar y proveer a sus criados.

### [Las flores y las plantas hermosas]

Mas, ¿qué diremos de tantos tipos de flores tan hermosas, que no sirven para sustento, sino sólo para el disfrute del ser humano? Porque, ¿para qué otro oficio sirven las *clavelinas*, los *claveles*, los *lirios*, las *azucenas* y *alhelíes*, las matas de *albahaca*, y otros innumerables tipos de flores, de las que están llenos los jardines, los montes, y los campos y los prados, de ellas blancas, de ellas coloradas, de ellas amarillas, de ellas moradas, y de otros muchos colores, junto con el primor y la maestría con los que están labradas, y con el orden y concierto de las hojas que las cercan, y con el olor suavísimo que muchas de ellas tienen? ¿Para qué pues sirve todo esto, sino para el disfrute del ser humano, para que tuviese en qué apacentar la vista de los ojos del cuerpo, y mucho más los del alma, contemplando aquí la hermosura del Creador y el cuidado que tuvo, no sólo de nuestro sustento, como padre de familia para sus criados, sino como padre verdadero para con sus hijos, e hijos regalados?

Y como tal no se contenta con proveerles de lo necesario para su conservación, sino también de cosas hechas para su disfrute. Y así quiso que no sólo el resplandor de las estrellas que en las noches serenas vemos en el cielo, sino también los valles abundosos y los prados verdes, pintados con diversas flores, nos fuesen como otro cielo estrellado, que por una parte recreasen nuestra vista con suavidad y hermosura, y por otra nos despertasen a alabar al Creador, que todo esto trazó y creó, no para sí, ni para los ángeles, ni para los animales, sino sólo para el gusto y el honesto disfrute del ser humano.

Pongamos ahora esto en práctica y, mirando entre otras flores, una mata hermosa de *claveles*, tomemos uno en la mano, y comencemos a filosofar de esta manera: ¿Para qué fin creó el Hacedor esta flor tan hermosa y olorosa, pues Él no hace cosa sin algún fin? Ciertamente no para el sustento del ser humano, ni tampoco para medicina o cosa semejante. Pues, ¿qué otro fin pudo aquí pretender

sino recrear nuestra vista con la hermosura de esta flor, y el sentido del oler con la suavidad de su olor?

Y no pare sólo aquí, sino proceda más adelante, considerando cuántos otros tipos de flores creó para lo mismo, y sobre todo esto, cuántos tipos de piedras preciosísimas, que no menos, sino mucho más alegran el sentido de la vista. Y más allá de esto, ¡cuántas otras cosas hizo para recrear los otros sentidos! ¡Cuántas músicas de aves para el sentido del oír! ¡Cuántas especies aromáticas para el del oler! ¡Cuánta infinidad de sabores para el del gustar!

Pues, ¡cuánto se declara en esto la benignidad y suavidad de aquel soberano Señor, el cual al tiempo que creaba las cosas, tuvo tanta cuenta con el ser humano, que no sólo creó para él tanta muchedumbre de alimentos y de todo lo demás que le era necesario, pues todo este mundo visible le es útil, sino también tuvo especial cuidado de crear tantos tipos de cosas para su honesto disfrute, y esto tan abundantemente, para que ninguno de los sentidos corporales carezca de sus propios objetos en los que se deleite! Pues, ¿qué cosa más propia de padre amoroso para con sus hijos, y aún hijos –como dije– regalados?

Y no contento con esto, también creó árboles sólo para este efecto, como es el *laurel*, el *arrayán*, el *ciprés*, los *cedros* olorosos, y los *álamos*. Y la *hiedra*, que viste de verdor las paredes de los jardines, y les sirve como lienzos que se ensamblan. Y otros árboles de esta cualidad, los cuales, como carecen de fruto, sólo para el disfrute de nuestra vista parecen haber sido creados, la cual es tal, que pudo decir el Eclesiástico: «Los ojos disfrutaban con la gracia de la hermosura, pero a ésta hace ventaja el verdor de los sembrados»<sup>153</sup>.

Mas querer contar la muchedumbre de las hierbas, y las virtudes y propiedades de ellas, es cosa que fue reservada a Salomón, del cual dice la Escritura que trató de todas las plantas, «desde el cedro del monte Líbano hasta el hisopo que nace en la pared»<sup>154</sup>. Mas nos consta esto: que no menos está poblada la tierra de plantas que la mar de peces, y así, antes se hallan muchos mares sin pescados que apenas se hallará un palmo de tierra que no esté vestido de verdor en

---

<sup>153</sup> Eclo 40,22.

<sup>154</sup> Cf. 1Re 5,13.

su tiempo, sin haber nadie que la siembre o la labre, obedeciendo ella al mandamiento que al principio [en la creación del mundo] le fue puesto por el Creador.

### [Los árboles]

## § II

Después de la hierba, mandó el Creador también a la tierra que produjese todo género de árboles<sup>155</sup>, cuyos tipos y especies tampoco se pueden explicar, como las de las otras plantas. De los cuales unos dan fruto, otros son estériles, hay unos que dan sustento para los seres humanos, otros para los animales, unos que nunca pierden la hoja, otros que cada año la mudan, unos que –como dijimos– no sirven más que para dar frescura y sombra, y otros que sirven para otros usos, y así hay otros tipos semejantes.

Y entre los que producen frutos, unos dan fruta para el tiempo del verano, otros del invierno, y otros para todo tiempo. Y en los unos y en los otros es mucho para considerar la traza y el orden de la divina Providencia, la cual reparte estos árboles por diversos géneros, y debajo de cada género pone diversas especies, que se engloban debajo de ellos, tanto para que haya abundancia de sustento para los seres humanos, como para quitarles el aburrimiento con la variedad de los frutos.

Pongamos ejemplos. Debajo del *ciruelo* ¡cuántas especies hay de ciruelas: de ellas tempranas, de ellas tardías, de ellas de un color y de una figura, de ellas de diversos colores y figuras! Debajo del género de *uvas*, ¡cuántos tipos hay de uvas! Debajo del *peral*, ¡cuántos tipos de peras! Debajo de la *higuera*, ¡cuántos tipos y colores de higos! Debajo del *pero* y del *manzano*, ¡cuántas especies de peros y de manzanas! Debajo del *limonero*, ¡cuántas especies de limas y de limones!

De esta manera, aquel sapientísimo Gobernador repartió las cosas por sus linajes y castas, como aquí vemos. Lo cual –como dijimos– sirve para que nunca nos falte este linaje de sustento, porque de esta manera se suceden unas frutas a otras, que son las *tardías* a las *tempranas* y, por esta causa, en el mismo árbol no viene toda la fruta

---

<sup>155</sup> Cf. Gn 1,11.

junta en un mismo tiempo –como se ve en las higueras– sino, poco a poco, y después de que madura una parte de la fruta del mismo árbol, va madurando la otra para que así dure más días el fruto de él.

Y se ve más claro el regalo de esta providencia en las frutas del estío. Porque con el calor y la sequedad de este tiempo, los cuerpos naturalmente desean alimentarse de las frutas frías y húmedas, para lo cual acudió el Creador con tantos tipos, no solamente de frutas, sino también de legumbres acomodadas a la cualidad de este tiempo.

Pues, ¿por qué el ignorante ser humano no tiene en cuenta a quien así la tuvo con su alimento y regalo? No va en contra de esto el que muchos enfermen con la fruta, porque esto no es culpa de la fruta, sino de la persona descomedida, que usa mal de los beneficios divinos, así como no es culpa del vino que muchos se emborrachen con él, sino del abuso de las personas.

Ni menos resplandece la Sabiduría divina en la hechura de cualquier árbol. Porque primeramente, así como el que quiere hacer una casa, primero escaba los cimientos sobre los que se ha de sostener el edificio, así el Creador ordenó que la primera cosa que hiciese la planta o la semilla antes de que crezca a lo alto, es echar raíces en lo bajo, siendo éstas proporcionadas a la altura del árbol, de modo que cuanto más crece el árbol a lo alto, tanto más hondas raíces va siempre echando en lo bajo. Esto hecho, sale de ahí entonces el tronco, que es como una columna de todo el edificio, de donde procede la copa del árbol con sus ramas extendidas a todas partes, recreando la vista con sus flores y hojas, y ofreciéndonos después generosamente los frutos ya sustanciosos y maduros.

Donde también es cosa de notar lo que advirtió muy bien Séneca, que siendo tantos los tipos de estas hojas, cuantos son las de los árboles y matas y hierbas, que son innumerables, ninguna se parece del todo a otras, sino que siempre, o en el tamaño, o en la forma, o en el color, o en otras cosas tales, vemos diferenciarse las unas de las otras.

Y lo mismo notó en la diversidad de los rostros de las personas, que, siendo innumerables, apenas hay uno que se parezca con el otro: tan grande es la virtud de aquel soberano Pintor, el cual en tantas cosas nos descubre la grandeza de su arte y sabiduría.

Ni es menos de considerar la manera en la que estos árboles y todas las plantas se alimentan. Porque en las *raíces* tienen unas barbillas, por las cuales atraen el humor de la tierra, que con el calor del sol sube a lo alto por el *corazón* y la *corteza* del tronco, y por todos los poros del árbol, para cuya conservación sirven esas mismas cortezas, que son como camisas o ropas que lo abrigan y visten. Tienen también las hojas –a manera del cuerpo humano– sus *venas*, por donde este jugo corre y se reparte, de tal manera trazadas, que en medio está la vena mayor que divide la hoja en dos partes iguales, y de ésta se enraman todas las venas, adelgazándose más y más hasta quedar como cabellos, por las cuales se comunica el alimento a toda la hoja. Lo cual noté yo en unas hojas de un *peral*, de las cuales se alimentan unos gusanillos que comían lo más delicado del haz de la hoja, y así quedaba clara aquella maravillosa red y tejedura de venas muy menudas que allí se descubrían.

Pues de esta manera no sólo se alimenta el árbol, sino también crece mediante la virtud del *alma vegetativa*, y crece más que cualquiera de los animales que tienen la misma alma. Y entre otras causas de este crecimiento, una es que los animales no sólo se ocupan de sustentar el cuerpo, sino también en las obras que se llaman *animales*, que son las de los sentidos, del cual oficio carecen las plantas, y por eso, como están más desocupadas, crecen más. Y de aquí procede que las personas estudiosas, o dadas a la contemplación, tienen los cuerpos más débiles, porque ejercitan más estas obras animales –no las de los sentidos exteriores, sino las de los interiores–, y la virtud que está repartida es más débil que la que está junta.

### [Los frutos de los árboles]

### § III

Ni tampoco se olvidó la Providencia de la protección de los frutos ya maduros, porque para esto antes proveyó que los árboles tuviesen *hojas*, no sólo para la hermosura y la sombra, sino para defender a la fruta de los ardores del sol, que en poco tiempo la secaría. Y cuando el fruto de estos árboles es más tierno, como lo es el de las *higueras* y las *vides*, tanto más proveyó que las hojas fuesen mayores, como lo vemos en éstas. Mas no quiso que las hojas fuesen redondas, sino lobuladas y abiertas por algunas partes, para que de tal manera defendiesen del sol, que también dejasen estas puertas

abiertas, para gozar templadamente de los aires y de él.

Pero más aún se descubre esta providencia en la protección de otros frutos que están en mayor peligro, cuales son los de los árboles muy altos y aventados, entre los cuales algunos nacen en las cumbres de los montes, como son los *pinos*, cuya fruta no se lograría si el Creador no le pusiera una tan fiel protección como es la *piña*, donde con tan maravilloso artificio está el fruto en sus casicas abovedadas tan bien aposentado y protegido, que toda la furia de los vientos no basta para derribarlo.

También los *nogales* son árboles grandes y altos, y no menos lo son los *castaños* –cuyo fruto es sustento de la gente pobre, cuando les falta el pan– los cuales a veces están plantados en lugares montañosos, estando así muy expuestos al ímpetu y la frialdad de los vientos. Por lo cual, el Creador vistió y abrigó sus frutos con aquel erizo que vemos por fuera, y después con dos túnicas, una más dura y otra más blanda, que visten el fruto, que son como la *dura mater* y *pia mater* que envuelven y protegen el cerebro de nuestra cabeza. Y casi lo mismo podemos decir de las nueces, que también nacen bien arropadas y protegidas de los daños producidos por los soles y los aires.

Y porque algunos llevan fruta notablemente grande y pesada, como son los *membrillos* y los *cidros*, proveyó el Autor que las ramas o varas de las que su fruta pende, fuesen muy recias, como son las de los membrillos, con los que los santos mártires eran cruelmente azotados. Y porque las cidras son aún mayores, proveyó que las ramas de las que cuelgan, no sólo fuesen recias y gruesas, sino que estuviesen también derechas, para que mejor pudiesen soportar la carga, para que hasta en esto se vea cómo en ninguna cosa creada se durmió ni perdió detalle aquella soberana providencia y sabiduría del Creador.

Pues la hermosura de algunos árboles, cuando están muy cargados de fruta ya madura, ¿quién no la ve? ¿Qué cosa hay tan alegre a la vista como un *manzano* –o *camueso*–, cargadas las ramas por todas partes de manzanas, pintadas con tan diversos colores, y exhalando un tan suave olor? ¿Qué es ver un *parral*, y ver entre las hojas verdes estar colgados tantos y tan grandes y tan hermosos racimos de uvas de diversos tipos y colores? ¿Qué son éstos sino unos

como hermosos joyeles, que penden de este árbol?

Pues el artificio de una hermosa *granada*, ¡cuánto nos declara la hermosura y el artificio del Creador! El cual, por ser tan artificioso, yo no puedo dejar de mostrar en este lugar. Pues primeramente, Él la vistió por fuera con una ropa hecha a su medida, que la envuelve toda, y la defiende de la destemplanza de los soles y los aires, la cual por fuera es algo tiesa y dura, mas por dentro es más blanda, para que no irrite al fruto que en ella se encierra, que es muy tierno. Mas dentro de ella están repartidos y colocados los granos con tal orden, que ningún lugar, por pequeño que sea, queda desocupado y vacío. Está toda ella repartida en diversos compartimentos, y entre compartimento y compartimento se extiende una tela más delicada que un cendal, la cual los divide entre sí. Porque como estos granos son tan tiernos, se conservan mejor divididos con esta tela, que si todos estuvieran juntos.

Y más allá de esto, si uno de estos compartimentos se pudre, esta tela defiende a su vecino, para que no le alcance parte de su daño. Porque por esta causa el Creador repartió el cerebro de nuestra cabeza en dos senos o hemisferios, divididos con sus telas, para que el golpe o daño que recibiese una parte del cerebro, no llegase a la otra. Cada uno de estos granos tiene dentro de sí un huesecico blanco, para que así se sustente mejor lo blando sobre lo duro, y al pie tiene un pezoncico tan delgado como un hilo, por el cual sube la virtud y jugo desde lo bajo de la raíz hasta lo alto del grano, porque por este pezoncico se alimenta él, y crece, y se mantiene, así como hace el niño en las entrañas de la madre por medio del ombligo.

Y todos estos granos están colocados en una cama blanda, hecha de la misma materia de la que está hecho el interior de la bolsa que viste toda la granada. Y para que nada faltase a la gracia de esta fruta, se remata toda ella en lo alto con una corona real, de donde –según parece– los reyes tomaron la forma de la suya. En lo cual parece haber querido el Creador mostrar que era ésta la reina de las frutas. Al menos en el color de sus granos, tan vivo como el de unos corales, y en el sabor y salubridad de esta fruta, ninguna le hace ventaja. Porque ella es alegre a la vista, dulce al paladar, sabrosa para los sanos y saludable para los enfermos, y de tal calidad que todo el año se puede guardar.

Pues, ¿por qué los seres humanos, que son tan agudos en filosofar sobre las cosas humanas, no lo son en filosofar sobre el artificio de esta fruta, y así reconocer por medio de él la sabiduría y la providencia del que con un poco de humor de la tierra y agua cría una cosa tan provechosa y hermosa? Mejor entendía esto la esposa en su Cantar de los Cantares, en los cuales convida al esposo al zumo de sus granadas, y le pide que se vaya con ella al campo para ver si han florecido las viñas y ellas<sup>156</sup>.

Y porque aquí se hace mención de las viñas, no será razón pasar sin decir nada sobre la fertilidad de las *vides*. Porque siendo la vid un árbol tan pequeño, no es pequeño el fruto que da. Porque da uvas casi para todo el año, da vino que alimenta, fortalece y «alegra el corazón del hombre»<sup>157</sup>, da vinagre, da mosto cocido, y da pasas, que son un sustento sabroso y saludable para sanos y enfermos. Por eso no es mucho que aquella eterna Sabiduría compare los frutos que de Ella proceden, con los de este arbolico tan fértil<sup>158</sup>. Y el Salvador en el Evangelio con él también se compara, hablando con sus discípulos y diciendo:

«Yo soy la vid, y vosotros los sarmientos. Por lo que, así como el sarmiento no puede fructificar si no está unido con la vid, así tampoco vosotros si no estáis en mí»<sup>159</sup>.

Y aunque este árbol es tan pequeño, y no puede por sí mismo subir a lo alto, no le faltó remedio para eso, porque de él surgen unos ramalicos retortijados, con los cuales se prende en las ramas de los árboles, y sube cuanto ellos suben, especialmente cuando se juntan con un árbol muy alto. En lo cual parece estar expresada la imagen de nuestra redención, porque de esta manera subimos los seres humanos, siendo criaturas tan bajas –si nos comparamos con los ángeles–, arrimándonos a aquel «alto cedro del monte Líbano»<sup>160</sup> que es Cristo nuestro Redentor, uniéndonos con Él, no con los ramales de la vid, sino con los lazos de amor, con los cuales –según dice el Apóstol [san Pablo]– resucitamos con Él, y subimos al Cielo con Él<sup>161</sup>.

---

<sup>156</sup> Cf. Cant 7,12-13.

<sup>157</sup> Sal 104,15.

<sup>158</sup> Cf. Eclo 51,13-15.

<sup>159</sup> Jn 15,5.

<sup>160</sup> Cf. Ez 17,22-24.

<sup>161</sup> Cf. Col 3,1-4.

Lo cual declara san Gregorio por medio de estas palabras:

«No podía aquella Alteza divina ser vista por nosotros, y por esto se abajó y se postró en la tierra, y nos tomó sobre sus hombros y, levantándose Él, nos levantamos todos juntamente con Él, pues por el misterio de su encarnación quedó la naturaleza humana, en cuanto a este parentesco y vínculo familiar, sublimada y ennoblecida por encima de los mismos ángeles»<sup>162</sup>.

### [Los árboles estériles y su domesticación]

#### § IV

Y porque en la clasificación de los árboles que arriba hicimos, entran los árboles estériles y silvestres, también es razonable declarar en esto el cuidado de la Providencia divina, la cual, viendo cómo los seres humanos tenían necesidad de alimento para sustentarse, así la tenían también de casas para aposentarse y defenderse de las inclemencias climáticas, y por eso creó árboles muy acomodados para este fin. Porque así como ordenó que los árboles que dan frutos fuesen en su mayor parte bajos y achaparrados, para que más fácilmente se cogiese el fruto de ellos, así quiso que los que creó para construir los edificios, fuesen altos y muy derechos, como son los *pinos reales*, los altos *robes*, los *álamos blancos*, y otros semejantes, porque convenía que dichos árboles fuesen para las obras hechas con madera.

Mas la otra infinita multitud de árboles silvestres sirve para alimento de muchos animales que se nutren de las ramas y cortezas de ellos, y sirven también para el fuego, el cual nos es grandemente necesario, no sólo para nuestro abrigo, sino también para nuestro sustento y para otros muchos oficios. En lo cual se ve que ninguna cosa hay tan vil y baja en los campos, que no es necesaria para la provisión de nuestra vida, que como es tan débil, tiene necesidad de cuanto en este mundo se ve, para que se conserve.

Y para que nada faltase a las necesidades y uso de la vida humana, aquella Mano generosísima creó otro género de árboles para otros usos diferentes de los pasados. Porque creó árboles aromáticos, como es el de la *canela* y el que llaman *palo de águila*, que es de

---

<sup>162</sup> GREGORIO MAGNO, *Moralium*, XXVII, 15: PL 76, 415-416; XXIV, 2: PL 76, 287.

suavísimo y muy saludable olor, y otros también, de cuyas lágrimas [de resina] procede el *bálsamo* de la regiones de Oriente y el *ámbar* de África y Egipto que, siendo la lágrima de un árbol, viene a estar tan duro como una piedra, dentro del cual se ven pedacicos de hojas de árboles, o animalicos que cayeron en él cuando estaba tierno.

Quiso también que los árboles silvestres se pudiesen domesticar y hacer que den frutos con la técnica del injerto, como vemos que de los *acebuches* se hacen *olivos* con este beneficio y, asimismo, que fuesen capaces de dar remedio y medicina a los árboles que algún defecto tuviesen. De esta manera, dice san Ambrosio que si se hiciera una hendidura en la raíz del *almendro amargo* y le introdujeran un pedacico de pino, viene a convertirse en un *almendro dulce*<sup>163</sup>.

Otra cosa vemos en los árboles, que según este mismo santo dice, es digna de admiración, y es que hay en algunos árboles macho y hembra, como en la *palma*, que estando cerca de la palma que llaman *macho*, naturalmente inclina sus ramos hacia ella, y de ella reciben los dátiles la sustancia y la suavidad que tienen, por lo cual los labradores, cuando el macho está lejos, cogen de los frutos de él, y los cuelgan en la hembra, y con esta manera de remedio toma sustancia la fruta<sup>164</sup>.

Y mucho más común y más notorio es esto en las *higueras*, las cuales en muchas partes reciben de los *cabrahígos*, que son los machos, la suavidad y la miel del fruto que producen, sin lo cual los higos salen inútiles y enanos. Y por esto usan los hortelanos de un artificio semejante al del caso anterior, haciendo unos sartaes con estos higos machos y poniéndolos en las ramas de la higuera, lo cual ellos llaman «cabrahigar»<sup>165</sup>.

Donde hay dos cosas dignas de admiración, la una, que de esta fruta de los cabrahígos salen unos *mosquitos* muy pequeños, los cuales, tocando el ojuelo que el higo tiene en lo alto, le dan toda la sustancia y la miel que tiene, en tanta abundancia, que a veces sale por ese ojuelo una brizna de la miel que está dentro. La otra es que, habiendo en una higuera millares de higos, dichos mosquitos la rodean a toda ella de tal manera, que ningún higo dejan de tocar y de

---

<sup>163</sup> Cf. AMBROSIO, *Hexaemeron*, III, 13: PL 14, 193.

<sup>164</sup> *Ibíd.*, III, 13: PL 14, 192.

<sup>165</sup> *Ibíd.*

hacerle este beneficio. Así pues, ¿quién no se maravillará de la omnipotencia y la providencia del Creador, que a un animalico tan pequeño ha dado tal virtud que basta para madurar y dar sustancia a esta fruta con sólo tocarla, y tal laboriosidad y determinación que ninguna deja por tocar?

En lo cual nos quiso el Creador enseñar que todas las cosas tienen necesidad las unas de las otras, y que ninguna hay que por sí sola lo tenga todo y, asimismo, que ninguna hay tan pequeña, que no tenga su virtud y propiedad. Por todo lo cual, sea para siempre alabado el Creador, que «todas las cosas hizo en número, peso y medida», y en todas se nos quiso dar a conocer<sup>166</sup>.

### **[La conservación de las especies de las plantas]**

Mas al fin de esta materia no es razonable echar en olvido el cuidado que la divina Providencia tuvo de la conservación de las especies de todas las cosas corruptibles, y especialmente de las plantas. Para lo cual proveyó dos cosas: la una, que fuese tanta la abundancia de semillas que cada una de las plantas produjese, que nunca pudiese faltar semilla de la que dicha planta otra vez se produjese; la otra fue haber puesto tan maravillosa virtud en cada semilla de éstas, que de un grano o pepita muy pequeña naciese una gran mata, la cual también produjese esta tan gran abundancia de semillas para su renovación.

Lo uno y lo otro lo vemos en un *mostazo*, del que el Salvador hace mención en el Evangelio<sup>167</sup>, el cual lleva granicos de mostaza en tanta abundancia como podemos ver, y cada granico de éstos, después de sembrado, produce otra planta cargada de millares de ellos. Asimismo, de una pepita de *melón* nace una mata de melones, y en cada melón hay una gran abundancia de pepitas para renovar y conservar esta especie. Así pues, ¿qué diré de la pepita del *naranja* sembrada? ¡Cuántas otras naranjas y pepitas produce, y esto cada año! Pues de esta manera, ¿cómo han de faltar en el mundo las especies de las plantas, teniendo tan copiosa materia para renovarse, cuantos granos de semillas lleva cada una? En lo cual vemos cuan bien sabe Dios proveer lo que Él quiere proveer.

---

<sup>166</sup> Sab 11,20.

<sup>167</sup> Cf. Mc 4,30-32.

Y con este ejemplo podemos muy bien filosofar y entender cuán copiosa ha sido la redención que Él nos envió, mediante el misterio de la encarnación de su unigénito Hijo. Porque si tan copioso fue el remedio que proveyó para conservar las especies de las plantas, ¿cuán copioso será el que proveyó para reparar y santificar la especie de los seres humanos? Lo cual no calló el Apóstol [san Pablo] cuando dijo que eran inabarcables las riquezas de la gracia que trajo el Hijo de Dios al mundo<sup>168</sup>. Ni lo calló el mismo Señor, cuando dijo: «Yo vine al mundo para dar a los hombres vida, y muy abundante y copiosa vida»<sup>169</sup>.

Mas aquí daremos fin a la obra del tercer día, cuando el Creador mandó a la tierra fructificar<sup>170</sup>, mas no daremos fin a las alabanzas y gracias que por este beneficio le debemos siempre dar, oyendo la común voz de todas las criaturas, las cuales con el artificio de su composición y con el beneficio de su fruto nos están siempre diciendo: «Dios me hizo, y para ti me hizo».

---

<sup>168</sup> Cf. Ef 2,7.

<sup>169</sup> Jn 10,10.

<sup>170</sup> Cf. Gn 1,11.

## CAPÍTULO XI. PREÁMBULO PARA COMENZAR A TRATAR DE LOS ANIMALES, MAYORMENTE DE LOS QUE LLAMAN PERFECTOS

Otro grado de vida más perfecto tienen los animales – mayormente los que llamamos *perfectos*– que las plantas, de las que hasta aquí hemos tratado, porque tienen sentido y movimiento, y cuanto éstos son más perfectos que las plantas, tanto nos dan mayor noticia del Creador, el cual tiene mayor providencia de las cosas más perfectas. Y así hay libros de grandes autores, y aún de reyes ilustres, los cuales, maravillándose de la hechura de los cuerpos de los animales, y mucho más de las habilidades que tienen para su conservación, se dieron a investigar las cualidades y propiedades de los animales.

Aquel Alejandro Magno, que no parece haber nacido más que para las armas, en medio de esta labor, que basta para ocupar a toda la persona, deseó tanto conocer las propiedades y cualidades de los animales, que mandó a todos los cazadores, y pescadores, y monteros, y pastores de ganado, y criadores de aves o de animales que había en toda Grecia y Asia, que obedeciesen a Aristóteles, y le diesen noticia de todo lo que cada uno en su ámbito supiese, para que él escribiese aquellos tan alabados libros *Sobre los animales*<sup>171</sup>. Y todo esto se hacía por un pequeño gusto que la curiosidad del ingenio humano recibe con el conocimiento de semejantes cosas. Era éste, ciertamente, un pequeño premio de tan gran trabajo.

Mas ¿cuánto mayor premio es el que se promete al varón religioso en esta consideración, pues por ella se levanta sobre las estrellas y sobre todo lo creado, y sube al conocimiento de aquel soberano Hacedor, en el cual conocimiento está gran parte de nuestra bienaventuranza? Y así dice Él por medio de Jeremías:

«No se gloríe el sabio en su sabiduría, ni el valeroso en su valentía, ni el rico en sus riquezas, sino en esto se gloríe el que se quiere gloriar: que es en tener conocimiento de Mí»<sup>172</sup>.

Pues para este conocimiento tan grande se ordena este tratado.

---

<sup>171</sup> CURCIO, *Historiarum Alexandri Magni*, libri X, Pisa, Giardini Editori, 1975; *Vida de Alejandro Magno*, vol. I, Madrid, 1944, p. 19.

<sup>172</sup> Jr 9,22-23.

En el cual, si fuere más largo de lo que conviene a un filósofo –pues ésta es una materia propia de filósofos–, no se me ponga culpa, pues yo no la trato aquí como filósofo, sino como quien trata de la obra de la creación, que es propia de la teología<sup>173</sup>, mayormente refiriéndose toda ella al conocimiento del Creador. También lo hice por ser esta materia más suave y agradable al lector, el cual no podrá muchas veces dejar de maravillarse de la sabiduría y la providencia de Dios, que en estas cosas singularmente resplandece. Donde verá cosas aparentemente tan increíbles, que le será necesario recurrir a aquella memorable sentencia de Plinio, el cual dice a este propósito que es tan grande la majestad de las obras de la naturaleza, que muchas veces excede la fe y credulidad humana<sup>174</sup>.

Mas quien considerare que en todos los animales suple Dios con su providencia la falta que tienen de razón, haciendo en ellos por medio de las inclinaciones e instintos naturales que les dio, lo que ellos habrían hecho si tuvieran una razón perfecta, no le será increíble lo que en esta materia se dijere. Porque el que sólo por medio de su voluntad y bondad los creó, y quiso que permaneciesen en el ser que les dio, estaba claro –pues sus obras son tan perfectas– que les debía dar todo lo que les era necesario para su conservación, haciendo Él en ellos lo que para esto les convenía. Y así dice santo Tomás que todos estos animales son instrumentos de Dios<sup>175</sup>, el cual como *primera y principal causa* los mueve a todo lo que les conviene, mediante aquellas inclinaciones e instintos naturales que les dio, cuando los creó.

Mas por cuanto arriba dijimos: que no se detiene Dios solamente en esta provisión de los animales, sino que va más allá, para manifestar por este medio su gloria –la cual tanto más perfectamente se descubre, cuanto más y mayores maravillas en esto hace–, por esto no debe nadie tener por increíbles las cosas que acerca de esto se dijeren, pues tanto la *causa eficiente* –que es Dios–, como la *causa final* –que es la manifestación de su gloria–, hacen todas estas obras tanto más creíbles, cuanto son más admirables, y nos dan mayor testimonio de la gloria del Creador.

---

<sup>173</sup> Cf. TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica*, I, q. 44

<sup>174</sup> Cf. PLINIO, *Historia naturalis*, II, 1, (ed. Pisa, Giardini editori, 1977, t. II, p. 201).

<sup>175</sup> Cf. TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica*, I-II, q. 1, a. 2.

Sirve también para [fortalecer] esta creencia aquella memorable sentencia de Aristóteles, el cual dice que las obras de los animales tienen una gran semejanza con las de los seres humanos, porque lo que éstos hacen para su conservación, hacen también aquéllos para la suya<sup>176</sup>. Lo cual –dejados aparte otros infinitos ejemplos– [él lo] prueba con la destreza con la que edifica su nido la *golondrina*. Porque así como el albañil cuando quiere revestir una pared con barro, mezcla pajas con el barro para trabar lo uno con lo otro, así también lo hace ella en la construcción de su nido. Y así, todo lo demás en dicho nido ella lo hace tan acomodado a la crianza de sus hijuelos, como cualquier persona racional lo haría. Y según la sentencia de este gran filósofo, cuanto fueren más semejantes las obras de los animales a las de los seres humanos, tanto más creíbles son por esta parte, aunque a los que no consideran esto, les parezcan más increíbles<sup>177</sup>.

A los seres humanos les dio el Creador entendimiento y razón para que ellos se provean de todo lo necesario para su conservación, aunque para esto sean necesarias infinitas cosas, porque sólo la razón basta para descubrirlas e inventarlas. Mas sin embargo no está Dios atado a conservar la vida de los animales por este medio, porque sin él puede imprimir en ellos tales inclinaciones e instintos naturales, que con éstos hagan todo lo que hicieran si tuvieran razón, no sólo tan perfectamente como los seres humanos, sino mucho más perfectamente. Porque ellos son más acertados, y más infalibles, y más regulares, y más constantes en las obras que conciernen a su conservación, que los seres humanos en las suyas. Y aún van más allá que ellos, tanto en el conocimiento de sus medicinas, como en adivinar las mudanzas de los aires y del clima, que es algo que los seres humanos no saben sino aprendiéndolas de ellos. Lo cual todo se verá en el proceso de lo que iremos diciendo.

Pues en esto manifestó el Creador la grandeza de su poder y de su sabiduría y providencia, porque, siendo innumerables las especies de los animales que hay en la mar, y en la tierra, y en el aire, que parecen más que las estrellas del cielo, en ninguna de ellas, por pequeña que sea, se descuidó ni en un solo punto, porque en todas ellas puso tantas y tan diversas habilidades y facultades para su

---

<sup>176</sup> Cf. ARISTÓTELES, *Historia animalium*, IX, 7 (Opera, t. III, París, Didot, 1854, p. 178).

<sup>177</sup> *Ibíd.*

conservación, cuantas ellas son, que son casi infinitas. Pues, ¿quién no se quedará atónito considerando la grandeza de aquel poder y de aquella sabiduría y providencia [del Creador], que tantas y tan grandes maravillas obró en tantos tipos de criaturas y, lo que es más, con una sola palabra?

Y para proceder en esta materia ordenadamente, primero trataremos sobre las propiedades de los animales en común, y después descenderemos a tratar sobre ellos en particular.

## CAPÍTULO XII. LAS PROPIEDADES COMUNES DE LOS ANIMALES

Comenzando a tratar sobre las comunes propiedades de los animales, la primera cosa que nos conviene advertir en esta materia es la perfección y hermosura de la divina Providencia, la cual, ya que por su infinita bondad tomó la determinación de crearlos para prestar un servicio al ser humano, por el mismo motivo también tomó la determinación de proveerlos de todo aquello que fuese necesario para conservarse ellos en ese ser que les dio, esto es: para alimentarse, para defenderse, para curarse en sus dolencias, y para criar a sus hijos, sin que para cada cosa de éstas le faltase nada.

### [La alimentación]

Pues para esto primeramente creó diversos tipos de alimentos adecuados para todas las especies de los animales, entre los cuales unos se alimentan de carne, otros de sangre, otros de hierba, otros de ramas, otros de grano, y otros de animalillos que andan por la tierra o por el aire. En lo cual es mucho para considerar la provisión y cuidado de esta soberana Providencia. Porque siendo innumerables las especies de los animales grandes y pequeños, y siendo tan diferentes los sustentos de ellos, a ninguno, por pequeñito y despreciado que sea, le falta su propio sustento. Que es aquella maravilla que canta el profeta [David] cuando dice que «el Señor da de comer a toda carne»<sup>178</sup>. Y en otro lugar: «Da -dice él- su alimento y sustento a los animales y a los hijuelos de los cuervos que lo llaman»<sup>179</sup>.

Esto es aún más admirable en las avecillas pequeñas, que no pacen hierba. Porque vemos en España a principios del mes de mayo, cuando no hay grano de trigo, ni de cebada, ni de linaza, ni de mijo en los campos, tanta abundancia de *golondrinas*, tanto de padres como de hijos recién criados, que no hay iglesia, ni casa, ni aldea tan apartada, que no esté llena de ellas. Y lo mismo podemos decir de los pajarillos que llaman *pardales* [o *gorriones*], pues apenas se hallará agujero de casa sin ellos. No voy a hablar de otras muchas especies de avecillas de este tamaño.

---

<sup>178</sup> Sal 136,25.

<sup>179</sup> Sal 147,9.

Pregunto pues: ¿de qué se alimentan tantas bocas de padres e hijos en tiempo en que aún no hay grano –como digo– en los sembrados? Cosa es ésta, ciertamente, de la que puedo maravillarme, mas no dar razón. Sólo sabe esto aquel Señor que en este tiempo les proveyó de su alimento, dando así confianza a sus fieles siervos de que no les fallará en proveerles lo necesario para la vida, quien a las avecidas del campo nunca les falla. Y con este ejemplo fortalece Él en su Evangelio nuestra confianza, diciendo:

«Poned los ojos en las aves del aire, las cuales ni siembran, ni siegan, ni guardan el trigo en sus graneros, y vuestro Padre celestial les da de comer. Pues, ¿no valéis vosotros más que ellas, para que tenga Él mayor cuidado de vosotros?»<sup>180</sup>.

Pues para proveer a los animales de su alimento, les dio el Creador todas las habilidades y fuerzas y sentidos que se requerían para buscarlo. Y comenzando por lo más general, para esto primeramente les dio ojos para ver el sustento, y virtud para moverse a buscarlo, con los instrumentos de ella, que son pies, o alas, o algo semejante, como las aletas que tienen los peces. Y todos ellos tienen los cuerpos inclinados hacia abajo, para tener más cerca el sustento.

### [La conservación]

Y como hay muchos animales que se alimentan de la caza de los más débiles, [a éstos] de tal manera el Creador hizo sus cuerpos, que en ellos tienen instrumentos con los que se pueden defender de la violencia de los más poderosos, para que no los consuman y acaben. Y así a unos les dio rapidez de pies, a otros de alas, a otros armas defensivas –como son las conchas y, asimismo, las que tienen los peces armados, como es la *langosta* y el *lobagante* [o *bogavante*]– y a otros ofensivas para hacer frente a su enemigo, a otros astucia para esconderse en sus madrigueras y guarecerse en ellas, a otros vivir en manadas, para ayudarse de la compañía de muchos contra la fuerza de los pocos. Y porque los animales tienen también enfermedades como los seres humanos, les proveyó Él de un natural instinto para curarse y buscarse los remedios de ellas. Este mismo instinto les da conocimiento acerca de los animales que son sus enemigos, para huir de ellos, y de los que son enemigos de sus enemigos, y les defienden

---

<sup>180</sup> Mt 6,26.

de ellos. Y así, la *oveja* huye del *lobo* y no huye del *mastín*, siendo tan semejante a él.

Les dio también otro instinto para conocer las mudanzas de los tiempos que les han de ser contrarios, y prepararse para ellos y, asimismo, de la cualidad de los lugares que les son saludables o contrarios, para buscar los unos y mudarse de los otros, como lo hacen las *golondrinas* y otras muchas aves que van a pasar los inviernos en África, por ser tierra caliente, y los veranos en España, que es más templada. Tienen también muchos el cuidado de proveerse de sustento en un tiempo para otro, como lo hacen las *abejas*, que se dan prisa en hacer su miel durante el tiempo de verano, para tener qué comer en el invierno.

## § I

Y más allá de esto, así como la divina Providencia tuvo cuidado de la conservación de las especies de las plantas, ordenando que fuesen tantas las semillas que de ellas proceden, que nunca faltase materia de donde naciesen, así también lo tuvo de la conservación de las especies de los animales, a los cuales en cierto tiempo del año inclina la naturaleza con tanta vehemencia a esta conservación de su especie, que nunca jamás en esto falló, ni fallará.

De lo cual no poco se maravillaron Platón en el *Timeo*<sup>181</sup>, y Cicerón en el libro *Sobre la naturaleza de los dioses*<sup>182</sup>, considerando cuán infalible y cuán solícita es aquella divina Providencia en la conservación de las cosas que creó, pues en todos los años asignó un cierto tiempo, en el cual los animales tuviesen estas inclinaciones tan vehementes y, acabado este tiempo, del todo cesasen, y volviesen a aquel reposo primero, y conversasen los machos con las hembras con toda honestidad y templanza. La cual templanza declara que en la naturaleza humana hubo corrupción de pecado, pues tan lejos está ella de guardar esta ley.

Mas, ¡cuán solícitos y cuidadosos son en la crianza de los hijos que engendran, esto es, en alimentarlos, y defenderlos, y ponerlos en un lugar seguro, donde no reciban daño! Y aunque de esto hay muchos ejemplos, no dejaré de relatar uno. Parió una *perra* en un

<sup>181</sup> Cf. PLATÓN, *Timeo* (*Opera*, t. II, Paris, Didot, 1862, pp. 205s.).

<sup>182</sup> Cf. CICERÓN, *De natura deorum*, libri III.

convento nuestro tres o cuatro perrillos, los cuales, por no ser necesarios, los mataron los frailes, y los arrojaron por diversas partes de una huerta. Mas la madre, viéndose sin hijos, andaba todo el día olisqueando por toda la huerta hasta que finalmente los halló, y así muertos los volvió a llevar al mismo lugar donde los criaba. Viendo esto los frailes, los arrojaron en un tejado alto, para el cual no parecía haber subida. Mas la grandeza de este amor natural dio ingenio a la madre para que, saltando por una ventana en un tejadillo, y de aquel en otro, finalmente vino a dar con los hijos, y así volvió por los mismos pasos a traerlos a su primer lugar. En lo cual se ve claro cuán perfecta es aquella divina Providencia en todas las cosas, pues tanta fuerza de amor puso en los padres para la crianza de los hijos, cuando son chiquitos.

Y no menos resplandece esta Providencia en las aves, a las cuales dio mayor amor a los hijos, por haberles puesto mayor carga en la crianza de ellos. Porque para la rapidez que les era necesaria para volar, no convenía tener ni la carga de la leche ni de los recipientes de ella. Por lo cual era necesario que, para alimentar a los hijuelos, quitasen parte del sustento que para sí habían buscado con trabajo, y lo repartiesen con ellos. De donde nace que si vos tomáis un pajarico del nido, y lo encerráis en una jaula, allí lo reconocen sus padres, y por entre las verjas le dan su ración, y reparten con él lo que para sí habían buscado. Y porque esto era más dificultoso de hacer, las proveyó el Creador de mayor amor para vencer esta dificultad, porque dicho amor es el que todo lo puede y todo lo vence, el cual es para sí escaso, por ser benigno y copioso para el que ama. Por lo cual dijo san Bernardo: «Amemos, hermanos, a Cristo, y luego todo lo dificultoso se nos hará fácil»<sup>183</sup>. Este amor se ve claro en una *gallina* que cría, porque siendo ésta un ave muy tímida y desconfiada, si vos queréis llegar a los pollos que cría, comienza a graznar y a encrespase y a ponerse contra vos.

Y no menos resplandece aquí la divina Providencia en lo que quita que en lo que da. Porque, así como provee de este amor a todos los animales al tiempo de criar a los hijos, para soportar la carga de la crianza, así después de criados, cuando ya pueden vivir por su pico, no hacen más caso de ellos que de las otras aves o animales. Asimismo, proveyó de aquel deseo tan encendido que sirve para la

---

<sup>183</sup> Cf. BERNARDO DE CLARAVAL, *In Cant.*, sermo 85, 5: PL 183, 1188.

conservación de la especie en cierto tiempo del año. Y pasada esta circunstancia, cesa todo aquel ardor, porque ya no es necesario.

Asimismo, a todos los animales proveyó de ojos con los que viesen el sustento, para que lo procurasen, los cuales no dio al *topo*, porque como se alimenta de la tierra, siempre tiene el alimento en la boca. Y no menos ha lugar esto en las plantas que en los animales, porque las cañas del *trigo* y de la *cebada* –como está dicho–, tienen sus nudos a trechos, que son como los refuerzos de las tapias, para poder sostener la carga de la espiga, de los cuales nudos carece la *avena*, porque no tiene carga. Esto, con otras cosas semejantes, nos declara cómo no quiso el Creador que en todas sus obras hubiese cosa ociosa o superflua, y que por aquí se entendiese cómo no menos se nos declara su providencia en lo que quita que en lo que da.

Mas volviendo a la crianza de las aves, es mucho para considerar la habilidad que el Creador les dio para fabricar los nidos tejidos a manera de cesticos proporcionados a la medida de sus hijos. Y dentro del nido ponen algunas pajicas o plumillas blandas, para que los hijos aún tiernos no se lastimen con la aspereza de él. Pues, ¿qué más harían estos padres si tuvieran uso de razón? Y los hijicos, por no ensuciar esta cama con los excrementos del vientre, se ponen en el canto del nido para purgarlo, y después los padres lo echan fuera con el pico, el cual es como un maestro principal de obra, pues él solo basta tanto para la construcción del nido como para la limpieza de él.

Y porque hay algunas aves y otros animales que están muy perseguidos por los cazadores, y son débiles para defenderse, suplió la divina Providencia esta falta con una notable fecundidad, para que así se conservase la especie, como lo vemos en las *palomas* y en los *conejos*, que casi cada mes crían, y también en las *perdices*, que ponen a veces veinte huevos. De donde nace que, habiendo para ellas tantos cazadores, siempre tienen qué cazar por razón de esta fecundidad.

Tienen también todos los animales armas ofensivas y defensivas: unos cuernos, otros uñas y otros dientes, y los desarmados y tímidos tienen astucia y rapidez para defenderse de la violencia de los poderosos, como la *liebre* y el *gamo*, que como son los más tímidos de todos los animales, así son los más veloces. Todos también conocen el uso de sus miembros, como lo vemos en el

*becerrillo* y en el *jabalí* pequeño, los cuales, antes aún de que les nazcan estas armas, acometen a herir con aquella parte por donde ella ha de nacer<sup>184</sup>. Asimismo, todos conocen la fuerza de los más poderosos, y así tiemblan las avcillas cuando suena el cascabel del *gavilán*.

Todos también conocen el alimento que les es saludable, y el que les será dañino, y usando del uno no tocan el otro, por mucha hambre que tengan. Este conocimiento tienen los animales con el olor de las mismas hierbas que pacen. Porque este sentido de oler es más vivo en los animales salvajes que en los seres humanos. Para lo cual escribe Galeno una experiencia que hizo poniendo delante de un *cabritillo* recién nacido una escudilla con vino, y otra con aceite, y otra con migas, y otra con leche, mas el cabritillo, oliendo cada una de éstas, la dejaba y, llegando a la de la leche, entonces comenzó a beberla<sup>185</sup>. De esta manera, pues, la divina Providencia enseña a los animales lo que sin estudio no alcanzan los seres humanos.

Asimismo, todos los animales tienen habilidad para buscar su sustento, como lo vemos en el *perrillo* que, acabando de nacer, cerrados aún los ojos, atina luego a las tetas de la madre y, cuando no corre la leche, él la llama, apretando con las manitas la fuente de donde nace.

¿Qué más diré? Como el Creador vio que donde faltaba la razón, faltaba también la habilidad para buscar el vestido y el calzado, les proveyó al nacer, y a muchos antes de nacer, de lo uno y de lo otro, a unos de plumas, a otros de cueros y pelos, a otros de lana, a otros de escamas, a otros de conchas, algunos de los cuales mudan cada año la ropa, mas a otros les dura sin romperse ni envejecerse toda la vida.

Y sobre todas estas providencias, vemos que muchos animales, sin poder hablar, tienen voces con las que expresan unas veces ira y bravura, otras mansedumbre, otras hambre y sed, y otras dolor. También las avcillas en el nido con el chillido expresan el hambre que padecen, y con él llaman a los padres para que les den de comer.

---

<sup>184</sup> Cf. AMBROSIO, *Hexaameron*, VI, 4: PL 14, 267.

<sup>185</sup> Cf. GALENO, *De locis affectis*, VI, 6 (*Opera*, t. IV, Venecia, 1609, p. 422).

## § II

Para esta misma conservación sirve también la hechura y proporción de los miembros que les fueron dados, como lo vemos en las *grullas* y en las *cigüeñas*, las cuales, porque tienen las piernas largas, les proveyó el Creador de cuello alto, para que fácilmente alcanzasen el alimento de la tierra. Y a las *lechuzas*, que buscan su sustento de noche, y a los *gatos*, que en este mismo tiempo cazan, les proveyó de una particular lumbre dentro de los mismos ojos, para que con esto las unas buscasen su sustento, y los otros nos limpiasen la casa de noche, y nos librasen de esos pequeños enemigos que nos molestan.

## § III

Tienen también todos los animales sus propiedades acomodadas a sus temperamentos, con las cuales se diferencian los unos de los otros, como lo refiere san Basilio por medio de estas palabras:

«El *buey* es fuerte y robusto, el *asno* perezoso, el *caballo* muy inclinado a la guerra, el *lobo* nunca se puede domesticar, el *zorro* es astuto, el *ciervo* temeroso, la *hormiga* laboriosa, el *perro* agradecido y reconocedor del beneficio recibido.

El *león* es naturalmente furioso y enemigo de la compañía de los animales de su especie, porque, como rey soberano, se deshonra al ver en su compañía a otros que tienen tantos honores como él. No come el día presente de lo que le sobra del día pasado y, como gran señor, siempre deja algunas sobras de lo que come. Y sobre todo le dio la naturaleza instrumentos para dar un bramido tan terrible, que muchos animales que lo vencen en rapidez, sólo con este bramido caen muertos en tierra, y así los prende y caza»<sup>186</sup>.

Y con toda esta tan gran fuerza que tiene, teme a un *ratón*, y mucho más a un *alacrán* –como dice san Ambrosio<sup>187</sup>–, para que se vea que no hay cosa tan fuerte que no haya nada que le cause temor, ni cosa tan débil que alguna vez no pueda hacer daño. De donde nació la fábula [de Esopo] de *El escarabajo y el águila*.

<sup>186</sup> BASILIO, *Hexaameron*, IX, 3: PG 29, 191.

<sup>187</sup> Cf. AMBROSIO, *Hexaameron*, VI, 5: PL 14, 271.

El *tigre* es vehemente y corre con gran ímpetu, y así tiene el cuerpo liviano, lo que le sirve para tener esta rapidez. La *osa* es perezosa y astuta y tardía, y así tiene el cuerpo pesado y deforme.

### [La felicidad]

Sobre todas estas cosas que son comunes a todos los animales, hay otra que grandemente declara no sólo la providencia sino también la bondad, la suavidad y la magnificencia del Creador. Porque no contento con haber dado ser a todos los animales, y habilidades para conservarlo, les dio también toda aquella manera de felicidad y contentamiento del que aquella naturaleza era capaz. Lo uno y lo otro declaró aquel divino cantor [David], cuando dijo: «Los ojos de todas las criaturas esperan en Vos, Señor, y Vos les dais su alimento en tiempo conveniente»<sup>188</sup>. Esto dice porque toca a la provisión del sustento. Y añade más: «Abrís Vos vuestra mano, y llenáis todo animal de bendición»<sup>189</sup>. Pues por estos nombres de plenitud y de bendición se ha de entender esta manera de felicidad y contentamiento con los que este Señor llena el pecho de todos los animales, para que gocen de todo aquello con lo que, según la capacidad de su naturaleza, pueden gozar.

Pongamos ejemplos. Cuando oímos deshacerse la *golondrina*, y el *ruiseñor*, y el *jirguerito*, y el *canario* cantando, entendemos que si aquella música deleita nuestros oídos, no menos deleita al pajarico que canta. Lo cual vemos que no hace cuando está doliente, o cuando el tiempo es cargado y triste. Porque de otra manera, ¿cómo podría el *ruiseñor* cantar las noches enteras, si él no gustase de su música, pues, como dice la filosofía: «el deleite hace las obras»? Cuando vemos también a los *becerricos* correr con gran orgullo de una parte a otra, y a los *corderillos* y *cabritillos* apartarse de la manada de los padres ancianos, y repartidos en dos puestos, escaramuzar los unos con los otros, y acometer unos y huir otros, ¿quién dirá que no se haga esto con gran alegría y contentamiento de ellos? Y cuando vemos jugar entre sí a los *gatillos* y los *perrillos*, y luchar los unos con los otros, y caer ya debajo, ya encima, y morderse blandamente sin hacerse daño, ¿quién no ve allí el contentamiento con el que esto hacen? Ni menos disfrutan los *peces* en nadar, y las *aves* en volar, y el

---

<sup>188</sup> Sal 145,15.

<sup>189</sup> Sal 145,16.

*cernícalo* cuando está haciendo represas y contencencias, y batiendo las alas en el aire.

Pues por lo dicho entenderemos lo que quiso significar aquel gran Dionisio [Areopagita], cuando dijo que Dios pretendía hacer todas las cosas semejantes a sí, cuanto lo permite la capacidad y naturaleza de ellas<sup>190</sup>. Por lo que, así como Él tiene ser, y bienaventurado ser, así quiso Él que todas las criaturas, cada cual a su manera, tuviesen lo uno y lo otro. Y para esto no se contentó con haberles dado tantas habilidades para conservarse en su ser, sino quiso también que le imitasen en esta manera de bienaventuranza y contentamiento del que las hizo capaces.

Pues, ¿cuán gran argumento es éste de aquella inmensa Bondad y Generosidad, que así se comunica a todas sus criaturas y las regala?

*¡Oh inmensa Bondad! ¡Oh inefable Suavidad! Si hicieras, Señor, esto con las criaturas racionales, que pueden reconocer este beneficio y daros gracias por él, no fuera tanto de maravillar, mas hacerlo con criaturas que ni os conocen ni alaban, ni os han de agradecer este regalo, esto nos declara la grandeza de vuestra bondad, de vuestra realeza, de vuestra nobleza y de vuestra magnificencia para con todas vuestras criaturas, pues les dais de pura gracia todo aquello de lo que es capaz su naturaleza, sin esperar retorno de agradecimiento por ello. En lo cual nos dais a entender lo que tendréis guardado así en esta vida como en la otra para los que os sirven y aman, pues tal os mostráis con las criaturas insensibles que no os conocen. De todas estas maravillas está llena, Señor, la tierra, la mar y los aires, por lo que con tanta razón exclama el profeta real [David]: «Señor nuestro, ¡cuán admirable es vuestro nombre en toda la tierra!»<sup>191</sup>.*

Y por esta misma causa dice que en todo este mundo, «desde el principio donde el sol sale, hasta el fin donde se pone, es el nombre del Señor digno de ser alabado»<sup>192</sup>, porque todas las cosas que vemos en Él, nos dan copiosa materia de su alabanza.

---

<sup>190</sup> Cf. PSEUDO-DIONISIO, *Epist.*, 8: PG 3, 1085.

<sup>191</sup> Sal 8,2-10.

<sup>192</sup> Sal 113-3.

### CAPÍTULO XIII. LAS HABILIDADES Y FACULTADES PARTICULARES QUE TIENEN TODOS LOS ANIMALES PARA SU CONSERVACIÓN

En el capítulo pasado expusimos en general las habilidades y facultades que todos los animales, tanto los de la tierra como los del agua y el aire, tienen para su conservación. Ahora descenderemos a mostrar esto en particular en todas estas especies de animales. Mas esto no será en todos, porque ésta sería una obra infinita, y de la que han tratado muchos importantes autores, sino lo que bastare para que claramente conozcamos la perfección y el cuidado de la divina Providencia.

Para lo cual es de notar que, así como un gran escribano que quiere abrir en una ciudad una escuela de escribir, hace muchos tipos de letras, unas de tirado, otras de redondo, otras de letra escolástica, otras de hacienda, otras quebradas, otras iluminadas, para mostrar con esto la capacidad que tiene, así aquel Artífice soberano, aunque la comparación sea muy baja, mostró las maravillas de su providencia no de una manera, ni en un solo género de animales, sino en todos ellos, y en tantas y de tan diferentes maneras, que ninguna escritura hasta ahora las han podido abarcar, mayormente porque cada día en nuevas tierras se descubren nuevos animales y nuevas habilidades y propiedades de ellos, que nunca en estas nuestras tierras han sido conocidas.

Mas aquí se ha de advertir que este nombre de «conservación», que aquí usamos, abarca más de lo que suena. Porque debajo de este nombre entendemos primeramente las habilidades que los animales tienen para *buscar su sustento*; lo segundo, las que tienen para su *protección*; lo tercero, las que tienen para *curar sus enfermedades* y conservar su salud; y lo cuarto, las que tienen para la *procreación de sus hijuelos*.

Así pues, sobre estas cuatro cosas trataremos en particular, mas de tal manera que, como de pasada, trataremos también sobre algunas que están anexas a ellas. Y después de éstas, descenderemos a tratar en particular sobre los animales pequeñuelos, como es la *hormiga*, la *abeja*, la *araña*, el *mosquito* y el *gusano que hila la seda*, porque en éstos que parecen tan viles, dicen san Agustín, Aristóteles y Plinio que resplandece aún más la maestría y cuidado de la divina

Providencia, que en los grandes. Y después de estos cinco tratados, añadiremos el sexto, sobre otras propiedades de animales dignas de gran consideración y admiración.

Y en todas estas cosas mostraremos la perfección de la divina Providencia, la cual ni en una coma ni en un punto se descuidó ni se olvidó de todo lo que a todos estos géneros de criaturas les era necesario para su conservación. Y veremos también cómo todo aquello que estas criaturas harían si tuvieran entendimiento y razón, lo suple Él –como dijimos– dándoles inclinaciones e instintos naturales para que hagan lo que harían si la tuvieran. Y aún va este asunto más allá, porque no sólo alcanzan lo que podrían alcanzar si tuvieran razón, sino incluso aún muchas otras cosas que exceden la facultad de ella, por ser éstas necesarias para su conservación. Y así, conocen las hierbas y las medicinas con las que se han de curar, y los cambios del clima, esto es, de la lluvia, y de la calma, y de las tempestades de la mar, antes de que vengan.

Y así, en esto como en otras infinitas cosas, quiere Él descubrirnos la perfección y la maestría de su providencia, para que en todas las cosas creadas la veamos y reconozcamos y adoremos, y entendamos que en todas ellas asiste su presencia. Y por esto Él hace tales cosas, que a muchos les parecen increíbles.

Mas para que no lo sean las que en este libro contaré, advierto al cristiano lector que ninguna escribiré en esta materia que no sea tomada de importantes autores, mayormente del *Hexaemeron* de san Ambrosio, de quien saqué la mayor parte de lo que aquí escribo. Y no es de maravillar que yo robe tanta parte de él, pues él también robó todo lo que escribió del *Hexaemeron* de san Basilio, poniendo en un elegantísimo estilo latino lo que Basilio escribió en griego<sup>193</sup>. Del cual Basilio escribe Gregorio el Teólogo [o el Nacienceno], su contemporáneo, que aunque en todas sus Escrituras es admirable, en ésta lo fue tanto, que parece, por así decir, que estaba al lado de Dios cuando creaba las cosas, entendiendo la razón y el consejo y la maestría con los que las creaba, porque así lo muestra él en esta obra que escribió sobre la creación del mundo<sup>194</sup>.

<sup>193</sup> Cf. JERÓNIMO, Epist. 83 (*ad Pammachium et Oceanum*): PL 22, 749.

<sup>194</sup> Cf. GREGORIO NACIENCENO, *Oratio XLIII: In laudem Basilii Magni*: PG 36, 586.

## CAPÍTULO XIV. LAS HABILIDADES QUE LOS ANIMALES TIENEN PARA ALIMENTARSE

La primera consideración que tocamos de los animales son las habilidades que el Creador les dio para alimentarse, pues ninguna cosa tiene vida, que no tenga su propio alimento con el que la sustente, el cual ejercicio dura cuanto dura esa vida.

### [Los animales de corral]

Comencemos pues por la *oveja* y por el *cordero*, su hijo, con quien tuvo por bien el Salvador el ser comparado<sup>195</sup>, y con éstos juntemos a todos los animales que pacen hierba. Pues todos éstos en una dehesa, donde nacen mil tipos de hierbas, de ellas saludables y de ellas venenosas, y todas de un mismo color, conocen por natural instinto las unas y las otras, y pacen las buenas, y no tocan las malas, aunque padezcan gran hambre –como ya dijimos–. Lo cual excede la facultad del entendimiento humano, que esto no alcanza, mas no el divino que los gobierna.

Y así escribe Sulpicio Severo, en su *Diálogo*, de un santo ermitaño que se alimentaba de las hierbas del campo, el cual, como carecía de este conocimiento, padecía grandes dolores de estómago por las malas hierbas que comía, tanto, que a veces dejaba de comer por no padecer tales dolores. Y como él pidió remedio al Señor, por cuyo amor aquello padecía, Él le envió un ciervo con un manojito de hierbas en la boca, en el cual, tras echarlas en el suelo, apartó las malas de las buenas, y de esta manera quedó enseñado el santo por el tosco animal, lo que él por sí mismo no podía saber<sup>196</sup>.

Tiene también otra sensatez la oveja, aún con toda su simplicidad, de tal forma que a principio del invierno se da una gran prisa en comer con un hambre insaciable, aprovechándose de que todavía hace buen tiempo para no hallarse después débil y esquelética en tiempo de frío y de menos pasto. ¡Oh, si los seres humanos con toda su sensatez hiciesen lo que este simple animal sin ella hace!, que es aprovecharse de la ocasión y los instrumentos que

---

<sup>195</sup> Cf. Jn 1,29.

<sup>196</sup> Cf. Sulpicio Severo, *Dialogus* I, 16: (*Corpus scriptorum ecclesiasticorum latinorum*) I, pp. 168-169.

en esta vida tienen para hacer buenas obras, por no hallarse desnudos y pobres de merecimientos en la otra vida, porque de esta manera no les sucedería lo que dice Salomón:

«Por amor al frío, no quiso arar el perezoso [en invierno] y, por tanto, andará mendigando en el tiempo del estío, y no habrá quien le dé!»<sup>197</sup>.

El cordero también, siendo un animal no menos simple que su madre, cuando entre todo el rebaño la pierde de vista, anda por todo él balando, y ella con amor de madre le corresponde con el mismo tono para que sepa dónde está, y él, entre mil balidos de ovejas semejantes, reconoce el propio de su madre y, pasando entre muchas otras madres, las deja a todas, porque sólo a su madre quiere, y sólo de su leche se quiere alimentar. Y la madre también entre muchos millares de balidos y de corderos con un mismo tono y con un mismo color, sólo a su hijo reconoce. El pastor muchas veces se equivoca en este conocimiento, mas el cordero y la madre nunca se equivocan<sup>198</sup>.

Hay también otra maravillosa providencia en la hechura tanto de este animal como de todos los otros que rumian, como son *bueyes*, y *cabras*, y *camellos*, y otros tales. La cual es que, además del buche, donde el pasto se digiere, que corresponde a nuestro estómago, tienen otra cavidad donde se recibe el pasto de primera instancia, antes de que vaya al estómago, donde se ha de digerir, y de esta primera cavidad sacan el alimento que han comido, y de noche o de día, cuando reposan, lo llevan a la boca y lo están despacio rumiando, preparándolo de esta manera para enviarlo al buche, donde se ha de cocer y digerir. Esto fue obra de la divina Providencia, porque, viendo que los días del invierno son pequeños y las noches grandes, si estos animales juntamente paciesen y rumiasen, sería poco el pasto del que gozarían. Pues por eso pacen de día y rumian de noche, y de esta manera no menos les sirve la noche para su sustento cuando rumian, que el día cuando pacen.

Vengamos a las aves caseras, que son más conocidas. El *gallo* anda siempre buscando algún grano para comer, y cuando lo halla, llama con cierto reclamo a sus gallinas y, como buen casado, se priva

---

<sup>197</sup> Pro 20,4.

<sup>198</sup> Cf. AMBROSIO, *Hexaemeron*, VI, 4: PL 14, 267; BASILIO, *Hexaemeron*, IX, 4: PG 29, 198.

del alimento para sí, y lo reparte con ellas. Lo cual no hace el *capón* [es decir, el pollo castrado], que guarda continencia y, por eso, mientras el gallo está flaco, él está gordo y bien tratado, porque sólo tiene que cuidar de sí mismo, enseñándonos con esto la diferencia que el Apóstol [san Pablo] pone entre los casados y continentes. Porque los buenos casados reparten los trabajos y el tiempo entre Dios y el cuidado de sus mujeres, mas los buenos continentes, libres de estas cargas y obligaciones, del todo se entregan a Dios, y por eso están más avanzados y crecidos en la vida espiritual<sup>199</sup>.

La *gallina*, que también cría sus pollos, siempre anda con los pies escarbando en los basureros y, hallando algo, llama con gran prisa a los hijuelos y, como buena madre, ayuna ella por darles de comer a ellos. Y lo que es más, tiene una manera de reclamo cuando los llama a comer, y otra cuando los llama para que se metan debajo de sus alas, y otra cuando los avisa para que huyan y se escondan del milano, cuando lo ve venir. Y ellos recién nacidos, sin doctrina y sin maestro, entienden perfectamente todos estos lenguajes –que nosotros no entenderíamos– y así obedecen con gran prisa a lo que a ellos se les manda.

Y aún otra cosa noté, viendo echar de comer a una gallina con sus pollos, que, si se acercaban los de otra madre a comer de su ración, a picadas los echaba de allí, para que no disminuyesen la comida de sus hijos. Pues, ¿qué más haría esta ave, si tuviera razón? Porque parece que por su modo de obrar estaba diciendo: «Este alimento es de mis hijos, y cuanto mayor parte vosotros de él comais, tanto menos les tocará a ellos. Así pues, no tengo que consentir que hijos ajenos coman el alimento de los míos».

### [Los animales del campo y la mar]

#### § I

Pasemos a otra cosa menos conocida y más admirable, que cuentan Basilio y Ambrosio. El *cangrejo* es muy amigo de la carne de las ostras. Y para tener este alimento, se pone secretamente como espía en el lugar donde las hay, y al tiempo que ellas abren sus conchas para recibir los rayos del sol, el ladrón sale del escondite donde estaba, y ¿qué hace?, una cosa cierta aunque parezca increíble:

---

<sup>199</sup> Cf. 1Cor 7,32-33.

para que, mientras que él corre, no cierre la ostra sus puertas y él quede burlado, le arroja antes que llegue una piedra, para que no pueda ella cerrar bien sus puertas, y entonces él con sus garras la abre y se apodera de ella<sup>200</sup>. Pues, ¿quién pudiera esperar de un tan pequeño animalejo tal pericia? Y ¿quién se la pudiera dar, sino aquel Señor que da de comer a toda carne, y da habilidad y destreza para buscarlo?

Pues, ¿qué diré de las habilidades que para esto tiene el zorro? Aquí viene a propósito lo que dice Isaías: «¡Ay de ti, que robas a otros! Por ventura, ¿no serás tú también robado?»<sup>201</sup>. El cangrejo roba la carne de la ostra, y el zorro roba la de ese cangrejo, y no con menor maestría. Testigo de esto es un monte que hay en Vizcaya, que entra un pedazo en la mar, en el cual hay muchos zorros. Y la causa de esto es la comodidad que ellos tienen allí para pescar. Mas ¿de qué manera pescan? Imitan a los pescadores de caña, y no les falta ingenio ni pericia para ello. Porque meten casi todo el cuerpo en el borde del agua, y extienden la cola, que les sirve allí de caña y de sedal para pescar. Y como los cangrejos que andan por allí nadando no entienden el engaño, la pican, y entonces el zorro la sacude rápidamente, y da con el cangrejo en tierra, y allí salta, y lo despedaza y se lo come. Pues, ¿quién pudiera descubrir esta nueva invención y destreza de pescar?

Mas no es ésta su única habilidad, porque también sabe proveerse de sustento para otro día. Porque después de haber saltado en algún corral de gallinas, y matado cuantas hubiera hallado, y bebido la sangre de ellas, hace un hoyo, y las entierra allí para tener provisión para otro día. Esto es muy notorio, mas de él diré otra cosa, aunque no venga tan a propósito, ya que hice mención de este animal, el cual, aunque malo y dañino, todavía descubre con sus astucias mucho de la divina Providencia, la cual parece que nos quiso representar en él lo que Él dice en el Evangelio: que «los hijos de este mundo son más prudentes en sus tratos y ocupaciones que los hijos de la luz»<sup>202</sup>.

Tiene pues un artificio este animal para expulsar de sí a las

<sup>200</sup> Cf. BASILIO, *Hexaameron*, VII: PG 29,154; AMBROSIO, *Hexaameron*, V, 8: PL 14, 229.

<sup>201</sup> Is 33,1.

<sup>202</sup> Lc 16,8

pulgas cuando le molestan. Mas, ¿de qué manera? Toma en la boca un ramillo, y metiéndose en el agua de algún río o de la ribera de la mar, y entrando en el agua poco a poco hacia atrás, las pulgas, huyendo de la parte del cuerpo que se está mojando, van hacia la que está seca, y procediendo ellas de esta manera, él sigue metiéndose poco a poco en el agua hasta llegar a ponersele todas en la cabeza, la cual él también de tal modo la zambulle en el agua, que no le queda más que los ojos y la boca fuera. Entonces saltando ellas en el ramillo que dijimos que tenía en la boca, suelta el ramo, y salta fuera del agua, libre ya de los enemigos que le molestaban. Este artificio tan exquisito, ¿quién se lo pudo enseñar a un tosco animal sino el Creador? [Y así, podemos preguntarle:]

- Pues, Señor, ¿qué os incumbe a Vos que las pulgas sean molestas a un zorro, siendo él a nosotros tan molesto?
- Sí me incumbe mucho –dirá Él–, porque, aunque me incumbe poco ese animalejo, es muy importante que los seres humanos, por éste y por otros ejemplos, entiendan cuán perfecta y cuán universal es mi providencia, pues no hay cosa tan pequeña a la que no se extienda y a la que no provea de remedio, aunque sea tan pequeña como ésa.

De este instrumento con el que el zorro pesca, se sirve también el *ratón* en otra materia diferente. Porque mete el rabillo en la alcuza de aceite que halla, y después lame lo que con este artificio tan ingenioso pudo sacar de ella.

Mas tornando a la materia de los alimentos, no es menos admirable la manera en la que se alimenta una cierta ave [llamada *pluvial*], que monda los dientes del cocodrilo, entre los cuales se entremeten muchas hebras de la carne que ha comido, y que le molestan: tal es la divina Providencia, que proveyó a este animal de un mondadientes, que es dichaavecilla, la cual, abriendo él la boca, hace de un camino dos mandados, que es mondarle a él los dientes, y alimentarse ella con lo que de ellos saca. ¿Hay más amorosa, más regalada y compendiosa providencia que ésta? ¡Oh admirable Dios en todas sus obras, el cual por tan extraño artificio provee a dos necesidades con una sola obra!

Pues, ¿qué diré de la manera en que se alimentan unas aves que ven muchas veces los que navegan hacia la India Oriental, la cual

consiste en que, yendo dichas aves siempre en seguimiento de otras, recogen en el pico los excrementos de las que siguen, y con él se alimentan? ¿Quién pudiera creer esto, si no lo viera? El nombre de estas aves no pongo aquí, porque es conforme a la comida con la que se alimentan.

Pues, ¿qué diremos de las astucias de las que el *pulpo* usa para buscar comida? En el cual parece que quiso el Creador representarnos las destrezas de las personas que llamamos «de dos caras», «dobladas», «fingidas» y «disimuladoras», porque este pez viene a pegarse a alguna peña que está en el agua, tomando el color de ella, y encubriendo el suyo, y entonces las sardinas y otros pececillos, como gente simple, se engañan con aquel color mentiroso, y se acercan a él. Acude luego el traidor, y las prende con aquellos tentáculos suyos con los que pesca<sup>203</sup>. Y de aquí nació el proverbio de los latinos, los cuales dicen que «las personas falsas y engañadoras tienen las condiciones de pulpos»<sup>204</sup>.

Otra astucia refiere Cicerón de un ave, aunque está acompañada con fuerza y violencia. Porque dice él que hay un ave por nombre *platalea*, la cual busca su alimento persiguiendo a las aves que se zambullen en la mar, y cuando ellas salen llevando algún pez en la boca, las muerde en la cabeza tan reciamente, que les hace soltar lo que llevan, con lo cual esta ave se alimenta. Y de la misma ave escribe él que llena el buche con algunas conchas de la mar, y habiéndolas recocado en el buche, las viene a vomitar, y escoge entre ellas la que se va a comer.

Mas otra cosa más ingeniosa refiere el mismo autor sobre las *ranas marinas*, las cuales se cubren con arena y se mueven junto al agua, y como los pececillos acometen queriendo comérselas, éstas entonces se descubren, y los prenden, y de esta manera pescan y se alimentan<sup>205</sup>. Todo lo cual nos declara la grandeza de aquella infinita Sabiduría que tantos modos supo y pudo inventar para alimentar a los animales que él creó.

Es cosa común y sabida la que hace un *jilguero*, el cual, estando

<sup>203</sup> Cf. AMBROSIO, *Hexaemeron*, V, 8: PL 14, 228-229.

<sup>204</sup> Sobre este proverbio o refrán, cf. ERASMO, *Adagiorum*, chil. I, cent. 1, prov. 93: *Opera*, t. II, Lugduni Batavorum, 1703, pp. 62-64.

<sup>205</sup> Cf. CICERÓN, *De natura deorum*, II, 49 (ed. cit., pp. 97-98).

preso sobre una tabla, y teniendo colgados de ella dos cubos pequeños, uno con agua, y otro con el grano que ha de comer, cuando tiene hambre sube con el piquillo el que tiene la comida, y cuando quiere beber, levanta de la misma manera el que tiene el agua. Mas otra cosa vi yo más ingeniosa que ésta, porque, estando el cubo del agua vacío, y habiendo abajo un cuenco lleno de agua, cuando él quiere beber, mete el cubillo en este cuenco, y tantas vueltas le da con el pico, que finalmente coge agua, y entonces la sube a lo alto y bebe. Pues, ¿quién no se maravillará? ¿Quién no dará gracias al Creador, viendo en un tan pequeño cuerpecito una tal pericia, que el Creador y la necesidad –maestra de todas las cosas– le enseñan?

También el *erizo* con toda su pesadumbre conoce un artificio para abastecerse de sustento. Porque hallando al pie de un manzano las manzanas caídas, se revuelve en ellas, prendiéndolas con sus espinas, y así las lleva consigo, y con ellas hace un almacén para alimentarse. Y si alguno le quiere dañar, se encierra dentro de sus púas, y así se guarece con ellas del enemigo<sup>206</sup>.

Más admirable es la facultad y la maestría que tiene un pez [parecido a la *raya*] que se llama *tremielga*, el cual sabe defenderse y también alimentarse con dos propiedades extrañas que el Autor de la naturaleza le dio. La una es que, metiéndose debajo del cieno, hace adormecer a los pececillos que se acercan a él –que es lo que se suele decir sobre los brujos–, entonces este brujo marino sale de debajo del cieno, y se apodera de ellos y se los come. La otra habilidad no es menos extraña, porque siendo tocado con el anzuelo del pescador, tiene tanta virtud, que por el sedal y por la caña sube hasta el brazo del pescador, y lo entorpece de tal manera que él suelta la caña, y el pez se va libre: ¡en tanta variedad de cosas quiso el Creador mostrar su providencia!

### **[Los animales cazadores]**

No solamente los animales débiles, mas también los fuertes se ayudan de sus pericias y artificios para buscar comida. Del *tigre*, a quien no le faltan fuerzas, ni armas, ni rapidez, dice Eliano que se va al lugar donde hay abundancia de monos, de cuya carne es él amigo, y se tiende en el suelo debajo de un árbol a donde ellos suelen acudir,

---

<sup>206</sup> Cf. AMBROSIO, *Hexaemeron*, VI, 4: PL 14, 264.

y se pone allí haciéndose el muerto, sin moverse, ni parecer que respira. Ellos, estando en lo alto del árbol, recelándose de él, envían por delante a un espía para que, acercándose un poco a él, vea si está vivo o muerto, mas con tal tiento, que no se fía de él. Después vuelve el espía una segunda y una tercera vez, acercándose un poco más, hasta que del todo se persuade que está muerto. Y dando el recado a los otros, descienden ellos sobre seguro, y saltan sobre él, triunfando alegremente sobre su enemigo. Entonces el muerto, viéndose rodeado por las presas que esperaba, con gran prisa resucita, y con sus dientes y sus uñas despedaza a cuantos puede, y convierte su fiesta en llanto, pagando los monos su loco atrevimiento<sup>207</sup>.

## § II

De este mismo artificio usan algunos *gatos*, que son grandes cazadores, porque en una huerta que yo vi, se tumbaba uno de éstos entre los árboles y las legumbres, y se estiraba y tendía de tal manera que parecía muerto, y allí perseveraba sin moverse, esperando su ventura. Engañándose, pues, con esta figura las simples avecillas, se ponían cerca de él sobre seguro, y entonces el ladrón de un salto las atrapaba y se las comía.

Y pues hice mención del gato, también diré de él lo que cada día vemos, mas no todos notamos en esto el cuidado de la providencia del Creador, que de infinitas maneras se nos descubre. Creó Él este animal para que defendiese nuestras casas y despensas de los daños y molestias de los ratones. Y todos vemos su pericia y la utilidad de sus uñas y la rapidez que para esto tienen, y sobre todo esto –como ya dijimos– ven de noche, que es el tiempo de su caza.

Y porque siendo este animal necesario para lo dicho, era un inconveniente que oliera mal la casa con la purgación de su vientre. Por ello, él busca para esto sus rincones más apartados, y –lo que no hace ninguno de cuantos animales hay–, con las uñas cava en la tierra, y cubre lo que purgó. Y para ver si está bien cubierto, aplica el sentido del olfato, y si ve que todavía huele mal, torna otra vez a escarbar y a cubrirlo mejor. De modo que lo que Dios mandaba a los hijos de Israel que hiciesen, cuando habitaban en el desierto, con una paletilla que traían consigo<sup>208</sup>, hace este animal sin tener esa ley ni el ejemplo de

<sup>207</sup> Cf. Eliano, *De natura animalium*, IX, 1.

<sup>208</sup> Cf. Dt 23,11-12.

otro alguno que tal haga. Esto vemos cada día y [sin embargo] no vemos el regalo de la divina Providencia para con el ser humano, dando orden de cómo había de tener [el gato] limpia su casa y libre de mal olor. Porque ya que [Dios] le hacía [al ser humano] este beneficio, dándole este cazador para que le limpiase la posada, no se le diese por otra parte, junto a este tributo, el de ensuciársela.

Pues las astucias y asechanzas que el gato tiene para cazar y para robar, cada día las vemos. Bien sabe él a veces quitar la cobertera de la olla que está recién puesta al fuego, y meter las garras, y sacar la carne, y huir con ella.

Mas yo soy testigo de otra astucia que aquí diré. Andaba [un gato] por encima de lo alto de una pared en pos de una lagartija, la cual, huyendo de él, se metió debajo de una teja que casualmente estaba allí boca abajo. ¿Qué hizo entonces él? Hizo este cálculo: «Si meto por aquí la mano, se me ha de huir por la otra boca de la teja. Pues yo acudiré a eso». Mas, ¿de qué manera?: puso una mano en la boca más estrecha de la teja, y por la más ancha metió la otra y, de esta manera, como por entre puertas, consiguió la caza que buscaba. Pues, ¿qué más haría si tuviera razón?

### **[Los animales perjudiciales y nocivos]**

Extrañas son también las destrezas que tienen para alimentarse los *lobos*. Mas una sola contaré, que escribe Eliano, la cual en parte responde a una pregunta que [la gente] se suele hacer, que es: ¿cómo hay tan pocos lobos pariendo la hembra muchos lobillos, habiendo por otra parte tantos carneros y corderos, no pariendo la oveja más que uno, y matándose cada día tantos para nuestro sustento? Dice, pues, este autor que cuando no tienen qué comer los lobos, se junta una cuadrilla de muchos de ellos, y andan corriendo alrededor como en corro unos en pos de otros, y el primero que, desvanecida su cabeza, cae, se convierte en alimento de todos los otros<sup>209</sup>. Y ésta es una de las causas de haber menos lobos, por comerse los unos a los otros.

Donde se debe mucho notar el estilo de la divina Providencia, la cual impide por sus vías y caminos la multiplicación de los animales que nos debían ser perjudiciales y nocivos, como se ve en el

---

<sup>209</sup> Cf. ELIANO, *De natura animalium*, VII, 20.

parto del *alacrán*, porque la hembra pare once huevos, de los cuales se come diez, y deja uno sólo, el cual, después de nacido, parece que no tiene tan en cuenta el beneficio de la madre como la muerte de sus hermanos y, así, toma venganza de ella matándola y comiéndosela.

Ni es menos ilustre testimonio de la divina Providencia lo que se cuenta de una venenosísima culebra que se halla en el Brasil [llamada *serpiente de cascabel tropical*], que infaliblemente mata a quien muerde, si éste luego no se corta el miembro donde ella le mordió. Lo cual ordenó así el Creador para que, por el remedio de este peligro, nos mostrase este cuidado de su providencia, la cual señaladamente se conoce con los remedios que provee para nuestros males. Y el remedio de éste es haber creado esta mala bestia con una manera de campanilla en la cabeza [de la cola], para que el sonido de ella avise a los descuidados de este peligro.

Pues bien, ¿quién no reconoce aquí el cuidado de la divina Providencia tanto en el remedio de nuestros peligros como en la diversidad de los medios que inventa para esto?

Y de la *víbora* dice san Basilio que se rasga el vientre cuando pare<sup>210</sup>. Y de la *leona* dice que con sus uñas rompe también su vientre al tiempo del parto<sup>211</sup>. De esta manera el Creador por una parte conserva las especies [por Él creadas], y por otra da orden para que, como se suele decir, «de los enemigos los menos».

Mas dirá alguno: «¿Para qué creó Él estas especies de animales enemigos de la naturaleza humana?». Como refiere Cicerón, éste era el argumento del [filósofo] Epicuro, que negaba la Providencia diciendo: «Si Dios creó todas las cosas por amor al ser humano, ¿para qué creó las víboras?»<sup>212</sup>. A esto se responde que en una perfecta república también hay horcas, y cárceles, y azotes, y verdugos para castigo de los malhechores, y no era razonable que en la gran república de este mundo, en el que preside Dios, faltasen verdugos y ejecutores de su justicia.

<sup>210</sup> Cf. BASILIO, *Hexaameron*, IX, 5: PG 29, 199.

<sup>211</sup> Cf. *ibíd.*

<sup>212</sup> Cf. CICERÓN, *De natura deorum*, II, 1 (ed. cit., p. 48); DIÓGENES LAERCIO, *De vitis philosophorum*, lib. 10, cap. único (ed. Lipsiae, 1759, pp. 647-756); AGUSTÍN DE HIPONA, *De civitate Dei*, XVIII, 41. I.

Y así castigó a los hijos de Israel en el desierto, enviándoles *serpientes* que los mordiesen<sup>213</sup>, porque ellos también mordían con lenguas de maldicientes a los ministros que Dios les había dado. Y a los egipcios les castigó con *langostas* y *moscardas* y *mosquitos* que cruelmente los herían<sup>214</sup>; y así creó grandes *ballenas* en la mar, y grandes y sobrecogedores *dragones* en la tierra, de cuya grandeza tratan muchas historias. Lo cual hizo para mostrar la grandeza de su poder, y poner con ella pavor y miedo en los corazones humanos, y declararnos cuán gran mal sería venir a parar a las gargantas del *dragón infernal*, que con su cola trajo en pos de sí la tercera parte de las estrellas del cielo<sup>215</sup>.

### [Otras cualidades que los animales tienen para alimentarse]

Y volviendo al propósito del sustento de los animales, vemos cuanta diversidad hay tanto en ellos como en las facultades que el Creador les dio para buscarlo. En lo cual maravillosamente resplandece la sabiduría de su providencia, porque si todos tuvieran un mismo alimento y una única habilidad para buscarlo, no parecería esto cosa tan admirable. Pero siendo tantos los tipos de alimentos, y tantas y tan diversas las facultades e instrumentos que tienen los miembros [de los animales] para buscarlos, es cosa que a cada paso está gritando y predicando el cuidado y la sabiduría de esta suma Providencia, y provocándonos a admirarla y reverenciarla.

Vemos, pues, que entre los animales unos buscan su alimento en la tierra, otros en el agua, y otros en el aire. Y de éstos unos se alimentan de sangre, otros de hierba, otros de grano y otros de otras muchas cosas. Pues a todos ellos formó el Creador con tales cuerpos y miembros, que les sirviesen para buscar su alimento.

Porque al *león* y al *tigre* y a otros [animales] semejantes los creó con dientes y uñas muy fuertes, y con rapidez para seguir a sus presas, y con ánimo fortalecido y generoso para no temer los peligros ni las fuerzas ajenas, como lo tiene el león, de quien dice Salomón: «El león, que es el más fuerte de los animales, no teme el encuentro con nadie»<sup>216</sup>. Pues éste con sus cachorros sale de noche, como dice el

---

<sup>213</sup> Cf. Nm 21,6.

<sup>214</sup> Cf. Ex 8,12-13.17-20; 10,4-15.

<sup>215</sup> Cf. Ap 12,4.

<sup>216</sup> Pr 30,30.

salmo, «bramando para rogar y pedir a Dios que le dé de comer»<sup>217</sup>. Y conforme a esta generosidad tiene esta propiedad: que como gran señor no come de la caza que el día anterior le sobró. De quien escribe Eliano que después de alcanzada una avanzada edad, estando débil y pesado e inhábil para cazar, sale con sus cachorros, y los espera en cierto puesto, y ellos traen al padre viejo la caza que hallaron, el cual los abraza cuando vienen, y les lame la cara en señal de agradecimiento y amor. Y después de este amoroso recibimiento, se sientan todos a comer de lo que han cazado<sup>218</sup>. Pues, ¿qué más harían si tuvieran razón como los seres humanos? Y aún en esta piedad los exceden, pues muchos hijos vemos muy tacaños e inhumanos para con sus padres pobres y viejos. Lo cual no cabe ni siquiera entre animales fieros.

Resplandece también la maestría de la divina Providencia en las habilidades e instrumentos que dio a las *aves rapaces* para cazar y buscar con esto su sustento. En las cuales es muy habilidoso el pico, y muy diferente del de las otras aves mansas. Porque la parte superior de él es aguda y curva para hincar en la carne y sacar los pedazos de ella, y la inferior es como una navaja, y viene a encontrarse y a encajarse en la más alta, y así corta y troncha lo que el pico de la parte superior levanta. Pues, ¿quién podrá imaginar que una cosa tan proporcionada y tan acomodada para este oficio se hizo casualmente, y no con gran maestría?

Lo cual aún parece más claro si lo relacionamos con todas las otras facultades e instrumentos que sirven para esto [a las aves rapaces], como son las uñas muy agudas y recias para prender a la presa, y también para retenerla, cerrándose las uñas delanteras con la trasera para tenerla tan apretada que ella no se les pueda ir. Tienen también gran calor en el estómago, para que el hambre las haga más codiciosas y rápidas para la caza. Tienen también un corazón animoso y confiado, pues un *halcón* silvestre en muy pocos días se hace tan doméstico y tan fiel, que lo enviáis a las nubes en pos de una garza, y le llamáis y mandáis que os venga a la mano, y así lo hace.

Porque como el Creador formó estas aves no sólo para que ellas

---

<sup>217</sup> Sal 104,21. En el texto original dice: «bramando para robar, y pedir á Dios que le dé de comer» (ed. Cuervo, tomo V, p. 132). Nosotros consideramos que en lugar de «robar» fray Luis quiso decir «rogar» y, por tanto, se trata de una errata.

<sup>218</sup> Cf. ELIANO, *De natura animalium*, IX, 1.

se alimentasen, sino también para que ayudasen a alimentar y recrear al ser humano –como lo hacen los *azores*–, tales armas y tal ánimo y tal confianza les debía dar. Y porque no le dio esto al *milano*, aunque no le falten armas y alas, se abate sobre los débiles pollicos, porque no tiene corazón para más, representando en esto la bajeza de las personas villanas y pusilánimes, las cuales, siendo tan cobardes para con los que algo pueden, son cruelísimas para los que nada pueden, perjudicando a los pobres y manteniéndose de su sudor.

A los *buitres* también, que se alimentan de carne, dio el Creador un maravilloso instinto, con el que adivinan los estragos y muertes de personas, de cuyas carnes se alimentan, y así, siguen a los ejércitos, sintiendo la matanza que ha de haber en ellos. Y lo que es cosa más admirable, desde cincuenta millas huelen los cuerpos muertos, como dice el Comentador [Averroes] en su libro segundo *Sobre el alma*<sup>219</sup>.

### § III

En las *cigüeñas* nos representó el Creador una perfectísima imagen de la piedad de los padres para con sus hijos, y de los hijos para con sus padres. Porque los padres, además de alimentar a sus hijos en el nido, como hacen las otras aves, usan de [otro modo] esta piedad con ellos, pues cuando arde el sol de tal manera que podría ser dañino a los hijuelos tiernecicos, extienden ellos sus alas, en las cuales reciben los rayos del sol, y les hacen con esto sombra, siendo para sí crueles, por ser para los hijos piadosos. En lo cual nos representan aquellas piadosas entrañas y amor del Padre Eterno para con sus espirituales hijos, a quien el salmista atribuye esta misma piedad, diciendo que «con sus espaldas les hará sombra, y les recogerá y guardará debajo de sus alas»<sup>220</sup>. Y no menos representan la grandeza de la caridad del Hijo de Dios, el cual recibió en sus sacratísimas espaldas los azotes que nuestras culpas merecían, pagando –como Él dijo– lo que no debía<sup>221</sup>.

Pues esta caridad que tienen las cigüeñas para con sus hijos cuando son chiquitos, la tienen los hijos para con sus padres cuando son viejos e inhábiles para buscar comida. Porque pagan en la misma moneda el beneficio que recibieron, alimentando a sus viejos padres

---

<sup>219</sup> Cf. AVERROES, *De anima*, II, summa 2 (ed. Venecia, 1560).

<sup>220</sup> Sal 91,4.

<sup>221</sup> Cf. Is 50,6.

en el nido con todo cuidado. Y cuando es necesario mudarse para otra parte, los buenos y agradecidos hijos, extendiendo sus alas, toman a los viejos encima, y los trasladan al lugar donde han de morar. En lo cual también nos representan la caridad y misericordia de aquel soberano Padre para con sus hijos, de quien el profeta dice que «así, como un águila, extendió sus alas, y los trajo sobre sus hombros»<sup>222</sup>.

A las aves que se alimentan de grano o de hierba, como a la *gallina* y otras tales, les dio los picos agudos, pues les sirven no sólo para comer con ellos, sino también de armas cuando pelean unas con otras, y les dio los pies con dedos y uñas para escarbar con ellos, y desenterrar el grano debajo de la tierra.

Mas por el contrario, a las que buscan su alimento en el agua, como los *cisnes* y *ánades* y *patos*, les dio los pies extendidos como una pala de remo, con la que maravillosamente reman y nadan, impulsándose con las plantas [de los pies] en el agua, y pasando con el cuerpo adelante. De dónde la destreza humana, imitadora de la naturaleza, aprendió a remar. Porque antes fueron [creados] estos remos naturales que los artificiales. Formó también su pico de otra manera, no agudo, sino plano como una pala, y con unos dentezuelos como de sierra, para que los peces, que son lisos y resbaladizos, se retuviesen y prendiesen en ellos.

A las aves que tienen las piernas largas, se les dio también los cuellos largos, para que fácilmente alcanzasen el alimento de la tierra. Y lo mismo se hizo con los animales que son altos de patas, como son los *camellos*, a los cuales se dio el cuello largo para que pudiesen fácilmente buscar su pasto en la tierra. Y otra cosa noté en ellos, que teniendo las personas y todos los animales dos juntas principales en las piernas, una en las rodillas y otra en la cadera con el muslo, estos animales, por ser muy altos, tienen tres, repartidas de tal manera que parecen sus piernas como hechas de goznes, y así las doblan y encogen para bajarse y recibir la carga, o para tenderse en la tierra, cuando quieren dormir.

Mas porque al *elefante*, que es mucho más alto, no convenía darle un cuello muy largo con el que pudiese llegar a pacer, se le dio en lugar de él aquella trompa de carne cartilaginosa, de la cual se sirve

---

<sup>222</sup> Dt 32,11.

como de una mano, no sólo para comer, sino también para beber, porque es ella hueca por dentro, y por ella agota una pila de agua, y a veces, por donaire, rocía con ella a los circundantes.

De la hechura de las piernas de este animal se maravilla san Basilio, considerando cuán acomodadas son para sostener el peso de aquel tan gran cuerpo:

«Porque son como unas fuertes columnas, proporcionadas para sostener aquella tan gran carga, y en lo bajo de los pies no tiene coyunturas y reparto de huesos, para mayor firmeza. De aquí es que los vemos en las batallas llevar sobre sí castillos de madera que parecen torres animadas o montes hechos de carne, y arremeter con toda esta carga con tan gran ímpetu en las tropas enemigas, y pelear animosamente por los suyos. Y es cosa de admiración ver que, siendo este animal tan grande y tan poderoso, viene a ser sumiso y obediente al ser humano, de modo que si lo enseñamos, aprende, y si lo castigamos, sufre. En lo cual se ve haberlo Dios creado para el servicio al ser humano, por haber sido creado el ser humano a imagen de Dios. Y realizando todo este servicio vive trescientos años, y más»<sup>223</sup>. Hasta aquí Basilio.

Tiene también una natural vergüenza, por la cual se relaciona con la hembra en un lugar escondido y, si casualmente alguno pasa por allí, recibe tan gran enojo, que lo hace pedazos. Y con todo esto, tiene otros nobles respetos. Cuentan los que vienen de la India Oriental una cosa notable de este animal. Cuando él está en celo, está bravísimo. Yendo pues por una calle con este furor, se encontró con un niño de teta, el cual tomó con la trompa, y lo puso encima de un tejado para librarlo del peligro. El cual niño lloraba y daba gritos por verse en aquel lugar. Entonces el elefante, apiadado del niño, dio la vuelta, y lo tomó con la misma trompa, y lo volvió a poner en el mismo lugar donde estaba: tan grande es el sentido que puso el Creador en este animal, porque así era más hábil para el servicio al ser humano. Otras cosas extrañas se cuentan de él, de las que están llenos los libros de diversos autores, donde las podrán ver los que quisieren, porque para mi propósito lo dicho basta.

---

<sup>223</sup> BASILIO, *Hexaameron*, IX, 5: PG 29, 199-202.

Al *águila*, ya que su naturaleza es volar a gran altura, como reina de las aves, que habita en lo más alto, también la proveyó el Creador de una singular vista, para que desde allí vea las presas de las que se ha de alimentar. Y así el mismo Creador le dice de ella al santo Job que «mora entre los peñascos y en los altos riscos, donde nadie puede llegar, y desde ahí ve sus presas que están en lo bajo»<sup>224</sup>. Ni le falta pericia, juntamente con la fuerza, para la caza, porque si acierta a tomar una tortuga o un galápago, lo sube muy alto agarrado con las uñas, y lo deja caer sobre alguna piedra para que allí se le quiebre el caparazón, y así ella pueda despedazarlo con facilidad. Y aún se escribe que por esta acción murió el insigne poeta Esquiles, porque siendo él calvo, y teniendo la cabeza descubierta, un águila, creyendo que era alguna piedra, dejó caer un galápago sobre ella, y de esta herida murió<sup>225</sup>.

Sirven también para el sustento, no sólo de las aves rapaces sino mucho más de los seres humanos, las *presas* que se cazan. Por donde aquel santo patriarca [Isaac] quería más a su hijo Esaú que a Jacob, porque comía de las presas que él le traía. Y así, queriendo darle su bendición, le mandó que tomase su arco y su aljaba, y fuese a cazar, y de lo que matase, le hiciese una comida al modo que el mozo sabía, para que, acabando de comer, le diese su bendición<sup>226</sup>.

### [Los perros]

Pues para esta caza sirven grandemente muchos tipos de *perros*, que el Creador para esto creó, sin que los cazadores le den por eso muchas gracias. Mas así como hay muchos tipos de presas, así los hay también de perros. Porque hay *lebreles* de hermosos cuerpos y generosos corazones, que acometen a las fieras; hay *galgos* no menos hermosos y rápidos, que siguen a las liebres; hay otros más torpes, que toman conejos; hay *mastines*, que sirven para la guarda de los ganados; hay *sabuesos*, que con la viveza de su olfato descubren a las fieras, y las hallan después de heridas; hay *perdigueros*, que con el mismo olfato hallan a las perdices de tal manera que no les falta más que mostrarlas con la mano; hay *perros de agua*, que nadando entran por las lagunas a sacar el ave que vos heristeis, y os la traen en la

---

<sup>224</sup> Job 39,28-29.

<sup>225</sup> Cf. PLINIO, *Naturalis historia*, X, 3; ELIANO, *De natura animalium*, VII, 16.

<sup>226</sup> Gn 25,28; 27,3-4.

mano. Pues todas estas especies de animales formó el Creador con estas habilidades para ayuda del sustento de los seres humanos, además de las aves rapaces, que también le sirven para esto. Porque ya que creó a las presas para el sustento del ser humano, también debía proveer de instrumentos con los que las pudiesen cazar.

#### § IV

Mas ya que la necesidad del sustento nos obligó a tratar de los perros, añadiré aquí otra cosa, la cual servirá, no para todos, sino sólo para aquéllos que anhelan la perfección de la vida cristiana, la cual vi representada muy apropiadamente en un *lebrél*, pues no había más que saber ni que desear. Porque en él vi estas tres cosas que diré. La primera, que nunca jamás se apartaba de la compañía de su señor. La segunda, que cuando alguna vez el señor mandaba a alguno de sus criados que lo apartase de él, gruñía y aullaba, y si lo tomaban en brazos para apartarlo, movía violentamente las patas delanteras y traseras, defendiéndose de quien esto le hacía. La tercera cosa que vi fue, que caminando este señor en el mes de agosto, andadas ya tres leguas antes de comer, iba el lebrél jadeando de sed. Mandó entonces el señor a un mozo de espuelas que lo llevase a la fuerza a una venta que estaba cerca, y le diese de beber. Yo estaba presente, y vi que a cada dos tragos de agua que bebía, volvía los ojos al camino para ver si el señor aparecía. De modo que aun bebiendo no estaba totalmente donde estaba, porque el corazón, y los ojos, y el deseo estaban con su amo. Mas en el punto que lo vio asomar, sin acabar de beber, y sin poder ser detenido ni una pizca, saltó y corrió para acompañar a su señor.

Mucho habría que filosofar sobre esto. Porque el Creador no sólo formó los animales para el servicio de nuestros cuerpos, sino también para ser maestros y ejemplos de nuestra vida, como es la castidad de la *tórtola*, la simplicidad de la *paloma*, la piedad de los hijos de la *cigüeña* para con sus padres viejos, y otras cosas tales.

Mas volviendo a nuestro propósito, si el amador de la perfección tuviere para con su Creador estas tres cosas que este animal tan agradecido tenía para con el señor que le daba de comer por su mano, habrá llegado a la cumbre de la perfección.

Entre las cuales la primera es que nunca se aparte de Él, sino

que todo el tiempo, cuanto humanamente le sea posible, ande siempre en la presencia de Él, de modo que jamás lo pierda de vista, ni pierda la unión *actual* [es decir, en el momento presente] de su espíritu con Él, haciendo a su modo en la tierra lo que hacen los ángeles en el Cielo, que es estar siempre *actualmente* amando, y reverenciando, y adorando, y alabando aquella soberana Majestad. Si esto hiciere, habrá llegado a la última perfección y felicidad de la vida cristiana. Esta perfección la pedía san Agustín a nuestro Señor en una de sus meditaciones por medio de estas devotísimas palabras: «En Ti, Señor, piense yo siempre de día, en Ti sueñe durmiendo de noche, a Ti hable mi espíritu, y contigo converse siempre mi alma»<sup>227</sup>.

*Dichosos aquéllos que ninguna otra cosa aman, ninguna otra quieren, y ninguna otra saben pensar, sino a Ti. Dichosos aquéllos, cuya esperanza eres Tú, y cuya vida es una perpetua oración.*

Ésta es, pues, la primera obra de perfección que nos enseña aquel animal, que nunca se apartaba de su señor.

La segunda es que, como este animal sentía tanto el apartamiento de su señor, así el amador de la perfección ha de sentir mucho todo aquello que lo aparta de esta felicísima unión con Dios, como lo sentía el bienaventurado san Gregorio Papa, el cual, viendo que las ocupaciones del oficio pastoral le distraían un poco de esta actual unión con Dios, se lamenta y queja de sí mismo en el principio de sus *Diálogos* por medio de estas palabras:

«La miserable de mi alma, lastimada con la herida de las ocupaciones que consigo trae el oficio pastoral, se acuerda de aquella vida quieta de la que gozaba en el monasterio, cómo entonces tenía debajo de los pies todos los bienes de esta vida, cómo estaba más alta que todas las cosas que ruedan con la fortuna, cómo no sabía pensar más que en las cosas del Cielo, cómo deseaba la muerte –que a todos es penosa– por ir a gozar de la vida eterna»<sup>228</sup>.

Veis, pues, aquí expresada la segunda cosa que este perro nos representa, cuando aullaba y movía violentamente las patas porque

---

<sup>227</sup> PSEUDO-AGUSTÍN, *Meditationes*, 35: PL 40, 929.

241 S.

<sup>228</sup> GREGORIO MAGNO, *Diálogos*, I, 1: PL 77, 150-152.

lo apartaban de su señor.

Mas la tercera es la más ardua, y en ella está toda la fuerza de este ejercicio, la cual es que, así como este perro renunció al gusto que recibía en el beber, por no perder una pizca de la compañía de su señor, así el perfecto siervo de Dios ha de cortar con todos los gustos, y afecciones, y cuidados, y codicias, y negocios, y ocupaciones demasiadas que le fueren impedimento de esta beatísima unión, si no fuere cuando la obediencia o la necesidad de la caridad le obligaren a ello, y aún en este tiempo ha de trabajar todo lo posible por no apartar los ojos de su alma de la presencia de su Señor.

Nos muestra David que hacía esta tercera cosa, cuando decía que había renunciado su alma a todas las consolaciones de la tierra, y se ocupaba en pensar en Dios, con cuya memoria había recibido tan gran consolación, que su espíritu desfallecía con ella<sup>229</sup>. Esto es propiamente morir al mundo para vivir en Dios, esto es dejarlo todo para hallarlo todo sólo en Él. Y si esto hacía este perro por un pedazo de pan que recibía de la mano de su señor, ¿qué sería razonable que hagas tú, ignorante ser humano, por aquel Señor que te creó a su imagen y semejanza, y te conserva con el beneficio de su providencia, y te redimió con su misma sangre, y te tiene preparada su gloria si no la perdieres por tu culpa?

Y ya que en este capítulo hemos señalado todas las especies de perros, no puedo dejar de maravillarme de la suavidad y regalo de la Providencia divina por haber creado otra especie muy diferente de perros, que son los *perricos falderos*, de los cuales nadie puede negar haber sido creados por la mano del Creador. Porque, aunque un individuo se engendre de otro individuo, como un perro de otro perro, y tal o tal especie de perros o de otros animales, sólo la omnipotencia de Dios puede crear [a partir de la nada].

Pues, ¿qué mayor indicio hay de aquella inmensa bondad y suavidad [del Creador] que haber querido crear esta manera de regalo, del que se sirven las reinas y princesas y todas las nobles mujeres? Porque este animalico es tan pequeño, que para ninguna otra cosa sirve de las que aquí hemos referido, sino sólo para ésta. De modo que, así como Él creó mil tipos de hermosísimas flores y perlas

---

<sup>229</sup> Cf. Sal 77,3-4.

y piedras preciosas, muchas de las cuales para ninguna cosa más sirven que para recrear la vista, y darnos noticia de la hermosura del Creador, así creó esta especie de animalillos para un honesto disfrute de las mujeres.

Porque, como ellas han sido formadas para regalar y halagar a los hijitos que crían, cuando éstos les faltan, emplean este natural afecto en halagar a estos cachorrillos. Los cuales tienen tanta fe con sus señoras, que no se quieren apartar de ellas, y sufren mucho cuando ellas salen de casa, y se alegran y les hacen gran fiesta cuando vuelven, y las buscan por toda la casa cuando desaparecen, y no descansan hasta que las hallan. Por lo cual me dijo una muy virtuosa y noble señora que una cachorrilla que tenía, la confundía, viendo que no buscaba ella con tanto cuidado a Dios como la cachorrilla a ella.

Veía pues el Creador que el corazón humano no podía vivir sin alguna manera de disfrute y deleite, y para que esta inclinación –que es muy poderosa– no lo llevase a deleites venenosos, creó infinitas cosas para el honesto disfrute de los seres humanos, para que, recreados y alimentados con ellas, desprecien y aborrezcan todas las feas y deshonestas.

Y con esto daremos fin a este primer capítulo sobre el sustento de los animales.

## CAPÍTULO XV. LAS HABILIDADES QUE LOS ANIMALES TIENEN PARA CURARSE SUS ENFERMEDADES

Como los cuerpos de los animales están compuestos de los cuatro elementos, y tienen en ellos cuatro cualidades contrarias, que son: frío y calor, humedad y sequedad, es necesario que sean mortales y estén sometidos a diversas enfermedades como los nuestros. Porque al alterarse un poco la proporción que entre sí tienen estas cuatro cualidades, en la cual consiste la salud, luego se sigue la enfermedad.

Los seres humanos para el remedio de sus dolencias tienen razón, y con ella han descubierto con muchos trabajos y experiencias la ciencia de la medicina. Mas como esta razón falta a los animales, suplió esta falta aquella perfectísima Providencia, la cual, aunque resplandece mucho en todas las cosas que hasta aquí hemos dicho, mucho más claramente se ve en ésta, pues saben los animales –gracias al especial instinto que Dios les ha dado– más de lo que los seres humanos han alcanzado con estudio y trabajo de muchos años, pues muchas enfermedades hay a las que los médicos no han hallado remedio, y ninguna padecen los animales para que no lo hallen, por ser guiados y enseñados por mejor Maestro. Por lo cual no es de maravillar que ellos sean nuestros maestros en algunas medicinas que de ellos aprendimos.

La virtud de la *celidonia* para curar los ojos nos lo enseña la *golondrina*, la cual, enseñada por su Creador, busca esta hierba para curar los ojos enfermos o ciegos de sus hijuelos. Y la del *hinojo*, que sirve para lo mismo, lo aprendimos de las *serpientes*, que con ella curan los suyos. La medicina tan común de los clisteles [o enemas] nos la mostró el *ibis*, ave semejante a la cigüeña, la cual, sintiendo cargado su vientre, llena el pico de agua salada, y ésta le sirve de clistel con el que se purga.

La sangría la aprendimos del *caballo marino*, que en lengua griega se llama *hipopótamo*, el cual, sintiéndose enfermo, se va a un cañaveral recién cortado, y con la punta más aguda que él halla, se sangra –como dice Plinio– en una vena de la pierna<sup>230</sup>. Mas, ¿qué remedio tiene para no desangrarse del todo? Creo que todo nuestro

---

<sup>230</sup> Cf. PLINIO, *Naturalis Historia*, VIII, 40.

ingenio no sabrá dar remedio a esto. Mas lo sabe este animal, enseñado por aquella suma Providencia que en nada falta. Porque se va a revolcar en algún cenagal, y el cieno que en la herida se le pega, le sirve de venda para detener la sangre.

Pues bien, ¿qué otro maestro enseñó al *cerdo*, estando enfermo, a irse a la costa de la mar a buscar un *cangrejo* para curar su enfermedad? ¿Qué otro enseñó a la *tortuga*, cuando comió alguna víbora, a buscar el *orégano* para expulsar el veneno? Y lo que es más admirable, ¿quién otro enseñó a las *cabras montesas* de Candía [que es la isla de Creta] a comer la hierba del *díctamo*, para expulsar la saeta del ballestero? Si fuera para curar la herida, no me maravillaría tanto, mas, que haya una hierba con poder para expulsar del cuerpo un palmo de saeta hincada en él, esto es obra del Creador, que quiso proveer de remedio a este animal tan acosado por los monteros.

Pues el *perro*, cuando está muy lleno de humor colérico, si no se cura, viene a padecer la rabia, mas la divina Providencia, que de él y de nosotros tiene cuidado, le enseñó una hierba que nace en los vallados, la cual le sirve de muy fino *ruibarbo*, pues por medio de ella despide por vómito cuanta cólera tenía. Y si recibe alguna herida, no tiene necesidad de más emplasto que de su lengua, porque si con ella alcanza a lamerla, no es necesario más cirujano.

La *comadreja*, herida en las peleas que tiene con los ratones, se cura con la *ruda*, y los *jabalíes* con la *hiedra*. El *oso*, hallándose enfermo por haber comido una hierba venenosa que se llama *mandrágora*, se cura comiendo *hormigas*. ¿Quién pudiera creer que un animal de tan gran cuerpo se pudiera curar con una cosa tan pequeña como son las hormigas? Mas en todas las cosas, por pequeñas que sean, puso el Creador su virtud, el cual nada hizo de balde. Ni al *dragón*, siendo un animal tan aborrecible y dañino, dejó sin medicina, porque, sintiéndose enfermo, en lugar de ruibarbo, se cura con el zumo de las *lechugas silvestres*. Y no es menos dañino ni fiero el *leopardo*, el cual tiene por medicina el estiércol humano. Más limpia medicina es la de las *perdices* y las *grajas* y las *palomas torcaces*, que se curan comiendo las hojas de *laurel*. Todo lo susodicho es de Plinio, en el libro octavo<sup>231</sup>.

De los *perros* dice Alberto Magno que cuando sienten en sí

---

<sup>231</sup> Cf. *ibíd.*, VIII, 41 y ss.

*lombrices*, se curan comiendo la hierba de *trigo* tierno<sup>232</sup>. Y él mismo dice que la *cigüeña*, sintiéndose herida, se pone *orégano* en la llaga, y así sana<sup>233</sup>. Por estos ejemplos entenderemos que el Creador ninguna enfermedad de animales dejó sin remedio, pues todas sus obras son acabadas y perfectas. Las comunes hierbas con las que se curan los seres humanos son el *agárico* y el *ruibarbo*, mas los animales para cada enfermedad tienen su propia hierba o medicina, porque esta variedad de remedios descubre más la sabiduría del Protomédico del mundo. Ni tampoco es cosa nueva, sino muy cotidiana, que busquen los *gatos* otras hierbas con las que se purgan y alivian [el vientre], cuando se hallan cargados y dolientes.

El *león*, por sus grandes fuerzas, y el *delfín* de la mar, por su gran rapidez, se llaman «reyes»: aquél de los animales de la tierra, y éste de los peces de la mar<sup>234</sup>. Y a ambos ordenó la divina Providencia que tuviesen una misma medicina para curarse. Porque el león, cuando le duele algo, se cura comiendo la carne del *simio* de la tierra, y el delfín con otro tipo de *simio* que hay en la mar. La *osa* también –como dice san Ambrosio– cuando está herida, busca una hierba que en lengua griega se llama *plomos*, y sólo con tocar la herida con ella, sana<sup>235</sup>.

Ni tampoco debía faltarle al *zorro* una medicina para curarse, pues tanto sabe en otras cosas, y de ésta dice el mismo santo que es la *resina de pino*, con la cual cura su dolencia<sup>236</sup>.

## § I

A este propósito, a la medicina le concierne la mudanza de los lugares, que tanto las aves como los peces realizan para la conservación de su salud. En un cierto paraje de Portugal vecino a la mar, que se llama Nuestra Señora del Cabo, se junta por el mes de septiembre una gran muchedumbre de diversas avecillas, para pasar a África y tener allí el invierno más templado. Y por esta ocasión acuden allí los cazadores, y con poca pericia toman gran número de ellas. Y es cosa para notar que, como buenas y fieles compañeras, se

---

<sup>232</sup> Cf. ALBERTO MAGNO, *De animalibus*, lib. VIII, tr. 2, cap. 2 (Opera, vol. XI, Paris, 1891, p. 434).

<sup>233</sup> Cf. *ibíd.*

<sup>234</sup> Cf. ELIANO, *De natura animalium*, XV, 17.

<sup>235</sup> Cf. AMBROSIO, *Hexaemeron*, VI, 4: PL 14, 263.

<sup>236</sup> Cf. *ibíd.*, 264.

esperan unas a otras para hacer juntas aquella jornada. Y pasado el invierno, huyen de los calores de África y vuelven a los aires más templados de España.

Lo mismo hacen a su manera muchos tipos de peces en la mar, mudando lugares, especialmente cuando van a desovar, porque para esto son necesarios mares y cielos y aires más benignos. Y para esto se juntan y concurren de diversas partes muchos tipos de peces, y todos caminan juntos como un gran ejército, y van al mar Negro, que está en la banda norte [de Turquía], para pasar allí ellos con sus hijos el verano más templado. Lo cual exclama san Ambrosio, diciendo:

«¿Quién enseñó a los peces estos lugares y estos tiempos, y les dio estos mandamientos y leyes? ¿Quién les enseñó a caminar con este orden, y les señaló los tiempos y las fechas en los que debían volver? Los seres humanos tienen su emperador, cuyo mandamiento esperan, y él envía sus edictos y provisiones reales para que toda la gente de guerra se junte tal día en tal lugar y, con todo esto, muchos de los llamados faltan. Pues, ¿qué emperador dio a los peces este mandamiento? ¿Qué maestro les enseñó esta disciplina? ¿Qué guías tienen para poder andar este camino sin equivocarse? Reconozco en esta obra quién es el Emperador, el cual por disposición divina notifica a los sentidos de todos estos animales este mandamiento suyo, y sin palabras enseña a los mudos el orden de esta disciplina, porque no sólo penetra y llega su providencia a las cosas grandes, sino también a las muy pequeñas»<sup>237</sup>. Hasta aquí Ambrosio.

El mismo santo refiere otra cosa memorable, con la cual se declara más esto que acabamos de decir, que es no haber cosa tan pequeña que esté privada de este beneficio de la divina Providencia. Dice, pues, él que el...

«...erizo de la mar, que es un pequeño pececillo, en tiempo de bonanza, por el instinto que le dio el Creador, conoce que ha de haber tormenta, y así se prepara para ella. Mas ¿de qué manera? ¡Oh maravillosa virtud del Creador! Se lastra en este tiempo, tomando una piedra en la boca para que no puedan tan

<sup>237</sup> AMBROSIO, *Hexaemeron*, V, 10: PL 14, 232-233.

fácilmente las olas jugar con él de una parte a otra. Viendo lo cual los marineros, entendiendo por este pez lo que por sí no alcanzan, se preparan ellos también, y disponen las anclas con todo lo demás para contrarrestar a la tormenta.

Pues, ¿qué matemático, qué astrólogo o qué astrónomo puede así conocer el curso de las estrellas y los movimientos y señales del cielo como este pececillo? ¿Con qué agudeza de ingenio alcanzó esto, o de qué maestro lo aprendió? ¿Quién fue el intérprete de este augurio?

Muchas veces los seres humanos, por las mudanzas de los aires, adivinan la de los tiempos, y muchas veces se engañan, mas este erizo nunca se engaña, ni son falsas las señales que lo mueven. Pues, ¿por qué vía alcanzó este pez tanta sabiduría, que adivine las cosas venideras? Pues cuanto este animalito es más vil, tanto más nos declara que este conocimiento le fue dado por la divina Providencia.

Dado que ella es la que viste con tanta hermosura a las *flores* del campo y ella dio aquella tan gran habilidad a las *arañas* para tejer su tela, ¿qué maravilla es haber dado a este pececillo conocimiento de lo que está por venir? Porque de ninguna cosa se olvida, ninguna hay que no provea. Todo lo ve Aquél que todo lo provee. Todas las cosas llena de su sabiduría el que todas las hizo con suma sabiduría»<sup>238</sup>. Lo dicho es de san Ambrosio.

Bien sé que las aves también adivinan las tormentas, porque los *cormoranes* y las *gaviotas*, que disfrutan naturalmente en altamar, adivinando la tempestad como este erizo, se acogen a la playa, donde están más seguras. Y las *garzas* también, que disfrutan con las lagunas de agua, de cuyos peces se alimentan, barruntan las grandes lluvias y tempestades del aire, de las cuales se libran volando sobre las nubes, donde están el cielo y el aire serenos.

Mas con todo esto hice más caso del ejemplo de este erizo, porque cuanto es más vil este pececillo, y más ingenioso el medio por el que se prepara, tanto más nos descubre la sabiduría y providencia del Creador, el cual quiere que en *todas las cosas* la veamos y reverenciamos y glorifiquemos, como lo hacen aquellos espíritus soberanos que perpetuamente están alabando al Creador, diciendo

---

<sup>238</sup> *Ibíd.*, V, 9: PL 14,230-231.

que «los cielos y la tierra están llenos de su gloria»<sup>239</sup>, porque todo cuanto en ellos hay, son obras de sus manos, testigos de su gloria, predicadores de sus alabanzas, y todas [las cosas] nos descubren la bondad y sabiduría y providencia suya, la cual es tan universal y tan perfecta, que a ninguna criatura, por pequeña que sea, falta, con lo cual [todas las cosas] nos convidan a amar, servir y glorificar al que por tantas vías se nos quiso dar a conocer.

---

<sup>239</sup> Is 6,3.

## CAPÍTULO XVI. LAS HABILIDADES Y ARMAS QUE LOS ANIMALES TIENEN PARA DEFENDERSE

Habiendo hablado sobre la cura de los animales, se sigue que hablemos sobre las armas y las habilidades que tienen para defenderse. Porque todos ellos generalmente tienen armas ofensivas y defensivas, y otras destrezas o habilidades que les sirven de armas, no de una manera, sino de muchas y diversas. Porque a unos proveyó el Creador de uñas, dientes y picos revueltos, a otros de pezuñas, como las que tienen los *caballos*; otros tienen armas defensivas, como son las de algunos que tienen los cueros tan duros, que apenas los traspasará un dardo; otros tienen conchas, como las *tortugas* y los *galápagos*, y algunas *serpientes* y *dragones* y *ballenas*, y otras grandes bestias de la mar. Tales son las conchas de aquella gran bestia que la Escritura llama *Leviatán*, cuyas armas tan particularmente describe en el libro de Job el mismo Señor que se las dio, diciendo:

«Su cuerpo es como un escudo de acero, guarnecido con escamas tan juntas unas con otras, que ni un poco de aire entra por ellas. No hace más caso del hierro que de las pajas, ni del acero que de un madero podrido. No lo hará huir ningún balletero, y las piedras de la honda son para él una liviana arista, y los golpes del martillo son para él una paja liviana, y él hará burla de la lanza que viene por el aire blandiendo»<sup>240</sup>.

Éstas y otras armas dio el Creador a esta bestia fiera que allí nos representa, para mostrar tanto en las cosas grandes como en las pequeñas la grandeza de su poder y sabiduría.

Mas en un cuerpo pequeño son de extrema admiración las armas defensivas, que [el Creador] dio a la *langosta* de la mar y al *lobagante*, porque estos nombres tienen en Portugal. Están estos peces vestidos de un arnés trenzado, hecho de una concha dura, y éste tan perfectamente acabado, que en ninguna de las herrerías de Milán se podría hacer más perfecto. Sólo los ojos era necesario que estuviesen descubiertos para ver, mas encima de cada uno está por guarda una como punta de diamante labrado, para que nadie pueda llegar a ellos sin hacerse daño. Y tienen, además, otra ventaja respecto a nuestros arneses, que es estar la concha de encima sembrada con unas espinas

---

<sup>240</sup> Job 41,7.19-21.

y puntas agudas, para que ningún pez la pueda morder sin lastimarse la boca. Y porque era necesario tener algún secreto lugar por donde despidiesen los excrementos, para esto tienen una compuerta tan ajustada y tan apretada, que nada de agua puede entrar por ella. Y porque estas armas eran pesadas para la rapidez del nadar, suplió el Creador esta falta dándoles doce remos, seis por banda, con los cuales maravillosamente cortan las aguas y nadan.

Y aunque les dio estas armas defensivas, no les negó las ofensivas, porque tienen dos brazos con dos tenazas al final de ellos, que ellos abren y cierran a su voluntad, y con ellas prenden lo que quieren. Y para que nada les faltase de lo necesario, las dos piezas de estas tenazas o garras no son lisas, sino que, a manera de sierra, tienen sus dientecillos para que el pez que prendieren, no pueda escaparse de ellas. Y con estas garras se llevan el alimento a la boca, y lo comen de la manera que comemos nosotros, sirviéndose de las manos para esto, lo cual ninguno de los peces ni tampoco ninguno de los otros animales hace, aparte de los *simios*, porque todos los demás se sirven sólo de la boca para comer o pacer, mas éste se lleva con las manos el alimento a la boca, lo cual vemos cada día, no sin admiración, en los *cangrejos*, que como son semejantes a ellos, comen de la misma manera.

Éstos son los modos con los que el Creador proveyó a muchos de los animales tanto para cazar como para defenderse. Mas a los que no dio armas, dio rapidez para huir de los enemigos, como al *ciervo*, al *gamo* y a la *liebre*. A otros dio singulares destrezas y pericias para escapar de los peligros, y dejar burlados a sus adversarios y perseguidores, como a los *zorros*, que saben mil mañas para escapar, y no menos a la *liebre*, que unas veces aparta el cuerpo al galgo que la persigue, otras, con mayor maestría, cuando ve al enemigo cerca, levanta polvo con los pies para cegarle y hacerle perder el tino. Mas, ¿qué hace cuando ve caer el águila sobre sí? Tampoco le falta para esto pericia, porque se empina sobre los pies, y levanta las orejas cuanto puede, y como el águila caza de vuelo, acomete a la parte del cuerpo que ve más levantada, entonces ella al instante la baja, y así escapa venciendo por destreza la fuerza del perseguidor, y mostrándonos por experiencia lo que dijo el sabio: «Mas vale la sabiduría que las fuerzas, y el varón prudente que el fornido»<sup>241</sup>. Y en

---

<sup>241</sup> Cf. Sab 6,24.

otro lugar: «La ciudad del fuerte escaló el sabio, y destruyó toda la fuerza en que [aquel] había puesto su confianza»<sup>242</sup>.

Tiene también otra pericia este animal, y es que entra de un salto en la madriguera, para no dejar rastro con el que se sepa cuál es su casa. Y de otra pericia semejante usan también los animales fuertes y armados. Porque el *oso*, para que no se halle el lugar de su morada, usa de este artificio: entra en ella volviéndose boca arriba, y anda con la espalda para no dejar señal de la huella de sus pies. Mas el *león* le vence aún en esta pericia, porque anda hacia atrás y, de una parte y a otra, ya hacia abajo, ya hacia arriba, y parte de estas huellas las cubre con polvo, para que con esta confusión de caminos deje también confuso al cazador para que no sepa atinar dónde él mora y cría sus hijuelos.

Pues, si los fuertes se ayudan de destreza y pericia, ¿qué harán los débiles, que no tienen otras armas? Así, la *perdiz* no entra de vuelo en el nido, para que no sea conocido, sino mucho antes cae en tierra, y andando llega a él.

Finalmente, a todos estos animales desarmados proveyó el Creador de temor, el cual es madre de la seguridad. Porque éste les hace andar atentos, huyendo de los lugares peligrosos y buscando los seguros, como hacen los *ciervos* y los *gamos*, que andan por los altos riscos y despeñaderos, levantando las cabezas para ver y oler cualquier cosa que les pueda dañar. Con lo cual también nos enseñan que no menos está la seguridad de nuestras almas en el temor [reverencial] a Dios, que la de sus cuerpos con el temor a los peligros. Por esto dice Salomón que «es bienaventurado el hombre que siempre vive temeroso»<sup>243</sup>, porque este temor le hace estar atento para apartar el cuerpo a todas las ocasiones de peligro. Y dice el Eclesiástico: «Guarda el temor a Dios, y envejece con él»<sup>244</sup>. Queriendo decir: «Aunque seas un criado viejo en la casa de Dios, y sea muy antigua y probada tu virtud, no por eso pierdas la compañía del temor».

## § I

Cosa es de gran admiración la que escribe Solino del *elefante*, el

---

<sup>242</sup> Pr 21,22.

<sup>243</sup> Pr 28,14.

<sup>244</sup> Eclo 2,6.

cual, viéndose muy acosado por los cazadores, quiebra sus colmillos y los deja en el suelo para que, dándoles el marfil que ellos buscan, le dejen con vida, recompensando la vejación sufrida al perder una parte de su cuerpo para así conservar el todo<sup>245</sup>. Y el mismo autor, en el capítulo 23, dice otra cosa semejante a ésta de otro animal, que en latín se llama *castor*, del cual parece que se derivó el nombre de «castrado», porque éste se castra con sus dientes cuando se ve muy acosado y perseguido por los cazadores, dejando en el suelo aquella parte de su cuerpo que ellos buscan, para que le dejen de perseguir<sup>246</sup>.

Estas cosas parecerán increíbles a los que no miran más que a las habilidades que se pueden esperar de un animal, mas quien considere que la divina Providencia gobierna los animales, y les da inclinaciones y naturales instintos para todo lo que conviene a su conservación y protección, nada de esto tendrá por increíble. Porque si dijimos que la divina Providencia suple en todos los animales la falta que tienen de razón, dándoles inclinaciones e instintos para que con ellos hagan lo que harían si la tuvieran, y vemos que todas las personas que la tienen, consienten que se les corte un brazo o una pierna por conservar la vida, no es cosa increíble que estos animales quieran perder una parte de su cuerpo por la misma causa.

Tampoco será increíble lo que diré de la pelea que tienen entre sí el *elefante* y el *rinoceronte* sobre los pastos. Porque el rinoceronte, que tiene sobre la nariz un cuerno tan duro como el hierro, habiendo de entrar en el desafío con el elefante, que es mucho mayor que él, confiado en sus armas, se prepara para la pelea afilando aquel cuerno en una piedra para herir mejor con él. Y entrando en campo [de batalla], como es más pequeño que su contrario, se le mete debajo de la barriga, y con una estocada que le da con este cuerno, lo mata. Mas si por ventura equivoca el golpe, el elefante, que es de mayores fuerzas, lo hace pedazos. Y sin embargo, el elefante, por la ventaja que reconoce en las armas del enemigo, le teme grandemente.

Sabida es y muy notoria en el reino de Portugal la pelea que hubo entre estos dos animales en tiempos del serenísimo rey Don Manuel. En la cual tuvo tan gran miedo el elefante a esta bestia, que decidió valerse de sus pies, huyendo. Y no viendo un camino abierto

---

<sup>245</sup> Cf. SOLINO, *Rerum Orbis memorabilium collectanea*, 38.

<sup>246</sup> Cf. *ibíd.* 23.

para esto, salvo una gran ventana que tenía una reja de hierro, la golpeó con tan gran ímpetu, que la derribó, y por ella escapó. Ésta es la verdad de esta historia, y se engañan los que la escribieron de otra manera.

Muy notoria es para los cazadores la pelea de los *halcones* con las *garzas*, mas no todos saben filosofar y contemplar la sabiduría del Creador tanto en ésta como en otras cosas. Es tan apacible esta caza, que muchos señores gastan más de lo que sería razonable en ella, sin acordarse que todo este gusto que compran con tan caro precio y cansancio, es querer gozar y ver las habilidades que la divina Providencia puso en estas aves, en las unas para acometer valerosamente, y en las otras para defenderse sabiamente. Sueltan pues los halcones contra esta ave, de los cuales unos no son más que rastreadores que hacen que ella se mueva, y otros matadores, que son los que la matan. Donde sucede una cosa de admiración, y es que, nada más soltar de la mano al matador, que está muy lejos de ella, adivina que aquél es el que la ha de matar, y entonces comienza graznar y a mostrar todo el sentimiento que puede por su muerte vecina. Y no por esto desmaya ni deja de hacer cuanto puede para escapar con vida.

Y para esto hace otra cosa de no menor admiración. Porque, sintiendo ella que la carga del alimento le es impedimento para volar, lo vomita y se descarga de él, de modo que ven los cazadores los pececillos que ella había comido, caer en tierra. Llegada, pues, la hora del último combate, cae como un rayo el halcón sobre ella, mas a ella no le falta pericia y armas para defenderse, porque revuelve el pico hacia arriba entre las alas, y si el halcón no es muy diestro, cuanto más furioso viene a dar en ella, tanto mayor peligro corre de clavarse en el pico de ella y, con esto, sucede que muere el que venía a matar, y paga con su muerte la culpa de su osadía. Otras veces ella usa de otra pericia, que es cobijarse en alguna laguna de agua, si acaso la halla, porque el halcón es temeroso del agua, y así se guarece.

Mas, ¿quién enseñó a esta ave tantas habilidades y pericias? ¿Quién le dijo que el halcón era temeroso del agua, para cobijarse y quedar segura en ella respecto a su enemigo? ¿Quién le hizo adivinar, entre los muchos halcones que la persiguen, el que la ha de matar, y esto nada más soltarlo de la mano? ¿Quién le enseñó el aligerarse expulsando el alimento comido para volar más rápidamente? ¿Quién

le enseñó a esperar el golpe del enemigo con la punta del arma que el Creador le dio, que es como si dijese: «Si vais a llegar hasta mí, ha de ser por medio de la punta de la espada»?

Todas éstas son obras de la divina Providencia, que no quiso dejar a esta ave del todo desamparada de las armas y pericias necesarias para defenderse de su enemigo, y proveer con esto de un noble y honesto disfrute a los reyes y grandes señores. Mas a ellos les corresponde, cuando en esto se recrean, levantar los ojos al Creador, de quien son estas cosas que les recrean y ejercitan, y evitar también que no se entreguen tanto a esto que se olviden de las obligaciones de su forma de vida y oficio; como se escribe del rey Antíoco, cuyos vasallos se quejaban de él porque, por darse mucho a la caza, no acudía a las ocupaciones del reino.

Quiere nuestro Señor mostrarnos la grandeza de su sabiduría en los infinitos tipos de medios que ordena para un mismo fin. ¿Quién pensaría que hay especies de hierbas que ayudan a pelear? En la huerta de un convento nuestro aparecía a veces un *escorpión*, y un *gato* grande y animoso decidió pelear con él. Para lo cual se preparó con la *ruda*, revolcándose mucho en ella. Y armado y confiado con estas armas, se fue a buscar al enemigo, estando un fraile desde la ventana de su celda mirando este combate. Y después de muchos encuentros de una parte a otra, finalmente el gato, tomando al escorpión entre las uñas en el aire, lo despedazó y mató.

A este propósito se cuenta otra cosa más admirable. Hay en la isla de Ceilán unas culebras grandes, que llaman [en portugués *cobras*] *de capelo* [es decir, «serpientes encapuchadas»], porque así parece su cabeza y su pescuezo, las cuales son tan venenosas, que en veinticuatro horas matan. Mas la divina Providencia, que para todas las cosas ordenó un remedio, proveyó que en esta isla naciese un árbol que sirve de triaca contra este veneno. Porque solo el olor de él y el vaho de quien lo ha comido, adormece a esta bestia y la debilita. Por lo cual, queriendo un animalejo de la hechura de una *comadreja* pelear con esta culebra, se sacia de las hojas de este árbol, y exhalándole vaho con este olor, la adormece y así prevalece contra ella.

Usa también de otra singular pericia, porque hace dos puertas en su madriguera, una boquiancha y otra angosta, y en la pelea huye

a esta madriguera por la boca ancha, por donde entra la culebra para alcanzarla, mas entrando más adentro con la fuerza que lleva, viene a atascarse en la estrechura del agujero, dejando medio cuerpo fuera de él. Entonces el animalejo, saliendo aprisa por la otra boca estrecha, salta sobre la culebra, y la corta por el lomo. Aquí tenemos otro ejemplo de cuánto más vale la pericia que la fuerza, y otro argumento de cómo la divina Providencia no dejó cosa, por pequeña que fuese, sin armas y sin remedio.

Porque, ¿qué cosa hay más vil y despreciada que un *caracolillo*? Este carece de ojos, mas no carece de armas defensivas, porque en lugar de ellos tiene dos cuernecicos muy delicados y muy sensibles, con los cuales tiente y siente todo lo que le puede ser dañino. Y topando con alguna cosa que le sea molesta, entonces se encoge y retrae en su casica, que es el amparo y acogida que le dio el que lo creó, conforme a su pequeñez.

## § II

A cada paso hallamos muchos tipos de armas y defensas en los animales, en los cuales el Creador trazó muchas cosas semejantes a las nuestras, mas, lo que en nosotros hace la destreza imperfectamente, en ellos lo hace la naturaleza perfectamente.

Llevan los mercaderes sus mercancías por la mar a otras tierras, y para navegar seguros de los corsarios, llevan en su compañía una tropa de gente de guerra para que los defiendan. Pues una cosa semejante a ésta, como san Ambrosio refiere, hacen las *cigüeñas*:

«Las cuales, en cierto tiempo del año, agrupadas en una compañía, caminan hacia la banda de oriente con tan gran orden y concierto como iría un ejército de soldados muy bien ordenado. Y porque en este camino no faltan peligros de otras aves enemigas, ordenó la divina Providencia que hubiese otras aves amigas que las fuesen fieles compañeras de su camino, y las ayudasen a defenderse, que es una gran compañía de *grajas*. Y esto se entiende que es así, porque en este tiempo desaparecen estas aves de la tierra y, cuando regresan, se ven las heridas que recibieron en la defensa de sus amigas.

Pues, veamos, ¿quién las hizo tan constantes y tan fieles en esta defensa, y más a costa de sus heridas y sangre? ¿Quién les puso

leyes y penas si desamparasen a la milicia, pues ninguna de ellas volvió las espaldas ni dejó la compañía? Aprendan pues de aquí los seres humanos las leyes de la hospitalidad, aprendan de las aves la fidelidad y la cortesía que se debe a los huéspedes, a los cuales ellas no niegan sus peligros. Mas nosotros, por el contrario, cerramos las puertas a quien las aves dan sus mismas vidas»<sup>247</sup>. Lo dicho es de Ambrosio.

De las cigüeñas pasemos a las *grullas*, que tienen otra manera tan admirable para librarse de los peligros, que por ser tan sabida, ha quitado su debida admiración a una cosa tan admirable que, de no ser tan notoria, a muchos pareciera increíble. Porque, ¿quién pudiera creer que cuando van de camino, y llegada la noche han de dormir y descansar, tiene una el cargo de velar, para que las otras duerman seguras, y si aconteciere algún peligro, las despierte con sus graznidos para que se pongan a salvo? ¿Quién creería que esta vigilante, para que el sueño no la venza, toma una piedra en la mano, para que, si por casualidad se durmiere, al caérsele la piedra se despierte? Y porque es razonable que el trabajo se reparta entre todas, pues el beneficio es común para todas, cuando ésta quiere reposar, despierta a otra con cierto graznido más bajo, la cual sin quejarse porque le cortaron el hilo del sueño, ni diciendo: «¿Por qué más a mí que a cualquiera de éstas?», la sucede en el oficio de la vigilancia, y toma también su piedra en la mano, y hace fielmente el oficio de centinela el turno que le toca<sup>248</sup>.

De esta manera y con estas pericias proveyó el Creador a la seguridad de estas aves. Mas ¿para qué fin hizo esto? Arguyamos ahora como arguye san Pablo sobre aquella ley en la que Dios dice: «No ates la boca al buey que trilla. ¿Por ventura -dice el Apóstol- tiene Dios cuidado de los bueyes? Claro está que esta ley no la puso Dios por amor a los bueyes, sino por amor a los hombres»<sup>249</sup>.

Pues así digo yo también: ¿por ventura tiene Dios cuidado de las grullas? Claro está que esta manera de providencia que tiene por ellas, no es por ellas, sino por los seres humanos, porque con estas obras que tan claramente descubren que es Él el Autor de ella, les

<sup>247</sup> AMBROSIO, *Hexaemeron*, VI, 15: PL 14, 243.

<sup>248</sup> Cf. *ibíd.* V, 15: PL 14, 241-242.

<sup>249</sup> 1Cor 9,9-10; cf. Dt 25,4.

quiso dar a entender el cuidado de su providencia y de aquellas tres virtudes que dijimos que andaban en su compañía, que son bondad, sabiduría y omnipotencia. Porque el conocimiento de ellas es una de las cosas que más mueve nuestros corazones a amar, temer, esperar, reverenciar y obedecer a tan gran Majestad. En lo cual es mucho para sentir la ceguera de nuestro corazón, porque andando nadando entre tantos avisos y beneficios de Dios y entre tantas maravillas de sus obras, donde tan claramente se nos descubre, no lo conocemos ni lo reverenciamos en ellas. De manera que, viendo no vemos, y entendiendo no entendemos, porque nos contentamos con ver solamente la corteza y apariencia de las cosas, sin investigar al Autor de ellas. Y por no dar un paso más adelante, dejamos de ver al Creador que está justo detrás de ellas.

Pues, ¿qué diré de tanta ceguera como ésta?: diré que somos como los hijos de Israel recién salidos de Egipto, a los cuales dijo Moisés que «habiendo visto tantos y tan extraños prodigios y milagros que Dios había obrado por ellos, no habían tenido ojos para ver, ni oídos para oír, ni corazón para saber estimar y agradecer lo que Dios había hecho por ellos»<sup>250</sup>. Lo cual se mostró claramente, pues de ahí a pocos días de la salida de Egipto fabricaron aquel becerro [de oro], y lo adoraron como si fuese un dios<sup>251</sup>.

Tales parece que somos también nosotros, pues andando rodeados por una parte de tantos beneficios de Dios, y por otra de tantos testimonios de su bondad y providencia, estamos entre tantas voces de sus criaturas sordos y entre tantos resplandores de su gloria ciegos, y entre tantos motivos de sus alabanzas cuantas son las criaturas, mudos.

Lo que todos sabemos de estas aves susodichas, con otras cosas semejantes de las que aquí hemos tratado, son argumento de la veracidad de otra cosa no menos admirable, que refiere Francisco Patricio de Sena en su libro *Sobre la república*. Donde dice que en el monte Tauro [que es una cordillera que está en Turquía] suele haber muchas águilas. Y porque una bandada de ánsares, que son grandes graznadores, van por allí de camino en cierto tiempo del año, para no ser oídos por las águilas, se proveen de un remedio. Mas, ¿qué

---

<sup>250</sup> Dt 29,2-3.

<sup>251</sup> Cf. Ex 32,2-6.

remedio?: toma cada cual una piedra en la boca, y ésta las fuerza a guardar silencio todo aquel camino<sup>252</sup>. Parece esto una cosa increíble. Mas quien se acordare de que hace esto mismo el *erizo de mar*, cuando adivina la tormenta –como arriba dijimos<sup>253</sup>–, tampoco dejará de creer lo que estas aves hacen.

Otra cosa añadiré aquí, no sé si más admirable que las pasadas, la cual refiere Plinio<sup>254</sup>. Y la misma refiere Cicerón en el primer libro *Sobre la naturaleza de los dioses*<sup>255</sup>, en el cual cuenta muchas cosas muy notables sobre esta materia, pretendiendo mostrarnos por medio de ellas la suma sabiduría del Hacedor.

Dicen, pues, estos dos insignes autores que hay un tipo de concha en la mar, por nombre *pina*, en cuya compañía anda siempre un pececillo [del grupo de las *gambas*] que se llama *esquila*, los cuales pescan y se alimentan de una extraña manera. Porque abre la concha sus puertas, por las cuales entran los pececillos que se hallan junto a ella, y como ella no ve ni hace ningún movimiento, les crece con esta seguridad la osadía, y así entran unos y otros con total confianza. Entonces la espía, que es aquel pececillo que dijimos, muerde blandamente a la concha ciega, dándole aviso de que ya está segura la pesca. Entonces ella cierra y aprieta sus puertas, y con esto mata a los pececillos que habían entrado, y reparte con el compañero la presa, y así se alimentan ambos.

Pues, ¿quién no alabará aquí a la divina Providencia, que de esta manera proveyó de ojos ajenos a esta concha, y de sustento a este pececillo, pagándole ella el trabajo de su servicio más fielmente que los señores de ahora pagan el de sus criados? ¿Y quién no reconocerá aquí la infinita sabiduría del Creador, que tantas y tan extrañas habilidades supo inventar para alimentar a sus criaturas, testificándonos por medio de todas ellas la grandeza de su gloria, para que como a tal la reverenciásemos y adorásemos?

Acabo este capítulo suplicando a nuestro Señor que nos dé aquella prudencia de las *serpientes*, que él nos encomendó en su

---

<sup>252</sup> Cf. PATRIZI DE SIENA, *De institutione republicae*, lib.V, tit. 5 (ed. Argentorati, 1608, p. 215).

<sup>253</sup> Cf. capítulo XV, § I.

<sup>254</sup> Cf. PLINIO, *Naturalis historia*, IX, 42.

<sup>255</sup> Cf. CICERÓN, *De natura deorum*, II, 48.

Evangelio<sup>256</sup>, las cuales, viéndose maltratar y herir, esconden la cabeza con toda la astucia que pueden, y ofrecen el cuerpo a los golpes, poniendo en peligro lo que es menos, para guardar lo más, y así defienden su vida.

¡Oh, si los seres humanos hiciesen lo mismo, cuando se encuentran con provechos para el cuerpo con daños para el alma, que quisiesen perder lo menos para guardar lo más, consintiendo antes padecer detrimento en el cuerpo corruptible, que tienen en común con los animales, que en el alma inmortal, que tienen semejante a los ángeles. Y asimismo, ofreciéndose la ocasión de perder a Dios o de perder la hacienda, quisiesen más perder cuanto el mundo puede dar, que perder a Aquél que, solo, vale más que todo, y sin el cual toda abundancia es pobreza, y toda prosperidad extremada miseria!

Otra astucia también se cuenta de esta bestia, y es que, proveyéndola el Creador cada año de un vestido nuevo, y siéndole necesario desprenderse del viejo, se ayuda de esta pericia para ello, pues se cuela por un agujero estrecho para desprenderlo de sí. En lo cual también se nos muestra que el que quiere desprender de sí al *hombre viejo*, sometido a los apetitos de la carne, sepa que le conviene entrar por la puerta estrecha de la mortificación de sus pasiones, y abrazar la Cruz de la vida áspera y sacrificada, porque la naturaleza depravada, mayormente si está confirmada con la costumbre de muchos días, no se puede vencer sin gran dificultad, esto es, con ayunos, oraciones, vigiliias, santas lecturas, silencio, guarda de los sentidos, y el uso de sacramentos, y de otras cosas tales. [Gracias a] lo cual acabó con muchos hombres [viejos] el santo Bautista cuando, saliendo del desierto impresionó al mundo con la aspereza de su vida, y con el ejemplo de sus virtudes, y con el trueno de su predicación, como lo testificó el Salvador cuando dijo: «Desde los días de san Juan Bautista el Reino de los Cielos padece violencia, y los violentos son los que lo arrebatan»<sup>257</sup>.

---

<sup>256</sup> Cf. Mt 10,16.

<sup>257</sup> Mt 11,12.

## CAPÍTULO XVII. LAS HABILIDADES Y FACULTADES QUE LA DIVINA PROVIDENCIA DIO A TODOS LOS ANIMALES PARA LA CRIANZA DE SUS HIJOS

Una cuarta cosa que nos conviene tratar –según la división que al principio propusimos– es sobre las habilidades que el Creador dio a todos los animales para la crianza y defensa de sus hijos. En lo cual, no menos, sino mucho más resplandece la divina Providencia que en todo lo que hasta aquí se ha dicho de ellos. Porque las habilidades susodichas principalmente sirven para la conservación de los individuos, mas lo que toca a la crianza de los hijos corresponde a la conservación de la especie que los abarca, que es un mayor bien, pues precede el bien común al particular, y la divina Providencia más resplandece en la gobernación de las cosas mayores que de las menores.

Pues la primera y principal cosa que ella para esto proveyó, fue un gran amor que los padres tienen a los hijos. Porque éste les hace ayunar y trabajar por ellos, y ofrecerse a cualquier peligro, y aún a meterse contra las lanzas por defenderlos. Y este mismo amor hace que muchas aves, especialmente la *gallina*, que siempre huye del ser humano, le consiente acercarse a ella cuando está sobre los huevos, por no dejarlos enfriar.

Verdad es que en los *peces* no hallamos este amor, porque tienen otra manera de multiplicarse y conservar su especie, que es desovando, para lo cual buscan lugares convenientes, donde esto lo puedan hacer más cómodamente. Con todo esto, san Ambrosio hace mención de algunos peces que paren hijos, entre los cuales refiere una cosa digna de notar, y es que un cierto pez de éstos [del grupo de los *cíclidos*], viendo los hijuelos en algún peligro, abre la boca y los encierra dentro de sí y, pasado el peligro, los vuelve tan enteros y sanos<sup>258</sup> como la ballena que tragó a Jonás<sup>259</sup>. Así que este amor del

---

<sup>258</sup> Cf. AMBROSIO, *Hexaemeron*, V, 3: PL 14, 222.

<sup>259</sup> Cf. Jon 2,1-11.

que hablamos, más tiene lugar en los animales, y aún mucho más en las aves, por la razón que arriba tocamos.

Con todo esto, como no hay regla sin excepción, del *avestruz* dice el mismo Creador –hablando con el santo Job– que carece de este amor, por medio de estas palabras:

«Las plumas del avestruz son semejantes a las de un gavián. Pues cuando esta ave deja sus huevos en la tierra, ¿serás tú poderoso como Yo para calentarlos en el polvo y hacer que den a luz? [Sin embargo, a ella] no le importa que los pisen los pies del caminante, o que los animales del campo los rompan. Es dura con sus hijos como si no fuesen suyos, porque privó Dios a esta ave de la sabiduría, y no le dio inteligencia. Cuando es necesario, levanta las alas en alto, y hace burla del caballo y del caballero que va en él»<sup>260</sup>.

Este ejemplo alegó el Creador para declarar más el cuidado de su providencia. Porque cuando falta el amor y diligencia de esta ave, Él la toma a su cargo, y sin el beneficio y calor de la madre, da a luz los hijos que ella desamparó.

Semejante providencia a ésta es la que Dios tiene con los hijos de los *cuervos* recién nacidos. Porque como en este tiempo no les han nacido aún las plumas negras, el padre los tiene por falsos, y así no los quiere mantener, porque no los reconoce como suyos, hasta que los ve con plumas de su color. Pues en esta sazón la divina Providencia suple el oficio de padre, y los mantiene. Lo cual tuvo el profeta real [David] por tan gran argumento de la gloria de Dios, que la refiere entre las otras alabanzas suyas diciendo que Él es el que «da a los animales su propio sustento, y a los hijuelos de los cuervos que lo llaman»<sup>261</sup>.

Ni es menor providencia la que nos muestra en la crianza de los hijos del *águila*. De la cual cuentan algunos que, enfadada por el trabajo de la crianza de ellos, expulsa a uno del nido. Mas aquel Señor que a nada falta, proveyó de otra ave, la cual toma a cargo la crianza de aquel noble hijo, hasta que él pueda volar y mantenerse por sí mismo. Verdad es que san Ambrosio no quiere reconocer este

---

<sup>260</sup> Job 39,13-18.

<sup>261</sup> Sal 147,9.

desamor del águila<sup>262</sup>, pues el Señor compara en la Escritura el amor que Él tiene a sus espirituales hijos con el que esta ave tiene a los suyos<sup>263</sup>; por lo que dice que la causa de este rechazo es otra cosa digna de admiración, la cual es que hace mirar sus hijuelos al sol de hito en hito, y el que halla tan débil de vista que no sufre la fuerza de estos rayos, lo desecha del nido como inhábil y ajeno de la nobleza real del águila, enseñando por este ejemplo el Creador a los padres nobles el poco caso que deben hacer a los hijos que oscurecen con sus malas costumbres la nobleza de su linaje.

También es notable la manera que el *gavilán* tiene de enseñar a sus hijuelos a cazar. Después de que ellos están ya más criados, y pueden servirse algún tanto de las alas, les ponen delante un pájaro medio peladas las alas, y ellos, aquejados del hambre, van en pos de él, y habiendo hecho esto algunas veces, quedan ya habilitados para la caza, cuando están vestidos de sus plumas.

## § I

Y dado que hicimos mención del gavilán, no diré de él cosa nueva sino muy sabida, mas poco ponderada y estimada de muchos. En las noches largas y frías del invierno, procura cazar un pájaro, para tenerlo toda la noche en las uñas y calentarse con él. Ya esto es una providencia. Otra es que, amaneciendo él a la mañana con gran hambre por haber sido la noche larga, y tener así él, como todas las aves rapaces, gran calor en el estómago, para que el hambre los haga cazar, teniendo el alimento en las uñas, no lo toca, sino que lo suelta para que se vaya, por haber de él recibido aquel beneficio. Ésta es otra providencia. La tercera es que a la mañana, cuando va a buscar en qué se alimente, no vuela por la banda que el pájaro voló, por no topar con él, sino por la contraria. De estas noblezas nació el común proverbio que dice: «Hidalgo como un gavilán», y como a tal lo libran las leyes reales de pagar tributo o portazgo, así a él como a toda su familia, que son todas las aves que vienen en su compañía, aunque él llegue ya muerto.

Pregunto, pues, ahora, ¿qué más haría en materia semejante una persona noble, virtuosa y agradecida? Pues todo esto hace un gavilán, aunque no él, sino quien lo creó con tales respetos y noblezas, el cual,

<sup>262</sup> Cf. AMBROSIO, *Hexaemeron*, V, 18: PL 14, 246.

<sup>263</sup> Cf. Ex 19,4.

no contento con habernos enseñado por sus Escrituras la condición de la verdadera nobleza, también nos la quiso declarar por el ejemplo de esta ave. La cual, padeciendo hambre y teniendo el alimento en las uñas, de tal manera se sacrifica, que no quiere agravar al pajarillo de quien recibió aquel beneficio. No llegó aquí la nobleza del emperador Octavio Augusto, tan afamado entre todos los emperadores romanos, pues por tomar venganza de su enemigo, otorgó la cabeza de Marco Tulio Cicerón, de quien había recibido toda la autoridad y dignidad que tenía.

Gloríense, pues, ahora mucho los que descienden de casta de reyes o emperadores. Porque, ¿qué hermosura puede haber en las ramas del árbol en el que la raíz está muy dañada? Y ¿qué claridad en los arroyos en los que la misma fuente está tan turbia? Resta por tanto reconocer que la verdadera nobleza está con el temor [reverencial] a Dios, porque donde éste mora, no ha lugar la tacañería ni la vileza.

La *coneja*, cuando ha de parir, hace la cama blanda para que los hijos tiernos no se lastimen. Para lo cual, además de algunas pajuelas que pone debajo, se pela los pelos de la barriga para poner encima. Pues, ¿qué mayor caridad maternal que ésta? Y cuando sale a buscar comida, de tal manera deja cubierta la boca de la madriguera, que no se pueda fácilmente ver.

El *lobo*, aun siendo insaciable, si la hembra muere, él cría los hijuelos, sacando del buche lo que él ha comido, y repartiéndolo con ellos.

Mas volviendo al propósito de la crianza de los hijos, para esto sirve la hechura de los nidos que hacen para criarlos, la cual es tan medida y proporcionada para este efecto, que a Quintiliano le pareció esto una especie e imagen de razón, mayormente considerando aquella camilla blanda que ponen encima del nido para que los hijuelos recién nacidos y tiernos no se lastimen con la dureza del nido<sup>264</sup>.

Mas Aristóteles se impresiona con mucha razón con la hechura del nido de una *golondrina*<sup>265</sup>. Y lo que bastó para admirar a un tan

---

<sup>264</sup> Cf. QUINTILIANO, *Institutionis oratoriae*, lib. II, 17.

<sup>265</sup> Cf. ARISTÓTELES, *Historia animalium*, IX, 7 (*Opera*, t. III, París, Didot, 1854, p. 178)

gran filósofo, no basta para ponerla a nosotros, o porque vemos esto cada día, o porque no tenemos ojos para saber mirar y ponderar las obras de Dios. Porque, ¿quién pudiera creer, si no lo viera, que un pajarillo tan pequeño hace un nido como de bóveda, arrimado a una pared, sin más columnas que lo sustenten en el aire, y que mezcle pajas con el barro para que fragüe la obra, como hacen los albañiles cuando revisten una pared para encalarla, y que además de esto busque algunas plumillas, u otras cosas blandas, para que no se lastimen los hijuelos?

Mas quiero que me digan ahora las personas que tienen inteligencia: ¿qué medio podrá tener esta ave, cuando lograrse fabricar su nido en tierra donde no hay barro ni cieno alguno? De mí confieso que no lo pudiera inventar. Mas lo supo esta ave, porque la gobierna otro mayor entendimiento, que es el del Creador, el cual le dio destreza para hacer barro donde no lo hay. Porque para esto moja las alas en el agua, y se revuelca en el polvo, y de esta manera hace barro, y con muchos viajes de éstos viene poco a poco a dar fin a su obra.

Y la golondrina, como sabia que es, hace su nido dentro de nuestras casas, porque -como dice san Ambrosio- en este lugar tiene sus hijos más seguros de las aves enemigas. Y nos paga el alquiler de las casas con su música y con servirnos de reloj para despertar por la mañana<sup>266</sup>.

Mas así en esto como en todo lo demás que aquí se trata, conviene repetir aquella sentencia del Apóstol [san Pablo]: «¿Por ventura tiene Dios cuidado de los bueyes y de las golondrinas?»<sup>267</sup>. Claro está que todo esto es querer Él darse a conocer a los seres humanos, para ser adorado y reverenciado por ellos. Porque quien tuviere ojos para notar así la hechura de los cuerpos de todos los animales, así como las habilidades que tienen para su conservación,

---

<sup>266</sup> Cf. AMBROSIO, *Hexaemeron*, V, 17: PL 14, 244-245.

<sup>267</sup> Cf. 1Cor 9,9.

verá claro que todas ellas predicán su sabiduría, y que cuantas son las criaturas, tantos son los testigos de su gloria.

## § II

Pues no es cosa menos admirable la que san Basilio y san Ambrosio cuentan de una avecilla que se llama *alción*<sup>268</sup>. En la cual quiso el Creador mostrarnos más a las claras la perfección de su providencia, y cómo en ninguna cosa falta. Para esto dio a esta avecilla una inclinación de hacer su nido en la arena junto a la mar, y esto en medio del invierno. Pues, ¿qué remedio hay para que no lo ahoguen las olas de la mar, cuando anda alterada? Alguno pudiera decir que se descuidó en esto la Providencia, pues dio inclinación a esta ave para que pusiese los huevos donde no podía conservarlos. Pues para que esto no se pudiese decir, ¿qué remedio hay? Lo halló el que lo podía dar, el cual, como Señor de la mar, a ésta le puso por mandamiento que durante catorce días –conviene a saber: siete en los que esta ave calienta los huevos, y otros siete en los que los cría hasta que pueden volar–, no se alterase ni levantase sus olas, para que no se pudiese con verdad decir que faltaba una pizca en la providencia de Dios.

*¡Oh admirable Señor en todas vuestras obras! ¡Oh, cuán digno sois de ser reconocido, y adorado, y reverenciado en todas ellas, y cuánto deseáis que os conozcamos, pues tales lecciones nos dais de vuestras grandezas y maravillas! ¡Quién no esperará de Vos el remedio de todas sus necesidades, pues para unas tan pequeñas avecillas mandáis a aquel tan furioso y tan gran cuerpo del mar Océano que por todos estos días esté quieto?*

Los cuales tienen notados los marineros, y llaman a estos días «alcionios», y tienen la garantía gracias a esta avecilla de que por todo este espacio que ella estuviere criando sus hijuelos, los asegura de tormenta.

Ni es para dejar de notar cómo todas las aves guardan una imagen de matrimonio, y se reemplazan y reparten el trabajo en la crianza de los hijos, porque mientras el uno está sobre los huevos, el

---

<sup>268</sup> Cf. BASILIO, *Hexaameron*, VIII: PG 29, 178; AMBROSIO, *Hexaameron*, V, 13: PL 14, 238.

otro va a buscar comida, y cuando éste vuelve, hace el mismo oficio, y el otro va a buscar también su comida.

Esto lo vemos cada día en las *palomas zoritas* que criamos en nuestras casas, las cuales –como dice Plinio– son tan fecundas que paren diez veces en el año; y los hijuelos –como él mismo dice– al quinto mes pueden ya ser padres<sup>269</sup>. Y acontece muchas veces estar aún los hijuelos en el nido y, junto con ellos, los huevos para otra crianza. Y siempre –dice el mismo– que ponen dos huevos, de los cuales uno sale macho y otro hembra, y el macho sale primero. En esta maravillosa fecundidad se ve cómo el Creador quiso proveer al ser humano de sustento. Por lo cual, así a estas aves como a las perdices y conejos dio tanta multiplicación de hijos, para que así, por este medio, como por otros muchos, proveyese de sustento al ser humano, y así unos cazando ganasen su vida y otros se mantuviesen con dicha caza.

Las *vacas*, cuando sienten peligro de alguna fiera, se hacen todas una rueda y encierran dentro de ella a los becerrillos. Y ellas, vueltas las ancas a los hijos y los cuernos hacia fuera, que son las armas que el Creador les dio, están a punto de guerra para defenderlos. Lo mismo hacen las *yeguas* en semejante peligro, para defender a sus potricos, pero éstas ponen las ancas hacia fuera, porque tienen las armas en los pies. Porque –como ya dijimos– cada animal conoce sus armas y sabe usar de ellas en cualquier peligro.

Vengamos al parto de los animales. Antes del parto, se mantienen los hijos de ellos en los vientres de las madres por la tripilla del ombligo, como los seres humanos. Y no les falta instrumento para cortarla en el parto, porque para esto se sirven de los dientes, con los cuales la cortan para desprenderlos de sí. Y con la lengua los lamen y limpian de la inmundicia que del vientre sacan. Lo cual señaladamente hace la *osa*, que pare los hijos muy deformes, y ella, a base de estar lamiéndolos y relamiéndolos, les da la figura que tienen.

Ni faltan engaños y adulterios y robos en las aves como entre los seres humanos. Porque del *cuclillo* [o *cuco*] se dice que va poco a poco comiendo los huevos de alguna otra ave, y en lugar de ellos va

---

<sup>269</sup> Cf. PLINIO, *Naturalis historia*, X, 74.

poniendo los suyos. De lo cual, con su astucia saca dos provechos, el uno, mantenerse de los huevos ajenos, y el otro, ahorrar el trabajo de calentar y criar los suyos. Lo cual redundando en otros dos daños del ave robada, que es matarle sus hijos y cargarle la crianza de los ajenos. Ésta es la condición de los ladrones y tiranos, que es buscar siempre su provecho con el daño de otro.

La *perdiz* también padece otro agravio en la crianza de sus hijos, no muy diferente del anterior, y muy semejante al de aquellas dos malas mujeres que peleaban ante el rey Salomón, una de las cuales le robó el hijo a la otra, diciendo que era suyo<sup>270</sup>. Porque hay perdices que roban los huevos de otras perdices, y los calientan y sacan y crían por suyos. Mas aquí interviene otra tan gran maravilla, que si no la halláramos en el capítulo 17 del libro de Jeremías<sup>271</sup>, del todo parecería increíble, aunque sean muchos los autores que la escriben, como refiere san Jerónimo sobre este paso<sup>272</sup>. El cual dice que la perdiz roba a otra sus huevos, y los calienta y cría. Mas cuando éstos, después de ya grandecillos, oyen el reclamo de la verdadera madre que puso los huevos, dejan a la falsa y siguen a la verdadera.

¿Quién pudiera creer esto, si el mismo Autor de esta maravilla no lo dijera en su Escritura? El cual nos quiso aquí representar el misterio y el fruto de la Redención de Cristo, por cuyo merecimiento los seres humanos, que hasta el tiempo de su venida servían a los dioses ajenos, cuando oyeron la voz de su verdadero Padre mediante la predicación del Evangelio, dejaron a los falsos dioses que adoraban y acudieron a servir y adorar al verdadero Dios y Creador suyo.

En el *pelicano* también nos quiso representar el mismo misterio y beneficio. Porque de él se dice que saca muertos a sus hijos de los huevos y que, hiriéndose el pecho con su pico, los resucita rociándolos con la sangre que de él saca. Por lo cual lo tomó por divisa el rey de Portugal Don Juan el Segundo, que fue muy valeroso, declarándonos por este ejemplo la diferencia que hay entre el rey y el

---

<sup>270</sup> Cf. 1Re 3,16-27.

<sup>271</sup> Cf. Jr 17,11.

<sup>272</sup> Cf. JERÓNIMO, *In Hieremiam*, 17: PL 24, 820.

tirano, porque éste se mantiene de la sangre de los suyos, mas aquél da su vida y sangre por ellos.

Lo que Eliano cuenta de esta ave es que hace su nido en la tierra<sup>273</sup>. Y por esto usan contra él de esta destreza los cazadores, que cercan el nido con paja y le prenden fuego. Entonces acude el padre a gran prisa a socorrer a los hijos, pretendiendo apagar la llama con el movimiento de las alas, con el cual no sólo no la apaga, mas antes lo enciende más y, de esta manera, quemadas las alas en la defensa de los hijos, viene a manos de los cazadores, no sintiendo dar su vida por ellos. Lo cual, no menos que el ejemplo que vimos de la perdiz, nos representa la inmensa caridad del Hijo de Dios, el cual se ofreció a la muerte por redimir y reparar la vida de los hijos que Él creó.

Mas ahora, con la dulce memoria de este sumo beneficio, daremos fin a este capítulo. Quien más quisiere saber de estas materias, lea a Aristóteles en los libros que escribió *Sobre la naturaleza de los animales*<sup>274</sup>, y a Plinio en los libros octavo, noveno, décimo y undécimo<sup>275</sup>, y a Eliano en los dieciséis libros que de esta materia escribió<sup>276</sup>.

Mas esto poco hemos aquí tratado para enseñar al cristiano a filosofar en estas materias, y para levantar por ellas el espíritu al conocimiento y amor de su Creador. El cual, siendo tan admirable en sus criaturas, ¿cuánto más lo será en sí mismo? Y nuestro entendimiento, gustando tanto de contemplar sus propias hechuras, ¿cuánto más gustará de contemplar la infinita sabiduría del que las hizo, el cual sabe tanto y puede tanto, que en tanta infinidad de criaturas que carecen de razón, tales inclinaciones imprimió, que hacen sus obras tan enteramente como si tuvieran razón?

---

<sup>273</sup> Cf. ELIANO, *De natura animalium*, III, 23.

<sup>274</sup> Cf. ARISTÓTELES, *Historia animalium (Opera, III, Paris, Didot, 1854, pp. 1-217)*.

<sup>275</sup> Cf. PLINIO, *Naturalis historia*, VIII-X (Scriptorum romanorum quae ex tant omnia), Pisa, Giardini editori, 1977.

<sup>276</sup> Cf. ELIANO, *De natura animalium*, XVII.

## CAPÍTULO XVIII. CÓMO RESPLANDECE MÁS LA SABIDURÍA Y PROVIDENCIA DEL CREADOR EN LAS COSAS PEQUEÑAS QUE EN LAS GRANDES

Son tantas las cosas en las que aquella inmensa Majestad se quiso dar a conocer a los seres humanos, y resplandece en tantas cosas su providencia y sabiduría, que no sólo en los animales más grandes, sino también en los muy viles y pequeños se ve ella muy a las claras. Lo cual dice san Jerónimo en el epitafio de Nepociano por medio de estas palabras:

«No solamente nos maravillamos del Creador en la hechura del cielo y de la tierra, del sol, del mar Océano, de los elefantes, camellos, caballos, guepardos, osos y leones, sino también en la de otros pequeñitos animales como es la hormiga, el mosquito, la mosca y los gusanillos, y en todos estos géneros de animalillos, cuyos cuerpos conocemos más que los nombres de ellos, y no menos en estas cosas que en las otras grandes veneramos la sabiduría y providencia del que los hizo»<sup>277</sup>.

Pero a san Agustín le parece más admirable la maestría del Creador en estas cosas pequeñas que en las grandes. Y así dice él: «Más me impresiono ante la rapidez de la mosca que vuela, que de la grandeza de la bestia que anda, y más me maravillo de las obras de las hormigas, que de las de los camellos»<sup>278</sup>. Y Aristóteles dice en el primer libro *Sobre las partes de los animales*, que ningún animalico hay tan vil y tan despreciado, en el cual no hallamos alguna cosa divina y de gran admiración<sup>279</sup>.

### [El mosquito]

De esto pone un singular ejemplo Plinio, maravillándose más de la hechura del mosquito que de la del elefante:

«Porque en los cuerpos grandes –dice él– hay bastante materia para que el Autor pueda hacer lo que quiere, mas en estos tan pequeños y tan nada, ¡cuán gran concierto, cuán gran fuerza y

---

<sup>277</sup> JERÓNIMO, *Epist.*, 60 (ad Eliodorum): PL 22, 596.

<sup>278</sup> AGUSTÍN DE HIPONA, *De Genesi ad litteram*, III, 14: PL 34, 288.

<sup>279</sup> Cf. ARISTÓTELES, *De partibus animalium*, I, 5 (*Opera*, III, Paris, Didot, 1854, p. 226).

cuánta perfección les puso, donde asentó tantos sentidos en el mosquito, donde puso los ojos, donde aplicó el gusto, donde introdujo el sentido del olfato, donde asentó aquel tan temeroso zumbido, y tan grande, según la proporción de su cuerpo! ¡Con cuánta sutileza le juntó las alas, y extendió los pies, y formó el vientre vacío, donde recibe la sangre que bebe, donde encendió aquella sed tan grande de sangre, mayormente de la humana! ¡Con qué maestría afiló aquel aguijón con el que hiere, y con cuánta sutileza, siendo tan delgado, lo hizo cóncavo, para que por él mismo beba la sangre que con él saca!

Pero los seres humanos se maravillan de los cuerpos de los elefantes, que traen sobre sí torres y castillos, y de otros grandes y fieros animales, siendo verdad que la naturaleza en ninguna parte está más entera y más toda junta que en los pequeños»<sup>280</sup>.

Hasta aquí son palabras de Plinio, el cual con mucha razón se impresiona ante tantos sentidos como tiene un mosquito.

Pero especialmente causa más admiración hallarse en él ojos. Porque se sorprenden los anatomistas de la maestría con la que el Creador formó este sentido tan excelente, con el que tantas cosas conocemos. Pues, ¿quién no se maravilla de que ese tan ingenioso y tan delicado sentido haya formado el Creador en una cabeza tan pequeña como la del *mosquito* y la de la *hormiga*?

Tiene también muy vivo el sentido del olfato, el cual experimentamos cada día a nuestra costa. Porque estando una persona durmiendo en una sala grande, cubierto parte del rostro con algún lienzo por miedo de él, viene él desde el extremo de la sala muy despacio con su acostumbrada música y dulzaina, y acierta a posarse en la parte del rostro que está descubierta. Lo cual no es por la vista, porque la habitación está oscura, sino sólo por el olfato, que tan agudo es.

Pues aún otra habilidad de este animalillo diré yo, que experimenté. Se me posó uno junto a la uña del dedo pulgar de la mano, y se puso en posición, como suele, para herir la carne. Mas como aquella parte del dedo es un poco más dura, no pudo penetrarla con su aguijón. Yo a propósito estaba mirando en qué iba a parar esto.

---

<sup>280</sup> Cf. PLINIO, *Naturalis historia*, XI, 1-2.

Pues, ¿qué hizo él entonces? Tomó el aguijoncillo entre las dos manitas delanteras, y con gran prisa comenzó a afilarlo y adelgazarlo con la una y con la otra, como hace el que afila un cuchillo con otro. Y esto hecho, volvió a probar si, hecha esta diligencia, podría hacer lo que antes no pudo. Dicen del *rinoceronte* que, habiendo de pelear con el *elefante*, afila el cuerno en una piedra, y esto mismo hace este animalillo para herirnos, afilando su aguijón con las manitas. Todo esto, pues, nos declara cuán admirable es el Creador, no sólo en las cosas grandes, sino mucho más aún en las pequeñas.

A este propósito sirve lo que Hugo de san Víctor dice por medio de estas palabras:

«Por muchas vías pueden ser las cosas admirables, unas veces por grandes, otras por muy pequeñas. Por grandes nos maravillamos de las cosas que exceden el tamaño de las criaturas de su género. Y así nos maravillamos de los gigantes entre los seres humanos, y de las *ballenas* entre los peces, y del *grifo* entre las aves, y del *elefante* entre los animales, y del *dragón* entre las serpientes. Mas por pequeñas nos maravillamos de las que entre todos los otros animales tienen muy pequeños cuerpos, como es la *polilla* que roe los vestidos, el *mosquito*, y los *gusanillos*, y otros animalillos de este tamaño.

Mira luego de qué te debas maravillar más: de los dientes del *jabalí* o de los de la *polilla*, de las alas del *grifo* o de las del *mosquito*, de la cabeza del *caballo* o de la *langosta*, de las piernas del *elefante* o de las del *mosquito*, del *león* o de la *pulga*, del *tigre* o del *galápago*. En aquellas cosas te maravillas de la grandeza, aquí de la pequeñez. A estos pequeños dio el Creador ojos, los cuales apenas pueden ver nuestros ojos, y les dio todos los otros miembros e instrumentos que eran necesarios para su conservación, con tanta perfección, que ninguna cosa vemos en los animales grandes, que no hallemos en los pequeños»<sup>281</sup>. Lo dicho es de Hugo.

Supuesto este fundamento, comenzaremos por un animal de los más pequeños, que es la *hormiga*, en la cual, siendo tan pequeña, veremos cosas verdaderamente grandes.

---

<sup>281</sup> HUGO DE SAN VÍCTOR, *Didascalion*, VII, 9: PL 176, 819.

## La hormiga

### § I

Después de aquella general pérdida y desnudez que nos vino por aquel común pecado [de Adán y Eva], el principal remedio que nos quedó fue la esperanza en la divina misericordia, como lo significó el profeta [David] cuando dijo: «En paz dormiré y descansaré seguro, porque Tú, Señor, singularmente pusiste mi remedio en tu esperanza»<sup>282</sup>.

Para fortalecer esta virtud tenemos muchos y muy grandes motivos, de los que no es ahora tiempo de tratar, mas entre éstos no pienso que mentiré, si dijere que no poco se fortalezca esta virtud con la consideración de las habilidades admirables que el Creador dio a un animalillo tan despreciado, tan vil y tan inútil como es una hormiguilla, la cual, cuanto es más pequeña, tanto más declara el poder de quien tales habilidades puso en un cuerpo tan pequeño<sup>283</sup>.

Porque primeramente, siendo verdad que los otros animales comúnmente sólo tienen en cuenta lo presente, porque piensan poco en lo futuro y lo pasado –como dice Cicerón–, sin embargo este animalillo, por lo menos por su modo de obrar, presiente tanto lo que está por venir, que se provee en el verano, como vemos, para el tiempo del invierno. Lo cual agradecería a Dios que fuese imitado por la disposición de los seres humanos, haciendo en esta vida provisión de buenas obras, para tener de qué gozar en la otra, conforme a aquel consejo de Salomón, el cual nos advierte de que «hagamos con toda prisa e instancia buenas obras»<sup>284</sup>, porque en la otra vida no hay los instrumentos que tenemos en ésta para hacerlas. Y por no hacer los seres humanos esto que las hormigas hacen, vienen después a experimentar aquella profecía del mismo Salomón, que dice: «El que recoge en el tiempo del estío, es hijo sabio, mas el que se echa a dormir en este tiempo, es hijo de confusión»<sup>285</sup>, porque el tal se hallará confundido y arrepentido al tiempo de dar cuentas. Así se hallaron confusas aquellas cinco vírgenes locas del Evangelio, porque no

---

<sup>282</sup> Sal 4,9.

<sup>283</sup> Cf. CICERÓN, *De natura deorum*, II, 47-53 (ed. cit., pp. 96-102).

<sup>284</sup> Eccl 9,10.

<sup>285</sup> Pr 10,5.

llenaron sus lámparas de aceite en su debido tiempo<sup>286</sup>.

Mas tornando al propósito, ésta es la primera habilidad de las hormigas. La segunda es que, sin más herramienta ni albañil que su boquilla, hacen un alholí o silo debajo de la tierra, donde habitan y donde guardan su sustento. Y aún este alholí no lo hacen derecho, sino con grandes vueltas y revueltas de una parte a otra –como se dice de aquel laberinto de Dédalo–, para que si algún animalejo enemigo entrare por la puerta, no las pueda fácilmente hallar ni despojar de sus tesoros. Y con la misma boquilla que hicieron la casa, sacan fuera la tierra, y la ponen como por vallado a la puerta de ella.

Cuando van a las parvas a robar el trigo, las mayores, como capitanes, suben a lo alto y tronchan las espigas, y las echan donde están las menores, las cuales sin más pala ni trilla que sus boquillas, las mondan y desnudan tanto de las aristas como de las vainicas donde está el grano, y así limpio y mondado, lo llevan a su granero, agarrándolo con la misma boca, y andando hacia atrás, se apoyan con los hombros y con los pies para ayudar a llevar la carga. Para lo cual –como dice Plinio– tienen mayor fuerza, según la cantidad de su cuerpo, que todos los animales<sup>287</sup>. Porque apenas se hallará una persona que pueda caminar un día llevando a cuestas a otra persona, y ellas llevan un grano de trigo, que pesa más que cuatro de ellas, y perseveran en llevar esta carga, no sólo todo el día, mas también toda la noche. Porque son tan grandes trabajadoras, que juntan el día con la noche, cuando está la luna llena.

Mas ¿qué remedio tienen para que el trigo, estando debajo de la tierra, no nazca, mayormente cuando llueve? ¿Qué corte daría en el grano una persona racional, sabiendo que éste debe perseverar en el mismo lugar? De mí confieso que no lo supiera dar, mas lo sabe la hormiguilla enseñada por otro mejor Maestro. Porque roe aquella punta del grano por donde él ha de brotar, y de esta manera lo hace estéril e infructuoso. Hecho eso, ¿qué remedio tiene para que la humedad, que es la madre de la corrupción, no lo pudra estando debajo de la tierra mojado? También saben su remedio para esto, porque tienen cuidado de sacar al sol su depósito los días serenos, y después de quedar seco, lo vuelven a llevar a su granero. Y con esta

---

<sup>286</sup> Cf. Mt 25,3.

<sup>287</sup> Cf. PLINIO, *Naturalis historia*, XI,30.

diligencia muchas veces repetida lo conservan todo el año.

Otra admirable diligencia se escribe de ellas, porque no sólo se alimentan del grano, sino de otras muchas cosas, y cuando éstas son grandes, las hacen pedazos, para que así las puedan llevar.

Otra cosa se escribe de ellas admirable, y es que, cuando andan acarreando sus vituallas desde diversos lugares sin saber unas de otras, tienen ciertos días que ellas reconocen, en los que vienen a juntarse como en una feria para reconocerse y tenerse todas por miembros de una misma república y familia, sin admitir a otras. Y así acuden con gran concurrencia de diversas partes a esta junta, a saludar y disfrutar con sus hermanas y compañeras.

Son en gran manera amigas de las cosas dulces, y tienen el sentido del olfato tan agudo, que donde quiera que esté [dicho dulce], aunque sea en una lanza en alto, lo huelen y lo buscan. Para lo cual tienen otra extraña habilidad: que por muy encalada y muy lisa que esté una pared, suben y andan por ella como por tierra llana.

Y no dejaré de contar aquí otra cosa que experimenté, la cual me provocó admiración. Tenía yo en la celda una ollica verde con un poco de azúcar rosado, la cual, por temor a ellas, por las que allí yo era muy molestado, tapé con un papel recio y doblado para más firmeza, y lo até muy bien alrededor, de modo que no hallasen ellas entrada alguna, la cual saben ellas muy bien buscar, por muy pequeña que sea. De ahí a ciertos días, acudieron ellas al olor de lo dulce. Porque su olfato es tan penetrativo, que aunque la cosa dulce esté bien tapada, la huelen. Venidas, pues, ellas al olor de lo dulce y, como habiendo sido buscadas todas las vías, no hallasen entrada, ¿qué hicieron?: decidieron dar un asalto, y romper el muro, para entrar dentro. Y para esto, unas por un lado de la ollilla, y otras por la banda contraria, hicieron con sus boquillas dos portillos en el papel doblado, que yo tenía por muro seguro, y cuando acudí a la conserva, pareciéndome que la tenía a buen recaudo, hallé los portillos abiertos en él, y desatándolo, vi dentro un tan gran enjambre de ellas, que no sirvió después la conserva más que para ellas. De modo que podemos decir que ellas me ganaron en esta contienda, y supieron más que yo, pues vencieron con su astucia mi remedio.

Tienen también las hormigas muy limpio su aposento, así como

las *abejas*, según más adelante diremos. Para lo cual diré otra cosa no menos admirable que la pasada, y es que sólo ellas entre todos los animales del mundo, entierran a sus muertos. Y para esto –como escribe Eliano– fabrican en su subterráneo tres lugares distintos: uno en el que ellas moran, otro que les sirve de despensa, en la que guardan la provisión de su sustento, y otro que les sirve de cementerio donde sepultan a los muertos<sup>288</sup>. ¿Quién creería esto, si no se hubiera visto? De modo que –como refiere Plinio– entre cuantos animales Dios creó, sólo el ser humano y la hormiga entierran a los muertos<sup>289</sup>.

Pues otra cosa añadiré a ésta, muy consecuente y proporcionada con ella –que refiere Eliano–, la cual podrá dejar de creer quien quisiere, mas yo la creo, tanto por ser consecuente con la pasada como por ser Dios el que las gobierna y el que quiso declarar más en estos cuerpecillos las maravillas de su providencia. Cuenta, pues, este autor que estando una vez un insigne filósofo, por nombre Cleantes, sentado en el campo, vio unas hormiguillas andar cerca de él, y como filósofo y amigo de entender los secretos de la naturaleza, se puso a considerar lo que hacían. Y vio que unas hormigas traían una hormiga muerta y, llegando a la entrada de un hormiguero que allí se hallaba, estuvieron esperando un poco con su difunto hasta que salió una y las vio, y se tornó para dentro, y yendo y viniendo algunas veces, finalmente vinieron otras, una de las cuales traía en la boca un pedazuelo de lombriz, y se lo dieron a las que traían la hormiga muerta, y ellas entonces, recibido el pago de su trabajo, se volvieron, y las otras, reconociendo que la hormiga muerta era su hermana y de su compañía, la recibieron y se la llevaron consigo para darle su acostumbrada sepultura en su casa, guardando la fe debida a los hermanos en vida y en muerte. Provocó este caso tanta admiración a este filósofo, que comenzó a dudar si tendrían razón y entendimiento los animales que tales cosas hacían<sup>290</sup>.

Mas, en verdad, entendimiento tienen, no suyo, sino de aquella soberana Providencia que en ninguna cosa falta, y en ninguna se equivoca, y en todas es admirable, como lo es en sí misma. No hay en este animalillo cosa que no nos esté predicando la sabiduría del que

---

<sup>288</sup> Cf. ELIANO, *De natura animalium*, VI, 43.

<sup>289</sup> Cf. PLINIO, *Naturalis historia*, XI,30.

<sup>290</sup> Cf. ELIANO, *De natura animalium*, VI, 43 y 50.

en tan pequeño cuerpo puso tantas habilidades.

Mas no sé si entre estas maravillas la mayor es la hechura de sus ojos. Porque todos los anatomistas confiesan que en toda la hechura del cuerpo humano no hay cosa más primorosa, ni más sutil, ni mas admirable que la composición de los ojos, que es un sentido nobilísimo y muypreciado. Pues, siendo tan gran maravilla la hechura de los ojos en el cuerpo de una persona, ¿cuál será aquel poder y saber que pudo fabricar dos ojos con tanta maestría en tan chiquita cabeza como es la de una *hormiga*? Cosa es ésta que excede toda admiración.

Con este ejemplo consolaba el gran Antonio [Abad] a Dídimo el Ciego, después de haberle oído tratar las cosas de Dios con gran ingenio. Porque, preguntado por Antonio si sentía pena por la falta de la vista, y confesando él que sí, le dijo el santo: «¿Por qué tienes pena por carecer de ojos, que también tienen las hormigas, teniendo por otra parte aquellos ojos que tienen los ángeles?»<sup>291</sup>.

Juntemos ahora el fin con el principio de este capítulo, puesto que un gran motivo tiene aquí un cristiano para pedir a Dios el remedio de todas sus necesidades. Con cuánta confianza puede decir:

«Señor, que tantas y tan admirables habilidades disteis a una hormiga para la conservación de su vida, que tan poco importa, cómo os olvidaréis del ser humano, que Vos criasteis a vuestra imagen y semejanza, e hicisteis capaz de vuestra gloria, y redimisteis con la sangre de vuestro Hijo, si él no desmereciere este favor por estar inmovilizado en el cieno de sus pecados? Si tanto cuidado tenéis de las cosas menores, ¿cuánto mayor lo tendréis de las mayores? ¿Qué importa que la hormiga viva o deje de vivir? ¿Y cuánto más importa que viva esa criatura a la que Vos disteis vida con vuestra sangre?»

Quite el ser humano los pecados de por medio, porque éstos son –como dice Isaías<sup>292</sup>– los que ponen un muro de división entre Dios y él, y tenga por cierto que tanto mayor cuidado tendrá Dios de él que de la hormiga, cuanto es él una criatura más noble que ella, porque no es Dios –como dicen– «recogedor de la [inútil] ceniza y

---

<sup>291</sup> ATANASIO, *Vita Antonii*: PG 26,975.

<sup>292</sup> Cf. Is 59,2.

derramador de la harina», mayormente si considerare que cuanto este Señor hace por la hormiga, no lo hace por ella, sino por darle a conocer al ser humano su sabiduría y providencia, y fortalecer con este ejemplo su confianza, así como con el «de las avcillas, que ni siembran ni recogen», nos anima en el Evangelio a poner en Él esta misma confianza<sup>293</sup>.

Mas aunque en todas estas cosas es admirable la Providencia divina, mucho más lo es en que ninguna cosa hay tan pequeña, tan vil y tan despreciada, en que no resplandezca el cuidado de esta Providencia. ¿Qué cosa más vil que un *piojuelo*? Pues a éste le dieron sus pies delanteros y traseros, y su boca, con la que chupa la sangre de nuestros cuerpos, y se alimenta de ella, y busca las costuras de la vestidura para estar en ellas más escondido y abrigado. Y lo que más impresiona es que éste también pone sus huevos como cualquier ave, que son las *liendres*, las cuales, con el calor de nuestros cuerpos vienen a incubarse como los huevos de las otras aves con el calor natural de las madres, y a veces con calor artificial.

¿Quién no se admira al ver que aquella soberana Majestad, que teniendo el cargo de gobernar esta tan gran máquina del mundo, no se olvida de proveer de todo lo necesario a cosa tan vil y despreciada?

### **Otros animalillos más pequeños que las hormigas**

#### **§ II**

Y pues aquí pretendemos tratar sobre los animalillos pequeños, otros hay más pequeños que las hormigas, acerca de los cuales hay un gran misterio que contemplar. Porque en las hojas de algunas hierbas vemos andar algunos *gusarapillos*, de ellos verdes, de ellos blancos, de los cuales hay algunos tan pequeños, que con dificultad se ven, los cuales vemos más por el movimiento con el que se mueven, que por el tamaño de sus cuerpos, y también porque hay otros algo mayores de la misma especie; y por los miembros que estos mayores tienen, reconocemos los que tienen los menores, porque primeramente tienen seis pies, tres por cada banda. Y tienen una boca por donde se alimentan, porque todo animal que vive, mientras vive, come y se alimenta y crece, porque de otra manera no crecería. Y la mayor parte ha de tener también ojos para ver y buscar su sustento.

---

<sup>293</sup> Cf. Mt 6,26.

De los cuales no tiene necesidad el *topo*, porque se alimenta de tierra, y ésta la tiene siempre en la boca. Si tiene más órganos o partes que éstas, no lo sé. Mas sólo éstas bastan para dejar a una persona atónita, considerando la omnipotencia de aquel Señor, que en tan pequeño cuerpo pudo poner estos y otros sentidos o miembros que no sabemos. Porque si todo este animalillo apenas se ve, ¡cuán admirable cosa fue formar en tan pequeño tamaño tanta variedad de miembros y sentidos, mayormente los ojos!

Ciertamente a muchos les parecerá que no menos descubre esto la omnipotencia y sabiduría del Creador, que la hechura de los cielos. Porque así como éstos, cuanto son mayores, más descubren la omnipotencia del que los formó, así éstos, cuanto son más pequeños, más testifican la sabiduría de quien los fabricó. Allí nos impresiona la grandeza, aquí la pequeñez, allí la hermosura, aquí la sutileza, allí el resplandor de la luz, aquí el primor de la hechura. Y así aquel Señor, que en todas sus obras es admirable, también lo es aquí, aunque por vías contrarias.

Ahora vengamos al misterio. Pregunto pues, ¿para qué fin aquel Artífice soberano creó una cosa tan sutil y tan ingeniosa como ésta? Porque es imposible haber hecho esto de balde. Todas estas cosas inferiores confesó Aristóteles que fueron asignadas para realizar un servicio al ser humano<sup>294</sup>, y así vemos que cada cual a su manera le sirve: o para alimentarle, o para vestirle, o calzarle, o curarle, o recrearle, o educarle con su ejemplo, o también para castigarle cuando lo mereciere.

Vemos, pues, que estos animalillos para nada de esto sirven. Porque así como la sutileza de su artificio declara que Dios lo hizo, así su pequeñez testifica que para ninguna de estas cosas los hizo. Así pues, ¿para qué fin se puso el Creador a fabricar una cosa de tan gran primor? No se puede negar sino que la hizo para lo que ella nos representa, que es para declarar el infinito poder y saber de quién pudo hacer en un cuerpecillo tan pequeño una hechura tan admirable.

Mas hay aquí otra cosa de mucha consideración, y es que así los cielos como todas las otras cosas inferiores, además de predicar «la

---

<sup>294</sup> Cf. ARISTÓTELES, *Politicorum*, lib. I, 3 (*Opera*, I, Paris, Didot, 1848, p. 489).

gloria del Hacedor»<sup>295</sup>, y darnos noticias de su grandeza, sirven también para el uso y provecho de la vida humana. Mas estos animalillos –como dijimos– para nada de eso sirven, sino para lo dicho, que es para darnos esas mismas noticias.

Por lo que podemos decir que entre estos dos órdenes de criaturas tan desiguales existe la misma diferencia que entre las cartas que nos trae un mensajero profesional y las que nos trae un arriero, que principalmente viene a traer pan a la plaza, o alguna otra cosa, y de paso nos trae una carta. Porque de aquellas primeras cartas se hace mucho más caso que de éstas. Pues lo mismo decimos que las criaturas que sirven para el provecho del ser humano, que también nos traen cartas, y nos dan noticias de la sabiduría y providencia del Creador, juntamente con esto vienen a traer pan a la plaza, que es proveer de sustento y vituallas para el ser humano. Mas estos animalillos son como un mensajero profesional, que para ninguna otra cosa sirven sino para darnos noticias del inmenso poder y sabiduría de quien tales obras pudo hacer.

Y en esta misma cuenta y para este mismo fin ponemos otros infinitos *gusarapillos*, en cuyos corpezuelos resplandecen estas mismas maestría y sutileza susodichas, los cuales por su pequeñez para ningún uso de nuestra vida sirven sino sólo para éste.

Y no menos sirven para este mismo fin las *hormigas*, con aquellas tan admirables habilidades que referimos, pues también éstas para ningún uso y provecho sirven al ser humano. Y cuanto son sus habilidades mayores, y ellas más inútiles, tanto más testifican haber sido ellas creadas sólo para este fin.

Pues, ¿qué diré de un *arador* [*de la sarna*, del grupo de los *ácaros*], que apenas se ve a la luz del sol? ¿Quién fue poderoso para poner en un cuerpo tan invisible virtud para moverse y abrirse camino entre el cuero y la carne, y una boca para roer y para alimentarse con ella? ¡Oh gran Dios, admirable en todas sus obras, y mucho más en las pequeñas y despreciadas que en las grandes!

Ahora veamos a dónde viene a parar este tan largo discurso. ¿Qué se deduce de todo lo dicho? Hay una cosa, ciertamente, de inestimable provecho: la cual es que, si aquel soberano Artífice creó

---

<sup>295</sup> Sal 19,2.

toda esta infinidad de animalillos sólo para este fin –que es mostrarnos aquí la inmensidad de su omnipotencia, de su sabiduría y de su providencia, pues para ninguna otra sirve–, se sigue que el Creador quiso ser conocido por los seres humanos por tal, según aquí aparece. Y si por tal quiso ser conocido, por tal quiso también ser estimado y adorado y reverenciado, que es la suma de toda la religión. Que esta consideración sirva para tapar la boca a algunos filósofos desatinados que negaron la divina Providencia, y por consiguiente la religión y el culto a Dios.

Porque, ¿para qué tengo yo que matarme y trabajar al servicio de un Dios que no me ha de tener más en cuenta que un dios de piedra o palo? Y cuando contra éstos alegamos estas mismas virtudes y perfecciones de Dios, que resplandecen en las otras criaturas que sirven para las necesidades y la provisión del ser humano, nos responden que: «Esas tienen ya su fin, que es proveer al ser humano de lo necesario, y que sólo para eso fueron creadas; y ordenada esta provisión para que él y los animales viviesen, [Dios] no quiso tener más en cuenta al ser humano ni a sus cosas».

Pues, ¿qué responderán los tales a la hechura y a las maravillas que vemos en infinitas criaturillas de este género, las cuales cuanto son más pequeñas, tanto son más admirables y tanto más predicán la gloria del Hacedor? Díganos, pues, para qué fin fueron creadas éstas, pues no sirven para las necesidades del ser humano. Aquí enmudecerán los filósofos locos que negaron la Providencia, o confesarán que cosas tan admirables entre cuantas hay creadas, formó Dios de balde y sin propósito y sin fin. Lo cual es grandísima locura y blasfemia.

Pues en esto parece que no menos debemos a Dios por haber formado criaturas tan pequeñas, que por las grandes, porque las grandes sirven para proveer a nuestros cuerpos, mas las pequeñas para adoctrinar nuestras almas. Y aunque las unas y las otras predicán la gloria y la providencia del Creador, más testifican esto las pequeñas, pues para ningún otro fin fueron creadas. Porque al argumento de las otras hallaron los filósofos qué responder, aunque mal, mas al de éstas no tienen qué poder decir, sino blasfemando y diciendo que Dios creó cosas tan admirables de balde.

## Las arañas

### § III

En este mismo grupo y para este mismo fin que dijimos, sirven las arañas, pues no sirven para el uso de la vida humana, ni son pequeñas las habilidades que el Creador les dio para alimentarse.

Su sustento es la sangre de las moscas, y para prenderlas hacen una tela más sutil que cuantas se tejen en el reino de Camboya, sin otra materia más que la que sacan de su mismo vientre, el cual, siendo tan pequeño, basta para dar hilo a una tan gran tela como a veces hacen. Pues con esta tela cerca la araña el agujero donde está escondida como espía o como salteador de caminos que espera el lance para asaltar y robar. Y cuando la mosca inocente de tales destrezas se asienta en aquella tela, y traba los piecillos en ella, acude el ladrón con gran prisa, y la ata por todas partes para tenerla más segura. Y esto hecho, salta sobre ella, y le chupa la sangre, de la que se alimenta.

Otras hay que hacen sus telas en el aire, echando los hilos en las ramas de algún árbol, sobre los que la han de asentar, y sobre éstos hacen una perfectísima red con sus mallas, como la de un pescador o un cazador, y puestas ellas en medio, esperan el lance de la caza, y corren por aquellos hilos tan delgados como si corriesen por alguna maroma, y así prenden a la presa. Donde es mucho para considerar el puesto y lugar en el que se ponen, que es en el punto o centro de aquella circunferencia, donde van a morir y juntarse todas las líneas que ella tiene echadas alrededor. De donde viene a ser que en ninguna de ellas puede tocar la mosca, que ella en ese punto no lo sienta y, corriendo por la misma línea, no la prenda. ¡Cuántas cosas hay aquí que considerar y en las que ver la maestría de la divina Providencia! ¡Qué red tan perfecta! ¡Qué hilos tan delicados! ¡Qué cerco tan proporcionado! ¡Qué puesto tan bien escogido para la caza! Mas todo esto a mí se me dice, conmigo habla, porque, por lo demás, poco caso debía hacer el Creador de las arañas.

Otras hay que hacen su nido debajo de la tierra, el cual tapizan alrededor con muchas telas, unas sobre otras, para que la tierra que se podría desmoronar, no ciegue su casa y las entierre vivas. Pero otra cosa hay en ellas más para notar, y es que hacen una tapadera con la

que cubren la boca de este nido, que será de la hechura de un medio budoque, y lo hacen con un poquito de tierra, vistiéndolo de tantas telas o camisas alrededor, que viene a ajustar con la boca de él tan perfectamente, que apenas se diferencia de la otra tierra vecina. Y lo que es de más admiración y artificio: estas camisas se prenden y continúan por una parte con las otras telas con las que todo el nido está vestido. De suerte que sirve este prendedero como de un gozne, para que esté continuada la tela de esta compuerta por una parte con las de dentro. Pues, ¿quién pudo enseñar a este animalejo a revestir y tapizar su casa, y ponerle sus puertas con tan gran primor, si no quien lo pudo crear?

Dirá alguno: «Muy menudas son esas cosas que tratáis, habiendo tomado a cargo tratar sobre la creación del mundo». A eso responde Aristóteles en su libro *Sobre los animales*, diciendo que en los más pequeños de ellos resplandece más una semejanza de entendimiento que en los otros<sup>296</sup>. De modo que cuanto ellos son más pequeños y más viles, tanto más declaran la omnipotencia y la sabiduría de aquel Señor que en tan pequeños corpezuelos, puso tan extrañas habilidades, y tanto más declaran las riquezas de su providencia, pues no falta a tan viles y pequeñas criaturas en todo aquello que es necesario para su conservación. Por lo que entenderemos cuánto mayor cuidado tendrá de proveer a las cosas mayores quien tan grande lo tiene de las menores, y tanto menores.

Y no es menos de notar la manera en que unas arañuelas del tamaño de unas moscas cazan a las mismas moscas, sin tener alas como ellas. Porque cuando ellas están paradas, las acometen a traición, acercándose a ellas poco a poco por la espalda, mas con tanta precaución, que cuando la mosca se mueve, ella se quita de su vista con gran rapidez, y cuantas veces se mueve, tantas hace lo mismo, pero de tal manera, que hace de una vía dos mandados, porque se quita de su vista, y siempre va acercándose a ella, hasta que finalmente llega a estar tan cerca, que de un salto da con ella, y la prende y se la come. Cosa es ésta que muchos la están mirando, no sin gusto y admiración ante la pericia y la destreza del cazador, y hasta san Agustín cuenta esto de sí en sus *Confesiones*<sup>297</sup>.

---

<sup>296</sup> Cf. ARISTÓTELES, *Historia animalium*, IX, 7 (*Opera*, III, París, 1852, p. 178).

<sup>297</sup> Cf. AGUSTÍN DE HIPONA, *Confesiones*, X, 35: PL 32, 803.

## CAPÍTULO XIX. EL FRUTO DE LAS ABEJAS Y EL GUSANO QUE HACE LA SEDA

Es tan admirable el Creador en todas sus criaturas, que si supiéramos contemplar la hechura del cuerpo de cada una de ellas, y las habilidades que tienen para su conservación y provisión, no acabaríamos de maravillarnos de la inmensa majestad y sabiduría de quien las formó.

La verdad de esto se ve en todos los animales de los que hasta aquí hemos tratado, y en cuantos otros hay, si hubiere ojos para saber mirarlos. Mas a todo lo dicho hacen ventaja dos animalillos que entran en el grupo de los más pequeños, que son el gusano que hila la seda, y la abeja que hace la miel, de los cuales trataremos aquí como de cosa más admirable que todas las pasadas.

Porque, comenzando por el gusano que hila la seda, ¿no es cosa de gran admiración que un gusanillo tan pequeño hile un hilo tan sutil y tan primoroso, que todas las destrezas e ingenios humanos nunca hasta hoy lo hayan podido imitar? ¿No es una maravilla haber dado el Creador facultad a este animalillo para dar materia a toda la lozanía del mundo, que es, al terciopelo, al tafetán, al damasco, al carmesí altibajo, para vestir a los nobles, los grandes señores, los reyes y emperadores, y diferenciarlos con la hermosura de esta vestidura del pueblo plebeyo? ¿No es cosa de admiración que no haya tierra de africanos ni región tan bárbara y tan apartada, donde no procuren los reyes revestirse de autoridad con la ropa que se hace por la pericia de estos gusanillos? Y no sólo la gente del mundo, mas también las iglesias, y los altares, y los sacerdotes, y las fiestas y oficios divinos se celebran y se revisten de autoridad con este mismo ornamento.

Pues, ¿qué diré de las abejas que, teniendo pequeños cuerpos, proveen de un líquido suavísimo y muy saludable para todo el mundo, que es la miel, la cual sirve para dar sabor a todos los alimentos, para provisión de las boticas, para remedio de los estómagos débiles, y para tantos tipos de conservas que se hacen con ella? Pues, ¿cuán provechosa es también la cera que ellas fabrican junto con la miel? Con ella resplandecen los altares, con ella se revisten de autoridad las procesiones, de ella se sirven las cofradías, con ella se celebran los enterramientos, y con ella se honran las mesas

de los grandes señores y de los reyes. Y todo esto lo hace un animalillo poco mayor que una mosca. ¿Quién creería estas dos cosas, si nunca las hubiera visto, mayormente si le contaran el concierto que guardan estos animalillos en su manera de república y orden de vida?

*¡Oh gran Dios, y «cuán admirable sois, Señor, en todas vuestras obras»<sup>298</sup>, así en las de la naturaleza como en las de la gracia! Y no es esto de impresionar, pues las unas y las otras son vuestras, y ambas hijas de un mismo Padre, y por esto se parecen tanto las unas a las otras.*

*Vemos en las obras de la gracia divina que escogéis los más débiles instrumentos del mundo para hacer cosas admirables<sup>299</sup>. Con doce pescadores convertisteis el mundo, con el brazo de una mujer destruisteis todo el poder de los asirios<sup>300</sup>, con los mozos de espuelas de los príncipes de Israel desbaratasteis el ejército del rey de Siria<sup>301</sup>, con una honda y un cayado hicisteis que venciese un pastorcico a un gigante armado con todas las armas<sup>302</sup>, y con la quijada de una bestia hicisteis que matase Sansón a no menos de mil filisteos<sup>303</sup>. Éstas son vuestras obras, éstas vuestras maravillas: hacer cosas tan grandes con tan débiles instrumentos.*

*Y este mismo orden que guardáis en las obras de la gracia divina, lo guardáis también en las de la naturaleza, pues ordenasteis que de estos dos tan viles animalillos, el uno proveyese a los reyes y grandes señores de riquísimos vestidos, y el otro del más dulce de los alimentos. Porque cuanto estos animalillos son más pequeños y viles, y su fruto más excelente, tanto más nos descubris la grandeza de vuestra gloria.*

---

<sup>298</sup> Sal 8,10.

<sup>299</sup> Cf. 1Cor 1,27.

<sup>300</sup> Cf. Jdt 13,8-13.

<sup>301</sup> Cf. 1Re 20,19-21.

<sup>302</sup> Cf. 1Sam 17,49-51.

<sup>303</sup> Cf. Jue 15,16.

## CAPÍTULO XX. LA REPÚBLICA Y EL ORDEN DE LAS ABEJAS

Si nos causa admiración el fruto de las abejas, mucho más admirable es el orden y concierto que tienen en su trato y su modo de vida.

Porque quien tuviere conocimiento de lo que importantísimos autores escriben de ellas, verá una república muy bien ordenada, donde hay rey, y nobles, y operarios que se ocupan en sus oficios, y gente común y plebeya que sirven a éstos, y donde también hay armas para pelear, y castigos y penas para quien no hace lo que debe. Verá también en ellas la imagen de una familia muy bien regida, donde nadie está ocioso, y cada uno es tratado según su merecimiento.

Verá también aquí la imagen de una congregación de religiosos de gran observancia. Porque primeramente las abejas tienen su superior o presidente, a quien obedecen y siguen. Viven en común sin nada propio, porque todas las cosas entre ellas son comunes. Tienen también sus oficios repartidos, en los que se ocupan. Tienen sus castigos y penitencias para los que han cometido una culpa. Comen todas juntas a una misma hora, hacen su señal al comienzo de la noche para que se haga silencio, el cual guardan estrictísimamente, sin oírse el zumbido de ninguna de ellas. Hacen otra señal por la mañana para despertar y comenzar el trabajo común, y castigan a las que luego no lo hacen. Tienen sus celadores, que velan de noche, para guardar la casa y para que los *zánganos* no les coman la miel. Tienen sus porteros a la puerta para defender la entrada a los que quieren robar. Tienen también sus frailes legos, que son unas abejas menos desarrolladas, pues no hacen cera ni miel, pero sirven acarreando comida y agua, y haciendo otros oficios necesarios y sencillos. Todo esto trazó y ordenó aquel soberano Artífice con tanto orden y providencia, que provoca gran admiración a quien lo sabe contemplar.

Se escribe de la reina de Sabá que, viendo el orden y concierto de la casa de Salomón, desfallecía su espíritu, viendo las cosas tan bien ordenadas por la cabeza y la traza de este gran rey<sup>304</sup>. No es mucho de maravillar que una persona, que excedía a todas las

---

<sup>304</sup> Cf. 1Re 10,4-6.

personas en sabiduría, hiciese cosas dignas de tan gran admiración; mas que un animalillo tan pequeño haga las mismas cosas tan bien ordenadas en su modo de vida, eso es cosa que excede toda admiración, pero el caso es que la costumbre cotidiana de ver estas cosas, les quita gran parte de ella.

Plinio escribe que Aristómaco Solense se maravillaba y deleitaba tanto al contemplar las propiedades de las abejas, que por espacio de cincuenta y ocho años ninguna otra cosa más principalmente hacía que ésta<sup>305</sup>. Y de otra insigne persona escribe que moraba en los campos junto a las colmenas, para mejor conocer las propiedades y secretos de estos animalillos<sup>306</sup>. Los cuales escribieron muchas cosas que conocieron con esta tan larga experiencia y diligencia.

Yo aquí recopilaré lo que dos importantes autores: Plinio y Eliano<sup>307</sup>, escriben de esta materia, en la cual ninguna cosa hay que no sea admirable, y que no esté dando testimonio de la sabiduría y providencia de aquel Artífice soberano que todo esto hizo. Y pido al cristiano lector que no tenga por increíbles las cosas que aquí se dijeren, considerando por una parte la autoridad y experiencia de los que las escribieron, y por otra, que no son tanto las abejas las que esto hacen, cuanto Dios, que quiso dársenos a conocer obrando en ellas todas estas maravillas. Mas el sentimiento que provoca todo esto, lo remito a la devoción y prudencia del lector. Porque si a cada cosa de éstas yo tuviese que juntar su exclamación, se haría un tratado muy prolijo.

Solamente diré que, habiendo sido el ser humano creado a imagen de Dios<sup>308</sup>, por haber recibido en su alma aquella divina lumbre de la razón, con la cual no sólo alcanza las cosas divinas, sino también sabe trazar una república muy bien ordenada, con todas las partes y oficios que para ella se requieren, siendo esto así, verá que todo esto que alcanza el ser humano con esta lumbre divina, lo traza y ejecuta este animalillo mucho más perfectamente que ese mismo ser humano. Esta consideración sirva para cada una de las cosas que aquí dijéremos, acordándonos -como digo- de que todo esto lo hace Dios

<sup>305</sup> Cf. PLINIO, *Naturalis historia*, VIII, 9.

<sup>306</sup> Cf. *ibíd.*

<sup>307</sup> Cf. *ibíd.* XII, 4-22; ELIANO, *De natura animalium*, V, 10-13.

<sup>308</sup> Cf. Gn 1,26.

para que reconozcamos su grandeza y providencia, y conforme a este conocimiento le honremos y veneremos.

Comenzaré, pues, por lo que todos sabemos, esto es: que las abejas tienen su rey, a quien obedecen y siguen por donde quiera que va. Y como los reyes entre los seres humanos tienen sus insignias reales, que son la corona y el cetro, y otras cosas tales, con las que se diferencian de sus vasallos, así el Creador diferenció a este rey de los suyos, dándole mayor y más hermoso y resplandeciente cuerpo que a ellos. De modo que lo que allí inventó la destreza, aquí lo proveyó la misma naturaleza.

Nacen de cada enjambre comúnmente tres o cuatro reyes, para que no haya falta de rey, si alguno peligrase, mas ellas entienden que no les conviene más que un solo rey, y por eso matan a los otros, aunque con mucho pesar suyo. Mas vence el amor a la paz y la necesidad de ella al justo dolor, porque esto entienden que les conviene para evitar la guerra y las divisiones. Aristóteles, al final de su *Metafísica*, presuponiendo que la muchedumbre de los principados es mala, concluye que no hay en toda esta gran república del mundo más que un solo príncipe<sup>309</sup>, que es un solo Dios. Mas las abejas, sin haber aprendido esto de Aristóteles, entienden el daño que se sigue de tener muchos príncipes, y por eso, escogiendo a uno, matan a los otros, aunque no sin pesar y dolor. Ya en esto vemos una gran sensatez y maravilla en tan pequeño animalillo.

Escogido el rey, tratan de edificar sus casas, y primeramente dan un betún a todas las paredes de la casa, que es la colmena, hecho de hierbas muy amargas, porque como saben que es muy codiciada la obra que han de hacer, por muchos animalillos, como son avispas, arañas, ranas, golondrinas, serpientes y hormigas, le quieren poner este repelente delante, para que, exasperadas con esta primera amargura, desistan de su robo. Y por esta misma causa, los tres primeros niveles de casillas que están en los panales más vecinos a la boca de la colmena, están vacíos de miel, para que así el ladrón no halle al alcance de la mano nada de lo que se pueda alimentar. Ésta es también otra providencia y sensatez.

Puesto este remedio, hacen sus casas. Y primeramente, para el

---

<sup>309</sup> Cf. ARISTÓTELES, *Ética a Nicómaco*, VIII, 12.

rey edifican una casa grande y magnífica, conforme a la dignidad real, y la cercan con un vallado, a modo de muro, para darle más autoridad y seguridad. Luego edifican casas para sí mismas, que son aquellas celdillas que vemos en los panales, las cuales les sirven para ser habitadas por ellas, y para la crianza de los hijos, y para guardar en ellas, como en unos vasos, la provisión de su miel. Las cuales celdas hacen tan perfectas y proporcionadas, cada una con seis lados, y tan semejantes unas a otras como vemos. Para lo cual, ni tienen necesidad de regla, ni de plomada, ni de otros instrumentos más que su boquilla y sus piececillos tan delicados, donde no sabréis de qué os tendréis que maravillar más, si de la perfección de la obra, o de los instrumentos con los que se hace. Ni se olvidan de hacer también casas para sus criados, que son los zánganos, aunque son menores que las suyas, siendo ellos mayores. Hecha la casa y ordenados los lugares y las estancias de ella, se sigue el trabajo y el reparto de los oficios para el trabajo en la forma siguiente:

Las más ancianas, y que están ya como jubiladas y exentas del trabajo, sirven acompañando al rey, para que esté con ellas más respetado y honrado. Las que en edad se siguen después de éstas, como más diestras y experimentadas que las más jóvenes, se dedican a hacer la miel. Las otras más jóvenes y fuertes salen al campo a buscar los materiales con los que se han de hacer tanto la miel como la cera. Y cada una trae consigo cuatro cargas. Porque con los pies delanteros cargan las superficies de los muslillos, las cuales no son lisas sino ásperas, para que no expulsen la carga que les ponen, y con el pico cargan los pies delanteros, y así vuelven a la colmena con estas cuatro cargas que decimos. Otras se ocupan de dos en dos, o de tres en tres, de recibir a éstas, y de descargarlas cuando vienen. Otras llevan estos materiales a las que hacen la miel, poniéndolos a pie de obra. Otras sirven echando una mano a estos operarios para que la hagan. Otras se ocupan de pulir y lustrar los panales, que es como encalar la casa después de hecha.

Otras se ocupan de traer productos de ciertas cosas de las que ellas comen. Otras son aguadoras, que traen agua para las que residen dentro de la casa, la cual traen en la boca y en ciertos pelillos o vello que tienen por el cuerpo, con los cuales, viniendo mojados, sacian la sed de las que están dentro trabajando. Y de este oficio de acarrear agua y de traer sustento sirven principalmente los zánganos. Otras

hay que son centinelas y guardas, que están en la puerta, para defender la entrada a los ladrones. Todo esto lo preside el rey, que anda por sus estancias, mirando los oficios y trabajos de sus vasallos, y exhortándolos al trabajo con su vista y real presencia, sin poner él las manos en la obra. Porque no nació él para servir, sino para ser servido como rey. Y junto a él van otras abejas que sirven acompañándolo como a rey.

Bien se ve por lo dicho cuán admirable es el poder y la sabiduría del Creador en haber puesto tal orden y tal reparto de oficios para proveer este tan suave y gustoso líquido a los seres humanos, que tantos disgustos le dan con sus malas obras.

Pero aún otras maravillas añadiré a éstas, de las cuales una es que tienen dentro de las colmenas sus letrinas, como las hay en los conventos, que son un lugar apartado donde van todas a descargar el vientre. Porque como el Creador asignó este líquido de la miel para el sustento de los seres humanos, muchos de los cuales son muy sucios, por esto ordenó que fuese purísimo y muy limpio, como lo vemos. Y aún otra cosa tienen de insigne providencia, y es que los días que no salen al campo por ser tempestuosos, los tienen asignados para sacar estos excrementos de la colmena y echarlos fuera. Porque no quieren perder por esta ocasión el día de trabajo, ni quieren estar ociosas el día que no lo es, guardando lo que más importa para el mejor tiempo, y lo que menos importa para el que no es tal.

Otra maravilla y providencia se escribe de ellas, no menor que ésta, y es que saben lastrarse en los días ventosos para resistir al viento, porque toman una piedrecilla en las manos, para hacer con ella más pesada la carga de su corpezuelo, y esté menos sometida al ímpetu del viento. Pues, ¿quién no ve en todas estas cosas la providencia de aquel soberano Presidente, que pudo igualar la prudencia de estos animalillos con la de los seres humanos?

Otra cosa tienen también, que si por ventura las toma la noche en el campo, duermen acostadas de espaldas, para que no se les mojen las alillas con el rocío de la mañana, y queden inhábiles para volar.

¿Qué más diré? Comen todas a una misma hora, para que sea igual el tiempo de la comida y del trabajo. Y así también se recogen a dormir a un mismo tiempo, que es al comienzo de la noche, en el cual

tiempo hay un gran murmullo entre ellas. Y entonces la pregonera da tres o cuatro zumbidos grandes, que es el modo de hacer la señal para dormir, y son ellas tan observantes y obedientes, que entonces súbitamente todas callan, guardando perfectísimamente la regla del silencio. Y cuando al día siguiente amanece, como es ya tiempo de trabajar, esta misma abeja da tres o cuatro zumbidos grandes para que se despierten y vayan a atender cada cual el oficio que tiene asignado, y la que tiene pereza y no quiere ir a trabajar, la castigan no con menor pena que con la muerte. En el rigor de esta pena se ve que es más bien regida la república de las abejas que la nuestra, que está llena de holgazanes y gente ociosa –que son peste de la república–, cuyo oficio es roer las vidas ajenas, y andar en tratos deshonestos, y trabar pasiones y ruidos que de aquí se siguen, y otros vicios semejantes que nacen de la ociosidad, de los cuales carecen los que no tienen más que atender todo el día sus oficios.

Tienen también de noche sus guardianes, que guardan la casa para que nadie entre a robarle sus tesoros, mayormente los zánganos, que son ladrones de casa, los cuales, sintiendo que las abejas duermen, se levantan muy callados a comer de los trabajos ajenos. Mas si los guardianes los toman con lo robado en las manos, los castigan blandamente, mas no los matan, perdonándoles aquella primera culpa, mas ellos no por eso se corrigen, porque por naturaleza son glotones y holgazanes, que son dos males no pequeños. Y por esto, cuando las abejas salen al campo, ellos se quedan escondidos en casa, porque cuanto son más cobardes y más desarmados, tanto usan de más ruindades y artimañas, y entonces se entregan a su placer en los panales. Y volviendo las abejas, y viendo el estrago hecho en su casa, ya no usan con ellos de clemencia, sino que los capturan con coraje y bravura, y los matan.

Y así como con estos ladrones y holgazanes aplican con rigor la justicia, así usan de gran caridad con sus hermanas las enfermas. Porque las sacan a la boca de la colmena para que les den los rayos de sol, y allí les llevan comida, y les hacen compañía. Y llegada la noche las meten dentro para que no les haga mal el *sereno* [que es un viento que sopla a primera hora de la noche]. Y mientras que están convalecientes, no consienten que trabajen hasta que han restituido sus primeras fuerzas, y si mueren, les hacen compañía y las sacan fuera para darles sepultura.

Le parecerá a alguno que cuento aquí patrañas. No cuento sino cosas referidas por importantísimos autores, o por mejor decir, no cuento sino alabanzas de aquel Señor que, así como pudo dar de comer sin pan a los hijos de Israel en el desierto, así es poderoso para hacer que estas criaturillas que carecen de razón, hagan todas sus cosas tan perfectamente como las personas que la tienen, y aún van más allá, como luego diremos.

Cuando se han de mudar a otro lugar, no han de dar un paso sin su rey. Todas le ponen en medio para que no sea fácilmente visto, y todas procuran acercarse más a él, y mostrárseles más serviciales. Y si es ya viejo, que no puede así volar, lo toman sobre sus hombros, y así lo llevan. Y donde él toma asiento, allí todo el ejército se asienta. Y si por casualidad desaparece y se aparta de la compañía de ellas, lo buscan con gran diligencia, y lo descubren por medio del olfato, que tienen muy vivo, y lo restablecen con sus vasallos, porque faltando él, todo el ejército se dispersa y se pierde.

No se ha sabido hasta ahora si tiene aguijón o no, mas lo que se sabe es que, si lo tiene, no lo usa, por ser cosa indigna de la majestad real ejecutar en persona el oficio de verdugo, entendiendo el primor que los filósofos enseñan, diciendo que los reyes han de hacer por sí los beneficios, y por otros ejecutar los castigos, y que ninguna cosa adorna más el estado de los reyes que la clemencia, y ninguna les hace más amables y asegura más sus Estados y sus vidas. Y por esta virtud las abejas son tan amigas de su rey, y les son tan leales, que si él muere, todas le rodean y le acompañan, que ni quieren comer ni beber, y finalmente, si no se lo llevan de su presencia, allí se dejarían morir con él: tanta es la fe y lealtad que tienen con su rey.

Ni dejó el Creador a este animalillo desarmado, antes, según el tamaño de su cuerpo, no hay armas más fuertes que las suyas, que es aquel aguijón con el que pican y hieren a los que vienen a robar. Porque como tienen a cargo tan gran tesoro, y codiciado por tantos, era razonable que quien las creó, les diese competentes armas para defenderlo. Y por esta misma causa tienen guardianes a la puerta, para que nadie entre a robar sin ser detectado y combatido de la manera que les es posible.

No salen al campo en todos los tiempos del año, sino cuando hay en él flores, porque de todo género de flores se aprovechan para

su oficio. Mas en tiempo de fríos y nieves están quietas en su casa, alimentándose en el invierno de los trabajos del verano, como hacen las *hormigas*. No se desvían de la colmena más que sesenta pasos, y recorrido este espacio, envían sus espías delante para reconocer la tierra y darles noticias del alimento que hay.

Y para que no faltase nada en lo que dejasen de imitar estos animales a los seres humanos, así en lo bueno como en lo malo, también pelea un enjambre con otro por el alimento, aunque más sangrienta es la pelea cuando les falta el sustento, porque entonces acometen a robarse las provisiones unas a otras. Y para esto salen los capitanes con sus ejércitos, y pretendiendo unos robar y otros defender, se traba entre ellos una cruda batalla, en la cual muchas mueren: tan poderosa es la necesidad, que hace despreciar todas las leyes de cortesía y justicia.

Todo cuanto hasta aquí hemos dicho es una manifiesta imitación de la cortesía y la prudencia humanas. Y si nos provoca admiración que hagan estos animalillos lo que hacen los seres humanos, ¿cuánto mayor nos la debe provocar el que sepan ellos algo de lo que sabe Dios? Porque sólo Él sabe las cosas que están por venir, y esto también lo saben estos animalejos en las cosas que conciernen a su conservación. Porque conocen cuando ha de haber lluvias y tempestades antes de que vengan, y en estos tiempos no van lejos a alimentarse, sino que andan con su zumbido alrededor de la colmena. Visto lo cual por los que están a cargo de ellas, suelen dar aviso a los labradores de la mudanza del tiempo, para que conforme a ella se preparen y provean. En lo cual ya vemos cuán inferior queda el saber de los seres humanos al de las abejas, pues ellas alcanzan lo que no alcanzan los seres humanos. Así pues, ¿quién tendrá por cosa increíble que imiten las abejas lo que hacen los seres humanos, pues hay cosas en las que van más allá, sabiendo lo futuro, que es propio de Dios?

Mas lo que me hace en esta materia quedar atónito es el fruto de la miel, a lo que todas estas habilidades susodichas se orientan. Porque vemos cuántas diligencias e instrumentos se requieren para hacer una conserva de cidras o de limones, o cualquiera otra. Porque para esto es necesario fuego, y un cocimiento, y otro cocimiento, y recipientes e instrumentos que para esto sirven, y operarios diestros en este oficio.

Pregunto, pues, ahora: ¿qué instrumentos tiene este animalillo tan pequeño, sino unos piecillos tan delgados como hilos, y un agujoncillo tan delgado como ellos? Pues, ¿cómo con tan débiles instrumentos y sin más cocimientos ni fuego hacen esta tan dulce conserva y esta transformación de flores en un tan suave líquido de miel, a veces amarillo como la cera, a veces blanco como la nieve, y esto no en pequeña cantidad, como se podía esperar de un animalillo tan pequeño, sino en tanta cantidad, cuanta se saca en buen tiempo de una colmena? ¿Quién enseñó a este animal a hacer esta alquimia, que es convertir una sustancia en otra tan diferente? Júntense cuantos conserveros hay, con toda su pericia y sus herramientas y con todos sus cocimientos, y conviértanme las flores en miel. No sólo no ha llegado aquí el ingenio humano, mas ni aún ha podido alcanzar cómo se hace esta tan extraña mudanza. Y quieren las personas locas escudriñar los misterios del cielo, no llegando todo el caudal de su ingenio a entender lo que cada día ven a la puerta de su casa.

Ni tampoco carece de admiración ver cómo de aquella carga que traen en los pies y las manos, una parte gastan en hacer cera, y otra en miel. ¿Cómo hacen cosas tan diferentes a partir de una misma materia, como son la miel y la cera? Y si hay en ella partes diferentes, ¿quién les enseñó esta diferencia tan secreta que nosotros no vemos? ¿Quién les mostró lo más sutil para la miel, y lo más grueso para la cera? ¿Qué no podrá hacer quien esto supo hacer? Verdaderamente admirable es aquel soberano Hacedor en todas sus obras, y no menos en las pequeñas que en las muy grandes.

Pues, ¿qué resta aquí sino dar gracias al Creador, que de todas estas tan extrañas habilidades proveyó a estos animalicos, no tanto para ellos como para nosotros, que gozamos del fruto de sus trabajos? Mas los seres humanos son de tal cualidad, que gozan de este fruto, mas no dan gracias por él, ni en él contemplan la grandeza del poder y la sabiduría del Creador, que en tan pequeña cabeza puso tan gran pericia y saber. Lo cual no calló el Eclesiástico cuando dijo que, «con ser tan pequeña la abeja entre las cosas que vuelan, el fruto de sus trabajos es principio de toda dulzura»<sup>310</sup>.

Y por eso dije al principio que, andando nadando los seres humanos entre tantas maravillas de Dios, ni tenemos ojos para verlas,

---

<sup>310</sup> Eclo 11,3.

ni oídos para oír lo que callando nos predicán, ni corazones para levantar nuestro espíritu al conocimiento del Hacedor por la maestría admirable de sus hechuras.

## CAPÍTULO XXI. LOS GUSANOS QUE HILAN LA SEDA

Son tan admirables las obras de aquel soberano Artífice, que parecen competir las unas con las otras sobre cuál de ellas será más admirable, porque todas ellas, cada cual a su manera, lo son, y en este grupo entra el gusano que hila la seda.

Del fruto de él ya dijimos cómo toda la lozanía del mundo y todo el ornamento de las iglesias es obra de este animalillo, mas de la maestría con la que la hila, escribió en verso dos libros [el sacerdote italiano] Jerónimo Vida<sup>311</sup>, poeta elegantísimo. La suma de lo que él allí dice, referiré aquí. Estos gusanos se engendran de unos huevecicos muy pequeños, que la hembra de ellos pone. Los cuales, puestos al sol, o metidos en los pechos, con cualquiera de estos calores, en menos espacio que tres días se animan y reciben vida con todos los sentidos que para ella se requieren. Lo cual alega san Basilio para hacernos creíble por este ejemplo el misterio de la resurrección general<sup>312</sup>. Porque quien puede dar vida a una semilla tan pequeña en tan breve espacio, también la podrá dar a los polvos y huesos de nuestros cuerpos, dondequiera que estuvieren.

Nacidos estos animalillos, entonces comienzan a comer con mucha hambre, y comiendo crecen y se hacen mayores. Y habiendo ya comido durante algunos días, duermen, y después de haber dormido su sueño, en el cual se digiere y convierte en su sustancia aquel sustento, despiertan, y vuelven a comer con la misma hambre y agonía. Y el ruido que hacen cuando comen, tronchando la hierba con sus dienteillos, es tal, que se parece al ruido que hace el agua cuando llueve encima de los tejados. Esto hacen tres veces, porque tantas comen, y tantas duermen, hasta hacerse grandes. Hechos ya tales, dejan de comer, y comienzan a trabajar y a pagar a su huésped la cuota de su comida.

Y para esto levantan los cuellos, buscando algunas ramas donde puedan prender los hilos de una parte a otra, los cuales sacan de su misma sustancia. Y ocupada la rama con este hilo, comienzan entonces a hacer en medio de ella su casa, que es un capullo. Porque juntando unos hilos con otros, y otros sobre otros, y éstos muy

---

<sup>311</sup> Cf. Jerónimo VIDA, *Bombycum*, libri II (*Poemata omnia*, Brixiae, 1586, pp. 480-509).

<sup>312</sup> Cf. BASILIO, *Hexaameron*, hom. 8: PG 29, 183 y 186.

pegados entre sí, vienen a hacer una pared tan fija y firme como si fuese de pergamino. Y así como los seres humanos, después de hechas las paredes de una casa, la encalan, para que estén lisas y hermosas, así ellos, hecha esta morada, la pulen toda por dentro con el hociquillo que tienen sobre la boca muy liso y muy acomodado para este efecto, con lo cual queda el capullo tan tieso, que echándolo en agua, anda nadando encima, sin ser por ella penetrado.

Y esto es una singular providencia del Creador, porque, de no ser así, todo este trabajo no tendría fruto. Porque de esta manera, estando el capullo entero y tieso, echándolo en agua caliente, se puede muy bien recoger el hilo, separándose y despegándose con el calor un hilo de otro. Lo cual no se podría hacer si el capullo se llenara de agua, y se esponjara con ella. Con esta agua hirviendo muere el operario que fabricó aquella casa, y éste es el «pago» que se le da por su trabajo. Mas a los gusanos que [las personas] quieren guardar para que se reproduzcan, no les hacen este daño. Mas ellos, no sufriendo tan estrecho encerramiento, abren con sus boquillas un portillo por donde se salen, y salen ya desarrollados y crecidos, porque salen con unos cuernecillos y unas alas, transformados ya de gusanos en aves [es decir, en mariposas].

Hay entre ellos machos y hembras, y siendo todos tan semejantes entre sí, conocen los machos a las hembras, y se unen por medio de las colillas con ellas, y perseveran en esta unión por espacio de cuatro días. En lo cual, parecen tener en cuerpos tan pequeños sus sexos distintos, como machos y hembras. Acabados estos días, el macho muere, y la hembra pare aquellos huevecicos que al principio dijimos y, esto hecho, ella también muere, dejando aquella semilla con la que después vuelva a renovar y resucitar su linaje. En lo cual se ve cómo sólo para este fin creó la divina Providencia a este animalico, pues, acabado este oficio, sin que los mate nadie, ellos a la hora mueren, testificando con su natural y acelerada muerte que sólo para este oficio fueron creados, el cual acabado, acaban juntamente con él la vida.

En esta obra se ve claro cómo todas las cosas las creó aquel soberano Señor para el ser humano, pues estos animales tan provechosos para nuestro servicio no nacieron ni vivieron para sí, sino para el ser humano, pues, acabado este servicio, acabaron juntamente con él la vida. Donde parece que con su acabamiento

están diciendo al ser humano: «Yo no nací ni viví para mí, sino para ti, y por eso, fenecido este servicio, me despido de ti».

Y esto aún se ve más claro, porque aquella casa que estos animalillos con tanto trabajo fabricaron, no sirve para ser habitada, sino para el ser humano, pues acabándola de hacer, entonces abren en ella un boquete y la abandonan, sin usar más de ella, como un edificio que no fabricaron para sí sino para nosotros. En lo cual se ven las riquezas y el regalo de la divina Providencia, la cual, no contenta con haber proveído para nuestro vestido la lana de las ovejas, y las pieles de los animales, con otras cosas tales, quiso también proveer esta tan preciosa y tan delicada ropa para quien de ella tuviese necesidad.

Y es aquí mucho para considerar que, siendo los hilos de este capullo mas delgados que los cabellos, y estando hechos de una materia tan delicada y débil como es el humor y las babas de estos gusanos, vienen a ser tan recios que se pueden fácilmente recoger, y enrollar, y tejer, y pasar por mil martirios antes que se haga la seda con ellos, para que se vea cuán admirable y cuán proveído es aquel celestial Maestro en todas sus obras. Y no menos declara Él aquí la grandeza de su poder, pues dio habilidad a un gusanillo que en dos días nace, y dos meses vive, para hacer una obra tan preciosa y tan delicada, que todos los ingenios humanos no acertarían a hacerla.

Mas entre éstos no dejaré de referir aquí a Plinio, el cual, tratando de estos animalillos, dice que de la ropa que se hacía de seda, y de hilos tan delgados, se servían antiguamente sólo las mujeres, y después vinieron también los hombres a usar de ella, pues estaban tan desacostumbrados de llevar puestas las armaduras, que no podían sufrir estas comunes vestiduras, y por eso vinieron a tomar las de las mujeres<sup>313</sup>.

### **Los animalillos pequeños y nocivos al ser humano**

#### **§ I**

Al final de este capítulo, donde hemos tratado sobre estos animalillos pequeños, preguntará alguno por qué causa el que todas las cosas creó para el servicio y el bien del ser humano, creó muchos

---

<sup>313</sup> Cf. PLINIO, *Naturalis historia*, XII, 27 (ed. Pisa, Giardini Editori, 1977, p. 815).

de estos animalillos que no sólo no sirven al ser humano, mas antes le molestan y maltratan, como son las *moscas*, los *mosquitos*, las *pulgas* y otros semejantes que en ese tramo de tiempo del sueño, en el que descansamos de los cuidados y trabajos del día, muchas veces nos lo impiden, y nos desvelan y nos quitan este poco de reposo.

A eso respondo que así como todas las penalidades y sufrimientos y fatigas de esta vida, junto con la muerte, nos vinieron por el primer pecado [de Adán y Eva], en el que todos los hijos de aquel primer ser humano fuimos englobados<sup>314</sup>, así también las plagas de estos animalillos nos vinieron por él, y muy justamente. Porque, así como el ser humano, que, comparado con Dios, es menos que una *pulguilla* o un *mosquito*, se levantó contra Dios, y le desobedeció, así quiso Él que el mosquito y la pulga y otros semejantes animalillos se levantasen contra aquel, y le molestasen y humillasen, visto que tan viles criaturas eran poderosas como para inquietar a una criatura tan generosa como es el ser humano, sin poder defenderse de ellas.

Mas en todo es Dios bueno, en todo misericordioso. Porque esta pena de tal manera es pena, que también es medicina, porque tanto ésta como otras infinitas miserias y penalidades de esta vida, son como [amargo] áloe que nos pone nuestro celestial Padre en el pecho y [agria] leche de este mundo para que a éste lo despreciemos y aborrezcamos, y nos acerquemos al pecho de aquel Señor, [cuyos amores] hallaba la esposa más suaves que el vino<sup>315</sup>, esto es, que todos los deleites del mundo. Lo cual es en tanto grado verdad, que pudo decir Euquerio que no sabía cuál sería un mayor motivo para llevar a los seres humanos hacia Dios, si la amargura de los males con los que este mundo nos azota, o la dulzura de los bienes con los que nuestro Padre celestial nos convida<sup>316</sup>.

### **[Los grandes animales]**

Y pues hemos ya declarado en este capítulo cuán admirable es Dios en la hechura de estos animalillos tan pequeños, será razonable declarar también cuánto lo es en la hechura de los grandes, para que así se vea cómo en todas sus obras tanto grandes como pequeñas es

---

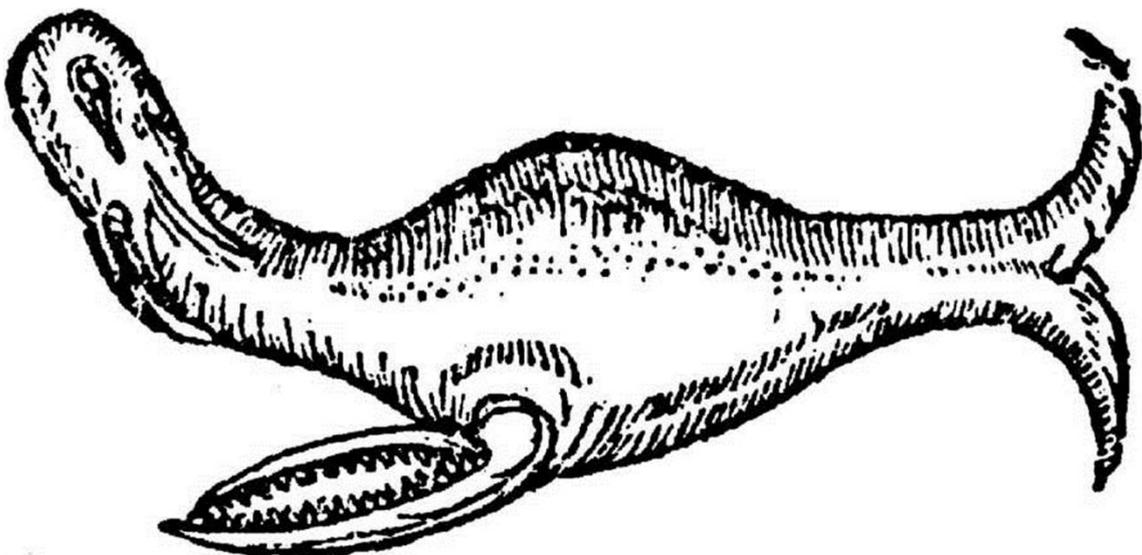
<sup>314</sup> Cf. Rm 5,12.

<sup>315</sup> Cf. Cant 1,4.

<sup>316</sup> Cf. EUQUERIO, *Epístola paraenetica ad Valerianum*: PL 50,714.

admirable, y se entienda con cuánta razón respondió aquel ángel a quien le preguntaba por su nombre, diciendo: «¿Por qué preguntas por mi nombre, que es admirable?»<sup>317</sup>. Para esto podría traer aquí aquellas dos fieras bestias, cuya grandeza el mismo Creador describe en los capítulos 40 y 41 del santo Job que tienen estos nombres: *Behemot* y *Leviatán*. Y asimismo, la de las *ballenas*, que es muy notoria.

Mas dejado esto aparte, referiré aquí la grandeza extraña de un pez que el año de mil quinientos setenta y cinco, a veintidós días de abril, vino a la playa de Peniche [situada a unos cien kilómetros al norte de Lisboa], el cual echó la mar en tierra ya muerto. [Se trataba de un *cachalote*]. Fue ésta una de las cosas grandes que se vieron, porque tenía cuarenta codos de largo, y la piel era por el lomo oscura, y por la barriga blanca. Y el largo de la cola de punta a punta era de cinco codos, y de anchura tenía quince palmos. Era tan corpulento, que de un costado a otro apenas se veían dos personas de gran estatura. Los ojos tenían cada uno un codo de largo. Y es de notar que la cabeza la tenía levantada cuatro codos en alto, y la boca no la tenía en la cabeza, como los otros peces, sino en la barriga. Los colmillos era cada uno de ocho codos. Tenía también en la boca dieciséis dientes en cada lado, y cada diente tenía medio codo en redondo, y de un diente a otro había un palmo de anchura. La figura de él quise poner aquí, la cual se trajo al rey Don Enrique, que en gloria esté.



---

<sup>317</sup> Jue 13,18.

En la hechura de este pez se debe notar la maestría de la divina Providencia, porque la cabeza levantó en alto para que estuviesen los ojos en ella como en una atalaya, para ver los peces con los que esta bestia se debía alimentar. Y porque la distancia de la cabeza al agua era grande, proveyó que la boca estuviese en lo bajo, para estar más cerca y más a punto de pescar lo que los ojos desde su atalaya le descubriesen.

También he oído que este pez tiene en la barriga un unguento que es muy medicinal y de gran precio.

## CAPÍTULO XXII. OTRAS PROPIEDADES MUY NOTABLES DE DIVERSOS ANIMALES

Después de estos cinco capítulos [del XVI al XXI], en los que se trató esta materia con algún orden, añadiré éste, en el que se contarán algunas cosas extraordinarias de los animales, para que tanto en éstas como en las ya dichas veamos los resplandores y la sabiduría de aquella Mano poderosa que llenó todo este mundo de maravillas y de tantos testigos y predicadores de su gloria, cuantas criaturas hay en él, porque la insensibilidad de nuestro corazón tenía necesidad de todos estos testimonios.

Y comencemos primero por una cosa tan rara y tan extraordinaria como es el *ave fénix*, cuya naturaleza describe san Ambrosio por medio de estas palabras:

«Esta ave dicen que habita en la región de Arabia, y que llega a los quinientos años de vida. La cual, sintiendo que se acerca el fin de sus días, hace una como sepultura o arca de incienso y mirra y otras cosas olorosas, y entra en medio de ella, y allí muere. Y de la carne de su cuerpo muerto nace un gusano, el cual poco a poco va creciendo hasta llegar a tener alas como el ave de cuyas carnes se engendró, y así viene a renovarse y cobrar la misma forma y figura que en su origen tenía.

Nos confirma esta ave en la fe de nuestra resurrección, la cual quiso la divina Providencia que esperásemos y creyésemos. Y para esto ordenó que esta ave tuviese esta tan nueva manera de restituirse, para confirmarnos en esta fe. De modo que esta novedad para nosotros es, y con nosotros habla, pues no fue creado el ser humano por amor a las aves, sino las aves por amor al ser humano.

Nos sirve pues este ejemplo para que entendamos que no ha de consentir el Creador que sus santos eternamente perezcan, pues no consintió que, muriendo esta ave, del todo pereciese. Así pues, veamos, ¿quién fue el que avisó a esta ave el día de su muerte para que ella hiciese su sepulcro, y lo llenase de suaves olores, y entrase en él, y allí acabase su vida, donde con la

suavidad de los buenos olores se quitase el mal olor de la carne podrida?»<sup>318</sup>. Lo dicho es de san Ambrosio.

Pues por este ejemplo entenderemos cuántas y cuán diferentes maneras tiene la divina Sabiduría para conservar las especies de sus criaturas, pues aquí usa de esta tan nueva y tan extraordinaria manera, y ésta va acompañada con tan nuevas circunstancias como está declarado. Y no menos se debe de notar aquí que, siendo cosa natural criarse muchos gusanos en las carnes podridas, de ésta no nace más que uno, para que sea el ave fénix sólo una. Y a esta ave no acertó a abatir ningún cazador ni balletero, ni acertarán jamás, porque aquí suplirá la divina Providencia, para que nunca falte en el mundo la especie que él creó, aunque no haya en ella más que un solo individuo.

Pasemos de aquí a los animales que conocemos, en muchos de los cuales la divina Bondad, amadora de la virtud, nos da ejemplos de muchas virtudes. Porque para movernos a amar y socorrer a nuestros prójimos en sus necesidades, que corresponde a la virtud de la caridad, alega Eusebio Emiseno el ejemplo de los *ciervos*, los cuales, para pasar a nado algún gran río, se ponen todos en una hilera, y cada uno, para aliviar el esfuerzo, lleva puesta la cabeza sobre las ancas del que va adelante, y así se ayudan unos a otros, y sólo el que guía la procesión lleva la cabeza en el aire, sufriendo este esfuerzo por aliviar el de sus compañeros. Mas después de cansado, de primero se hace el último, y el que iba tras él le sucede en el oficio con la misma caridad<sup>319</sup>. Y si así se ayudasen los prójimos unos a otros, ¡cuánto más descansada sería nuestra vida!

Otro ejemplo hay de caridad semejante a éste, que notó Aristóteles de las *grullas*<sup>320</sup>, de las que Cicerón hace mucho caso. El cual dice que cuando las grullas viajan sobre la mar en busca de lugares calientes, hacen volando la forma de un triángulo, con el cual cortan y dividen el aire que les es contrario, ayudándose de las alas como de remos para proseguir su camino. Y para mayor descanso, las que van detrás inclinan sus cabezas en las espaldas de las que van delante. Y porque la que va en la delantera guiándolas no tiene sobre

<sup>318</sup> AMBROSIO, *Hexaemeron*, V, 23: PL 14, 252-253.

<sup>319</sup> Cf. EUSEBIO EMISENO [Gallicanus], *Homilia* 50,3: CCSL 101 A, p. 584.

<sup>320</sup> Cf. ARISTÓTELES, *Historia animalum*, IX, 10.

quién reclinar su cabeza, cuando se cansa, se va al final, y de primera se hace última, para tener sobre qué descansar, y la que estaba junto a ella la sucede en el mismo cargo<sup>321</sup>.

Ni aún a los *lobos*, siendo animales tan infieles, falta otra pericia semejante, porque a todo proveyó aquel divino Presidente. Pues cuando ellos cruzan algún río impetuoso, para que la corriente no los lleve tras sí, se agarran con la boca fuertemente a las colas unos de otros, y estando así juntas como en un escuadrón las fuerzas de todos, resisten a la corriente y pasan seguros. Este mismo ejemplo de caridad tenemos en otros animales que, aunque fieros, se acarician y se lamen las llagas unos a otros, como hacen los *bueyes*, los *perros*, los *gatos*, los *leones* y los *osos*. Y asimismo, se rascan unos a otros, cuando ellos no lo pueden hacer por sí.

Acerca de lo cual no dejaré de contar lo que vi en dos animales indignos de ser aquí nombrados [es decir, dos *cerdos*], de los cuales el uno con sus colmillos y sus dientes rascaba todo el cuerpo del otro de cabo a rabo. Y el que recibía este beneficio, parece que tenía gran comezón en una pierna, la cual él extendió hacia fuera. Y el bienhechor, entendiendo lo que esto significaba, atendió entonces esta necesidad, y le rascó aquella pierna. Y hecho esto, queriendo el bienhechor recibir el mismo beneficio, se tendió, poniendo las manos y el hocico en tierra, y entonces el que lo había recibido, le satisfizo con el mismo oficio, pagando con la misma moneda la buena obra recibida. Pues, ¿qué es esto sino un gran ejemplo con el que el Creador condena la poca caridad y agradecimiento de los seres humanos? ¿Qué es esto sino abrir nuestras bocas para que, considerando hasta dónde se extiende su providencia, digamos con los serafines que «el cielo y la tierra están llenos de su gloria»?<sup>322</sup>.

Pasemos de la caridad a la castidad, de la cual tenemos ejemplo en otros animales. Escribe Eliano<sup>323</sup> que el rey de los escitas tenía una hermosísima *yegua* y un *caballo* muy generoso, hijo de ella. Y no hallándose caballo de tanta casta como éste para preñar a la yegua, acordaron cubrir de tal manera a la madre que el hijo no la conociese, y así pudiese haber de ella descendencia. Esto hecho, cuando ellos,

---

<sup>321</sup> Cf. CICERÓN, *De natura deorum*, II, 49 (ed. cit., p. 98).

<sup>322</sup> Is 6,3.

<sup>323</sup> Cf. ELIANO, *De natura animalium*, IV, 7.

quitadas las cubiertas, conocieron el incesto cometido, ambos se despeñaron y se mataron. En lo cual se ve cuán arraigada quiso el Creador que estuviese en nuestros corazones la ley de la honestidad, pues aún en los toscos animales la quiso imprimir. No fue tan casta la reina Semíramis, madre de Nino, rey de Babilonia, mas él le dio con la muerte el pago que tal propósito y tal maldad merecía<sup>324</sup>.

Semejante ejemplo es el que el mismo autor cuenta de un *camello* y de su madre, porque el pastor que los guardaba, cubrió a la madre de tal manera que el hijo no la conociese. Mas después de que, quitada la cubierta, el hijo conoció el incesto cometido, se embraveció contra el pastor de tal manera, que arremetió contra él, y con los dientes y con los pies lo hizo pedazos, y él mismo, embravecido también contra sí, se mató y despeñó<sup>325</sup>. Porque es cosa cierta que nunca el camello se une de esta manera con su madre. Y aún otra honestidad tiene, según el mismo autor refiere, que nunca toma a la hembra en presencia de quien lo vea, sino en un lugar escondido<sup>326</sup>, como también lo hace el *elefante*. En lo cual muestra este animal más honestidad y vergüenza que los pueblos masagetas [del Asia Central], los cuales llegaron a tal extremo de desvergüenza, que se unen públicamente con sus mujeres<sup>327</sup>. En lo cual se ve que las personas bárbaras y sin conocimiento de Dios llegan de lance en lance a destruir de tal manera las dotes naturales, que vienen a hacerse más bestiales que los toscos animales.

Y no es menor ejemplo de castidad el de la *tórtola*, la cual, después de muerto el marido, permanece en perpetua viudez, sin admitir a otro. Lo cual dice san Ambrosio:

«Aprended de aquí, mujeres, cuánta es la gracia y la honra de la viudez, la cual aún en las aves es alabada. Pues, ¿quién –dice este santo– dio esta ley a las tórtolas? Si busco personas, no las hallo, porque ninguna persona dio esta ley a las mujeres, pues ni san Pablo se atrevió a darla, antes dice: “Bueno es a las mujeres permanecer en castidad, mas si esto no pueden hacer,

<sup>324</sup> Cf. AGUSTÍN DE HIPONA, *De civitate Dei*, 18, 2: PL 41,560-561.

<sup>325</sup> Cf. ELIANO, *De natura animalium*, III, 47.

<sup>326</sup> Cf. *ibíd.*, VI, 60.

<sup>327</sup> Cf. HERODOTO, *Historiarum*, libro I, 215-216 (ed. F. Palm, Lipsiae, 1853, pp. 124-125).

cásense, porque más vale que se casen a que se abrasen”<sup>328</sup>. Desea san Pablo en las mujeres lo que en las tórtolas persevera. Y en otro lugar aconseja a las mujeres que se casen, si no pueden imitar la castidad que en estas aves se halla<sup>329</sup>. Así pues, según esto, el Creador fue el que imprimió en estas aves esta inclinación y este afecto a la continencia, el cual solo puede hacer leyes que todos sigan. La tórtola no se abrasa con la flor de su juventud, mas tentada con los deleites del matrimonio, no quebranta la fe dada al primer marido, porque sabe guardar castidad»<sup>330</sup>. Hasta aquí Ambrosio.

Por lo dicho, parece cuán amigo es el Creador de toda virtud, pues tantos ejemplos de ella nos dejó en todos los animales. Porque la nobleza nos la enseñan los *gavilanes*, la generosidad los *leones*, la sumisión y la obediencia los *elefantes*, la osadía y la fortaleza –como luego veremos– los *caballos*, la fe y la lealtad para con sus señores los *perros*, la caridad –como ya dijimos– los *ciervos*, el concierto y el orden de república las *abejas*, la prevención las *hormigas*, el acatamiento y el servicio a los padres los hijos de las *cigüeñas* y, finalmente, la castidad esta ave de la que tratamos.

Mas entre tantos tipos y propiedades de animales, no puedo dejar de hacer mención del regalo que hizo la divina Providencia al haber creado los *gatos de algalia*, la cual sirve para la preparación de todos los ungüentos olorosos, que sin ella serían imperfectos. Y además de esto, por ser ella calidísima, es medicinal para muchas enfermedades. Es pues de saber que este animal tiene una bolsa entre los dos lugares por donde se purga el vientre, repartida en dos cavidades, y en ellas descarga poco a poco esta masa tan estimada, de modo que cada cuatro días es necesario descargar esta bolsa con una cucharita de marfil, porque cuando esto no se hace, él mismo se arrastra por el suelo para expulsar esta carga, que le molesta por ser muy caliente. Y de esta manera, cada mes se saca de él una onza de algalia, que en esta era de ahora vale de diez a doce ducados en Lisboa.

Y además añadiré aquí una cosa que, si no fuera tan pública, no

---

<sup>328</sup> 1Cor 7,9.

<sup>329</sup> Cf. 1Tim 5,14.

<sup>330</sup> AMBROSIO, *Hexaemeron*, V, 19: PL 14,246-247.

me atrevería a escribirla, la cual es que en esta misma ciudad hay una herencia, que dejó un padre a su hijo, de veintiún gatos de algalia, los cuales, descontado el coste del sustento de ellos, le rentan cada año seiscientos mil maravedís. Y la institución de esta herencia tiene como cláusula que esté siempre entero este número de gatos, so pena de tres mil ducados que serían adjudicados al Hospital de la Misericordia.

Pues, ¿quién no ve en esto la perfección y el regalo de la divina Providencia que tantas cosas creó, no sólo para nuestro provecho, sino también para nuestro regalo? ¿Y quién no ve la diversidad de los medios que para esto inventó? Porque, ¿quién hubiera pensado que del sudor o de los excrementos de este animal pudiera proceder una masa tan preciosa como ésta, y tener su bolsa en la que se recogiese para que no se desperdiciase? Mas este beneficio, ¿quién no ve que ha sido hecho más para el uso del ser humano, a quien todas las cosas sirven, que para el animal que lo da, que no se sirve de él? Mas cosa antigua es, y muy usada, aprovecharse los seres humanos de los dones de Dios sin levantar jamás los ojos al Dador, como si todo se les debiese perpetuamente.

### [Los perros]

Mas dejemos los gatos, y vengamos a los perros. Pues como a éstos los ha formado el Creador para el servicio familiar del ser humano, que es una criatura racional, les dio las inclinaciones tan conformes a la razón, que después del *elefante*, que en esta parte a todos excede, no hay animal que más tenga esta habilidad. Escriben Eliano y Plinio<sup>331</sup> cosas notables de la fe y la amistad de los perros. Mas entre otras habilidades suyas, sólo ésta referiré, que Eliano cuenta. Iba un criado de un mercader a negociar a una feria y, apartándose del camino para purgar el vientre, se le cayó una bolsa que llevaba con su dinero, sin advertir en eso. Y continuando él su camino, el perro que consigo llevaba, se quedó en guarda de la bolsa. Mas llegado a negociar en la feria, como se hallase sin dinero, se volvió por los mismos pasos que había caminado, y halló el dinero, y el perro en guarda de él, tan transido ya de hambre que, acabado de llegar el mozo, murió<sup>332</sup>. En lo cual se ve cuán firmes y constantes son

<sup>331</sup> Cf. ELIANO, *De natura animalium*, I, 1,8; VI,25; VIII, 10.

<sup>332</sup> Cf. *ibíd.*, VII, 29.

las inclinaciones que el Creador dio a los animales para los oficios que les asignó. Mas, ¡qué vergüenza es ser vencidos los seres humanos en esta fe que los animales guardan para con sus señores!

## § I

Pusimos al principio por fundamento de esta materia que el Creador, en lugar de la razón, que sólo el ser humano tiene, proveyó a todos los animales de inclinaciones para lo que les convenía, equivalentes a la razón<sup>333</sup>. Y conforme a esto dijo Aristóteles –como arriba tocamos– que las obras de los animales eran muy semejantes a las de los seres humanos. A esto añadimos ahora más, pues no sólo en las obras, sino también en los afectos y movimientos del corazón se parecen a los seres humanos. Lo cual se ve no sólo en la ira y amor y odio que en ellos cada hora vemos, que son afectos más bajos y materiales, sino en otros más generosos y más espirituales, cuales son los que aquí referiré.

El *lebrél* de buena casta conoce su generosidad y su nobleza, y yendo por una calle, y saliendo cuantos chuchos hay a ladrarle y molestarle, ni se para, ni se defiende, ni ladra, como animal que siente su generosidad y que no le está bien enfrentarse con gente tan baja, ni hacer caso de ella, enseñando en esto a los seres humanos magnánimos y valerosos que ningún caso deben hacer de las voces de la plebe bárbara y bestial, ni desistir por ellas de sus buenos propósitos y designios.

Y a este propósito referiré lo que cuentan de aquel valeroso capitán [del Imperio Romano] Fabio Máximo, a quien la plebe de los soldados llamaba cobarde, porque se entretenía no queriendo dar batalla a Aníbal. Mas el buen capitán no hacía caso de estas voces, porque sabía bien lo que hacía. Y a los tales respondía que el que no tenía valor para despreciar las voces de la plebe, tampoco lo tendría para plantarle cara al enemigo.

En consecuencia de esto referiré una cosa que me contó una persona digna de fe, la cual él vio no sin mucha admiración. Estando un hermoso lebrél junto a la playa de la mar, se acercó a él un chuchó, y comenzó a ladrarle, y a rodearle, y a acometerle por todas partes. Y en todo este tiempo el lebrél ninguna mudanza hizo. Mas fue tanta la

---

<sup>333</sup> Cf. capítulo XI.

impertinencia del chuco, que la paciencia del lebrel quedó vencida, y así decidió tomar venganza de él. Mas ¿de qué manera? No quiso ensangrentar sus armas en tan baja ralea, sino que le tomó por el pellejo, y lo metió debajo del agua, y lo tuvo así tanto tiempo hasta que se ahogó. Éstas y otras tales maravillas se esperan de aquella suma Providencia y Sabiduría.

### [El caballo]

El caballo también reconoce su generosidad, y cuando es un caballo de buena casta y bien amaestrado, y sale satisfecho de la caballeriza, apenas cabe en toda una calle, ladeándose ya a una parte, ya a otra, y acometiendo a querer correr o saltar, metiendo la cabeza en los pechos para aparecer más bien contenido y hermoso. Y lo que más es, siente también la hermosura de los jaeces, cuando son tales, y muestra con ellos más brío y lozanía.

Al menos de Bucéfalo, el caballo de Alejandro Magno, escribe Eliano que, estando enjaezado, no soportaba que cabalgase en él más que Alejandro, y al tiempo de montarse en él se abajaba, para que más fácilmente subiese en él, mas quitados los jaeces, soportaba a cualquier mozo de caballos<sup>334</sup>.

Creó Dios este animal más para la guerra que para el trabajo, aunque él sirve para todo. Y por eso le dio todas las propiedades que para esto se requerían. Porque es un animal fogoso, brioso, atrevido, fiel, belicoso y animado. En las cuales propiedades resplandece tanto la maestría de la divina Sabiduría, que el mismo Señor que le creó se pone a describirlas muy a propósito, hablando con el santo Job, por medio de estas palabras:

«¿Por ventura serás tú poderoso para dar al caballo la fortaleza que Yo le di? Con los pies cava la tierra, se alegra con su osadía y fortaleza, y sale al encuentro contra los hombres armados. No hace caso de los peligros, ni se vuelve atrás por temor a la espada. Sobre él sonará la aljaba, y se empuñarán la lanza y el escudo. Hirviendo y espumando sorbe la tierra, y no hace caso del sonido de la trompeta. Se alegra cuando oye la bocina, y

<sup>334</sup> Cf. ELIANO, *De natura animalium*, VI, 44.

desde lejos intuye la guerra, y la exhortación de los capitanes, y el griterío del ejército»<sup>335</sup>.

Todas éstas son palabras de Dios, que tan a propósito escribe las propiedades de este animal. El cual, además de lo dicho, es muy leal y obediente, si hay quien le enseñe. También aprende a callar, cuando van de noche a hacer alguna cabalgada, como cuentan los fronterizos de África.

Y además de esto, es el más vistoso y hermoso de todos los animales de grandes cuerpos, y el de más hermosos y diferentes colores. Porque unos hay desde la punta del pie hasta la cabeza tan blancos como la nieve, otros hay pintados de diversos colores, otros amarillentos de color de oro, y de otros diversos colores. Tienen sus galanas crines, que les sirven de penachos naturales. Y lo que más es, siendo un gran animal, y tan feroz y tan orgulloso, es tan domable y tan manso a veces como una oveja, y así se deja someter por una persona, y le obedece, volviendo y revolviendo, corriendo, andando y parando como su dueño quiere.

Así pues, ¡cuán justo sería que aprendiese el ser humano de su caballo a obedecer a su Creador, pues el caballo así en todo y por todo le obedece a él! ¡Cuán justo sería que, pues este animal por la divina Providencia le sirve para los viajes, para los trabajos y para los peligros, y para honrar y conferir autoridad al que va en él, que diese gracias al que lo creó para todos estos servicios del ser humano!

Se para nuestro corazón en los dones, y se olvida del Dador, habiendo sido creados ellos para que fuésemos a Él. Nos detenemos tanto en el camino, que nunca llegamos al término de él. Y lo que es peor, tomamos ocasión de la hermosura de un caballo para ir muy arrogantes y locos encima de él.

### **[El león]**

También el león es un animal generoso, y conoce y se precia tanto de su fortaleza que, como refiere Eliano, cuando le persiguen, no vuelve las espaldas en la huida, sino va paso a paso, despacio, mirando cara a cara a sus perseguidores, amenazándolos con sus

---

<sup>335</sup> Job 39,19-25.

fieros bramidos<sup>336</sup>. Mas cuando traspasa algún otero, donde ya no le ven los que le persiguen, huye muy aprisa, pareciéndole que en este caso no pierde reputación por no ser visto.

Tiene también otra grandeza, que es no comer de la caza que le sobró el día pasado, y otra mayor, que es usar de clemencia con los postrados, que es una virtud propia de los corazones generosos, que no son como las personas vengativas. Y asimismo –como dice Solino<sup>337</sup>– es más piadoso con las mujeres que con los hombres, y mucho más con los niños, a los cuales no toca, salvo cuando padece una gran hambre. Porque la necesidad todas las leyes vence.

### **El pavo real**

#### **§ II**

Entre estos generosos animales, el que más claramente parece que conoce su hermosura, es el pavo real, pues vemos que él mismo hace alarde de sus hermosas plumas, con aquella rueda tan vistosa que, por muchas veces que la veamos, siempre disfrutamos al verla y al sentir la ufanía con la que él extiende aquellas plumas, preciándose de su gentileza y haciendo esta demostración de ella. La cual despliega la mayoría de las veces cuando tiene a la hembra presente, para atraerla más con esto. Y cuando quiere ya deshacer la rueda, hace un gran estruendo con las alas, para mostrar juntamente valentía con la hermosura. En todo lo cual vemos una imitación de las cosas que se pasan en la vida humana.

Es la hermosura de esta ave digna de gran admiración, mas la costumbre de cada día quita a las cosas grandes su debida admiración. Porque las personas de poco saber no se maravillan de las cosas grandes, sino de las nuevas y raras, como ya dijimos.

Y aún esto se prueba con el ejemplo de esta misma ave, la cual, traída de la India a Grecia –donde nunca había sido vista– causó tanta admiración que –como refiere Eliano– la persona que la trajo andaba ganando dineros por mostrarla<sup>338</sup>. Y –dice el mismo autor– que una persona principal dio mil dracmas –que es una gran suma de dinero–

---

<sup>336</sup> Cf. ELIANO, *De natura animalium*, IV, 34.

<sup>337</sup> Cf. SOLINO, *Polystor*, XXI.

<sup>338</sup> Cf. ELIANO, *De natura animalium*, V, 21.

por un par de ellos, macho y hembra, para que tuviesen descendencia. Y Alejandro Magno mandó que nadie osase matar a esta ave, tan sagrada cosa le pareció aquella tan nueva y tan extraordinaria hermosura<sup>339</sup>.

Pues como es verdad que en las cosas más excelentes resplandece más la sabiduría de aquel artífice Soberano, no será fuera de propósito detenerme un poco en describir la condición y hermosura de esta ave.

Y tratando primero sobre la finalidad que tuvo el que la creó, parece que, así como en la hechura de aquellos animalillos pequeños que dijimos, nos quiso mostrar la sutileza y la grandeza de su poder y sabiduría, la cual en tan pequeña materia pudo formar tantas cosas, así en la hermosura de esta ave nos quiso dar una pequeña muestra o sombra de su infinita hermosura.

La razón que a esto me mueve, es ver que este plumaje tan grande, que es de vara y media de largo, no sirve ni para cubrir el cuerpo de esta ave, pues excede en mucho la medida de él; ni tampoco ayuda para volar, porque antes lo impide con su excesivo peso. Y pues hemos de señalar en esta obra alguna finalidad, no veo otra sino la que se ha dicho. Porque, dado que la cosa más principal que pide Dios al ser humano es amor, y la hermosura es tan poderosa para enamorar a los corazones, de aquí nace haber creado Él en este mundo muchas cosas muy hermosas, para que por ellas –como dice el sabio<sup>340</sup>– pudiésemos de alguna manera rastrear la hermosura del Hacedor, como adelante declararemos. Y para que en ningún tipo de cosas faltase alguna sombra o rastro de su hermosura, creó también para esto muchas aves muy bien pintadas de diversos colores. Entre las cuales tiene el primer lugar ésta, la cual sólo para esta finalidad dijimos haber sido creada.

Y para decir algo de ella, será necesario para los que no saben filosofía, presuponer dos sentencias que para esto sirven. La primera es que todas las cosas corporales están compuestas de materia y forma<sup>341</sup>, que son las partes esenciales de ellas, y la materia es el sujeto que recibe la forma, mas la forma es el principio y la causa de todas

---

<sup>339</sup> Cf. *ibíd.*

<sup>340</sup> Cf. Sab 13,5.

<sup>341</sup> Cf. ARISTÓTELES, *Metafísica*, VIII, 1.

las cualidades físicas y las propiedades y las obras que tiene cada cosa. Mas en las criaturas que tienen alma, el alma es la forma, y el cuerpo es la materia. Y así vemos que en el ser humano el alma es el principio y la causa de todas las propiedades y obras que hay en él, y por eso, en el punto en que ella falta, todo falta. Lo segundo, conviene presuponer que esta alma es la que digiere el alimento que los animales comen, y lo convierte en la sustancia de ellos.

Mas de los excrementos de este alimento, que son como las sobras y los despojos de él, se aprovecha para producir en las aves las plumas, y en los otros animales los pelos o la lana con la que están vestidos, y en el ser humano los cabellos, las uñas y los pelos de la barba, y según estos excrementos son pocos o muchos, así son más o menos los pelos que de aquí se engendran. Y así se escribe de aquel glorioso san Juan de Egipto que tenía muy poquitos pelos en la barba, porque como era grandísima su abstinencia, no le sobraba casi nada de lo que comía para producirlos<sup>342</sup>.

Pues viniendo a nuestro propósito, el alma del pavo real es la forma de él, y ella es aquella por cuya virtud –mediante los instrumentos que para eso tiene– convierte el alimento en la carne y la sustancia del pavo real, y lo que sobra de este alimento –que son los excrementos y superfluidades que dijimos– lo emplea en todo aquel plumaje tan hermoso que vemos, mayormente en las plumas del cuello y de la cola. Mas la maravilla de esto es que, de tal manera reparte el alma estos excrementos, que siendo ellos de una misma sustancia, hace que tomen tan diversos colores y figuras en diversas partes de las plumas, y éstas no confusas –como las que vemos en el *jaspe*–, sino ordenadas y proporcionadas para pintar aquellas figuras matizadas con tanta diversidad de tan finos y hermosos colores, que causan admiración a quienquiera que las ve. Donde también es de notar la semejanza que todas las plumas de la cola tienen entre sí, en lo cual parece que no se reparten estos colores casualmente, según aciertan a caer, sino que tienen una causa fija y permanente que los distribuye y reparte con esta conformidad, para que de ellos resulten aquellas figuras.

Y dejando aquellos ramales o cabellos que van acompañando el asta de las plumas de la cola hasta el extremo de ellas –que son todos

---

<sup>342</sup> Cf. *De vitis patrum*, lib. I: PL 73,337.

harpados y de hermosos colores- vengamos a aquel «ojo» que está al final de ellas, formado con tanta variedad de colores, y éstos tan finos y tan vistosos, que ningún tipo de tinta que han inventado los seres humanos podrá igualar con el lustre y fineza de éstos. Porque en medio de este ojo está una figura ovalada de un verde clarísimo, y dentro de él está otra figura casi de la misma forma y de un color morado finísimo, y éstas están rodeadas por otros círculos hermosísimos, que tienen gran semejanza con los colores y figuras del *arcoíris* que se forma en las nubes del cielo, a los cuales sucede en torno a la cabellera hermosa, también de diversos colores, en la que se remata la pluma. Y en este ojo o círculo que decimos, hay otra cosa no menos admirable, y es que los cabellos o ramales de los que esta figura se compone, están tan pegados unos con otros, y tan parejos e iguales en su composición, que no parece que aquella figura esté compuesta de diversos hilos, sino que es como un pedazo de seda continuada que allí está.

Pues, ¿qué diré de la hermosura del cuello que sube del pecho hasta la cabeza, y de aquel color verde que excede la fineza de todo el verdor del mundo? Y lo que causa más admiración es que todas aquellas plumillas que visten este cuello, son tan parejas y tan iguales entre sí, que ni una sola se desordena por ser mayor o menor que otra.

De donde resulta que aquel verdor parece más una pieza de seda verde -como dijimos- que una cosa compuesta de todas estas plumillas. No faltaba aquí sino una corona real para la cabeza de esta ave, mas en lugar de ella tiene aquellas tres plumillas que hacen una como diadema, y son el remate de la hermosura de esta ave. Y como tienen estas tres plumicas tanta gracia, y no sirven más que para su hermosura, se ve claro que a propósito se puso el Creador a pintar en esta ave tan hermosa.

Lo que aquí se ha dicho lo entenderá mejor quien pusiere los ojos en una pluma de éstas, porque más sirve para esto la vista que las palabras. Y no se debe olvidar que la hermosura y los colores de todo este plumaje no son como los de las flores, que en breve se marchitan, sino que son perpetuos y estables, y por eso sirven para otras cosas que se hacen con dichas plumas. Esto baste sobre la hermosura de esta ave.

Mas de las propiedades de ella sólo diré ésta: que es el pavo real

muy amigo de la compañía de la hembra, por lo cual si halla los huevos sobre los que ella se quiere echar, los quiebra, para que por su causa no carezca él de su compañía. Mas la divina Providencia, que en ninguna cosa falta, también proveyó aquí de remedio. Donde notaremos que en muchas cosas [el Creador] consintió que hubiese algunas necesidades, para que en el remedio de ellas se viese más claro el cuidado de su providencia, como se ve en este caso. Porque la hembra busca algún lugar muy escondido, donde pone los huevos, para que el padre no los halle. Y aún para engañarle, usa de un artificio maravilloso: y es que cuando quiere salir a comer, da un vuelo cuan lejos puede del nido, y esto hace callando. Mas cuando vuelve al nido, vuelve graznando, para que el marido crea que allí está el nido de donde ella partió, y así lo burla y desatina para que no halle el nido.

### [Conclusión]

Así pues, ¿quién no verá aquí las invenciones que aquel soberano Señor busca para que reconozcamos y adoremos su sabiduría y providencia, y acudamos a Él en todas nuestras necesidades, confiando en que no faltará al ser humano quien no falta a las cosas que creó para el servicio del ser humano?

Mas volviendo a la hermosura de esta ave, dijimos arriba haberla el Creador hecho tan hermosa para que por ella levantásemos nuestro espíritu a la contemplación de la hermosura del que para este fin la creó<sup>343</sup>.

Dijimos también que la principal cosa que le pide Dios al ser humano es amor<sup>344</sup>, y que para este amor mueve mucho más la hermosura, no sólo la corporal, sino mucho más la espiritual, cual es la de los ángeles y la de las almas que están en gracia. Porque así como la voluntad se mueve con la representación del bien, así el amor con la hermosura. Por lo cual, el Creador, que tanto desea ser amado por sus criaturas, quiso que en todas ellas, comenzando desde el cielo hasta las entrañas de la tierra, hubiese algún rastro o sombra de su infinita hermosura.

La cual primeramente resplandece en el *cielo estrellado* en una

---

<sup>343</sup> Cf. Sab 13,5.

<sup>344</sup> Cf. Mt 22,36-40.

noche serena, donde vemos toda aquella gran capa y bóveda del cielo resplandecer con tan gran número de lumbreras más claras que todos los diamantes y piedras preciosas, y éstas en tan gran número, que sólo el que las creó, las puede contar. Resplandece también en las dos principales estrellas: el *sol* y la *luna*, de cuya virtud y hermosura ya tratamos.

Resplandece también en el verdor de los *campos*, en el frescor de las *fuentes*, en la diversidad de *flores* que hermosean los prados verdes, en las cuales [vos] no sabríais de qué más os maravilláis, si de la diversidad de los colores, o si de las labores tan primorosas con las que están obradas.

Pues, ¿qué diré de la hermosura de las *perlas* y las *piedras preciosísimas*, de tantos colores y virtudes y de tan gran valor? ¿Qué de los *metales*, y especialmente de la *plata* y el *oro*, el cual en todas las naciones, por bárbaras que sean, es tan apreciado por su gran resplandor y hermosura? ¿Qué de la hermosura de los *cuerpos humanos*, y señaladamente de algunos, como eran los que refiere la Sagrada Escritura, como fue Josef, Absalón, Tamar, Judith y Ester? Porque no quiero hacer aquí mención de la reina Elena, por quien se perdió Troya. En lo cual se muestra que en todas las especies de criaturas quiso el Creador que se viese una centella de su hermosura, pues hasta en el oro y las piedras preciosas que se crían en las entrañas de la tierra, quiso que se hallasen rastros de ella.

Mas sobre todo esto, ¿qué diré de la hermosura de las *almas que están en gracia*? ¿Qué de la de aquellos *espíritus angélicos*, en los cuales tanto resplandece la hermosura del Creador –pues la vista y el resplandor de uno sólo le hizo caer en tierra al profeta Daniel debido a la impresión<sup>345</sup>–, los cuales son mas en número que las estrellas del cielo?

Pues todas estas hermosuras que vemos, y otras innumerables que no vemos, están de una manera mucho más excelente en el Creador de ellas. Porque, así como el maestro tiene en su entendimiento la ciencia que enseña a sus discípulos, más perfectamente que ellos, así el que dio su hermosura a todas las criaturas visibles e invisibles, necesariamente ha de tener en sí de una

---

<sup>345</sup> Cf. Dan 8,10.

manera más excelente lo que les dio a ellas, pues nadie da lo que no tiene.

Y según esto, ¿cuál será la bienaventuranza de aquéllos que ven todas estas hermosuras en el rostro de Dios, con otras infinitas que son propias suyas, que a ninguna criatura fueron comunicadas? Y si el Apóstol san Pedro quedó tan demente y tan fuera de sí cuando vio una sola centella de esta hermosura en la transfiguración del Señor, que arrebatado y como embriagado con la grandeza de aquella alegría no sabía lo que decía<sup>346</sup>, ¿qué sentirán aquellas almas gloriosas cuando entren en el gozo de su Señor, y beban de aquel arroyo tan crecido de sus deleites? Y si la hermosura de alguna criatura -que no es más que un cuerecico blanco o colorado, según lo que parece por fuera-, basta muchas veces para trastornar el seso de un ser humano, y para hacerle caer en cama, y a veces perder la vida, ¿qué os parece que obrará en aquellas almas gloriosas la vista de aquella infinita Hermosura de la que todos estos gozan?

Dichosos por cierto los que aquí lleguen, pues gozarán de tales bienes, «que ni ojos vieron, ni oídos oyeron, ni entendimiento humano puede abarcar»<sup>347</sup>.

---

<sup>346</sup> Cf. Mc 9,6.

<sup>347</sup> 1Cor 2,9.







Uno de los grandes predicadores del siglo XVI, fray Luis de Granada, formado en el mejor humanismo renacentista, supo emplear sabiamente la contemplación de la naturaleza para dar a conocer a su Creador. No sólo hablaba asiduamente de muy diversos elementos naturales en sus tratados y homilías, además, animaba a la gente a que contemplase la naturaleza, pues ella es, de por sí, una bellísima homilía. Así, en el texto que presentamos, fray Luis comenta la creación en seis días con sumo detalle y, sobre todo, nos anima a amar a Dios. Esperamos que este texto ayude a sus lectores a contemplar la naturaleza con los ojos del corazón.